# ERASMO (1)

## JOHAN HUIZINGA

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

# ERASMO (2)

## JOHAN HUIZINGA

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS



# ERASMO

## (Volumen primero)

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS





# ERASMO
## (Volumen primero)

## JOHAN HUIZINGA

Prólogo

JOSE MANUEL MORAN

Introducción

LUCIEN FEBVRE

SALVAT

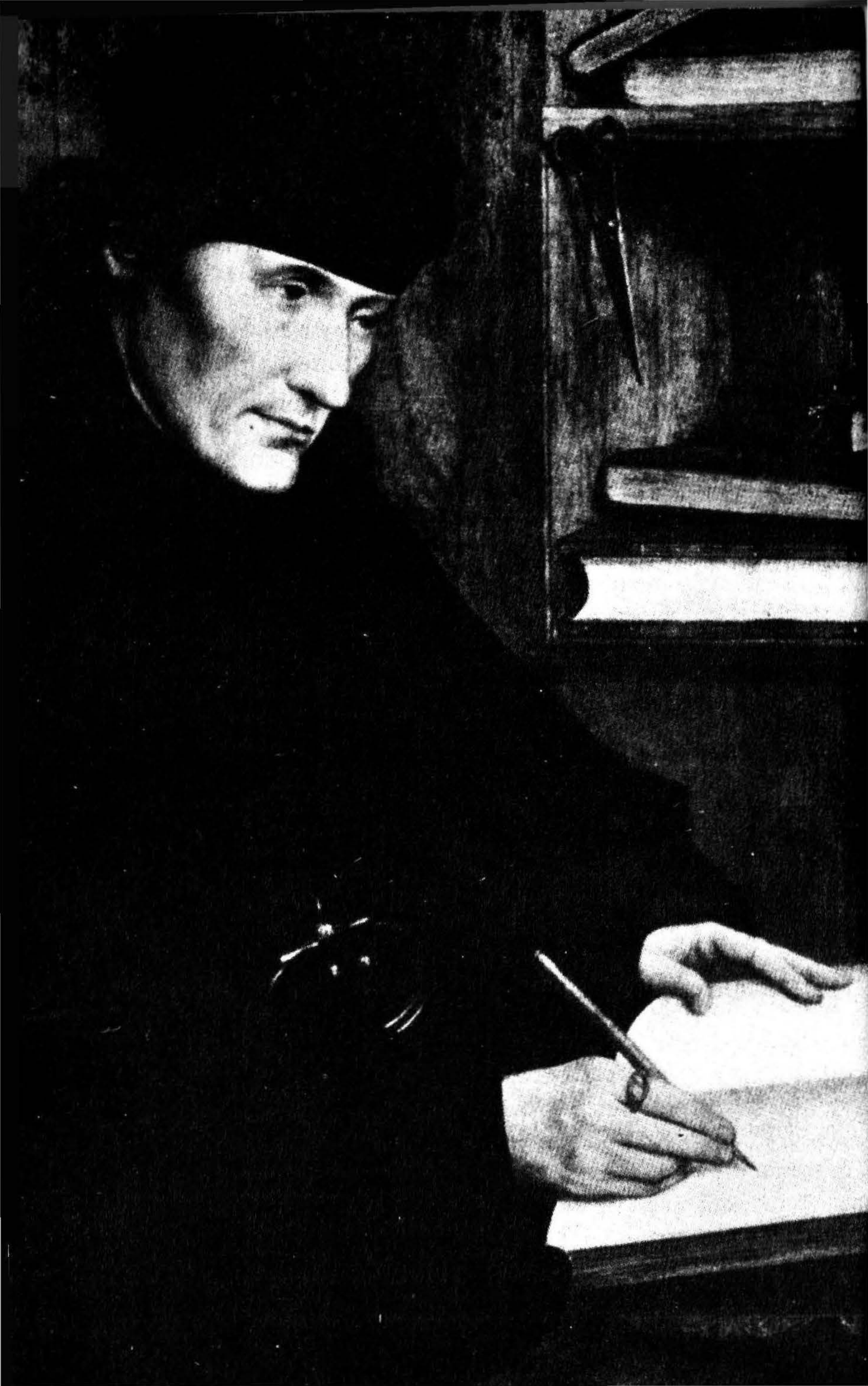
Versión española de la obra *Erasme,* publicada por Éditions Gallimard, París, 1965.

Traducción a cargo de Cristina Horányi.
Supervisión científica, Mátyás Horányi.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.


ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8238-4.
Depósito legal: NA - 213 - 87 (I)
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 47 - 08029 Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1987.
*Printed in Spain*

# Indice



# Erasmo de Rotterdam (1469?-1536)

Fruto de las relaciones entre un sacerdote y una joven burguesa, el humanista holandés Erasmo de Rotterdam, cuyo nacimiento tuvo lugar probablemente en 1466 ó 1469, se educó con los Hermanos de la Vida Común. Más tarde, ingresó en el convento agustino de Steyn, donde se familiarizó con los clásicos latinos y las nuevas corrientes humanistas. Tras ser ordenado sacerdote, en 1493 fue nombrado secretario del obispo de Cambrai. A partir de 1495, año en el que se traslada a París para estudiar en la Sorbona, Erasmo comienza el incesante peregrinar que caracterizaría toda su vida. Vivió durante varios periodos en Inglaterra, donde trabó amistad con Tomás Moro y John Colet, regresó varias veces a París, visitó diversas ciudades italianas —en Venecia colaboró con el impresor Aldo Manuzio—, residió durante cuatro años (1517-21) en Lovaina, y en 1521 se instaló en Basilea, ciudad en la que, tras seis años de estancia en Friburgo, murió en 1536. A este espíritu viajero correspondió una incesante actividad intelectual centrada en la traducción de textos clásicos y, sobre todo, en lo que consideró su principal objetivo: una nueva traducción del Nuevo Testamento y las ediciones de las obras de los Padres de la Iglesia. Junto a estos proyectos de gran envergadura, Erasmo publicó también otras obras a las que concedía menor importancia, pese a que sobre alguna de ellas, y en concreto sobre el *Elogio de la locura* (1511), se cimentaría su fama. También sus *Adagia*, recopilación de proverbios clásicos comentados, y varios tratados de espiritualidad tuvieron gran influencia. El humanista holandés mantuvo, en una época caracterizada por los conflictos religiosos, numerosas polémicas. Especial relevancia tuvo su disputa con Lutero, quien le urgía a que se pronunciara entre la Iglesia Católica y la Reforma. Aunque Erasmo procuró mantener siempre su independencia, hacia el final de su vida se inclinó del lado de Roma. Su figura y su obra alcanzaron una gran resonancia en su época y en otras posteriores.

◀ *Erasmo de Rotterdam en 1517. Retrato de Quentin Metsys. Galería Nacional de Arte Antiguo, Roma.*

ac uelut umbra quædã, fit ut præmij quoq; illi⁹ aliqñ gustũ, aut odorẽ aliquẽ sentiãt. Id tãetsi minutissima quædã stillula est ad fontẽ illũ æternæ felicitatis, tñ longe sup̃at uniuersas corp̃is uoluptates, etiã si oẽs omniũ mortaliũ delitiæ in unũ cõferant᷑. Vsq; adeo præstãt spiritalia corp̃alib⁹, inuisibilia uisibilib⁹. Hoc nimirũ est, qđ pollicet᷑ p̃pheta, oculus nõ uidit, nec auris audiuit, nec in cor hoĩs ascẽdit, quæ præparauit deus diligẽtibus se. Atq; hæc est Moriæ pars, quæ nõ aufert᷑ cõmutatiõe uitæ, sed p̃ficit᷑. Hoc igit᷑ q̃bus sentire licuit (cõtingit aũt p̃paucis) ij patiunt᷑ q̃ddã demẽtiæ simillimũ, loquũtur quædã nõ satis cohærẽtia, nec humano more, sed dant sine mẽte sonũ, deinde subinde totã oris speciẽ uertũt, Nũc alacres, nũc deiecti, nũc lachrymãt, nũc rident, nũc suspirãt, in sũma uere toti extra se sunt. Mox ubi ad se se redierint, negãt se scire, ubi fuerint, utrũ in corp̃e, an extra corp⁹, uigilãtes, an dormiẽtes, qd audierint, qd uiderint, qd dixerint, qd fecerint, nõ meminerũt, nisi tãq̃ p̃ nebulam, ac somniũ, tantũ hoc sciunt, se felicissimos fuisse, dũ ita desiperẽt. Itaq; plorãt sese resipuisse, nihilq; omniũ malint q̃ hoc insaniæ genus p̃petuo insanire. Atq; hæc est futuræ felicitatis tenuis quædã degustatiuncula. Verũ ego iãdudũ oblita mei ὑπὲρ τὰ ἐσκαμμένα πηδῶ. Quãq̃ siqd petulãtius aut loquacius a me dictũ uidebit᷑, cogitate & stulticiã, & mulierem dixisse. Sed interim tñ memineritis illius Græcanici p̃uerbij, πολλάκι τοι καὶ μωρὸς ἀνὴρ κατακαίριον εἶπεν. Nisi forte putatis hoc ad mulieres nihil attinere. Video uos epilogũ expectare, sed nimiũ desipitis, si q̃dẽ arbitramini me qd dixerim etiãdũ meminisse. Cũ tantã uerborũ farraginẽ effuderim. Vetus illud, μισῶ μνάμονα συμπόταν. Nouũ hoc, μισῶ μνάμονα ἀκροατάν. Quare ualete, plaudite, uiuite, bibite, Moriæ celeberrimi Mystæ.

ΜΩΡΙΑΣ ΕΓΚΩΜΙΟΝ Feliciter absolutum.

Ultra septa transilio.

Saepe etiam et stultus fuit opportuna locutus.

Odi memorem compotorem
Odi memorem auditorem.

*Prólogo*

# Erasmo: entre la historia y la actualidad

por ***José Manuel Morán***

## *¿Una figura que se aleja?*

*Erasmo de Rotterdam, la gran lumbrera del tránsito de la Edad Media al mundo moderno, es cada día que pasa un poco más desconocido del gran público, y su figura, de descomunal tamaño e importancia en su época y en los años de la Contrarreforma, se va desdibujando, camino de las notas a pie de página o de las relaciones de nombres que los escolares aprenden sin pasión y sin acercarse jamás a su obra. El gran sabio holandés, referencia obligada de aquellos momentos y de los incipientes intelectuales que escrutan los métodos y maneras que luego van a ser utilizados en todos los ámbitos universitarios y científicos, ¿merece, acaso, ese olvido y ese destino? ¿Fue sólo un gran polemista de su momento o, por el contrario, sus obras tienen una perennidad por encima de toda época? ¿Qué razones le empujan hacia esa oscuridad de los manuales y las tesis doctorales? ¿Qué ha cambiado en nuestro mundo para que la monumental obra erasmiana sólo sea objetivo de eruditos y académicos?*

*En las líneas que siguen quisiéramos reflexionar sobre este lento camino hacia el olvido, y recuperar, reafirmando, la vigencia del talante erasmiano en un momento en que nos hablan del ocaso de la Era Gutenberg, de la que él fue primogénito. Ahora, más acelerados que en aquellos comienzos del XVI, seguimos sin haber alcanzado ni la paz ni el sosiego que él propugnara. Ahora, cuando hasta la Era Tecnotrónica parece ya envejecida, seguimos sometidos a la intransigencia, a los maniqueísmos sin cuento y a la simplificación cuasi infantil de los problemas. Hemos adquirido herramientas y medios que no nos obligan a las*

◀ *Página del* Elogio de la locura, *en la edición de Basilea de 1515. El dibujo, obra de Hans Holbein el Joven, muestra a la Locura bajando de un púlpito.*

*fatigas de Erasmo para publicar sus escritos ni para ser un cosmopolita como habrá habido pocos. Pero seguimos tan perdidos, tan desorientados, tan desposeídos, como cuando el roterodamense extraviaba sus valijas y sus borradores. El asistió horrorizado al comienzo de las guerras de religión, a la división de la Humanidad entonces conocida en bloques intransigentes que se negaban a tender puentes. Hoy, cuando se cumplen cuatrocientos cincuenta años de su muerte, seguimos pendientes de esa división, y si bien hemos erradicado las pestes que a él tanto le condicionaban, no podemos decir lo mismo de las potenciales catástrofes y miedos. Es más, «sus pestes», «sus guerras», «sus persecuciones» podían generar mortandades numerosísimas, pero nunca tan absolutas e irrecuperables como las que ahora nos amenazan.*

*Esta figura que se aleja, en la medida que sus obras nos son cada día más ajenas y se refieren menos a los problemas diarios que nos acucian, es, sin embargo, una figura permanente y viva, que tal vez no encaje bien en el universo de monosílabos y de verdades-papilla de la televisión y las tribunas actuales. Pero sin ella, y sin otras que hayan asimilado su talante adecuándolo a nuestras necesidades y perspectivas, estaremos más cerca de la catástrofe, a la que, además, llegaríamos sin que nadie nos hubiera puesto ante la cruda realidad. La obra de Erasmo quizá se esté alejando. Su espíritu, su disposición, sería fatal que la acompañasen en ese viaje, pues entonces los siglos transcurridos parecerían vanos y estaríamos volviendo a redescubrir aquel mundo cerrado, de barreras y supersticiones infranqueables, que supuso, en algunos momentos, y en determinados aspectos, la Edad Media.*

## *Primogénito de la Era Gutenberg*

*Pero ¿por qué Erasmo? ¿Qué hay en este hombre para que después de tantos años todavía reclamemos su quehacer como paradigmático? ¿Que hay en él para que podamos prescindir de sus obras y, a la vez, nos neguemos a olvidar sus actividades y posturas? En primer lugar, quizá, su vinculación a la palabra y al texto impreso. En segundo, su continua matización, su incansable investigación en pos de nuevas aristas, de nuevas relaciones, de nuevas valoraciones de un mundo y una realidad cada día más complejos y cada día más racionalizables. En tercer lugar, pero no de menor importancia, porque en Erasmo se em-*

*piezan a concretar las ventajas y servidumbres del oficio de intelectual. Pero vayamos por partes y acerquémonos a ese Erasmo que corrige pruebas, que escribe en medio del ruido de las prensas, que gusta de los bellos y diáfanos caracteres y del trabajo bien hecho de sus amigos impresores.*

*Y es que Erasmo es Erasmo por la imprenta. Sin este artificio, sin todo lo que significó para la modernización del mundo medieval, que se derrumbaba bajo el peso tanto del silogismo como de la supercheria beata, él hubiese sido un buen clérigo, quizá no tan ilustrado como lo fue, y, lo que hubiese sido fatal, sin la proyección universal que las múltiples ediciones de sus escritos le dieron.*

*Con ser importante el latín que empleaba, con ser atractivo el propósito teológico que le impulsaba, con ser encomiable su laboriosidad y su constante quehacer, de nada hubiesen servido para que su obra se valorase, positiva o negativamente, en los más recónditos rincones. Con razón Huizinga trae a colación la figura de Nicolás de Cusa para que caigamos en lo decisivo que resultó el poder imprimir y el poder incorporarse a la primera revolución editorial. El es, pues, el primer hijo de una época que se abre y que ahora algunos pretenden que concluya por el empuje de medios audiovisuales y mensajes menos aptos para la reflexión y la relectura. El aprovecha los recursos de la época, mínimos vistos desde hoy, pero inmensos si se contemplan desde la perspectiva de los copistas medievales.*

*Con Erasmo y con la imprenta se abre, además de la época intelectual más decisiva para el desarrollo de la humanidad, todo un modo de producir y difundir ideas. Las cartas, hasta entonces irreproducibles masivamente, están en la base tanto del periodismo de opinión como del artículo especializado. Erasmo opina para sus amigos sabiendo que al final opinará para todos los que lean las epístolas compendiadas e impresas, y opina tanto sobre los vinos de Borgoña como sobre el tema clave del momento: la restauración de la teología a través de la vuelta a los orígenes y la asimilación de la Antigüedad grecolatina. Con él se inicia el quehacer de unos profesionales dedicados al libro y al producto intelectual, orientado primeramente a las elites cultivadas y que, con posterioridad, llegará a la mayoría en un proceso pedagógico siempre inacabado. Erasmo es, pues, el primogénito de una época que emerge arrolladoramente, a la par que a nuevos mundos y descubrimientos, tanto geográficos como científicos, al nacimiento, todavía incipiente y rudimentario, de lo que hoy conocemos como industrias culturales.*

## *Finalidad, matices y ambigüedad de la obra*

*Pero Erasmo no sólo escribe en el sentido mecánico del hecho. El paradigma intelectual erasmiano radica a la vez en el oficio y en la finalidad. Y también, y de manera esencial, en cómo se atiende a los fines y propósitos, haciendo acopio de visiones complejas y múltiples del problema y salvaguardando la independencia y la libertad personal del «plumífero».*

*La modernidad de Erasmo radica en que escribe orientadamente, tratando de restaurar la teología a través de la vuelta a las fuentes (¡qué reciente y ecuménico nos suenan tales intenciones y cuán lejano nos parece ahora, por los vientos que soplan, el Vaticano II!), incorporando el mundo clásico en apoyo de una fe cristiana más limpia, más sobria, más cercana a las realidades explicables, y alejada de los oscurantismos y de la ampulosidad, tan beata como irracional. Pero ese intento de renovar la vida religiosa chocará de inmediato con la escolástica y la predicación artificial y alambicada, y contribuirá, más como catalizador que como causa primera, a agrandar las tensiones de la época. Además, ese mundo en que Erasmo quiere incidir se está volviendo, por momentos, más inmenso, más interrelacionado, más complicado en fin. Y en él ya no caben lo blanco o negro simplemente. Ya no hay lugar para lo simple ni para síntesis apresuradas. Todo lo contrario, lo que se impone es el análisis profundo, y lo que resulta es más la paradoja, la confusión, la multitud de cuestiones, que las respuestas de la fe ciega del carbonero.*

*Y Erasmo acude, por obligación intelectual, al matiz, a ser exhaustivo, al detalle y a la minuciosidad, aun a riesgo de parecer que no responde o escabulle su contestación a los delicados temas que trata. Sus apreciaciones se multiplican y su profundidad desconcierta. Es, en definitiva, el precio del rigor y la seriedad.*

*Pero acude al matiz, también, en defensa de su independencia y protegiéndose de antemano ante los ataques y los encasillamientos. El, que quiere ser claro y que aborrece las creaciones demasiado barrocas o crípticas, se acoge al paraguas protector que le brinda el dominio de una ambigüedad calculada. Unas veces será el tributo a la honestidad intelectual; en otras, y sus detractores se cebarán en tal debilidad, la indefinición no pasará de ser una argucia para no verse implicado, para intentar un imposible: permanecer en medio del fragor de la batalla como un espectador más.*

## *Grandeza y miseria del oficio*

*Pero si la obra está sujeta a esa doble condición de producto orientado y finalista, y a la vez abierto a la multiplicidad de interpretaciones, el oficio de Erasmo se manifiesta, también, con una doble dimensión. Por un lado, con él se inicia palpablemente un modo de ganarse la vida a través de la producción intelectual y, por otro, Erasmo escribe porque sus ideas, además de interesantes y capaces de ser comercializadas en libros, parten de un hombre independiente. Son las ideas de alguien que no está sometido, que no es un vocero de otros ni un nuevo transcriptor de ecos nacidos en otras épocas y otros medios.*

*El mundo moderno está interesado, por tanto, en la novedad de ideas, y de la originalidad y de su calidad expresiva se va a poder vivir, o al menos se puede intentar sobrevivir, sin tener que acudir a ocupar un puesto más entre los criados y bufones de los poderosos. Y es ahí donde se encierra esa dualidad, pues Erasmo se ve sometido a lo largo de su carrera a esa doble tensión de independencia y originalidad, y también, a tener que aprovechar las pequeñas prebendas, las mínimas retribuciones para poder seguir siendo lúcido. Es un tira y afloja que empieza en los trabajos que hace en su juventud de «aprendiz» de escritor, apto tanto para corregir pruebas de imprenta como para añadir unos párrafos que el «maestro» no pudo escribir, y que concluye cuando ya es una personalidad de tal influencia que hasta sus desvaríos acerca de las estufas alemanas son objeto de interés editorial.*

*La figura de Erasmo es, quizá, más ejemplar en estas pequeñas minucias, en los ruegos sin rogar para conseguir unas monedas, en el cuidado para que se difundan y se vendan sus ediciones; y es, igualmente, menos paradigmática en aquello de lo que todos los que escriben alardean: en producir para un fin noble y elevado. La subsistencia, las pequeñas humillaciones, los sinsabores de un pago que no llega o unas monedas que se confiscan en una aduana, aunque sean soldada de un ejercicio literario, no se suelen contar. Es de mal tono y afea la perspectiva histórica de los consagrados. Pero sin esas angustias, sin esa venta y comercialización del producto, puede que nunca hubiéramos tenido intelectuales como hoy los conocemos e, incluso, a veces admiramos. De no existir esos incipientes «derechos de autor» lo más probable es que sólo tuviésemos juglares cortesanos que regalasen el oído del señor que los alimentase y vistiese.*

## «Establecimiento» y poder

*Y es que con Erasmo el «establecimiento», constituido hasta entonces por los nobles y los altos eclesiásticos, se abre a una «nueva clase»: a los que piensan y expresan sus pensamientos. A los poderosos, tanto en lo material como en los negocios de lo espiritual, se van a sumar, a partir de entonces, las «autoridades intelectuales», las que forman opinión. Erasmo es, desde este punto de vista, un precursor de lo que serán los sabios de épocas posteriores y los tecnócratas de nuestra época. El ser especialistas en un tema, el tener reconocida capacidad y autoridad en el mismo, les dará acceso a ese mundo de la elite que las gacetillas periodísticas definen como «el todo...» Pero les comprometerá, a la vez, a definirse sobre materias que desconocen o en las que su opinión no es mucho más original que la del más iletrado de sus conciudadanos. Y a definirse, claro es, en la línea que manda el «establecimiento», en defensa de los intereses de la «situación» dominante.*

*Erasmo, el reconocido Erasmo, va a verse instado en multitud de ocasiones a que opine, a que defina, a que apoye o ataque. Va a ser solicitado para que cumpla un papel de miembro preclaro del «establecimiento» y va a ser aupado hasta las gradas del poder para que tales opiniones resuenen con mayor amplitud y caigan sobre unas masas desorientadas por la crisis y por el bamboleo a que se está sometiendo a las autoridades de todo tipo.*

*Y es entonces cuando Erasmo volverá a mostrarse como un ejemplo a seguir, más por debilidad y por miedo que por heroísmo y firmeza de convicciones. El está en las gradas del poder, ciertamente, pero no ve claras ni nítidas las consignas que de él emanan. El aprecia miles de matices y, además, sabe que en la simplificación va implícita la ruptura, va encerrada la discordia y la división. Servir, pues, al poder es tanto como comprometerse con un partido y en ello va tanto el que se enemisten con uno los del otro partido, como la certeza de que se están cegando las vías para la evolución, para la concordia y para el progreso cristiano. No ir a Worms ni a Ausburgo es algo más que el miedo a tomar partido y la indecisión que a veces asalta a cualquier intelectual: es la apuesta que desde un cuarto de trabajo se hace en favor de unas soluciones negociadas que nunca tendrían cabida en el apasionado ambiente de las Dietas.*

*Erasmo es, pues, un miembro preeminente del «establecimiento». Y su preeminencia es tal, su autoridad es tan desme-*

*surada, que puede automarginarse y eludir los requerimientos del poder. Sus enemigos, tanto los coetáneos como los posteriores, veían en ello unas veces la altivez y otras el miedo. Incluso algunos llegaron a denunciar, alevosamente, la doblez, la astucia y, en definitiva, la falta de compromiso y valentía para defender lo que se debe creer. Desde nuestra perspectiva, más cómoda y a la vez más escarmentada, es estimulante pensar que la autoridad intelectual de que gozaba nuestro hombre podía salvaguardar, entonces claro, la independencia de criterio y compromiso. Y desde esa perspectiva nos asalta la duda, ahora que «establecimiento» y poder suelen ser la misma cosa, si hoy se permitirían esos lujos y silencios.*

## *Las contrafiguras*

*Así, mientras Erasmo se recluye entre sus libros y su copiosa correspondencia, surge a su alrededor un reducido conjunto de contrafiguras que dan la verdadera dimensión del holandés. Tres de ellas —Moro, Lutero y Loyola— le darán la réplica, explícita o implícitamente, por el hecho de que acabarán definiéndose. El cuarto, Maquiavelo, porque veía las cosas como son, no como debieran ser.*

*De esta forma, mientras Erasmo, cargado de erudición y conocimientos, pero también de escrúpulos y dudas, se escurre y huye materialmente de aquellas circunstancias que le empujan hacia una clarificación de posturas, Moro, atendiendo a las exigencias de su conciencia, perderá la cabeza bajo la espada del verdugo. Tenía, evidentemente, luces y talantes parecidos a los de su amigo, pero, como se vio, le superaba en humanidad y en valor. El inglés, menos sabio que el roterodamense, es recordado por tal coraje, no por sus escritos, con ser todavía leída su* Utopía. *Erasmo, al que al final sólo le quedaron sus textos, conservó la cabeza, pero poco a poco su figura se diluye, pues hay escasos atractivos en esas fugas para eludir apostar, para conseguir mantener a la vez la independencia y la borrosa neutralidad.*

*Si eso pasa con un Moro tan afín y tan cercano, ¿cómo resistiría el contraste con Lutero y Loyola? Ambos son «guerreros» por antonomasia. Ambos se sienten combatientes por una idea y luchan por ella, conscientes que hay que hacerlo hasta el final, y autoconvencidos de que están luchando por la verdad, por su verdad. Las buenas maneras de Erasmo les son extra-*

*ñas y en la disputa del «libre albedrío» que aquel mantiene con el agustino alemán, éste nunca entenderá los lazos que nuestro hombre le tiende. De nada servirán sus puertas entreabiertas a un compromiso, su caminar hasta el medio trecho en busca del encuentro. Son dos concepciones tan opuestas que al transitar por caminos distintos jamás se cruzarían. Erasmo, el educado Erasmo, se verá arrumbado por la Historia. Quería ser espectador y ni siquiera eso le será concedido. Los otros, con menos remilgos y tanta decisión como inconsciencia, se lanzaron a dominar el combate que el binomio Reforma-Contrarreforma abrirá para los próximos siglos. El primero quiere influir en la Historia. Los otros, con menos aspiraciones intelectuales, la hicieron.*

*Y por último, el florentino. Erasmo es en sus concepciones políticas todavía de otra época. Su deber ser, su moral, será inoperante en cualquier tiempo, pero mucho más en los momentos de crisis que él vive o en los apresurados tiempos que desde entonces se sufren. Maquiavelo, por contra, pletórico de realismo, sabe que la fortuna es caprichosa y que los hombres no dejan mucho margen para la confianza y la esperanza en un mundo nuevo. El holandés buscaba en la Antigüedad los buenos ejemplos y las mejores letras. El florentino extraerá símiles que atestigüen sus afirmaciones, que confirmen sus reglas y muestren, en definitiva, que en la lucha por el poder y su conservación hay que aprovechar amoralmente las circunstancias. El uno se pierde en la Historia y todos desearíamos ser tan «sensatos» en el análisis como él era. El otro, que nos repugna a veces por su cinismo, o incluso por su transparencia, está siendo leído hoy más que nunca, aunque todavía no sea moda el alardearlo. Y es que antes se pensaba que las luchas por el poder quedaban reducidas al ámbito político. Ahora, quizá descubriendo un nuevo mediterráneo, más de uno ha comprendido que el poder y sus disputas anejas es consustancial a las organizaciones, ya sean clubes piadosos o grandes firmas transnacionales.*

## *Erasmo hoy*

*¿Qué queda, pues, de Erasmo? ¿Qué interés puede despertar una figura tan encumbrada entonces como oscurecida hoy? Queda el talante, aunque se desdibujen las ideas. Y eso es lo vivo de Erasmo, eso es lo actual, eso es lo apasionante. Es, en definitiva, la actitud del intelectual ante la vida, su duda metó-*

*dica y su vocación, tanto pedagógica como de concordia, lo que hace perenne la presencia del holandés.*

*Son las buenas maneras, el gusto por el rigor intelectual, la dedicación a la mejora cultural, su innegable impulso por unir, por comprometer mundos aparentemente enfrentados, lo que sigue y seguirá teniendo vigencia. Es esa actitud ante un mundo que se sabe complejo y multirrelacionado, ante una realidad que es difícil y que tiene multiplicidad de caras, diversidad de recursos, y multitud de posibilidades y peligros, la que es propia de un intelectual. Es la duda, la angustia por la duda, antes de tomar soluciones demasiado simples que cierren otras salidas o que agosten otras oportunidades donde la mayoría se pueda identificar.*

*Queda de Erasmo su vocación pedagógica, su voluntad pacificadora, su intento de ilustrar desde arriba y su servicio a la comunidad universal. Queda de él su reclamo por un mundo donde las apariencias, la ampulosidad y la superstición cedan el paso a la sobriedad, a la elegancia y al libre raciocinio. Es obvio que, en nuestra época, tan espectacular y tan sincrética, tan compleja y a la vez tan simplificada, dichas actitudes chocan con los hábitos de vida que nos van imponiendo poco a poco. Erasmo es la reflexión personal. La consigna actual es la sumisión a la moda y, lo que es más grave, la inconsciente dejación ante el Poder. Si Erasmo no hubiese existido, si él no hubiese sido un ejemplo, a la vez, de la duda y la independencia, de la indecisión, pero también de la profundidad de análisis y de la indagación, habría que inventarlo.*

## *Detalles, anécdotas, biografía*

*Y eso es lo que hace Huizinga en su biografía. Erasmo vuelve a vivir en sus páginas y se nos hace presente, como dice Lucien Febvre, con sus mil caras, con sus múltiples dimensiones. Huizinga teme haber hecho un flaco favor al holandés, pues le muestra tal como fue, saliéndose bastante de lo que es tarea usual en los biógrafos.*

*Sin embargo, esa es la propia grandeza de esta biografía. Es una vida total, donde vemos a Erasmo suplicar, quejarse y moverse no sólo por impulsos excelsos, sino también por los pequeños problemas o por los escrúpulos menos caritativos que a todos nos asaltan y que nunca manifestamos. Es un Erasmo de carne y hueso lo que se nos muestra en las páginas que siguen,*

*no el que cabe en las tesis académicas, no el que fue y es maravilla de erudiciones. El autor, con su gran visión histórica, se da cuenta de que tal exposición pudiera resultar enojosa para el biografiado; se da cuenta de que, a través de los detalles, de las anécdotas, es más fácil palpar la ramplonería del comportamiento, mientras se nos escapan los pensamientos y las controversias interiores que sin duda asaltarían a nuestro hombre. Su realismo le asusta al historiador holandés y, no obstante, es en ese realismo, en ese ir a los pequeños gestos, donde estriba la grandeza de esta obra que, como muy bien apunta Febvre, es una inmejorable continuación de* El otoño de la Edad Media. *Lo que ocurre es que antes el gran historiador nos mostraba todo un escenario, mientras que ahora, y nunca se le agradecerá bastante, nos descubre a uno de los protagonistas, a una de las estrellas principales del drama que supuso abandonar la Edad Media. Su vértigo estriba en que antes enfocaba todo el paisaje, mientras que ahora se está fijando, quizá con demasiada cercanía, para anotar las arrugas y lunares, en un hombre que actuaba de intelectual reconocido.*

*En ella laten todos los elementos para comprender el drama y la grandeza de Erasmo, y en ella están desde los más nimios recuerdos hasta las amenazas y maldiciones de Hutten, tan proféticas, acerca de la lucha interna de las propias ideas erasmistas. Y es que Erasmo fue, antes que un intelectual de su tiempo, un paradigma del oficio que los hombres dedicados a las ideas y a su difusión tienen que acometer. Desde entonces, la maldición de Hutten persigue a los más auténticos, lacera a los más sensibles e incluso lleva a algunos a desistir en favor de las consignas y el dogmatismo irreflexivo o interesado. Al resto, les recuerda que la contradicción, el error, la equivocación y la soledad subsiguiente acechan en cualquier lance y circunstancia.*

*Y, a pesar de todo, la figura de Erasmo sigue siendo un ejemplo a considerar, pues los riesgos de la inutilidad de la obra, de la soledad y el olvido, de la trituración de las ideas más complejas y reflexivas bajo el molino del Poder o de los tiempos maniqueos que vivimos, nunca deben ser disculpa para perder la independencia de criterio, la libertad del intelectual. La angustia ante los embates, las disculpas y los pasos atrás son síntomas de la debilidad y la fragilidad de Erasmo. Pero son síntoma, también, de su humanidad. Sólo los arquetipos literarios o las creaciones de ficción no pecan ni yerran. Nosotros, como Erasmo, nos contentaríamos con fracasar a veces, si a la postre siguiésemos siendo tan libres y tan independientes como él lo fue.*

*Para cerrar este prólogo, sencillo pórtico a las páginas magistrales escritas por Lucien Febvre, páginas que se recogen a continuación, señalar aquí el deliberado homenaje a Erasmo, en otra de sus facetas, la de ciudadano de una Europa por encima de las fronteras y de los pueblos, rendido por Salvat con este libro. Y es que no se puede dejar de señalar que su traducción ha sido realizada en Budapest, esa hermosa ciudad a orillas del Danubio, río por el que alguna vez se volverá a soldar Europa. Allí, Cristina Horányi realizó un trabajo sumamente cuidadoso, sereno y pleno de vigor, en la mejor tradición erasmiana. Por su parte, Mátyás Horányi procedió a realizar el contraste del texto con las ediciones publicadas en varias de las lenguas de Europa, de lo que resultaron numerosas matizaciones y observaciones que han sido muy útiles para el editor —y, en definitiva, para el lector—. Sean, pues, estas líneas reconocimiento al trabajo bien hecho, muestra de aprecio y simpatía a cuantos hispanistas hay por el mundo, y, ante todo, contribución al merecido homenaje a Desiderius Erasmus Roterodamus en el cuatrocientos cincuenta aniversario de su muerte.*

*Introducción*

# El Erasmo de Huizinga

*por* ***Lucien Febvre***

Erasmo, Proteo de cien caras; Erasmo, anguila inaprensible: así se indignaba fray Martín Lutero, con una indignación vehemente de hombre de pueblo, de hombretón sanguíneo, de hombre que ingenuamente se cree sencillo y se enfurece cuando, al hacer la pregunta decisiva: «¿Negro o blanco?», le contestan, con voz suave y una leve sonrisa: «Y gris, ¿qué le parece, querido doctor?»

Lutero. Pero no solamente Lutero. A sentarse frente al gran Erasmo han venido, uno tras otro, Quentin Matsys, Hans Holbein, Alberto Durero. Nada menos. Ahora bien, resulta sumamente interesante y significativo que lo que finalmente queda de sus tentativas sean únicamente imágenes de Erasmo de perfil: así es la admirable medalla de 1517 firmada por el hijo del herrero de Amberes, al igual que el asombroso retrato del Louvre que se ha convertido para la posteridad en el único verdadero retrato de Erasmo.

De Erasmo, de ese modelo desconcertante. Mirad alrededor: existen en nuestra época erasmistas muy notables. No hace falta recordar los amplios trabajos de Augustin Renaudet y el hermoso libro de Marcel Bataillon, *Erasmo y España*. Y sin embargo, ¿qué nos ofrecen tales historiadores? ¿Un retrato de cuerpo entero del cantor de la *Moria*? No. Estudios muy profundos, de incomparable sagacidad, sobre determinados aspectos del gran hombre. Pero no reconstruyen íntegramente su fisonomía total. Por mil razones, se abstienen. Se interesan siempre por el campeón de la filosofía de Cristo, por el apologista de un cristianismo simplificado, depurado, reducido a las proporciones de un evangelismo sin dogmas, acaso sin moral; hablan siempre del exégeta del Nuevo Testamento, del sostén y luego del adversario de la Reforma alemana. El comensal de Aldo Manuzio, el reformador del lenguaje escolar, el recopilador de la sabiduría antigua de los *Adagios* y de los *Apotegmas* ciertamente no les resulta des-

conocido, pero prefieren dejarlo en relativa sombra. Y en cuanto a presentar simultáneamente a los dos Erasmos —suponiendo que no haya más—, en cuanto a verlos vivir al uno con el otro desde el comienzo hasta el fin, en cuanto a señalar la parte que en las iniciativas corresponde al uno y al otro... nada, no consideran necesario hacerlo. Su Erasmo es siempre aquel que lee el Evangelio. No el que se complace en la lectura de Terencio.

La originalidad, el valor y el mérito del *Erasmo* de Huizinga reside en ser, en querer ser, un Erasmo total. No el perfil perdido del roterodamense. Un verdadero retrato de cuerpo entero, de frente, a tamaño natural, que quiere mostrarlo todo: al devoto de San Pablo y al amigo de Horacio; al cristiano del *Enchiridion*, al pagano de los *Adagios* y al sabio de los *Coloquios*; pero no a uno de ellos sin los demás. Valientemente, Huizinga quiso descubrir, sin mostrarse nunca especialmente orgulloso de su valor, el verdadero rostro de Proteo: a lo mejor se equivocó —haciendo cien rostros—, pero lo descubrió y nos lo enseña. Huizinga quería apresar a la anguila: nos la tiende. Hela aquí. Se debate todavía, pero Huizinga la sujeta con mano firme. Está entera, de la cabeza hasta la cola.

Y es una novedad grande, aunque no lo parezca. De hecho, cuando por vez primera uno de nuestros erasmistas abre el libro de Huizinga, en seguida le resulta difícil ocultar su asombro: «¿Qué, una biografía? ¿Nada más que una biografía? ¡Vaya idea!» Y su primer gesto es una mueca (lo sé muy bien: hice lo mismo en otro tiempo), recordando a Feugère, al honrado Feugère, que hacia 1870 contó por extenso, en una tesis eruditamente aburrida de la Sorbona, la vida y las obras del autor de los *Coloquios*.

De hecho, el libro de Huizinga comienza simplemente con el nacimiento y al nacimiento del héroe. Y termina, no menos simplemente, a la muerte y con la muerte del mismo. No es una gran obra de erudición abundante en referencias y reflexiones a pie de página. Tampoco es una pintoresca, dramática y variopinta evocación de un importante capítulo del Renacimiento. Es una biografía, una biografía más... Pero empezamos a leer, y el libro comienza a imponerse a nosotros con una sencilla y firme autoridad. Estamos un poco sorprendidos de lo que nos está pasando, luego nos sentimos conquistados. La mueca desaparece y, mientras dejamos que se deslice nuestro pensamiento al margen del texto, nos asombra todo lo que vamos descubriendo. Este es el milagro que produce un libro que a primera vista parece tan sencillo, tan natural, tan poco milagroso...

Sólo nos ofrece un ejemplo, pero decisivo. Dos páginas, tres páginas, cuatro páginas, y he aquí que ante nosotros se levanta un enigma. El enigma de Erasmo. Nada menos.

Vemos que un hombre joven de gran talento y de una extraordinaria capacidad intelectual entra, o le hacen entrar, como a tantos otros de su tiempo, al servicio de la Iglesia. Se instala en un convento de su país, Holanda. Y se inicia con pasión no en las riquezas y los secretos de la literatura religiosa, sino en las bellezas profanas de las letras clásicas. Lee todo lo que puede de los prosistas. Se esfuerza por descubrir el secreto de la métrica y del ritmo de los poetas. Este es su tema principal y su constante preocupación. Y de esta forma, tenemos cartas suyas, cartas de juventud, dirigidas no a jóvenes frívolos y profanos, sino a religiosos, a frailes como él. Y el canónigo regular de San Agustín, el sacerdote que Erasmo es, les habla de todo, excepto de piedad. De todo no: con frecuencia de sus asuntos particulares y siempre de la Antigüedad.

Sé muy bien que la carta es un género literario. A pesar de ello, es un hecho que en el volumen primero de la edición de Allen las cartas de juventud del joven gran hombre se suceden desde la página 73, donde aparece la primera (1484), hasta más o menos la página 250, donde ya se sobrepasa el centenar (1499): efusiones sentimentales, dirigidas a veces a compañeros de convento o de estudios, que nos desconciertan por sus excesos de ternura; abundantes citas clásicas; continuas imprecaciones contra los malos espíritus que era preciso exorcizar: Papiam, Huguitionem, Ebrardum, Catholicon, Joannem Garlandum, Isidorum... —toda esa fauna para cuya caza se estaba preparando otro fraile, Rabelais, en su convento de Poitou—; invocaciones, en cambio, llenas de fervor, a los santos eficaces y bienhechores: Maronem, Horatium, Nasonem, Juvenalem, Statium, Martialem. Esto es lo que se encuentra en las cartas dirigidas a Servaas Rotger, a Cornelis Gerard, a Sasboud y luego a Wilem Harmens: cartas total y únicamente profanas.

Después de esto, la vida, que le va llevando de país en país, le deposita en Inglaterra. Se encuentra allí con un tal John Colet, que trabaja en Oxford. Una carta, dos cartas, tres cartas, y San Pablo empieza a reemplazar a Terencio en la correspondencia de Erasmo. La teología aparece como reina y señora. Erasmo se propone, no entretenerse con Colet en el culto de las buenas letras, sino mantener relaciones con él para enriquecerse, a partir de ahora, en el conocimiento y la comprensión de las letras sa-

gradas: *per epistolas de litteris sacris*. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Que Erasmo, tocado por la gracia a través de John Colet, se ha convertido? Nada nos autoriza a suponerlo. Nada indica la presencia de una crisis de conciencia en Erasmo. Y nada revela en Colet al médico que cura o venda a un alma herida: digamos, si se quiere, el Staupitz de Erasmo. Si hubiera desempeñado ese papel, Erasmo nos lo hubiera dicho —quiero decir, que alguna alusión, algún agradecimiento u objeción nos lo hubiera revelado en el texto de sus largas cartas—. Pero no. Nada. De la forma más natural del mundo, Erasmo, que hasta entonces había escrito únicamente cartas según el espíritu del Renacimiento, va llenándolas ahora de propósitos religiosos que salen de su pluma con absoluta naturalidad. Escribe acerca de ellos con la misma espontaneidad que antes. Cosa rara, en realidad... Erasmo está aquí, ante nosotros, con su fluidez de estilo, con sus curiosidades literarias, su Terencio al alcance de la mano, sus modestas ambiciones de letrado en busca de buenos puestos de preceptor o de verdaderos mecenas. Es como si Colet hubiera abierto, a finales de 1499, un libro hasta entonces cerrado, haciendo salir de él riquezas ocultas, insospechadas: todo un Erasmo desconocido, por sí mismo y por los otros, y dispuesto ya a redactar el *Enchiridion* o a preparar la edición crítica de la Biblia: *¿Novum instrumentum?* Después de esto, Allen (vol. I, página 290, nº 290) : *Desyderius Erasmus Roterdamus Guilielmo Moniqio, Comiti cum primis illustri, Salutem dicit*; es la dedicatoria de los *Adagios* a lord Mountjoy, junio de 1500. Y toda la Antigüedad desfilando otra vez. Cosa rara, en verdad, y ¿lo raro es Erasmo?

«Se sabía, Huizinga no inventa nada...» ¡Naturalmente! Pero la valentía que tuvo, la tranquila valentía de sentarse frente al modelo y decirle: «No se fuerce, no busque una pose complicada; muéstrese a sí mismo, tal como es, y, sobre todo, entero...» Esa valentía encontró su recompensa. Los problemas surgen por la proximidad de los datos y los hechos. ¿Qué problemas?

¿De psicología individual? Eso no es nada tratándose de un hombre como Erasmo. Pero esa especie de hiato que revela la correspondencia del roterodamense y delante del cual nos coloca bruscamente la clarividencia de Huizinga con pocas y muy sencillas palabras, esa especie de hiato es de vital importancia para nuestra comprensión del siglo XVI.

Por un lado, tenemos el Renacimiento, y por otro, la Reforma. Densas nociones escolares, etiquetas aplicadas tradicionalmente a ese siglo a la vez liquidador y precursor, el de Erasmo

y Lutero, de Maquiavelo y de Bodin, de Rabelais y de Montaigne. Los oponemos por una vieja costumbre. Subrayamos los conflictos. A los hombres del XVI que estudiamos para intentar comprenderlos, les ofrecemos una elección: ¿Renacimiento o Reforma? Les dejamos vacilar durante algún tiempo. Flirtear aquí y allá. Pero a condición de que finalmente elijan. Y de que no intenten hacernos creer que es posible ser devoto de Cicerón a la vez que discípulo de San Pablo. «Perdón —nos dice Huizinga con discreta suavidad—. Perdón. Observad a Erasmo...»

Erasmo no elige. Une. Los autores antiguos, sí, para formar al hombre completo, al hombre perfecto, al hombre por excelencia. Ese fruto de las buenas letras alimentadas por todos los juegos de la sabiduría grecorromana, de la urbanidad y de la elegancia, del gusto y de la hermosura de los grandes antiguos. Y luego, para completarlo, para coronarlo, para conquistar el grado de madurez que debe alcanzar el hombre, las letras sagradas. No esas lecciones adulteradas, aquellos argumentos de vana sutileza forzosamente groseros, ni las lamentables discusiones escolares de que siempre suelen alimentarse los clérigos en los colegios, no; la sencillez divina de un cristianismo descubierto en sus fuentes: el cristianismo de Cristo y no aquello de los doctores del Templo; el cristianismo de Pablo y no aquello de Escoto y de los escotistas.

La Antigüedad y Cristo: ¿un conflicto, un combate? ¡En absoluto! Primero, la Antigüedad, para formar la estatua del joven y de la joven encaminados a alcanzar con los recursos del hombre su perfección natural. Después, Cristo, para dar vida a la estatua con su soplo divino, para colocar en ella sus rasgos, imprimir en su rostro esa especie de radiación que viene del otro mundo... Erasmo es esto. La gran idea de Erasmo. Del Erasmo anterior a 1517.

No voy a continuar. Aquí está el libro, y habla con voz suficientemente alta. He querido mostrar simplemente cómo nos incita en cada momento a reflexionar, por su propia modestia, su serenidad y su simplicidad. Todo lo que esta «biografía», tan sencilla, tan poco pretenciosa, tan discreta de tono y desarrollo, añade a nuestro conocimiento del gran Erasmo y de su siglo. Pero ¿conviene hablar de conocimiento? Lo sorprendente del libro de Huizinga es que no enseña, sino que aclara. Explica sin la menor pedantería. Hace comprender con absoluta serenidad.

Un libro de un holandés sobre otro holandés... Entre tantos problemas que evoca, Huizinga tampoco elude éste. Su Erasmo

es realmente de Rotterdam, y nos dice por qué. Las páginas que dedica a la Holanda contemporánea de Erasmo tienen, en su simplicidad y su claridad, una fuerza singular de evocación y de inteligencia. La misma fuerza del historiador que dio a la historiografía universal un gran libro, original y nuevo, al escribir *El otoño de la Edad Media*, y que repitió su logro, antes de morir, el día que escribió su *Erasmo*.

No hay que mezclar los problemas. Pero, en fin, ya que la palabra morir ha venido a mi pluma —y porque un sabio como Huizinga murió proclamando con su actitud su fe, su invencible fe en los valores espirituales que la Bestia, más fuerte que nunca, quiso en esa ocasión aniquilar—, podría añadirse que su Erasmo ciertamente no fue para él un simple juego, la diversión de un gran historiador atraído por una gran figura. Hay muchas grandes figuras en la Historia. Huizinga ha elegido ésta. Indudablemente, no lo hizo por casualidad.

¿Interés de un holandés por otro holandés? Puede ser. Algo hay también de eso, y ya lo hemos dicho. Pero también hay otra cosa. El gusto de un moderado por un moderado. El gusto, que no se esconde, que se revela con orgullo, de la moderación por la moderación.

Todo el libro de Huizinga es una advertencia al lector contra una idea que el autor repudia: la de que Erasmo, a fin de cuentas, por ser un moderado, ha contado menos, ha pesado menos en la historia —de su siglo y de los venideros— que los violentos. Menos que Lutero, si se quiere, y que Loyola. Pues no, no y no. Erasmo reinó en la llanura; y la llanura está al menos tan poblada como la montaña. Y la gente de la llanura no le abandonó. Es cierto que no se agruparon en batallones, en regimientos, en cuerpos armados, para marchar, detrás de él, contra los enemigos. La gente de la llanura tiene cierto miedo natural a los golpes, y a esos grandes diablos serranos de brazo fuerte y genio aventurero, que les impide hacer tales excesos. Simplemente, guardaron en la memoria las lecciones de Erasmo. Sólo para sí mismos. Esperaron a que la tempestad amainara. Y cuando otra vez salió un sol pálido, nuevamente se mostraron fieles a Erasmo en lo esencial. Erasmo, su hombre, el de las suaves maneras. El hombre que aborrece toda violencia. El hombre que no es, no quiere ni puede ser de ningún partido, salvo, como mucho, del de la razón y la modestia, la urbanidad y la paz; partidario del descanso lejos de las ciudades, en la campiña dulcemente dispuesta donde se tiene toda la libertad para ser un hombre honrado.

¿Un héroe? No, seguramente no. ¿Un profeta? Menos aún. Un pequeño hombre frágil, enfermizo y pulcro. Que nunca dice una palabra más alta que otra. Pero al que es bueno consultar cuando se aproxima la tormenta. Cuando se siente vértigo. Cuando los jóvenes sueñan con frenéticas hazañas, con convulsiones catastróficas y con glorias. Cuando hay que esperar durante meses y meses, agachados, a que pase la tempestad, murmurando con los torturados de la balada de Aragón:

*Vosotros, fabricantes de muertes,*
*nunca jamás seréis los más fuertes...*

Para fabricar vidas, un Erasmo no tiene poder. Seguro que no. Pero para decir *NO* a los fabricantes de muertes, hay que reconocer que no tiene igual. «La civilización —escribió hace tiempo E. F. Gautier— elimina sólo a los animales salvajes. Hace prosperar a los domesticados, al rebaño...» Lo escribió en 1929, con una mueca. Una mueca para con el rebaño. Después de todo, quizá pueda excusarse al europeo si, sentado sobre las ruinas de Europa*, los animales salvajes le parecen un poco menos hermosos. Y si piensa que el rebaño tiene algo bueno.

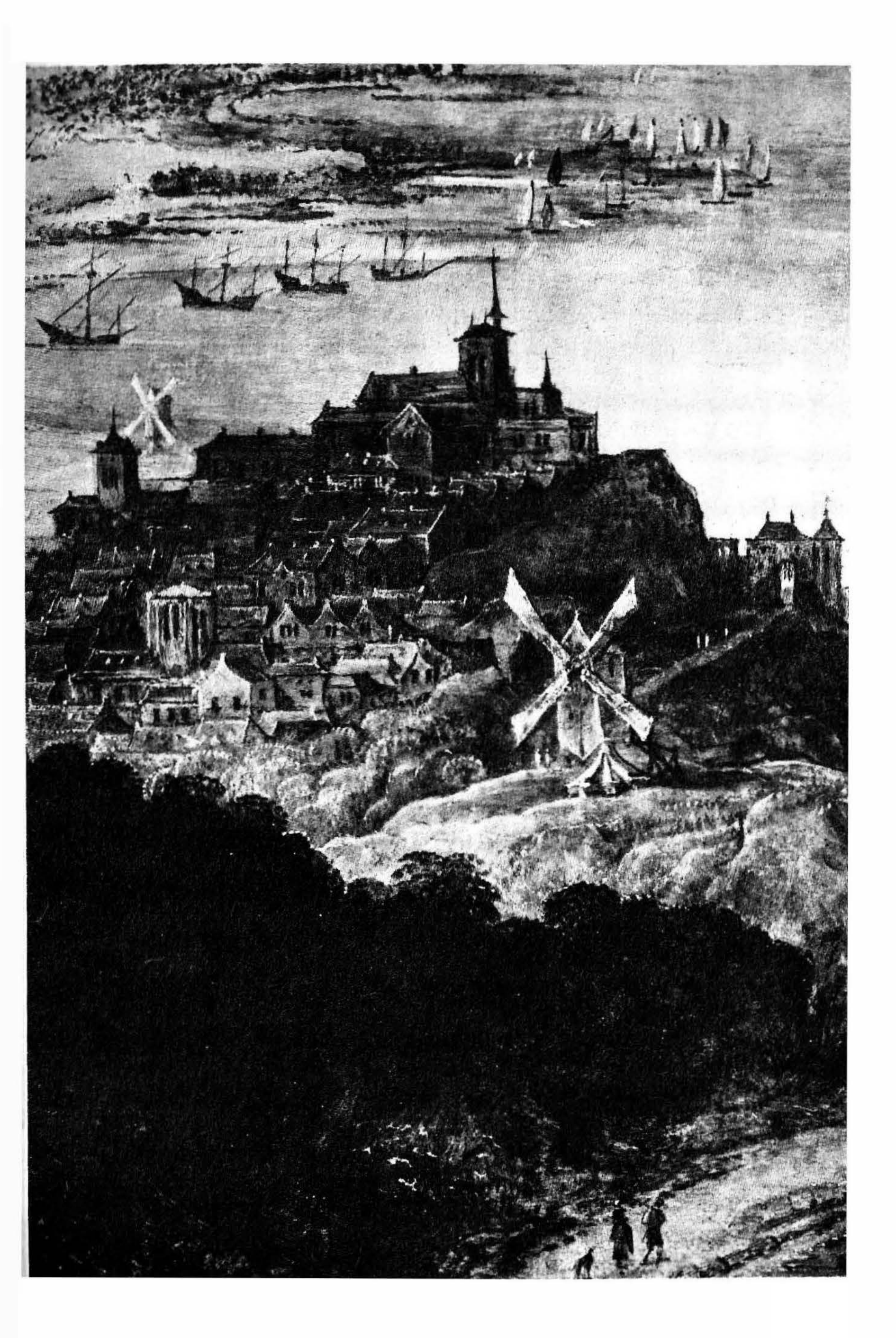
Si lo piensa con Erasmo, ese muro de contención. Y con Huizinga, ese sabio.

* Este texto de Lucien Febvre fue publicado como prólogo a la edición francesa del *Erasmo* de Huizinga, París, Gallimard, 1955 *(N. del E.)*

# 1. Los Países Bajos en el siglo XV: primeros años de Erasmo

A mediados del siglo XV, hacía sólo veinte años que Holanda formaba parte de los territorios que los duques de Borgoña habían logrado reunir bajo su dominio, y que constituían un mosaico de países, de los cuales unos eran de población francesa, como Borgoña, Artoi, Hainaut, Namur, y otros de población neerlandesa, como Flandes, Brabante, Zelanda y Holanda. Estos dos últimos —que ya desde antes del periodo de la dominación borgoñona sufrían la influencia del sur, mientras que el oeste estaba bajo la de las regiones más orientales de los Países Bajos septentrionales— fueron en seguida atraídos por la política de Borgoña. Tan pronto como los duques se apoderaron de Holanda y de Zelanda, volvieron los ojos al este y al norte: Felipe el Bueno había impuesto ya a su bastardo David en el obispado de Utrecht; la conquista de Frisia, un legado político de la casa de Baviera-Hainaut, parecía una mera cuestión de tiempo y de oportunidad. El ducado de Güeldres conservaba todavía intacta su autonomía, ya que estaba más ligado que las demás regiones de los Países Bajos septentrionales a los vecinos territorios alemanes y, por tanto, al Imperio mismo.

Los Países Bajos septentrionales (el nombre colectivo de «Países Bajos» se comenzó a utilizar sólo recientemente) presentaban, en casi todos los aspectos, las características de un territorio periférico. Desde siglos, el poder de los emperadores alemanes venía siendo poco menos que ilusorio en estas regiones. Holanda y Zelanda apenas pudieron contribuir a la formación del sentimiento de unidad nacional de los alemanes, puesto que llevaban muchísimo tiempo orientándose políticamente hacia Francia. A partir de 1299, Holanda había sido gobernada por una dinastía de lengua francesa. En efecto, la casa de Baviera, que sucedió a mediados del siglo XIV a la de Hainaut, estaba lejos de promover una nueva unión de Holanda y de Zelanda con el Imperio; al contrario, se afrancesó rápidamente, atraída por París,





*París a finales del siglo XVI según un grabado de la época conservado en la Biblioteca Nacional de París.*

◀ *Detalle de la obra del pintor holandés Joos de Momper,* Paisaje con cacería del jabalí. *Rijksmuseum, Amsterdam.*

y muy pronto fue atrapada por los tentáculos de Borgoña, que supo ganársela mediante un doble matrimonio.

Estas regiones también estaban aisladas en el plano eclesiástico. Convertidas tardíamente al cristianismo, permanecían unidas, en su calidad de países fronterizos, bajo la autoridad de un solo obispo, el de Utrecht. Los eslabones del organismo eclesiástico eran más débiles que en otras partes. No había universidad. Para los Países Bajos septentrionales, París seguía siendo el centro de la doctrina y de la ciencia, incluso después de que la deliberada política de los duques de Borgoña diera lugar a la fundación, en 1425, de la Universidad de Lovaina. Desde la perspectiva de las ricas ciudades de Flandes y de Brabante, donde



*Detalle de* La Natividad, *de Rogier van der Weyden, que nos muestra el aspecto de una ciudad flamenca del siglo XV. En ella se aprecia la concepción estética que del urbanismo tenía la burguesía. Museo del Estado, Berlín.*

se concentraba entonces el poder borgoñón, Holanda y Zelanda parecían pobres países de pescadores y campesinos. Las costumbres caballerescas, a las que los duques de Borgoña intentaban dar nuevo brillo, encontraron en la nobleza holandesa una actitud poco propicia. La literatura caballeresca, cuyos modelos



*Grupo de comerciantes, mercaderes y artesanos desarrollando su actividad a las afueras de una ciudad flamenca del siglo XV. Obra de Jean de Tavernier. Biblioteca Real, Bruselas.*

habían sido imitados con extraordinario tesón en Flandes y en Brabante, no se enriqueció con ninguna obra holandesa notable.

El naciente desarrollo económico de Holanda avanzaba aún muy lentamente y no conseguía atraer la atención de la cristiandad sobre este país. Sólo por la actividad de su navegación y su

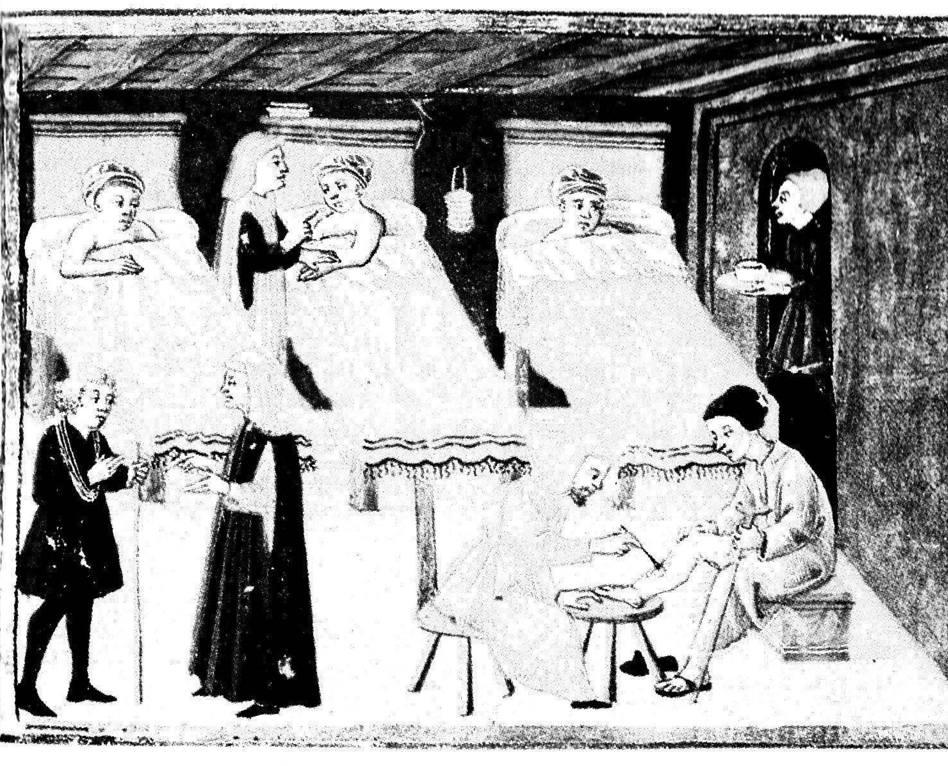
comercio, que era fundamentalmente comercio de paso, comenzaba Holanda a rivalizar con la Hansa alemana y multiplicaba sus relaciones con Francia y España, con Inglaterra y Escocia, y con Escandinavia, Alemania del Norte y la zona del Rin situada al norte de Colonia. Este desarrollo económico se basaba en la pesca de arenques, actividad modesta, pero fuente de una gran prosperidad, así como en las industrias textil, cervecera y de construcción naval, que estaban repartidas por numerosas pequeñas ciudades.

Ninguna de estas ciudades de Holanda y de Zelanda —ni Dordrecht ni Leiden, ni tampoco Haarlem, Middelburgo o Amsterdam— podía rivalizar en modo alguno con Gante, Brujas, Lille, Amberes o Bruselas. Las ciudades holandesas y de Zelanda eran aún demasiado insignificantes, y el país estaba excesivamente aislado para poder convertirse en un centro de las ciencias y las artes. Todo aquel que destacaba en cualquier campo era inevitablemente atraído por los grandes centros de la cultura profana y religiosa. Claus Sluter, originario de Haarlem, trabajó primero en Bruselas y más tarde en Borgoña, al servicio de los duques, y no legó nada de su arte a su país de origen. Thierry Bouts, también natural de Haarlem, se estableció en Lovaina, donde actualmente se conservan sus mejores obras; todo lo que había quedado de él en su ciudad natal fue destruido.

Las oscuras tentativas encaminadas a asegurar el renombre de Haarlem en la historia de la invención de la imprenta no se debieron al hecho de que esta ciudad tuviera una especial importancia en el mercado del libro.

## La devoción moderna

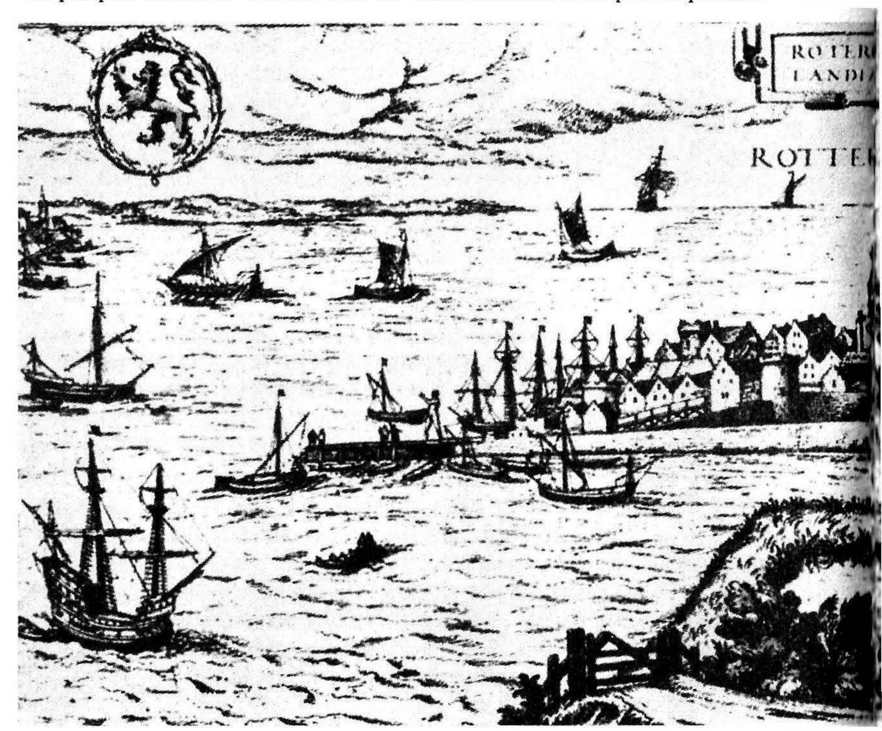
Desde el último cuarto del siglo XIV, la característica nacional común de las regiones septentrionales adquirió más relevancia debido al movimiento espiritual procedente de las ciudades de Yssel. Este movimiento tendía a dar más profundidad y mayor fervor a la vida religiosa. El esfuerzo de Geerte de Groot se había plasmado en dos consecuencias estrechamente emparentadas: los conventos donde los Hermanos de la Vida Común vivían bajo el mismo techo, sin aislarse completamente del mundo, y la congregación del monasterio de Windesheim, de la orden de los canónigos regulares de San Agustín. Partiendo de las regiones de Yssel, el movimiento se había propagado rápidamente en el este hacia Westfalia, en el norte hacia Groninga y Frisia, y en



*Miniatura italiana del siglo XVI que muestra la actividad desarrollada en un hospital. Este siglo estuvo dolorosamente marcado por las enfermedades epidémicas.*

el oeste hacia Holanda. En todas partes se habían creado casas de hermanos y se habían fundado centros de la congregación de Windesheim, a la vez que algunos conventos ya existentes se habían afiliado al movimiento. El movimiento, conocido con el nombre de *devotio moderna* («la devoción moderna»), trajo consigo un nuevo estado de ánimo y la introducción de nuevas prácticas religiosas, pero en modo alguno una nueva doctrina. Tras algunas vacilaciones, las autoridades eclesiásticas no tardaron en reconocer su carácter fielmente católico. Sus objetivos eran la seriedad y la pureza de las costumbres, la simplicidad y la vida trabajadora y, sobre todo, el continuo fervor del pensamiento y del sentimiento religioso. Aparte del cuidado de los enfermos y de los actos de caridad, los hermanos y las hermanas se dedicaban principalmente a la enseñanza y al arte de escribir. El esfuerzo

pedagógico fue el principal rasgo distintivo de la devoción moderna respecto al renacimiento experimentado casi simultáneamente por las órdenes franciscana y dominicana, orientadas fundamentalmente hacia la predicación. Los monjes de Windesheim y los jerónimos (nombre con el que también se conocía a los Hermanos de la Vida Común) cumplían lo mejor de su tarea entre las paredes de la sala de conferencias y en el silencio del gabinete de lectura. Las escuelas de los hermanos atrajeron rápidamente a alumnos, venidos incluso desde muy lejos. Así, en los Países Bajos septentrionales y en la Baja Alemania se sentaron, antes que en otras partes, las bases de cierta educación, generalmente difundida entre los miembros de la burguesía acomodada. Se trataba de una cultura muy estrecha, de carácter estrictamente escolar y clerical, pero, precisamente por eso, capaz de influir sobre amplias capas de la población. Lo que los monjes de Windesheim producían era en realidad literatura piadosa, especialmente pequeños libros edificantes y biografías relacionadas con su propio mundo. Tales obras se caracterizan más por la profun-



didad y la gravedad del tono que por la audacia o la novedad de su contenido.

Los habitantes de estas comarcas estaban considerados como zafios y rústicos, comilones y grandes bebedores. Sin embargo, más de un extranjero allí residente se sintió asombrado ante la piedad sincera del pueblo. Estos países eran ya entonces lo que siguen siendo: bastante cerrados sobre sí mismos y hoscos, más capacitados para contemplar el mundo y reprenderlo que para asombrarle con bríos espirituales.

## Nacimiento de Erasmo

Rotterdam y Gouda no eran las primeras ciudades del condado de Holanda. Constituían pequeñas villas rurales, de menor importancia que Dordrecht, Haarlem, Leiden y Amsterdam, ciu-

*La ciudad de Rotterdam en 1616. Museo de Arte e Historia, Berlín.*

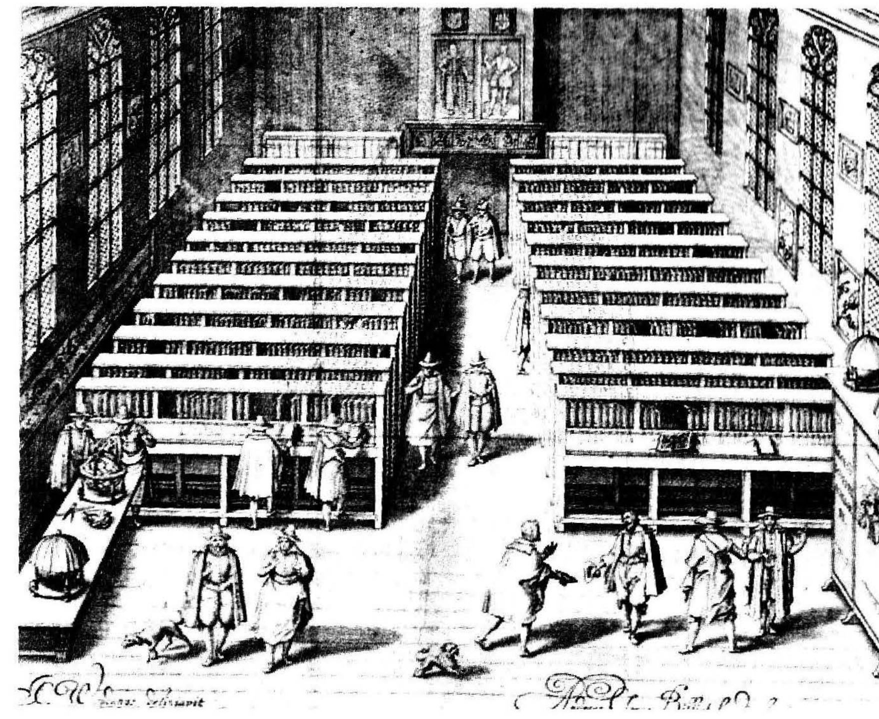


dad ésta que se desarrolló rápidamente. Es evidente que no se trataba de centros culturales. Erasmo nació en Rotterdam, en la noche del 27 al 28 de octubre del año 1466, o tal vez de 1469.[1] La incertidumbre acerca de su nacimiento ha dejado caer un velo de misterio sobre su ascendencia y su familia. Es posible que el propio Erasmo se enterara sólo poco a poco y con retraso de las circunstancias de su venida al mundo. Sensible en extremo a la mancha que afeaba sus orígenes, Erasmo se esforzó más bien por aumentar el misterio que por disiparlo. La imagen que se formó en su edad madura acerca de su nacimiento era romántica y conmovedora.

Según ésta, su padre había sostenido en su juventud relaciones con la hija de un médico, con la intención de casarse con ella. Los padres y hermanos del joven, escandalizados, querían forzarle a tomar el hábito, pero él evitó que se cumpliera este proyecto abandonando su país sin esperar el nacimiento de su hijo. Acude a Roma, donde asegura su subsistencia realizando trabajos de copista. La familia le envía la falsa noticia de la muerte de su amada; desesperado, se hace sacerdote y se consagra por completo a la religión. De vuelta a su patria, se entera de que ha sido engañado. Se abstiene en lo sucesivo de todo contacto con la mujer con la que ya no puede casarse, pero hace todo lo que está en su mano para dar a su hijo una buena educación. La madre sigue cuidando al niño hasta que su prematura muerte le separa de él. El padre pronto la sigue a la tumba. Según sus recuerdos, Erasmo tendría sólo doce o trece años cuando murió su madre. Pero está casi demostrado que este acontecimiento no pudo ocurrir antes de 1483, de modo que si se considera 1466 como el año de su nacimiento, Erasmo contaba ya dieciséis años. Cabe señalar, por otra parte, que Erasmo nunca se distinguió precisamente por su riguroso sentido de la cronología.

Es evidente que el propio Erasmo sabía que todas las particularidades de su relato distaban mucho de ser exactas. Lo más probable es que su padre hubiera sido ya ordenado sacerdote cuando mantuvo las relaciones cuyo fruto fue su nacimiento. De todos modos, no se trató de una impaciencia prematrimonial, sino de una duradera relación ilegítima, de la que ya había nacido tres años antes un primer hijo. Junto a este hermano, llamado Pedro, se crió Erasmo.

Los escasos datos concernientes a la familia de Erasmo nos permiten a lo sumo entrever los vagos contornos de un numeroso linaje burgués: el padre tenía nueve hermanos, todos casados; los abuelos paternos y los tíos por parte de madre alcanza-



*Biblioteca de la Universidad de Leiden, una de las más modernas del Renacimiento, según un grabado de 1610. British Museum, Londres.*

ron una edad avanzada. Es asombroso que sus numerosos sobrinos no se hayan jactado más tarde de los contactos que les vinculaban con el gran Erasmo. Tal vez tengamos que admitir que toda la familia estaba ya extinguida tras las primeras generaciones que le siguieron.

El hecho de que en los círculos burgueses de la época el uso de los apellidos estuviera aún muy lejos de ser estable no facilita la investigación acerca de los familiares de Erasmo. Generalmente, la gente utilizaba su propio nombre y el de su padre, pero ocurría también que este último nombre permanecía vinculado a la generación siguiente. Erasmo llama a su padre Gerardus, y a su hermano Petrus Gerardus, mientras que en un breve pontificio se nombra a Erasmo como Erasmus Rogerii. Es posible que el padre se llamara Rotger Gerrit o Gerrits.

Si bien Erasmo y su padre nacieron en Rotterdam, algunos datos permiten suponer que la familia de su progenitor no se afin-

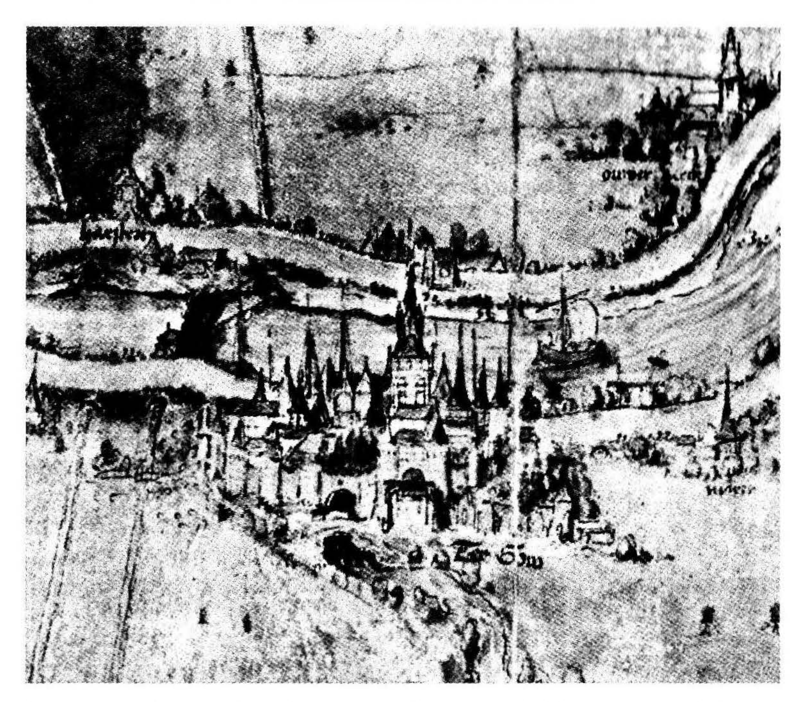
có en esta ciudad, sino en Gouda. De todos modos, la familia tenía importantes vínculos en Gouda, como veremos más adelante.

Erasmus era su nombre de pila.[2] No parece haber nada raro en semejante elección, aunque tal nombre fuera bastante inusitado. San Erasmo fue uno de los catorce santos auxiliares cuyo culto agitó con tanta fuerza a los fieles, precisamente en el siglo XV. En la elección del nombre tal vez influyera la creencia popular que atribuye a ese santo el poder de proporcionar riqueza. Antes de que Erasmo se hubiera familiarizado con el griego, utilizaba la forma Herasmus. Más tarde, sintió no haber adoptado, cuando suprimió la letra H, la forma más exacta y más suave Erasmius; él mismo utilizó este nombre dos o tres veces bromeando, y a su ahijado, el hijo de Juan Froben, se le llamó siempre Erasmius.

Por consideraciones estéticas del mismo género, pronto habría de cambiar la forma bárbara *Rotterdammensis* por *Roterdamus*, y más tarde por *Roterodamus*, nombre que tal vez acentuara como palabra esdrújula. Desiderius fue un sobrenombre que eligió el propio Erasmo, y que utilizó por primera vez en 1496; se puede suponer que este nombre le fue sugerido por la lectura de su querido San Jerónimo, ya que entre los destinatarios de las cartas de éste figura un Desiderius. El hecho de que en la segunda edición de los *Adagia*, publicada por Josse Badius en París, en 1506, aparezca por primera vez la forma completa Desiderius Erasmus Roterodamus se puede interpretar como signo de que Erasmo, que entonces se acercaba ya a los cuarenta años, había tomado conciencia de sí mismo.

## Años escolares

Las circunstancias no le permitieron descubrir fácilmente su camino. Todavía niño, apenas cumplidos los cuatro años —al menos, según supone él— asistió junto con su hermano a la escuela en Gouda. Tenía nueve años cuando su padre le envió, acompañado de su madre, a Deventer, para estudiar en la famosa escuela del cabildo de San Lebuinus. Probablemente permaneció en Deventer desde 1475 hasta 1484, salvo durante un corto periodo en el que formó parte del coro de la catedral de Utrecht.[3] Los recuerdos de este periodo de Deventer reaparecerán varias veces en los escritos de Erasmo. Los responsables de la enseñanza que allí recibió no le merecieron mucha gratitud: los métodos escolares eran aún bárbaros en aquel tiempo, tal como el



*Convento de los agustinos de Steyn, en Gouda, donde Erasmo profundizó en el estudio de los clásicos latinos. Stedelijk Museum, Gouda.*

propio Erasmo afirmaría más tarde. Se utilizaban viejos manuales medievales cuya necedad y complicación pueden parecernos increíbles. Algunos de los maestros pertenecían a la Cofradía de la Vida Común. Uno de ellos, Johannes Synthen, introdujo en su espíritu cierto gusto por la antigüedad clásica en su forma más pura. Hacia el final de la estancia de Erasmo, la escuela pasó a ser dirigida por Alejandro Hegius, amigo de Rodolfo Agrícola, a quien sus compatriotas, tras su regreso de Italia, admiraban como un pozo de sabiduría. Los días de fiesta, en los que el rector solía pronunciar un discurso ante todos los alumnos reunidos, Erasmo oía a Hegius; y en una ocasión vio y escuchó al famoso Agrícola en persona, lo que le causó una profunda impresión.

La muerte de su madre, víctima de una epidemia de peste que devastó la ciudad, interrumpió bruscamente los estudios de Erasmo en Deventer. Junto con su hermano, tuvo que volver a Gouda por decisión de su padre, quien también murió poco tiem-

po después. El padre probablemente fue un hombre culto. Según las afirmaciones de Erasmo, hablaba griego, había escuchado en Italia a numerosos humanistas de renombre y había hecho transcripciones de todos los autores clásicos. Dejó una biblioteca de cierto valor.

La tutela de Erasmo y de su hermano fue encomendada entonces a tres tutores. Más tarde, Erasmo describiría, en términos poco favorables, sus cuidados e intenciones. No es probable que haya exagerado en este punto. Es cierto que los tutores, entre los cuales destacó un tal Pedro Winckel, maestro de la escuela de Gouda, no se sentían muy atraídos por el nuevo clasicismo que ya por entonces entusiasmaba a su pupilo. «Si quieres seguir escribiendo de una manera tan elegante, añade un comentario», refunfuñó el maestro de escuela, replicando a una epístola que el joven Erasmo, de catorce años, había redactado con sumo cuidado. Los tutores estaban ciertamente convencidos de que hacían una obra piadosa al intentar convencer a los jóvenes para que ingresaran en el convento, pero también es cierto que esa era la manera más cómoda de librarse de su obligación. Erasmo explicaría más tarde que todos los actos de los tutores obedecían a una intención sórdidamente interesada, con miras a disimular sus malas artes: no vio en su actitud más que un abuso censurable de poder y de autoridad. Y más aún: posteriormente este tipo de cuestiones le alejarían de su propio hermano, con el cual, sin embargo, mantenía entonces relaciones cordiales.

Así pues, los jóvenes, de dieciséis y veintiún años de edad, respectivamente, fueron enviados de nuevo por Winckel a la escuela, esta vez a Bois-le-Duc. Se alojaban en la casa de los Hermanos de la Vida Común, en la cual se encontraba la escuela. Esta carecía del prestigio que distinguía a la escuela de Deventer. Según afirma Erasmo, los hermanos no buscaban más que malograr las cualidades y aptitudes de los alumnos por medio de golpes, reprimendas y medidas severas, con objeto de persuadirles para que ingresaran en el convento. Y eso era precisamente lo que deseaban los tutores: aunque los jóvenes estaban en edad de cursar estudios universitarios, procuraron alejarlos de ellos, lo que supuso la pérdida de dos años en su formación.

Uno de los maestros que Erasmo encontró allí, un tal Rombout, al que estaba muy vinculado, quería persuadirle de que entrara en la Cofradía de la Vida Común. ¿Por qué no lo habré hecho?, suspiraría Erasmo algunos años más tarde. Porque los hermanos no hacían votos perpetuos como los que le esperaban entonces.

## Ingreso en el convento

Una epidemia de peste obligó a los dos hermanos a marcharse de Bois-le-Duc y volver a Gouda. A Erasmo le atacó la fiebre, que deterioró la resistencia que tanto necesitaba en ese momento, pues los tutores (uno de los tres había muerto mientras tanto) hicieron todo lo posible para obligar a los dos jóvenes a entrar en el convento. Erasmo asegura que su comportamiento obedecía al hecho de que habían manejado mal el modesto patrimonio de sus pupilos y no se habían preocupado por rendir cuentas de ello. Más tarde, Erasmo recordaría con tristeza todo lo relacionado con este oscuro episodio de su vida, excepto su propia actitud. Se ve a sí mismo como un muchacho que todavía no alcanzaba los dieciséis años (en realidad debía de tener al menos dieciocho), consumido por la fiebre, pero firme en su rechazo, fruto de una madura reflexión. Convence a su hermano para huir juntos e ingresar en una universidad. Uno de los tutores era un tirano obtuso, y el otro (el hermano de Winckel, un mercader) era un hombre de labia superficial. Pedro, el mayor de los hermanos, sucumbió primero y entró en el convento de Sion, de la orden de los canónigos regulares de San Agustín, cerca de Delft, donde uno de los tutores había descubierto una plaza para él. Erasmo se resistió durante más tiempo. Sólo cedió después de una visita al convento de Steyn o de Emaús, situado cerca de Gouda y perteneciente a la misma orden, donde encontró a un condiscípulo de Deventer que le mostró el lado bueno de la vida monástica. Ingresó en el convento de Steyn, y poco después, probablemente en 1488, hizo los votos.

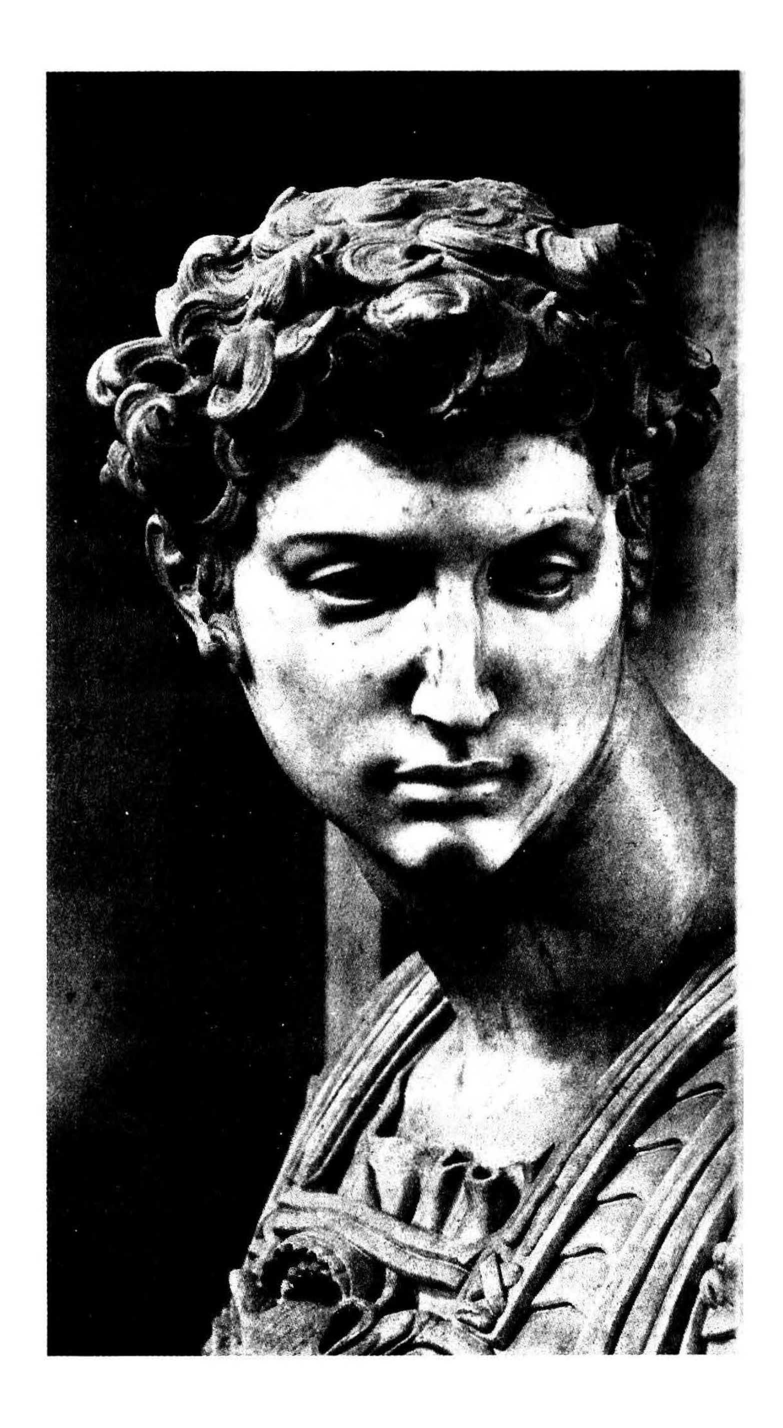
# 2. Un joven poeta amante de los clásicos

La imagen de este periodo de su vida se deformó en su espíritu sólo mucho más tarde, a causa de las dolorosas heridas que dejaron en él la experiencia monástica y las dificultades para librarse de ella. Influido por ese mismo sentimiento, hablará de su hermano Pedro, a quien desde Steyn escribía aún en tono cordial, como de un golfo, un malintencionado desde siempre, un Judas. Asimismo, su condiscípulo le habría traicionado: no le habría animado sino el egoísmo y, si damos crédito a Erasmo, habría elegido el convento movido sólo por la holgazanería y la gula.[4]

Las cartas que Erasmo envió desde Steyn no revelan nada de esa profunda repugnancia por la vida monástica, que habría experimentado ya desde el comienzo, según intentará hacer creer más tarde. Evidentemente, es posible admitir que la vigilancia de sus superiores le impidiera escribir lo que llevaba en su corazón, y que en lo más profundo de su alma permaneciera la aspiración a la libertad y a una sociedad más culta que la que podía ofrecerle Steyn. Sin embargo, esto no impide que encontrara en el convento algunas de las ventajas que su amigo le había ponderado. Pretender que en esta época habría escrito su *Alabanza de la vida monástica*[5] con el único objetivo de «satisfacer a un amigo que quería atraer a un sobrino a la trampa» es una de las ingenuas explicaciones retrospectivas cuya inaceptabilidad el propio Erasmo no pareció nunca sospechar.

En Steyn, Erasmo encontró una vida bastante libre, ciertas oportunidades para alimentar su espíritu ávido de conocer la Antigüedad, y la amistad de quienes compartían sentimientos comunes. Ni siquiera menciona al condiscípulo que le incitó a entrar en el convento. En Steyn, sus amigos eran sus congéneres, los monjes Servaas Rotger de Rotterdam y Willem Harmens de Gouda. Un tercer amigo, Cornelis Gerard de Gouda, llamado ge-

*Detalle de la tumba de Juliano de Médicis, realizada por Miguel Angel.* ▶
*Sacristía nueva de San Lorenzo, Florencia.*



neralmente Aurelius (forma casi latinizada de Goudanus), era un poco mayor que Erasmo y vivía habitualmente en el convento de Lopsen, cerca de Leiden. La correspondencia con sus amigos atestigua un trato agradable, en el que no faltaban las bromas.

## Cartas a Servatius

En una serie de estas cartas, las dirigidas a Servatius, se descubre un Erasmo al que no volveremos a ver más: un joven de una hipersensibilidad más que femenina, poseído de una lánguida necesidad de amistad sentimental. En su contacto con Servatius, Erasmo recurre a todos los acentos de un amante apasionado. Cada vez que la imagen de su amigo se presenta en su mente se le saltan las lágrimas. A todas horas vuelve a leer la grata carta que ha recibido de él. Pero está mortalmente desanimado e inquieto, ya que el amigo repele ese cariño exaltado. «¿Pero qué quieres de mí», pregunta a Erasmo. «¿Qué te pasa? —responde Erasmo, que no puede soportar que su afecto no sea totalmente correspondido—. ¡No seas tan reservado, dime lo que te ocurre! Eres toda mi esperanza; he llegado a ser tan enteramente tuyo, que no me has dejado nada para mí. Conoces bien mi timidez [*pusillanimitatem*]; si no tengo en quien apoyarme y descansar, me desespero tanto que la vida se me convierte en una carga.»

No volveremos a encontrar en Erasmo este abandono apasionado. Debió de olvidarlo por completo. Para comprender la forma en que se manifestó posteriormente su carácter, es útil recordar el hecho de que fue un sentimental.

Es cierto que se ha querido ver en tales cartas un mero ejercicio literario; su tono de lánguida suavidad y la falta absoluta de reserva parecen conciliarse muy mal con el cuidadoso disimulo de su fuero interno, que Erasmo ya no abandonará nunca por completo. Allen no zanja la cuestión, pero se inclina a considerar las cartas como efusiones sinceras. ¿Y por qué no habrían de serlo? Una amistad tan exaltada parece estar en total armonía con el carácter de Erasmo, y además se corresponde con la época.

En los círculos mundanos del siglo XV, las amistades sentimentales estaban bien vistas, casi tanto como en el siglo XVIII. En todas las cortes se encontraban parejas de amigos que se vestían del mismo modo, compartían la misma habitación y la misma cama, y formaban un solo corazón. Estas amistades, cultivadas y mantenidas con fervor, no se limitaban a la aristocracia. Ya en el siglo XII, la correspondencia amistosa entre los monjes

a menudo revelaba una gran intensidad de sentimientos. Las relaciones de estrecha amistad figuraban también entre las particularidades específicas de la devoción moderna. Asimismo, ¿no es éste un carácter casi específico del pietismo por su propia naturaleza? Observarse mutuamente con un interés constante, acechar y examinar los estados de ánimos, eran para los Hermanos de la Vida Común y los monjes de Windesheim actitudes normales y muy apreciadas. Y si bien Steyn o Sion no formaban parte de la Congregación de Windesheim, el espíritu de la devoción moderna reinaba en ellos.

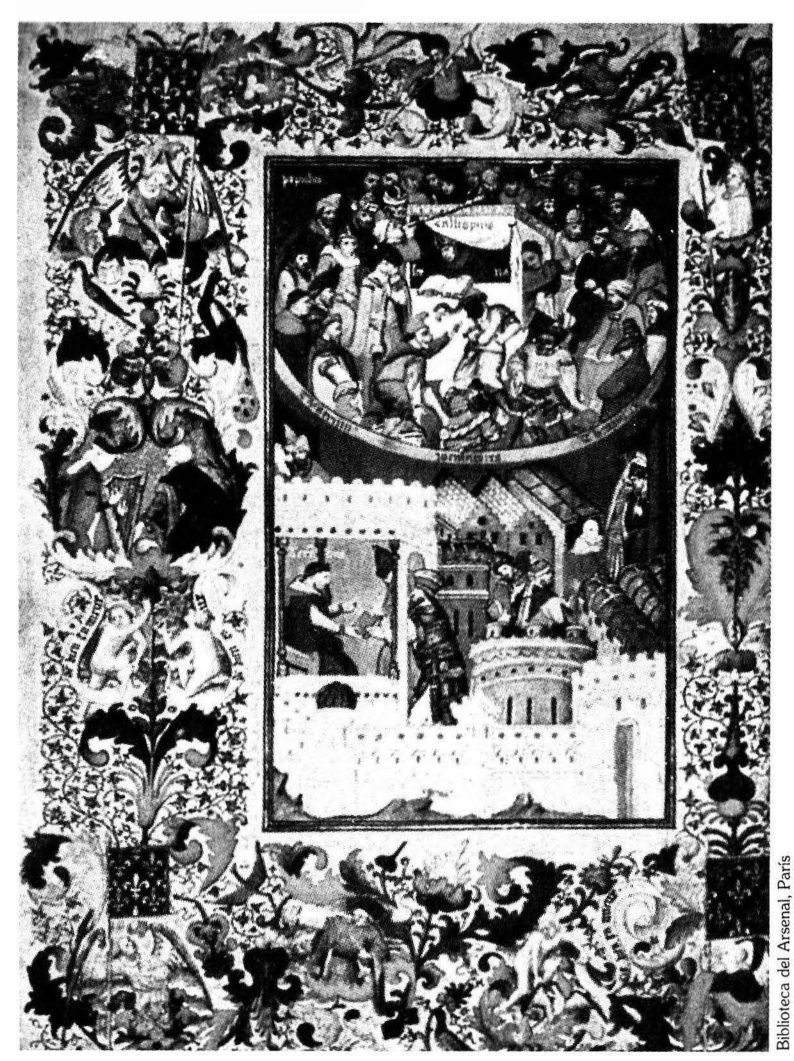
Tal vez Erasmo jamás haya revelado tan claramente el fondo de su carácter como cuando declaró a Servatius: «Mi naturaleza es tal, que en esta vida no quisiera poner nada por encima de la amistad; nada me es tan impetuosamente querido ni existe nada que desee conservar con tanto ardor.» Posteriormente, le sorprenderemos aún una vez más sometido a un afecto igualmente exaltado, aunque no expresado de manera tan clara como en el caso de Servatius. El mismo Erasmo atestigua más tarde que la juventud suele inflamarse de fervorosa simpatía [*fervidos*] por ciertos compañeros. Es probable que estuviera influenciado por el ejemplo de las parejas de amigos de la Antigüedad, como la de Orestes y Pilades, la de Damón y Pitias, la de Teseo y Piritoo, así como la de David y Jonatán.

Un hombre joven, de delicado temperamento, muy femenino, imbuido de los sentimientos y de la fantasía de las cartas clásicas, para quien el amor estaba prohibido y que había sido introducido contra su voluntad en un ambiente grosero y frío, es comprensible que se mostrara un poco excesivo en sus afectos.

Tuvo que moderarlos. Servatius no sentía una amistad tan celosa y tan exigente como la de Erasmo. Probablemente a costa de más humillación y vergüenza que lo que sus cartas permiten entrever, el joven Erasmo se resignó a someter en lo sucesivo a mayor vigilancia sus sentimientos. De golpe, el Erasmo sentimental deja paso a una figura totalmente diferente: la del ingenioso latinista que supera a sus amigos mayores, que charla con ellos sobre poesía y literatura, les aconseja en cuanto a su estilo en latín y, si es preciso, les da lecciones.

## El Humanismo en los monasterios

En Deventer y en el mismo convento, las oportunidades para entregarse a su nueva afición a la Antigüedad romana no debie-



Biblioteca del Arsenal, París

*Página miniada de un códice del siglo XV con las Comedias de Terencio Afer.*

ron de ser tan escasas como él mismo nos quiso hacer creer posteriormente. La cantidad de autores latinos que conocía ya en aquellos años está lejos de ser despreciable.

En una carta a Cornelis Aurelius, Erasmo cita como sus modelos poéticos a los siguientes autores: Virgilio, Horacio, Ovidio,


Staaliche Graphische Sammlung, Munich

San Jerónimo en su estudio. *Grabado en cobre de Alberto Durero, 1514.*

Juvenal, Estacio, Marcial, Claudiano, Perseo, Lucano, Tibulo, Propercio; y en cuanto a la prosa, a Cicerón, Quintiliano y Terencio. Respecto a los humanistas italianos, conocía sobre todo a Lorenzo Valla y consideraba sus *Elegantiae* como una obra innovadora y decisiva dentro de las *bonae literae*; pero Filelfo, Ae-

neas y Sylvius, Guarino, Poggi y otros autores de la época tampoco le eran desconocidos. En materia de literatura cristiana primitiva, estaba familiarizado principalmente con los escritos de San Jerónimo.

No resulta menos relevante que la educación recibida por Erasmo en las escuelas de la *devotio moderna*, con su orientación ultrapuritana y su severa disciplina encaminada a aniquilar la personalidad, haya podido producir ese espíritu propio del perfecto humanista, del cual dio muestras durante su periodo monástico. Erasmo puso todo su interés en la composición de versos en latín y en la pureza de su estilo latino. Resulta inútil buscar pruebas de piedad en la correspondencia que mantenía asiduamente con sus buenos amigos Cornelis de Gouda y Willem Harmens.

Uno y otros manejan con elegante facilidad los metros latinos más complicados y los vocablos más selectos de la mitología. Su tema es generalmente bucólico e idílico, y cuando abordan cuestiones sagradas, el clasicismo les quita, sin embargo, el acento piadoso. El prior del cercano convento de Hem, por encargo del cual Erasmo había cantado al arcángel Miguel, no se atrevió a hacer ostentación de su oda sáfica: le pareció tan «poética» como si fuera griega. En aquellos tiempos, poético quería decir clásico. Erasmo, a su vez, pensaba que la había hecho tan simple que lindaba con la prosa. «Hasta tal punto eran los tiempos estériles...», se lamentaría más tarde.

Estos jóvenes poetas se sentían defensores de una nueva luz en medio de la necedad y de la barbarie que los oprimía. Como es costumbre en todo cenáculo de poetas jóvenes, también ellos pensaron apasionadamente que sus escritos eran inmortales y soñaban para Steyn un futuro de gloria poética que les permitiría rivalizar con Mantua. Los monjes rústicos y obtusos (según ellos mismos los juzgaban) que había a su alrededor no les manifestaban afecto ni les daban ánimos. La fuerte inclinación de Erasmo a sentirse fácilmente menospreciado y herido confiere a su situación el tono del lúcido mártir. En un hermoso metro tomado de Horacio, se queja a Cornelis del desprecio hacia la poesía: su hermano en Dios le ordena que deje descansar su pluma acostumbrada a cincelar los ritmos; la envidia devoradora le obliga a renunciar al cultivo de la poesía. Reina una horrorosa barbarie, el país se burla del arte dispensador de los laureles del divino Apolo; el campesino inculto encarga versos al docto poeta. «Aunque tuviera tantas bocas como estrellas brillan en el mudo firmamento en la noche tranquila, o como rosas siem-

bra en la tierra el tibio soplo de la primavera, no me sería posible denunciar todos los males que humillan a la santa poesía en este tiempo. Estoy harto de componer poemas.»

Cornelis transcribió los arrebatamientos de Erasmo en forma de diálogo, lo que consiguió reanimar una vez más a éste en grado sumo.

Aun cuando la mayor parte de ese arte no sea más que ficción oratoria y ejercicios de imitación, no por eso debemos ignorar el entusiasmo que anima a los jóvenes poetas. No nos conviene a nosotros, ya en gran parte insensibles a la gracia del latín, despreciar la exaltación que tuvo que proporcionar a aquellos jóvenes que habían aprendido el latín en los más absurdos manuales y con los más imposibles métodos —aunque descubriéndolo en su pureza—, el hecho de ser capaces de manejar el ritmo cautivante de su docta versificación, la maravillosa nitidez de su estructura y la claridad de su timbre.

*Nec si quot placidis ignea noctibus*
*Scintillant tacito sydera culmine,*
*Necsi quot tepidum flante Favonio*
*Ver suffundit humo rosas,*
*Tot sint ora mihi...*

¿Puede asombrarnos el hecho de que se sintiera poeta aquel que sabía versificar así? ¿O aquel que con su amigo sabía celebrar la primavera con un canto a dos voces de cincuenta dísticos? Es, si se quiere, un trabajo escolar, un ejercicio literario hecho con esmero. Sin embargo, uno por ello deja de estar lleno de la frescura y de la fuerza que brotan, por así decirlo, del latín mismo.

De estas inclinaciones nació el primer trabajo extenso abordado por Erasmo, aunque después perdió el manuscrito y sólo bastantes años más tarde pudo recuperar un fragmento. Este fragmento, que según Allen habría comenzado ya en Steyn, pudo publicarlo bajo el título de *Antibarbari* (*Contra los bárbaros*). La forma en que finalmente apareció el primer libro de los *Antibarbari* refleja, ciertamente, una fase algo posterior de la vida de Erasmo, una vez que ya había abandonado el convento. Tampoco el tono divertido de esa ingeniosa defensa de la literatura profana es el del poeta de Steyn. Sin embargo, el ideal de una libre y noble vida de contactos amistosos y de un tranquilo estudio de los antiguos ya había surgido en él entre las paredes del convento.

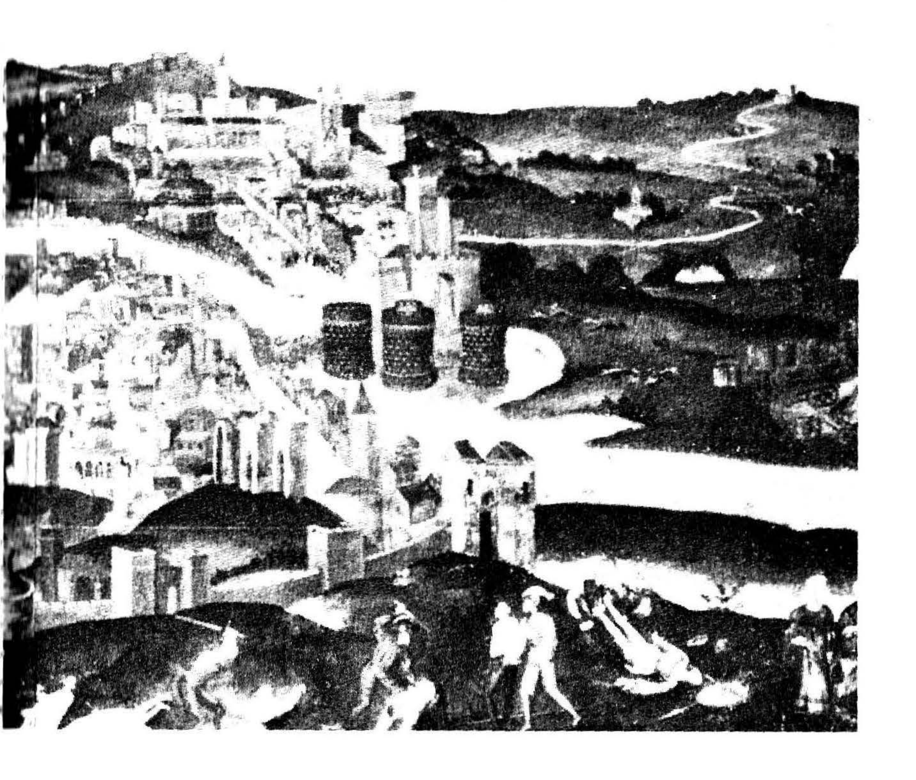
## El peso de la vida monástica

A medida que pasaban los años aquellas paredes probablemente le oprimían cada vez más. Ni la correspondencia erudita y poética, ni la pintura que practicaba con un tal Sasboud, eran capaces de aliviar el peso de la vida monástica y de su mezquino y poco amable entorno. Según la cronología cuidadosamente establecida por Allen, no se dispone de carta alguna del último periodo de estancia de Erasmo en el convento. ¿Renunció por apatía al contacto epistolar? ¿Se lo prohibieron sus superiores? ¿O es simplemente el azar lo que nos mantiene en la ignorancia? No sabemos nada acerca de las circunstancias ni del estado de ánimo que presidieron, el 25 de abril de 1492, la ordenación sacerdotal de Erasmo de manos del obispo de Utrecht, David de Borgoña. Es posible que el acontecimiento ya estuviera de alguna manera relacionado con su deseo de abandonar el convento. El mismo reconocerá posterioremente que en muy pocas ocasiones había celebrado misa. Erasmo tuvo la oportunidad de abandonar



Steyn cuando le ofrecieron el puesto de secretario del obispo de Cambrai, Enrique de Bergen. Se le ofreció este cargo gracias a su reputación de latinista y de hombre de letras, ya que entró al servicio del obispo para acompañarle a Roma, donde éste esperaba obtener el capelo cardenalicio. Consiguió la autorización del obispo de Utrecht, así como la del prior y la del general de la orden. No se trataba, evidentemente, de una despedida definitiva: Erasmo siguió llevando el hábito de su orden aún después de entrar al servicio del obispo. Preparó su salida con el mayor secreto. Hay algo emocionante en el episodio que conocemos en relación con su compañero y cómplice en la dedicación poética, Willem Harmens, quien en vano había esperado en las inmediaciones de Gouda para ver otra vez furtivamente a su amigo cuando atravesara la ciudad por última vez de camino hacia el sur. Al parecer, habían proyectado abandonar juntos Steyn y es probable

*Panorámica de la ciudad de Roma en el siglo XVI, según un autor anónimo. Museos Reales de Bellas Artes de Bélgica, Bruselas.*



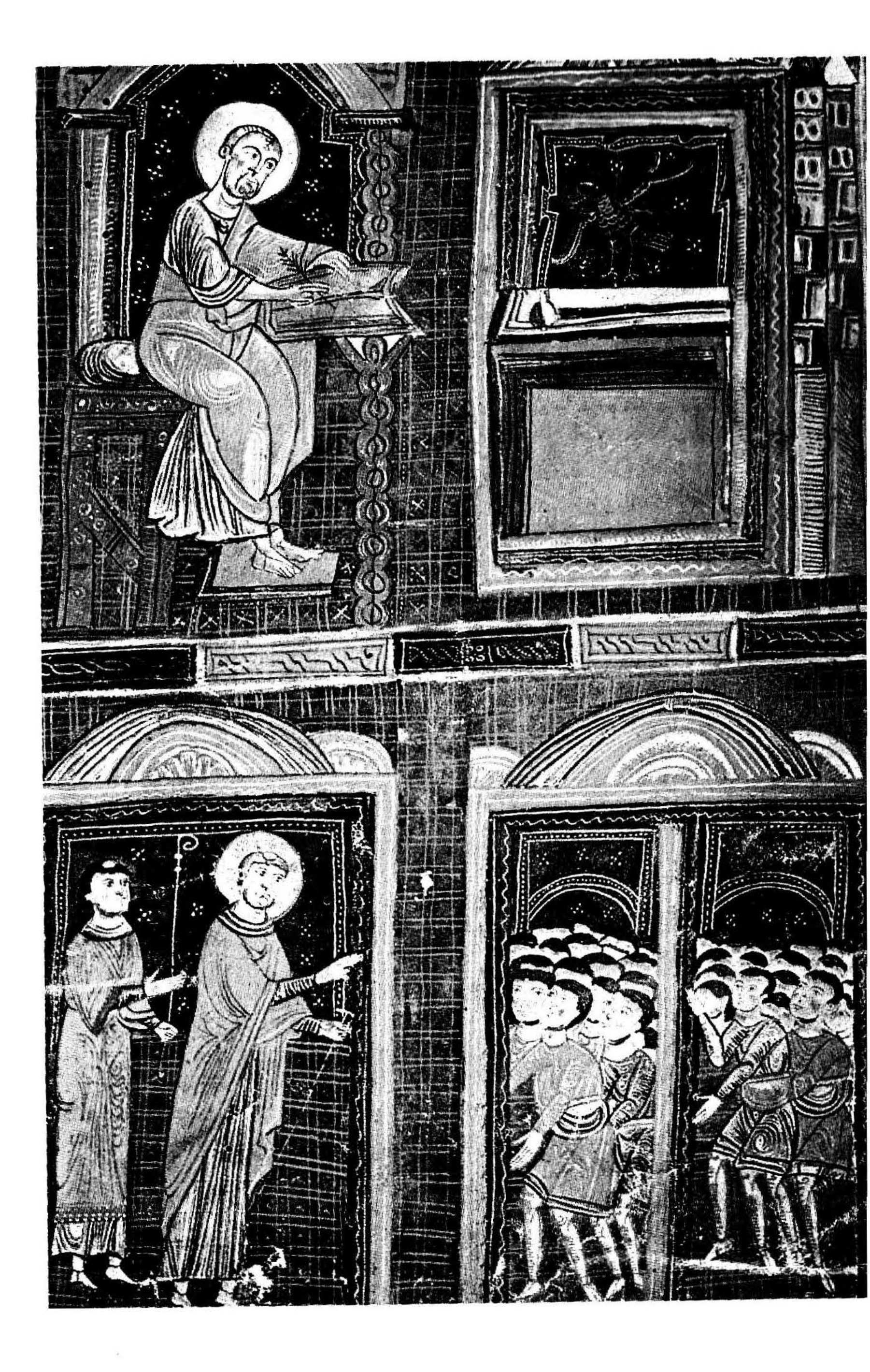
que Erasmo no pusiera a su amigo al tanto de la suerte que se le había ofrecido. Willem debía consolarse con las literaturas de las que se podía disponer en Steyn.

## Al servicio del obispo de Cambrai

Erasmo, cumplidos los veinticinco años o quizá más, ya que probablemente abandonó el convento en 1493, iba a iniciarse en una carrera muy corriente y muy cotizada en aquel tiempo: la del intelectual que vivía al amparo de los grandes. Su señor pertenecía a una de las numerosas familias nobles de los Países Bajos meridionales que se habían criado al servicio de Borgoña y cuyos intereses estaban vinculados con los de esa casa. Los Glimes eran dueños de Bergen-op-Zoom, que, por situarse entre el estuario del Escalda y el del Mosa, formaba uno de los eslabones entre los Países Bajos del norte y los del sur. Enrique, el obispo de Cambrai, fue nombrado canciller de la Orden del Toisón de Oro, la más eminente dignidad eclesiástica de dicha corte, que, si bien en realidad pasó a ser habsburguesa, seguía llevando el nombre de Borgoña. Entrar al servicio de una personalidad tan considerable prometía honores y ventajas casi ilimitados. Otros hubieran visto en ello la posibilidad de llegar al episcopado con un poco de paciencia, humillación y cierta flexibilidad en cuanto a los principios. Pero Erasmo nunca fue un oportunista.

Más bien, se sentía decepcionado junto al obispo; obligado como estaba a acompañarlo durante sus numerosos viajes de un lugar a otro —Bergen, Bruselas, Malinas—, tenía absorbentes ocupaciones cuya naturaleza no conocemos. El viaje a Roma, máxima aspiración de todo clérigo u hombre de letras de entonces, no se realizó. El obispo, después de manifestarle un interés cordial durante los primeros meses, se mostró menos atento de lo que Erasmo había esperado. Así, pronto volvemos a ver a Erasmo de un humor poco alegre. Habla de su existencia como de «la vida más dura». Se queja porque le quita la antigua vivacidad de su espíritu, no se le deja tiempo para estudiar. Envidia ahora a su amigo Willem, que, favorecido por los «astros propicios», puede componer hermosos versos en su pequeña celda de Steyn. Erasmo, por su parte, no tiene más remedio que llorar y suspi-

*Imagen de San Agustín que aparece en una edición del siglo X de sus* Sermones. *Biblioteca Nacional, Madrid.* ▶





rar, y esto embota su espíritu y endurece su corazón hasta tal punto, que ya no tiene ganas de proseguir sus antiguos estudios.

En esta actitud suya hay una exageración oratoria y no debemos tomar muy en serio su nostalgia por el convento; sin embargo, es cierto que sufrió una depresión bastante profunda. Sin duda se sintió desconcertado al tomar contacto con la vida política y las ambiciones, ya que no estaba hecho para este tipo de existencia. La dura realidad le asustó y le entristeció. Forzado a ocuparse en semejantes actividades, veía alrededor suyo sólo amargura y confusión. «¿Dónde habrá alegría, reposo...? Hacia dondequiera que vuelvo los ojos no veo sino desdicha e insensibilidad. ¿Y pretendes que en medio de tanta agitación y de tanto ruido encuentre la quietud necesaria para la obra de las Musas?»

El verdadero sosiego no lo pudo encontrar en esta vida. Todas sus lecturas y todos sus escritos los hizo deprisa, *tumultuarie*, como dice él mismo varias veces. Pero al mismo tiempo, se entregaba a su tarea con un ardor sin par y un increíble poder de asimilación. Durante su permanencia junto al obispo; visitó el convento de Groenendael, cerca de Bruselas, donde había trabajado antaño Ruysbroek. En el convento, Erasmo no había oído hablar del gran místico, y ciertamente sus escritos no le hubieran gustado. En cambio, en la biblioteca conventual encontró las obras de San Agustín, y las devoró. Los monjes de Groenendael estaban asombrados al ver su celo: incluso se llevaba los volúmenes a su habitación.

Durante este periodo Erasmo encontró tiempo para escribir. En Halsteren, cerca de Bergen-op-Zoom, donde el obispo tenía una casa de campo, Erasmo refundió los *Antibarbari* comenzados en Steyn, y los reelaboró en forma de diálogo. Se diría que buscaba en una atmósfera de paz idílica y de conversación civilizada una compensación a la confusión de su vida. Evoca la escena que siempre consideró (recurrirá varias veces a ella) como símbolo del placer y de la vida: en un jardín o una villa fuera de la ciudad, en la alegría de un hermoso día, algunos amigos se reúnen para disertar, durante una comida frugal o un sosegado paseo, acerca de las cosas del espíritu con serenidad platónica. Los personajes que pone en escena son, aparte de él, sus mejores amigos. Allí están el amable y fiel amigo que conoció en Bergen, Jacobus Battus, maestro de escuela y luego secretario de esa ciudad, y su viejo amigo de los tiempos de Steyn, Willem Harmens,

◀ *Pintura de Jan Bruegel que representa un baile campestre en los Países Bajos. Museo del Prado, Madrid.*

cuyo progreso literario seguía vigilando aun desde lejos. Llegado de improviso desde Holanda, Willem se encuentra con los demás, a los que se unen también el alcalde de Bergen y el médico de la ciudad. La conversación, en un tono ligeramente festivo y tranquilo, versa sobre la apreciación de la poesía y de las letras, las latinas por supuesto. Estas no están en contradicción con la verdadera piedad, como pretende la incompresión bárbara. Para probarlo, existe toda una legión de testigos, comenzando en primer lugar por San Agustín, cuya reciente lectura dejó sus huellas en esta obra, y por San Jerónimo, con el que Erasmo ya estaba familiarizado desde hacía largo tiempo y cuyo espíritu se asemeja más al suyo. Según la costumbre de la Roma antigua, se declara solemnemente la guerra a los enemigos de la civilización clásica: «Ay, vosotros, godos, ¿con qué derecho ocupáis no solamente las provincias latinas (o sea las artes liberales), sino también la capital, es decir la latinidad misma?»

Cuando se sintió decepcionado de las ilusiones que se había hecho sobre su estancia junto al obispo, Battus fue quien ayudó a Erasmo a encontrar una salida. Battus había estudiado en París, ciudad a la que esperaba trasladarse Erasmo una vez esfumada la posibilidad de ir a Roma. Consiguió el consentimiento del obispo, así como la promesa de una ayuda económica, y se trasladó a la más famosa de todas las universidades, la de París, probablemente a fines del verano de 1495. Era un feliz destino obtenido gracias a Battus.

# 3. Entre la escolástica y el humanismo

La Universidad de París,[6] más que cualquier otro centro de la cristiandad, ofrecía un terreno de encuentro y de lucha para las ideas y los partidos. La vida universitaria en la Edad Media era muy turbulenta y agitada. La forma misma de los contactos científicos constituía un elemento de excitación: se vivía en una




*Una de las aulas de la Universidad de París según una miniatura contenida en un manuscrito de finales del siglo XV o principios del XVI. Biblioteca Nacional, París.*



sucesión ininterrumpida de disputas, se elegía sin cesar a nuevos maestros y los estudiantes vivían en el mayor desorden. En medio de estas costumbres generales, se desarrollaban viejas y nuevas polémicas sobre los asuntos más diversos, y entre una infinidad de grupos y de escuelas. Los diferentes colegios luchaban entre sí, los religiosos seculares se enfrentaban con los regulares. Los tomistas y los escotistas, agrupados bajo la denominación de los Antiguos, luchaban desde hacía medio siglo con los terministas o Modernos, es decir con los discípulos de Occam y de Buridan, filósofos escolásticos del siglo XIV. En 1482 se alcanzó una especie de paz entre estos dos grupos. Pero lo cierto es que ambas escuelas apenas tenían fuerza. Se estancaron en estériles disputas técnicas concernientes al sistema de la clasificación, método hecho de términos y de palabras del que la ciencia y la filosofía ya no sacaron partido. En París, los colegios teológicos de los dominicos y de los franciscanos estaban en decadencia; la enseñanza sagrada se impartía en el Colegio secular de Navarra y en el de la Sorbona, pero según el método antiguo.

El tradicionalismo dominante no impidió que el humanismo penetrara también en París a partir del último cuarto del siglo XV. El latín elegante y la afición a la prosodia clásica, así como la restauración del platonismo, surgida en Italia, tenían también allí sus apasionados partidarios. Los humanistas parisienses eran, en parte, italianos, como Girolamo Balbi y Fausto Andrelini, aunque el personaje dominante era un francés: Robert Gaguin, general de la orden de los maturinos o trinitarios, diplomático, poe-

ta de lengua francesa y humanista. Junto con el nuevo platonismo, se puso en boga un conocimiento más exacto de Aristóteles, fenómeno que provenía igualmente de Italia. Poco antes de la llegada de Erasmo, Jacques Lefèvre d'Étaples regresó de Italia, donde había visitado a Marsilio Ficino y a Pico de la Mirándola, así como al restaurador de Aristóteles, Ermolao Barbaro.

Aunque es cierto que en París las teorías filosóficas y teológicas tenían, en general, un carácter conservador, no por ello el deseo de reforma era menos evidente que en otras partes. Todavía no se había olvidado la autoridad de Jean Gerson, gran canciller de la universidad alrededor de 1400. Sin embargo, este deseo de reforma no implicaba en absoluto una tendencia encaminada a apartarse de la doctrina de la Iglesia. Aspiraba, en primer lugar, a la restauración y a la depuración de las órdenes monásticas, y luego, a la extirpación de los abusos en general, cuya existencia reconocía y sentía incluso la propia Iglesia. El espíritu de

◀ *Estudiosos en una universidad medieval comentan y discuten textos antiguos tras las lecciones recibidas, tal como era habitual hacerlo en aquella época.*




*El filósofo italiano Giovanni Pico de la Mirándola. Galería Uffizi, Florencia.*

reforma de la vida religiosa se veía reforzado en París desde hacía poco por la penetración del movimiento neerlandés de la *devotio moderna*. El más importante de sus representantes fue Jan Standonck, de Malinas, que, educado entre los Hermanos de la Vida Común en Gouda, estaba impregnado del espíritu de éstos en su forma más radicalmente austera. Su ascetismo era más vehemente que lo que exigía el espíritu severo, pero, al mismo tiempo, más mesurado que el de los adeptos de Windesheim. Sus abstinencias le habían hecho muy conocido incluso fuera de los círculos eclesiásticos: renunció por completo a comer carne. Como director, introdujo en el Colegio de Montaigu el reglamento más estricto, que hacía cumplir rigurosamente, imponiendo castigos mortificadores incluso por las más pequeñas faltas. Añadió al colegio una casa para estudiantes pobres, que vivían allí en una comunidad semimonástica.

A este hombre fue recomendado Erasmo por el obispo de Cambrai. Aunque no entró en la comunidad de los estudiantes pobres (se aproximaba a los treinta años), tuvo que sufrir todas las privaciones del reglamento, y este hecho amargó los comienzos de su estancia en París y dejó en su alma una profunda y definitiva aversión hacia las abstinencias y el rigorismo. ¿Es que acaso había ido a París para volver a vivir, en una forma aún más aguda, las tristes y deprimentes experiencias de su juventud?

Erasmo, al llegar a París, tenía como objetivo primordial conseguir el grado de doctor en teología, lo que no le resultaría especialmente difícil. Por su condición de regular, le dispensaron de los estudios preliminares en la Facultad de Artes. Sus estudios anteriores y su asombrosa inteligencia le permitieron prepararse en poco tiempo para los exámenes y disputas requeridos. No obstante, no logró alcanzar su primer objetivo en París. Su estancia, que a pesar de las interrupciones se prolongó hasta 1499 y fue después prorrogada, se convirtió para él en una época de dificultades, de disgustos y de lucha por la subsistencia, con todas las humillantes circunstancias que ello suponía; pero al mismo tiempo fue también el periodo de sus primeros éxitos, aunque no logró sentirse plenamente satisfecho.

La primera causa de sus desengaños fue de orden material: le era totalmente imposible soportar la dura vida del Colegio de Montaigu. El recuerdo de los huevos podridos y de los dormitorios nauseabundos le acompañará durante toda su vida. Creía

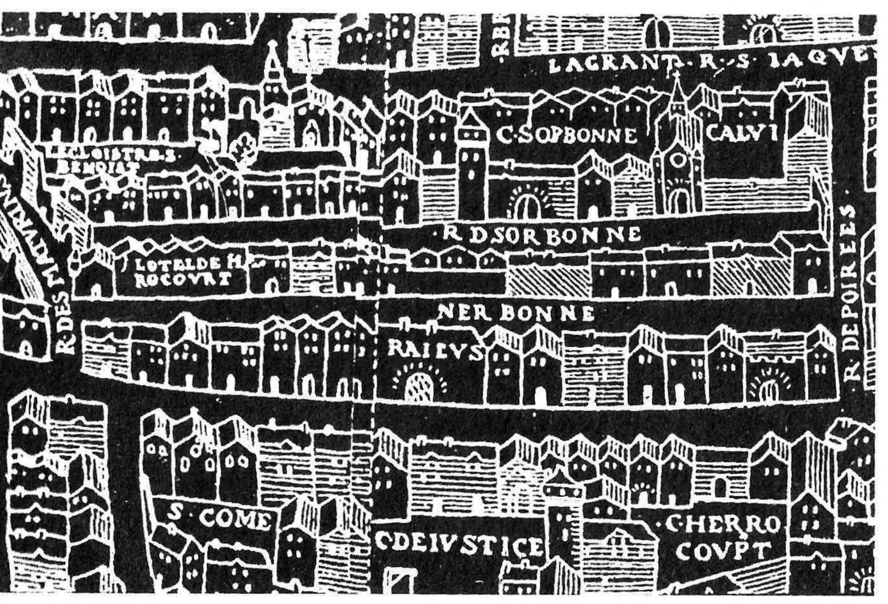
*Una de las escenas de la vida de Tomás de Aquino, en la que el santo aparece explicando teología.* ▶



que allí había cogido los gérmenes de su futura enfermedad. En los *Colloquia* evoca con horror el reglamento de Standonck, basado en la abstinencia, las privaciones y las mortificaciones. Su estancia no se prolongó más allá de la primavera de 1496.

## Rechazo de la escolástica

Entre tanto, había comenzado los estudios teológicos. Seguía cursos sobre la Biblia y sobre el Libro de las Sentencias, que era aún el texto más utilizado entre los manuales medievales de teología. Al ser admitido en el Colegio para dar también él algunas clases sobre las Sagradas Escrituras, pronunció varios sermones en honor de los santos, probablemente en la cercana abadía de Santa Genoveva. Pero no se sentía identificado con su tarea. No le gustaban las sutilezas de la escolástica anticuada. Fue entonces cuando penetró en su espíritu —un espíritu amplio, pero a la vez siempre injusto respecto a las cosas que no tenían cabida en él— su aversión hacia la escolástica, a la que Erasmo condenó en su conjunto. «Estos estudios pueden convertir a cualquiera en un ser presuntuoso y amante de la polémica, pero no en un sabio. Fatigan el espíritu con una sutileza fría y árida, pero



no lo enriquecen ni lo animan en absoluto. Con su balbuceo y los defectos de su estilo impuro deslucen la teología, enriquecida y adornada por la elocuencia de los antiguos. Queriendo resolverlo todo, lo confunden todo.» «Escotista» es un calificativo que Erasmo siempre tiene a punto para aplicarlo a todos los escolásticos o a todo lo que sea anticuado y caduco. Preferiría ver desaparecer toda la obra de Escoto, antes que los libros de Cicerón o de Plutarco. La lectura de éstos le perfecciona, mientras que la escolástica le inspira frialdad respecto a la verdadera virtud, excitándole a la controversia.

Es cierto que en la Universidad de París, en medio del estéril tradicionalismo imperante, difícilmente hubiera encontrado Erasmo la flor de la filosofía y teología escolásticas. Los debates a los cuales asistió en la Sorbona sólo despertaron en él el deseo de burlarse de los doctores en teología, a quienes siempre llama irónicamente *Magistri nostri*, designándolos por su título honorífico. Entre «estos santos escotistas», de frente arrugada, de ojos fijos y de rostro sombrío, no puede por menos que aburrirse; al volver a su residencia, redacta una fantasía irrespetuosa en honor de su joven amigo Thomas Grey. Le cuenta cómo duerme junto a los teólogos de la Sorbona el sueño de Epiménides. Epiménides se despertó a los cuarenta y siete años, pero la mayoría

◀ *La Sorbona en el siglo XV, según un dibujo de la época.*



*El filósofo escolástico Duns Escoto (1266-1308), una de las personalidades más importantes de la Edad Media.*

de nuestros actuales teólogos no se despertará nunca. ¿Con qué podía soñar, en consecuencia, Epiménides? Con las sutilezas de los escotistas, ¡con sus *quidditates, formalitates* y demás! El mismo Epiménides se reencarnó en Escoto; más exactamente, Epiménides era un prototipo de Escoto. En efecto, también él escribía obras teológicas, y ponía en ellas tales nudos silogísticos, que ni él mismo era capaz de deshacerlos. La Sorbona conserva la piel de Epiménides, cubierta de caracteres enigmáticos, como si fuera un oráculo que sólo tienen derecho a ver los que poseen desde hace quince años el título de *Magister noster*.

Este pasaje se acerca mucho a los *Sorbonistres* y los *Barbouillamenta Scoti* de Rabelais. Erasmo termina así su *boutade*: «Se pretende que aquel que haya estado en contacto, por poco tiempo que fuera, con las Musas o las Gracias no es capaz de comprender los misterios de esta ciencia. En primer lugar, tienes que olvidar todo lo que las *bonae literae* te han enseñado: si has bebido del agua del Helicón, debes escupirla. Hago todo lo posible para no decir nada en latín, nada que sea amable o ingenioso; he progresado, y es de esperar que algún día reconozcan en Erasmo a uno de los suyos.»

El rechazo de Erasmo no se debía únicamente a la sequedad del método y a la esterilidad del sistema, sino también a las características de su propia inteligencia, la cual, a pesar de su amplitud y agudeza, no se inclinaba a profundizar en las especulaciones filosóficas o doctrinales. Pues no sólo rechazó la escolástica, sino que tampoco le atrajeron el nuevo platonismo y el aristotelismo renovado que enseñaba Lefèvre d'Étaples. Provisionalmente, Erasmo seguía siendo un humanista imbuido de estética, con un fondo de tendencias bíblicas y moralizadoras, y apoyado antes que nada en la lectura de su querido San Jerónimo. Durante largo tiempo todavía se consideraría poeta y «orador», y como tal ofrecería sus servicios. Actualmente, sustituiríamos el término «orador» por la expresión «hombre de letras».

## Relaciones con los humanistas: Robert Gaguin

Durante su primera estancia en París, parece haberse esforzado desde el primer momento por ponerse en contacto con el cuartel general del humanismo literario. El aún desconocido monje holandés se presentó a Robert Gaguin por medio de una larga carta (no conservada) desbordante de elogios, a la que adjuntó



*El escritor francés François Rabelais (1494-1553).*

un poema escrito con mucho esmero. Este gran hombre, que era general no solamente de los trinitarios sino también del humanismo parisiense, respondió con mucha amabilidad. «De vuestro ejercicio lírico deduzco que sois un hombre culto, y habéis conquistado mi amistad, pero no abuséis así de los elogios, porque suenan a adulación.» Apenas iniciada su correspondencia con el maestro, Erasmo encontró una excelente ocasión para prestarle sus servicios, y también para, al amparo de su nombre, darse a conocer entre el público letrado. Este hecho es tanto más impor-

tante por cuanto nos permite observar, por primera vez, las relaciones que existen entre la carrera literaria y erudita de Erasmo y las condiciones técnicas creadas por la entonces reciente aparición de la imprenta.

Gaguin, que era capaz de trabajar simultáneamente en varias cosas, acababa de entregar a la imprenta un manual en latín de la historia de Francia, *De Origine et gestis Francorum Compendium*, que fue el primer ensayo de historiografía humanista en Francia. El 20 de septiembre de 1495 el trabajo del impresor había concluido, pero dos de las 136 páginas quedaban en blanco, algo inadmisible para las ideas de la época. Gaguin, que se encontraba enfermo, era incapaz de resolver el problema. Espaciando la tipografía, se llegó a llenar el folio 135 con un poema de Gaguin, el colofón, y dos ditirambos de Faustus Andrelinus y de otro humanista. Faltaba todavía material para el folio 136. Entonces entró en liza Erasmo con un largo panegírico que llenó por completo el espacio a cubrir. Así, su nombre y su estilo fueron conocidos inmediatamente por el amplio público que se interesaba por la obra histórica de Gaguin. Al mismo tiempo, incrementó sus méritos para disfrutar de la protección de Gaguin, a quien, al parecer, no se le escapaban las peculiares cualidades del estilo de Erasmo. Sin embargo, Gaguin estaba lejos de sospechar que su libro de historia sería un día citado únicamente por haber servido de trampolín a Erasmo.

De esta forma, a la sombra de Gaguin, Erasmo acababa de hacer su entrada en el mundo de los humanistas parisienses. Sin embargo, todavía no estaba allanado el camino de la gloria que desde hacía poco la imprenta contribuía a difundir. Erasmo pidió a Gaguin que emitiera un juicio sobre los *Antibarbari*. Este los alabó, pero sin plantear su publicación. En 1496 apareció en París sólo un pequeño volumen de poemas latinos de Erasmo, que dedicó al escocés Hector Boys, al que había conocido en el Colegio de Montaigu, mientras que los más importantes escritos en los que trabajó durante su periodo parisiense sólo serían publicados mucho más tarde. El contacto con personalidades como Robert Gaguin y Faustus Andrelinus ciertamente le honraba, mas no le concedía ninguna ventaja directa. Las ayudas económicas del obispo de Cambrai eran más pequeñas de lo que había esperado. En la primavera de 1496, Erasmo cayó enfermo y abandonó París para trasladarse a casa de su protector, el obispo, el cual le recibió cordialmente en Bergen. Allí se restableció, y después se fue a Holanda para volver a ver a sus amigos y con la intención de quedarse. Sus amigos, sin embargo, le incitaron a




*La imprenta dio un impulso antes inimaginable al desarrollo y la difusión de la cultura.*

regresar a París, y así lo hizo finalmente Erasmo en otoño de 1496. Traía consigo algunos poemas y una carta de Willem Harmens para Gaguin. Se consiguió un impresor para los poemas, y Erasmo, además, logró que su amigo y colega en las tareas poéticas entrara en contacto con Faustus Andrelinus. No se preocupó, pues, únicamente de su propia carrera literaria.

## El problema de la subsistencia

En aquel tiempo, la situación de los que pretendían vivir de su trabajo intelectual no era en absoluto fácil y no siempre resultaba digna. Estaban obligados a vivir o bien de prebendas eclesiásticas, o bien del apoyo de algún protector influyente, o pre-

ferentemente de ambas cosas. Pero las prebendas no se conseguían fácilmente, y en cuanto a los protectores, eran caprichosos y muchas veces resultaban decepcionantes. Los editores pagaban honorarios de cierta importancia únicamente a los escritores famosos. Generalmente el autor tenía que contentarse con una cantidad de ejemplares y sólo sacaba provecho dedicando el libro a una persona importante que estuviera en condiciones de distinguirle con un valioso regalo. Algunos escritores acostumbraban dedicar sucesivamente la misma obra a diferentes personas. Erasmo se defendió explícitamente de tal acusación e hizo notar con exactitud el gran número de aquellos que, tras haber tenido el honor de una dedicatoria, no dieron nada o muy poco.

Para un hombre que se encontrara en la situación de Erasmo, todo se reducía pues a hallar un mecenas. Mecenas significaba entonces aproximadamente lo mismo que hoy empleador. Comentando el adagio *Ne bos quidem pereat*, Erasmo describió la manera apropiada de obtener el apoyo de un mecenas.

Aunque su comportamiento en estos años pueda parecernos, muchas veces, dominado por solicitudes carentes de dignidad, no por eso debemos juzgarle según los criterios de nuestras costumbres. Fueron sus años vulnerables.

Al regresar a París, no volvió al Colegio de Montaigu, sino que intentó ganarse la vida dando clases a jóvenes de familias acomodadas. Tuvo como alumnos a dos hijos de un comerciante de Lübeck, Christian y Henri Northoff, que se alojaban en casa de un tal Augustin Vincent. Erasmo les escribió hermosas cartas: ingeniosas, rápidas y un tanto amaneradas. Enseñaba igualmente a dos jóvenes ingleses: Thomas Grey y Robert Fisher. A Grey le tomó un afecto tan apasionado que dio lugar a un conflicto con el mentor escocés de su alumno. Las groseras sospechas del mentor irritaron mucho a Erasmo.

## Esbozos y proyectos

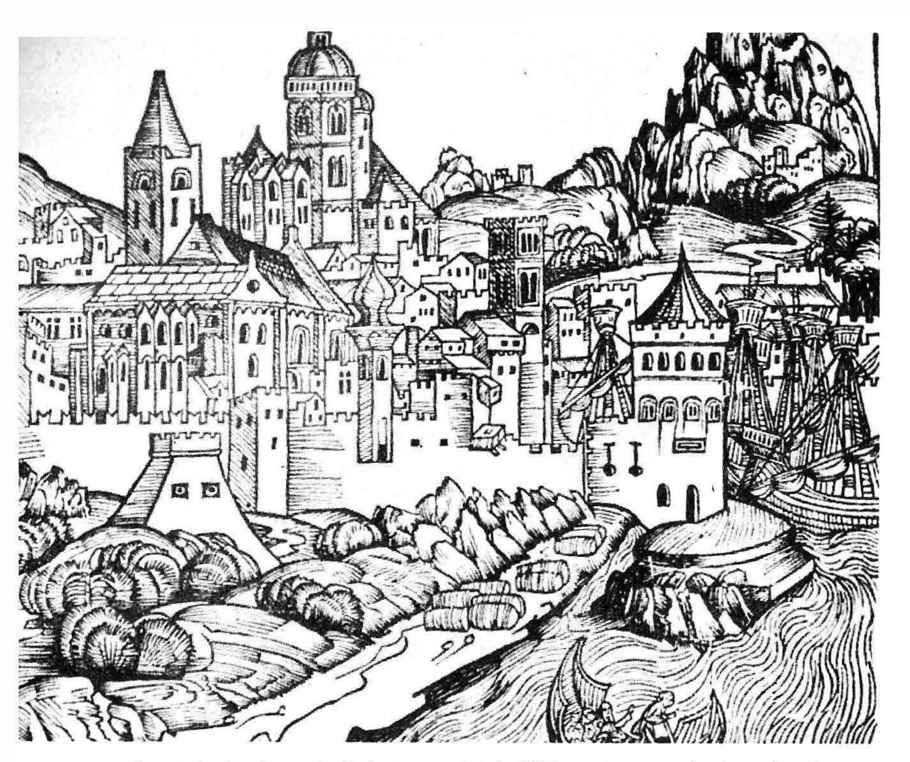
París no dejó de ejercer sobre él su fina influencia. Su estilo epistolar vuelve a ser rebuscado, deliberadamente chispeante; aparenta despreciar los zafios trabajos de su juventud holandesa. Mientras tanto, no obstante, ya comienzan a bosquejarse bajo su pluma infatigable las obras —reservadas al principio a algunos privilegiados, ya que eran sólo manuscritas— que habrían de propagar posteriormente su influencia en el mundo culto. Para los Northoff, redactó en latín un pequeño manual de conversación

*Frontispicio de* Familiarum colloquiorum formulae, *libro que daría lugar a una de las obras más famosas de Erasmo, los* Colloquia. *Gemeentebibliothek, Rotterdam.*




refinada: *Familiarium colloquiorum formulae*, embrión de los universalmente famosos *Colloquia*. En honor de Robert Fisher, emprendió un primer esbozo de *De Conscribendis epistolis*, el gran ensayo sobre el arte de escribir cartas (en latín, por supuesto), y probablemente también la paráfrasis de los *Elegantiae* de Valla, un tratado acerca de la lengua latina pura, que fue para Erasmo, en su juventud, el faro de la cultura. La corta disertación *De Copia verborum ac rerum* era igualmente un instrumento para uso de principiantes, destinado a proporcionarles un vocabulario y numerosos modismos, y llegó a ser, a su vez, el núcleo de una obra más amplia. *De Ratione studii*, una guía para la organización de los estudios, tenía la misma orientación.

Era la suya una vida incierta e inquietante. Las ayudas del obispo eran más bien escasas. Erasmo se quejaba de su salud y



*La ciudad italiana de Bolonia en el siglo XVI, según un grabado realizado por Schedel.*

se sentía permanentemente deprimido. Acarició el proyecto de viajar a Italia, pero no veía muchas posibilidades de realizarlo. Durante el verano de 1498 volvió a Holanda, junto al obispo. Sus amigos holandeses estaban muy poco satisfechos del desarrollo de sus estudios. Temían que hubiera contraído deudas en París, y comenzaron a hablar de él en términos menos favorables. Encontró al obispo muy ocupado por un inminente viaje a Inglaterra, en una misión diplomática, nervioso y arisco. Cada vez veía más claro que debía buscar otro protector. ¿Podría ser la señora de Veere, Ana van Borselen, la persona adecuada? Dicha dama había tomado a su servicio a Battus, el fiel y compasivo amigo de Erasmo, en calidad de preceptor de su hijo en el castillo de Tournehem, situado entre Calais y Saint-Omer.

Tras regresar nuevamente a París, Erasmo siguió con su vida anterior, que entonces se le convirtió en una esclavitud insopor-

table. Battus le había conseguido una invitación para ir a Tournehem, pero Erasmo todavía no estaba en condiciones de abandonar sus ocupaciones en París. Tenía entonces como alumno al joven lord Mountjoy, William Blount. Tuvo que ocuparse de dos asuntos a la vez. Había encargado a Battus que le preparara el terreno con Ana de Veere; al mismo tiempo, pidió encarecidamente a Willem Harmens que escribiera a Mountjoy, elogiando la pasión con que Erasmo se dedicaba a la literatura. «Tienes que explicarle las delicias que ofrecen las letras, tienes que elogiarme y ofrecer amablemente tus propios servicios. Créeme, Willem, esto será provechoso también para tu reputación. Se trata de alguien que tiene mucho prestigio entre los suyos y que difundirá tus escritos en Inglaterra. Una vez más y por siempre te ruego que, si de veras me tienes afecto, pongas empeño en esta solicitud.»

A comienzos del año 1499, tiene lugar la prometida visita al castillo de Tournehem, seguida de un nuevo viaje a Holanda. A partir de entonces, Ana de Veere se convirtió en su protectora. En Holanda visitó a su amigo Willem Harmens y le puso al tanto de su intención de viajar a Bolonia después de la Pascua de Resurrección. Fue una estancia agitada. Erasmo tenía prisa por regresar a París, para no perder la suerte que podía proporcionarle el afecto de Mountjoy. Trabajó sin cesar en los diversos escritos que había comenzado, tanto como se lo permitió su salud, quebrantada tras el duro viaje invernal. Se ocupó activamente en reunir el dinero necesario para el viaje a Italia, esta vez aplazado para el mes de agosto. Pero, al parecer, Battus no logró obtener para él todo lo que había esperado; hacia el mes de mayo, Erasmo renunció, repentinamente, a su proyectado viaje a Italia y partió con Mountjoy, a solicitud de éste, para Inglaterra.

# 4. Aspiraciones teológicas

La primera estancia de Erasmo en Inglaterra, que duró desde comienzos del verano de 1499 hasta principios del año 1500, estuvo marcada por un cambio de orientación. Erasmo llegó a este país como un poeta erudito, protegido por un gentilhombre



influyente que le introdujo en la sociedad aristocrática capaz de apreciar y recompensar los méritos literarios; pero lo abandonó con la profunda necesidad de consagrar su talento, según se lo permitieran las circunstancias, a cosas más serias. Esta transformación se debió al hecho de que en Inglaterra encontró a dos nuevos amigos, dos personalidades muy superiores a las que había conocido hasta entonces: se trataba de John Colet y Tomás Moro.

Durante todo el tiempo que duró su estancia en Inglaterra, Erasmo se encontró particularmente a gusto. Al principio todavía dominaba en él el joven literato ansioso de éxito y de lucir su inteligencia; pero la vida aristocrática, que seguramente apenas pudo entrever junto al obispo de Cambrai o en la casa de la dama de Veere, en Tournehem, no parecía desagradarle. «Aquí,



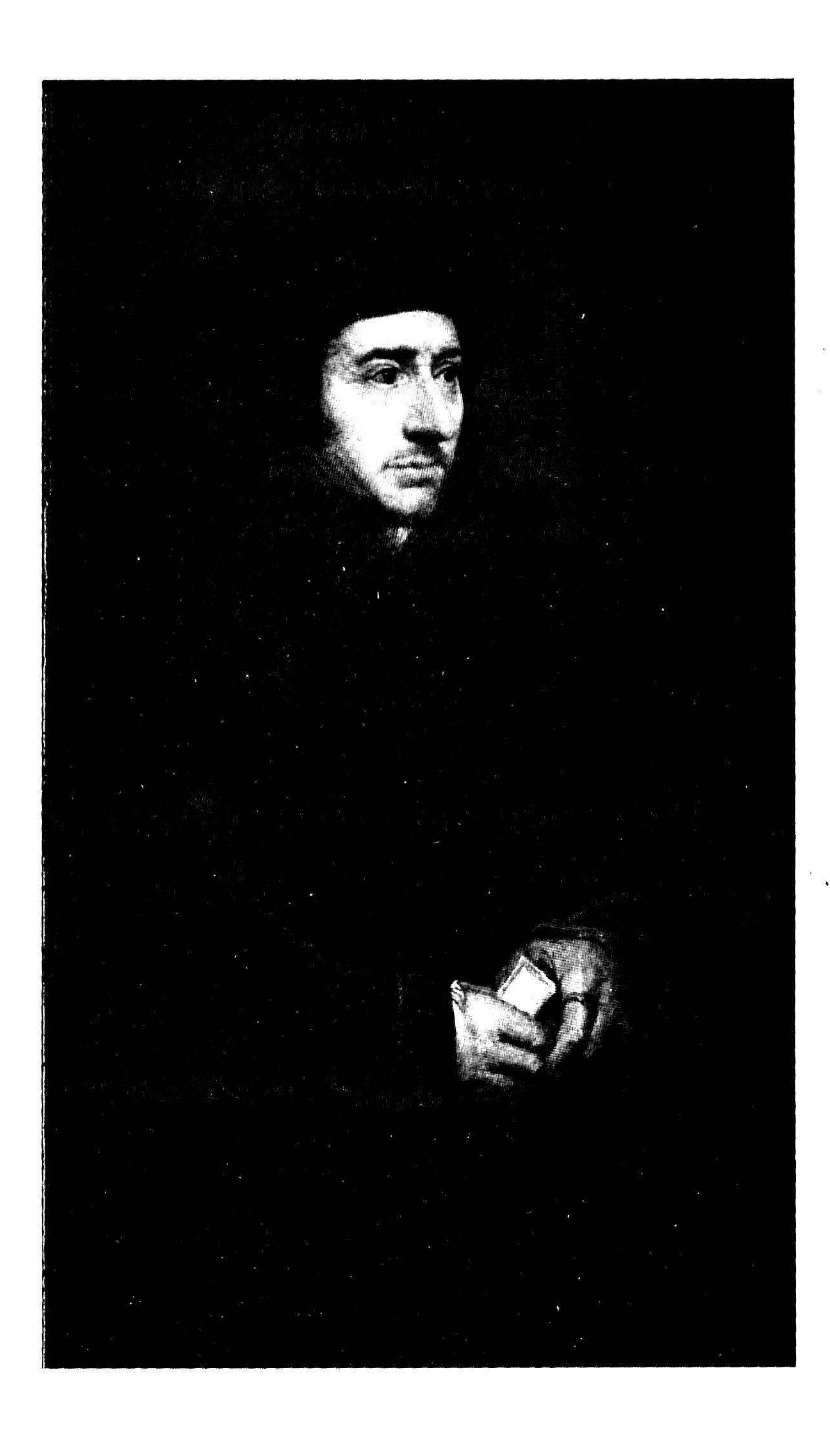
*Vista de Londres, según un grabado del siglo XVI. En primer plano, uno de los puentes sobre el río Támesis. En aquella época, Londres era ya la capital de Inglaterra y una de las ciudades más pobladas de Europa.*



*John Colet, según un maestro anónimo del siglo XVI. St. Paul's School, Londres.*

*Tomás Moro según un retrato de Rubens, copia de uno anterior de Holbein. Museo del Prado, Madrid.* ▶

en Inglaterra —escribe en un tono distendido a Faustus Andrelinus—, he progresado mucho. El Erasmo que conoces ya es casi un buen cazador, todo un caballero y un cortesano no falto de experiencias. Saluda de manera mucho más cortés y sonríe más amablemente. Si eres avisado, apresúrate y ven aquí tú también.» Erasmo incita al galante poeta hablándole de seductoras doncellas y de la loable costumbre que conoció en Inglaterra, según la



cual todas las manifestaciones de cortesía se acompañaban con besos.

A Erasmo le correspondió incluso el honor de conocer a la familia real. Moro vino a buscarle a la finca de Mountjoy, en Greenwich, para dar un paseo por Eltham, en cuyo palacio se educaban los pequeños príncipes. Erasmo vio allí, en medio de toda la corte, al joven Enrique, el futuro Enrique VIII, entonces un niño de nueve años, así como a sus dos hermanas pequeñas y a un principito al que todavía llevaban en brazos. Erasmo se sintió incómodo porque no tenía nada que ofrecer, así que al regresar a casa comenzó a escribir con gran esfuerzo, ya que últimamente no había compuesto versos, un poema de alabanza a Inglaterra, que ofreció al príncipe con una hermosa dedicatoria.

## Con John Colet en Oxford

En octubre Erasmo se encontraba en Oxford, donde al principio no se sentía bien, pero a donde Mountjoy debía seguirle. Había sido recomendado a John Colet, quien declaró amablemente que no necesitaba tal recomendación, pues conocía a Erasmo por su carta a Gaguin publicada en la obra histórica de éste, y apreciaba mucho su ciencia. A partir de este momento, la estancia de Erasmo en Oxford estuvo marcada por un continuo contacto verbal y epistolar con Colet que llegó a ser decisivo en la futura orientación de su espíritu multiforme.

John Colet, que tenía aproximadamente la misma edad que Erasmo, había hallado su camino intelectual más pronto que él y de una manera más regular. Al ser hijo de padres acomodados (su padre, magistrado en Londres, fue nombrado dos veces lord mayor), no tuvo dificultades para realizar sus estudios en Italia y en Francia. A pesar de poseer una inteligencia tan brillante como la de Erasmo, no se había sentido impulsado hacia la literatura, y desde el principio había concentrado su interés en la teología. Conocía a Platón y a Plotino (aunque no en la versión griega), era muy versado en los antiguos Padres de la Iglesia, así como en la escolástica, y poseía grandes conocimientos de matemáticas, derecho, historia y poesía inglesa. En 1496 se estableció en Oxford, donde explicaba las epístolas de San Pablo sin tener grado teológico alguno. Si bien es cierto que por desconocimiento del griego sólo pudo apoyarse en la *Vulgata*, trató de penetrar hasta el sentido original del texto bíblico, evitando a los comentaristas tardíos.

Colet poseía un espíritu de profunda gravedad que, en lucha permanente contra las inclinaciones de su temperamento, consiguió vencer el orgullo y la sed de placeres. Tenía un gran sentido del humor, lo que seguramente contribuyó a acercarle a Erasmo. Era una persona entusiasta. Al defender una posición teológica, la convicción confería otro tono a su voz, otra mirada a sus ojos y toda su persona resplandecía con una luz especial.

El primer escrito teológico de Erasmo surgió de su relación con Colet. Al término de una discusión acerca de las angustias de Cristo en el huerto de Getsemaní, en la cual Erasmo defendía la tradicional opinión de que la angustia de Cristo ante el sufrimiento provenía de su naturaleza humana, Colet le instó a que siguiera meditando sobre la cuestión. Intercambiaron algunas cartas al respecto y Erasmo acabó por resumir los dos puntos de vista en una *Disputatiuncula de tedio, pavore, tristicia Jesu*, pequeña controversia sobre las angustias, el temor y la tristeza de Jesús. Su tono es grave y piadoso, pero carece de verdadero fervor o emoción. El literato había dejado, de repente, su puesto al teólogo. «Mira, pues, Colet —concluye Erasmo la primera carta, casi ironizando sobre sí mismo—, cómo respeto el decoro al cerrar semejante controversia teológica con fábulas poéticas [había utilizado algunas metáforas mitológicas]. Pero tal como dice Horacio, *Naturam expelles furca, tamen usque recurret* ["Aunque expulses a la naturaleza con una horca, siempre volverá de nuevo"].»

La ambigua postura mantenida por Erasmo, incluso en su fuero interno, aparece aún más claramente en el relato que hizo a su nuevo amigo frisón Johannes Sixtinus, poeta latino como él, de otra discusión que había mantenido con Colet durante una comida que tuvo lugar probablemente en el vestíbulo del Magdalen College, y a la que probablemente asistió Wolsey. Erasmo escribe a su colega en un tono sutil, un poco rebuscado, como si fuera «el poeta». Era uno de esos banquetes que tanto le gustaban y que imaginará tan a menudo en sus *Colloquia*: sociedad culta, buena comida, bebidas en cantidad mesurada, nobles conversaciones. Presidía Colet, teniendo a su derecha al prior Charnock del St. Mary College, donde se alojaba Erasmo; a su izquierda se sentaba un teólogo, campeón de la escolástica, cuyo nombre no menciona; y luego, Erasmo «para que el poeta no estuviese ausente del banquete». Se trataba de definir la naturaleza de la falta con la que Caín había desagradado al Señor. Colet defendía la tesis de que Caín había ofendido a Dios al dudar de la bondad del Creador, ya que había cultivado la tierra y había preferido fiar-

se de su propio trabajo, mientras que Abel guardaba sus rebaños y se contentaba con lo que crecía de por sí en la tierra. El teólogo le opuso silogismos y Erasmo argumentos tomados de la «retórica». Pero Colet se enfureció y derrotó a ambos. En vista de que la discusión se prolongaba demasiado y se volvía más seria de lo permitido en un banquete, «para desempeñar mi papel de poeta y también para tratar el tema en cuestión, amenizando al mismo tiempo la comida con un relato divertido, dije: "Es una historia antiquísima, extraída de los autores más antiguos. Os contaré lo que he encontrado al respecto en la literatura, si me prometéis previamente no considerarlo como una fábula."»

Comenzó entonces un ingenioso relato: en un venerable códice había leído cómo Caín, que a menudo oía alabar a sus padres la magnífica vegetación del Paraíso, donde las espigas alcanzaban la altura de nuestros alisos, logró convencer al ángel que montaba guardia para que que le diera algunos granos del trigo paradisíaco. Dios no diría nada si no se tocaban las manzanas. (La arenga destinada a sublevar al ángel contra el Todopoderoso es una pequeña obra maestra de la ingeniosidad de Erasmo.) «¿Os divierte acaso permanecer inmóvil delante de la puerta con un gran sable? Acabamos de comenzar a utilizar perros para estas tareas. La vida terrenal no es tan mala y mejora cada vez más: aprenderemos a curar las enfermedades. No acabo de entender para qué sirve ahí dentro ese conocimiento del Bien y del Mal. Sea como fuere, también en esto nuestro celo infatigable acabará venciendo todas las dificultades.» Así queda embaucado el guardián. Pero al contemplar Dios el maravilloso resultado del esfuerzo agrícola de Caín, el castigo no se hizo esperar.

Ningún humanista había imaginado hasta entonces un término medio tan hábil entre el Génesis y el mito de Prometeo.

## De la literatura a la religión

Sin embargo, por más que se comporte aún como un hombre de letras entre los hombres de letras, su corazón ya no participa en esos ejercicios literarios. El hecho de que Erasmo no sufriera crisis violentas es una de las peculiaridades de su evolución intelectual. Jamás se le sorprendió enfrentado a sí mismo en esa áspera lucha interna que ha destrozado a los más gran-

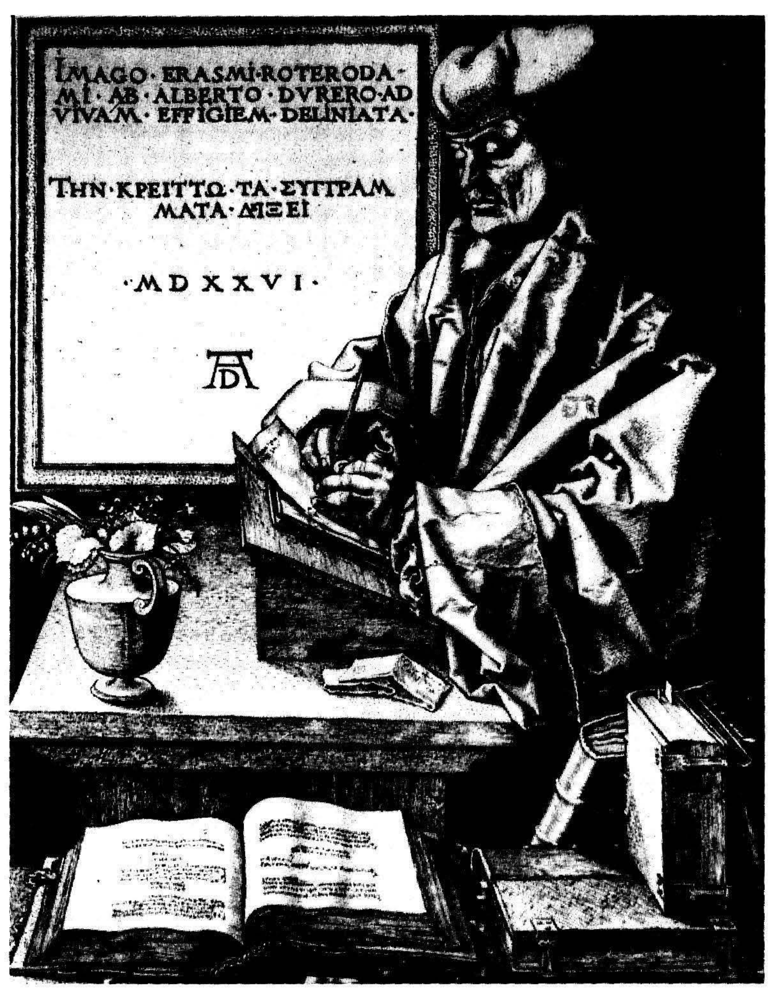
*La Retórica, obra atribuida a Pedro Berruguete. National Gallery, Londres.* ▶


X VRBINI MON
TIS FERETRI

des. Su paso de una mentalidad literaria a otra de orden religioso no tiene nada que ver con una conversión. En la vida de Erasmo no existe el camino de Damasco. El paso se realiza gradualmente, con altibajos, y jamás será definitivo. Todavía durante largos años, Erasmo pondrá en primer plano, según su voluntad y el capricho de sus intereses, ora al literato, ora al teólogo, sin que podamos acusarle de falta de sinceridad. Las capas profundas de su alma sólo afloran a la superficie lentamente, y cuando se eleva hasta la cumbre de su propia conciencia ética, lo hace movido más bien por el curso de los acontecimientos que por un irresistible impulso interno.

Ya en época temprana expresa su intención de ocuparse exclusivamente de las cosas de la fe. «He decidido —escribe a Cornelis de Gouda durante su paso por el convento— escribir únicamente versos de los que se desprenda, ya la fragancia de la alabanza de los santos, ya la de la santidad misma.» Fue, sin embargo, una juvenil y piadosa resolución momentánea. Durante los años anteriores al primer viaje a Inglaterra, en los escritos de Erasmo, y sobre todo en sus cartas, se percibe el espíritu terrenal que sólo le abandona cuando está enfermo y cansado: en esos momentos el mundo le desanima, desdeña su propia ambición y sólo anhela vivir en una santa tranquilidad, meditando sobre las Santas Escrituras y llorando sus antiguas faltas. Pero éstas no son más que palabras circunstanciales que no deben tomarse muy en serio.

Fueron necesarios la palabra y el ejemplo de Colet para que la afición de Erasmo a los estudios teológicos se convirtiera en una decisión firme y duradera, en un fin último. En Oxford, Colet le exhorta a comentar los libros de Moisés o del profeta Isaías, tal como había hecho él mismo con las Epístolas de San Pablo. Erasmo rehúsa esta proposición aduciendo que no está en condiciones de realizarla. Con ello demuestra una perspicacia y un autoconocimiento que le hacen superior a Colet. Erasmo no podía contentarse con una exégesis intuitiva de la Biblia, tal como hacía su amigo, sin conocer la lengua original. «No obras con prudencia, querido Colet, queriendo hacer brotar agua de una piedra pómez (para hablar como Plauto). ¿Cómo podría yo ser tan presuntuoso para atreverme a enseñar lo que yo mismo no he aprendido? ¿Cómo podría calentar al prójimo cuando yo mismo tirito y tiemblo de frío...? Te quejas de haberte equivocado en cuanto a las esperanzas que alimentaste sobre mí. Pero yo jamás te prometí nada semejante; te has engañado a ti mismo rehusando creer la verdad que te dije sobre mí. No es que no hu-




*Erasmo, por Alberto Durero, 1526.*

biera venido aquí con la intención de enseñar poética u oratoria; pero han dejado de agradarme porque ya no me hacen falta. Una de las tareas en cuestión la desecho porque está por debajo del fin que me he señalado en la vida, y la otra, porque está por encima de mis fuerzas. Sin embargo, si algun día soy consciente de disponer de las fuerzas necesarias, elegiré tu mismo camino y dedicaré a la conservación de la teología un trabajo, si no excelente, al menos sincero.»

La primera consecuencia que tuvo todo esto para Erasmo fue la de darse cuenta de que debía aprender mejor el griego.

Mientras tanto, la estancia en Inglaterra llegó a su fin y tuvo que regresar a París. Al final de este viaje escribió a su antiguo alumno Robert Fisher, que permanecía en Italia, para comunicarle con entusiasmo la satisfacción que le había embargado en Inglaterra, donde encontró un ambiente particularmente agradable y sano (al cual era muy sensible), y tanta humanidad y erudición —no manida y simple, sino preciosa, auténtica, antigua, latina y griega—, que apenas si le apetecía ya viajar a Italia. En la persona de Colet creía escuchar a Platón mismo. ¿Quién hubiera podido dejar de admirar a Grocin, el perfecto conocedor del griego, o a Linacra, el sabio médico? ¿Y qué ingenio fue jamás más dulce, más suave o más dichoso que el de Tomás Moro?

## Contratiempo en Dover

Sin embargo, al salir del territorio inglés, en enero de 1500, Erasmo sufrió un desagradable contratiempo que, desgraciadamente, no sólo estropeó el hermoso recuerdo de la isla afortunada, sino que le obligó a desviar de nuevo el rumbo de su carrera y dejó en su alma hipersensible un aguijón cuyo pinchazo volvería a sentir en más de una ocasión. Los medios de subsistencia que se había asegurado en París durante los años anteriores eran precarios. Probablemente le había sido retirado el apoyo del obispo, el de Ana de Veere le era otorgado con mucha lentitud y tampoco podía contar demasiado con el de Mountjoy. En tales condiciones, una modesta reserva económica tenía para Erasmo mucha importancia. En Inglaterra había conseguido ahorrar veinte libras, pero una ley de Eduardo III, puesta nuevamente en vigor por Enrique VII, prohibía toda exportación de oro y plata. Sin embargo, Moro y Mountjoy habían asegurado a Erasmo que podría llevarse su dinero siempre que no fuera en moneda inglesa. En Dover, Erasmo se dio cuenta de que los aduaneros eran de otra opinión. Sólo pudo conservar seis *angelots d'or*; el resto quedó en la aduana y probablemente fue confiscado.

El impacto que le causó este acontecimiento quizá contribuyese a que durante el viaje desde Calais hasta París creyera que le acechaban ladrones y asesinos. Se encontró de nuevo entregado a las preocupaciones cotidianas por la subsistencia. Tuvo que volver a la profesión de *bel esprit* [hombre culto], que le desagradaba, y se vio obligado a reiterar todos los humillantes trá-

mites para que los posibles protectores le pagaran las chispas de su inteligencia. Lo más grave fue que el incidente perjudicó su equilibrio intelectual y su dignidad.

Sin embargo, esta desgracia supuso un beneficio para el mundo y, en resumidas cuentas, también para el propio Erasmo: al primero le dio los *Adagia* y al segundo, la gloria que a partir de entonces comenzó a tener.

Después de su contratiempo en Dover sintió una amarga cólera y un vivo deseo de venganza. «Me siento —escribe algunos meses más tarde a Battus— como es habitual en estos casos: la herida que recibí en Inglaterra comienza a dolerme ahora, cuando empieza a ser antigua, y tanto más cuanto que me es imposible tomar la menor represalia.» Y seis meses más tarde: «Lo soportaremos. Algún día se presentará la ocasión de hacerlo pagar.» Al mismo tiempo, sin embargo, un instinto más seguro le decía que los ingleses, a quienes acababa de conocer tan satisfactoriamente, no eran responsables de lo ocurrido, y menos aún sus amigos. Jamás guardó rencor a Tomás Moro ni a Mountjoy, cuyas informaciones incompletas fueron, según Erasmo, la causa de tal infortunio. Al mismo tiempo, su interés, que creyó siempre revestido de virtud, le insinuaba que en ese momento era importante no estropear sus relaciones con Inglaterra y que se le ofrecía una excelente oportunidad para reforzarlas. Más tarde juzgaría su conducta con esa ingenuidad que, incluso cuando se esfuerza en ocultarla o disfrazarla, transforma a menudo sus escritos en confesiones.

«Cuando llegué a París, desvalijado, pude observar que muchos esperaban que, conforme a las costumbres de los literatos, me vengara de este desengaño con mi pluma, escribiendo algo vénenoso contra el rey o contra Inglaterra. Al mismo tiempo, temía que William Mountjoy, por ser la causa de la pérdida de mi dinero, se preocupara demasiado pensando que podría retirarle mi afecto. Así, para confundir las expectativas de la gente y para demostrar que no era tan injusto como para echarle la culpa al rey de un perjuicio personal, ni tan imprudente como para exponerme a mí o a mis amigos ingleses al desagrado del rey por una pérdida mínima, y también aprovechando la ocasión para demostrar a mi amigo Mountjoy que no tenía menos afecto por él que antes, decidí publicar algo lo más pronto posible. Como no disponía de nada acabado, reuní rápidamente durante algunos días de lectura una colección de *Adagios*, sospechando que semejante libro —poco importa su éxito— acabaría en las manos de los adeptos a las bellas letras, si no por otra cosa, al menos

ERASMI ROTERODAMI ADAGIORVM CHILIADES TRES, AC CENTVRIAE FERE TOTIDEM.

ALD·STVDIOSIS·S·

Quia nihil aliud cupio, q̃ prodesse uobis Studiosi. Cum uenisset in manus meas Erasmi Roterodami, hominis undecunq; doctiss. hoc adagiorũ opus eruditum. uarium. plenũ bonæ frugis, & quod possit uel cum ipsa antiquitate certare, intermissis antiquis autorib. quos paraueram excudendos, illud curauimus imprimendum, rati profuturum uobis & multitudine ipsa adagiorũ, quæ ex plurimis autorib. tam latinis, quàm græcis studiose collegit summis certe laborib. summis uigiliis, & multis locis apud utriusq; linguæ autores obiter uel correctis acute, uel expositis erudite. Docet præterea quot modis ex hisce adagiis capere utilitatem liceat, puta quẽadmodum ad uarios usus accõmodari possint. Adde, qd' circiter decẽ millia uersuum ex Homero Euripide, & cæteris Græcis eodẽ metro in hoc opere fideliter, & docte tralata habẽtur, præter plurima ex Platone, Demosthene, & id genus aliis. An autem uerus sim, ἰδοὺ ῥόδος, ἰδοὺ καὶ τὸ πήδημα. Nam, quod dicitur, αὐτὸς αὐτὸν αὐλεῖ.




Præponitur hisce adagiis duplex index. Alter secundum literas alphabeti nostri. nam quæ græca sunt, latina quoq; habentur. Alter per capita rerum.

*Portada de la edición veneciana de los* Adagia *de Erasmo, del año 1508. La impresión corrió a cargo de Aldo Manuzio.*

por su utilidad. Así, di a entender que mi amistad no se había enfriado en absoluto. Luego añadí un poema demostrando que no estaba resentido ni con el rey ni con el país por la confiscación del dinero. Y este propósito ha dado sus frutos. La moderación y la sinceridad me han valido en Inglaterra muchos amigos, hombres eruditos, íntegros e influyentes.»

De esta manera, Erasmo logró contener su dolor en su fuero interno, de suerte que más tarde, cuando se acordaba del asunto, podía declarar: «Perdí de golpe todo mi haber, pero estaba tan poco desanimado que volví aún con más alegría y más fuego a mis libros.» Pero sus amigos sabían que su herida había sido profunda. «Ahora —le escribe Mountjoy en 1509 con motivo de la llegada al trono de Enrique VIII— toda amargura desaparecerá pronto de tu alma.»

## Años difíciles

Los años que transcurrieron tras su regreso a Francia fueron difíciles. Tuvo que resolver humillantes apuros de dinero y se vio forzado a aprovechar de la mejor manera su talento y sus conocimientos de hombre de letras. Tuvo que volver a ser el *homo poeticus*, el «retórico». Escribe de nuevo cartas que pule y vuelve a pulir, repletas de mitología y de discretas solicitudes de dinero. Como poeta había alcanzado renombre y podía contar con apoyo. Mientras tanto, tenía presente en su pensamiento la imagen exaltante de su labor teológica, que le animaba a dar pruebas de energía y perseverancia. «Es increíble —escribe a Battus— cómo mi alma se inflama y me estimula a acabar todas mis obras, a conseguir, al mismo tiempo, cierta facilidad en el uso del griego y a consagrarme después por entero a la ciencia sagrada, tarea que mi espíritu anhela desde hace ya largo tiempo. Tengo buena salud; por tanto, este año [1501] debo concentrar mis fuerzas para que vea la luz lo que hemos dado a la imprenta y para que, tratando cuestiones teológicas, podamos aplastar como se merecen a los que nos desprecian, que son muchos. Si me quedaran todavía tres años de vida, me daría por satisfecho.»

Es el discurso de un espíritu que acomete grandes empresas, aunque no se mueva sólo bajo el impulso de la piedad. Ya vislumbra su misión en la renovación de la teología. Pero esta manifestación de elevado idealismo y de confianza en sí mismo está contenida en una carta en la que también indica al fiel Battus cómo debe adoctrinar a la dama de Veere para sacarle dinero.

Mientras tanto, ¡cuántos disgustos, cuántas molestias mezquinas, cuánta astucia para lograr sobrevivir! Estaba hastiado de Francia y anhelaba marcharse. Pasó parte del año 1500 en Orleans. La mala suerte le humilla. Por sus cartas nos enteramos, aunque de forma incompleta, de las historia de sus relaciones con un tal Augustin-Vincent Caminade,[7] humanista de menor rango, que alojaba a jóvenes en su casa. Una de ellas es demasiado larga para reproducirla aquí, aunque tiene gran interés para comprender la psicología de Erasmo; nos muestra, en efecto, hasta qué punto desconfiaba ya de sus amigos. En aquella época, es probable que se alojara gratuitamente en la casa de un tal Maestro Jacobus Voecht[8] de Amberes, para quien consiguó un pupilo acomodado en la persona del hermano bastardo del obispo de Cambrai. El obispo, asegura Erasmo, llamándole ahora «antimecenas», recomienda a Standonck que vigile de cerca sus actos y andanzas en París.

Hay bastante mal humor en las cartas de este periodo. Erasmo se muestra con sus amigos desconfiado, irritable, exigente, a veces incluso grosero. Ya apenas soporta a Willem Harmens por su epicureísmo y su falta de energía, actitudes seguramente desconocidas por él. Pero es aún más chocante el tono con el que trata al buen Battus. Desde luego, es muy elogiado, y Erasmo le asegura, también a él, la inmortalidad. Pero ¡cómo se ofende cuando Battus no puede satisfacer en seguida sus urgentes exigencias! ¡Cómo rayan en el cinismo sus instrucciones cuando indica a Battus lo que debe decirle a la dama de Veere para que le conceda su protección! Y ¡qué secas son sus manifestaciones de pesar cuando la muerte le arrebata al fiel Battus en la primera mitad del año 1502!

A veces, parece como si Erasmo quisiera desquitarse de Battus por el hecho de que, en su apuro, debía mostrarse ante este verdadero amigo más desnudo y descubierto de lo que hubiera deseado, o porque, en sus relaciones con Ana van Borselen, había renegado, por una mediocre propina, de la esencia de sus convicciones y de la exquisitez de su buen gusto. Le rindió homenaje en el pesado estilo borgoñón propio de las casas principescas de los Países Bajos y que le era ciertamente odioso. Halagó su austera devoción. «Os dirijo algunas oraciones con cuya ayuda podríais, al igual que con fórmulas mágicas, hacer bajar del cielo, por así decirlo contra su voluntad, no la luna, sino la que ha engendrado el sol de la justicia». ¿Dibujaste en tu rostro, autor de los *Coloquios*, tu fina sonrisa cuando escribías estas palabras? Peor para ti.

# 5. Propagador de la cultura clásica

Pero entretanto le sonríe el éxito, como recompensa sobre todo por sus estudios literarios que, según sus declaraciones, han dejado de serle gratos. En 1500 Johannes Philippi editó en París la obra que Erasmo había escrito con ocasión de su contratiem-

Desyderii Herasmi Roterdami veterũ maximeq̃ insi-
gnium paroemiarũ id est adagiorum collect- nea: opus
quum nouũ tum ad omne uel scripture uel sermonis ge-
nus uenustãdũ insigniendũq̃ mirũ in modũ cõducibile.
Id quod ita demũ intelligetis adolescẽtes optimi: si hu-
iusmodi deliciis et litteras vestras et orationẽ quotidia-
nam assuescetis aspergere. Sapite ergo et hũc tam rarũ
thesaurũ tantillo nũmulo venalẽ vobis redimite: multo
prestantiora propediẽ accepturi: si hec boni cõsulueritis.
Valete.




Duobus in locis libellus hic prostat: In magistri Iohãnis philippi offi-
cina: cuius quidẽ tum industria: tum sumptu nitidissimis formulis
est emaculatissime impressus: In uia diui Marcelli ad diuine trinita-
tis signum: Rursũ in uia diui Iacobi ad Pellicani quem uocant notam:

Una de las páginas de la edición parisiense de los Adagia, *aparecida en 1500. Konniglijke Bibliothek, Den Haag.*

po en Dover y que había dedicado a Mountjoy: *Adagiorum Collectanea*. Se trata de una colección de aproximadamente ochocientas expresiones proverbiales, tomadas de los autores latinos de la Antigüedad y comentadas para uso de aquellos que se esfuerzan por lograr un elegante estilo latino. En la dedicatoria, Erasmo acentúa el provecho que un escritor puede sacar, tanto para el enriquecimiento de su estilo como para el rigor de su exposición, de un fondo de sentencias consagradas por su antigüedad y puestas ahora a su disposición. Quería ofrecer un instrumento de trabajo y, sin embargo, lo que publicó era mucho más. Difundió el espíritu de la Antigüedad en un círculo mucho más amplio que el alcanzado por el Humanismo en sus primeros tiempos.

Los primeros humanistas habían explotado más o menos el tesoro de la Antigüedad como si dispusieran de un monopolio, pretendiendo hacer alarde de cualidades que la masa era incapaz de imitar; en resumen, querían ser considerados admirables ejemplos de ciencia y elegancia. Erasmo, con su irresistible necesidad pedagógica, con su sincero amor a la humanidad y a su cultura general, difundió entre los lectores de su época el espíritu clásico (tal como podía reflejarse en el alma de un cristiano del siglo XVI). Pero no entre todos los hombres, porque el uso del latín limitaba su influencia directa al grupo de gente culta, o sea a las clases superiores. Es verdad que no fue el único en hacerlo, pero en este aspecto nadie hizo tanto ni tan eficazmente como él.

Erasmo hizo del espíritu clásico algo corriente. Si creemos a Beatus Rhenanus, algunos habrían dicho al autor, cuando éste estaba a punto de editar los *Adagia*: Erasmo, ¡tú revelas nuestros misterios! Erasmo quería precisamente que el libro de la Antigüedad estuviera abierto a todo el mundo.

Los libros literarios y pedagógicos de Erasmo —los más importantes de los cuales fueron esbozados ya durante su periodo parisiense, aunque la mayoría de ellos se publicó mucho más tarde— significaron en efecto una transformación del modo común de pensar y de expresarse. Se debería repetir siempre: Erasmo no fue el único, muchos trabajaron en esta época en el mismo sentido. Sin embargo, basta con observar el gran caudal de ediciones de los *Adagia*, de los *Coloquios*, etc., para comprender hasta qué punto su influencia ha sobrepasado en este aspecto la de los demás. El único nombre que sigue siendo universalmente conocido entre la multitud de humanistas es el de Erasmo. Y esto es significativo.

# El tesoro de los clásicos

Aquí interrumpimos un momento el curso de la vida de Erasmo para enumerar sus principales obras. Algunos años más tarde, el número de los *Adagios* aumentó, pasando de unos cientos a varios miles, y de ellos se desprendía ya no sólo la sabiduría latina, sino también la griega. Con idénticos planteamientos Erasmo publicó, en 1514, un libro de comparaciones, *Parabolae*, realización parcial de un anexo con el cual quería completar los *Adagia*: metáforas, dichos, alusiones, alegorías mitológicas y bíblicas, todo tratado de la misma manera. Al final de su vida publicó los *Apophthegmata*, un mosaico semejante de ingeniosas anécdotas y de declaraciones o actos relevantes que ilustraban la sabiduría antigua. Aparte de esto, escribió manuales de carácter más específicamente gramatical, concebidos igualmente como recopilaciones de tesoros: en particular, sobre el tema de la recopilación de expresiones, *De Copia verborum ac rerum*, o sobre el de la redacción de cartas, por no citar obras de menor importancia. Gracias a las numerosas traducciones latinas de autores griegos, Erasmo consiguió que los que no querían ascender toda la montaña pudiera al menos contemplar el paisaje de los alrededores. Y como para mostrar lo que se podía hacer con tal erudición, publicó los *Colloquia*, modelos inimitables de la aplicación de los conocimientos de su época, y el flujo casi inconmensurable de cartas que manaba diariamente de su pluma.

Todo esto reunido constituía la Antigüedad (en la medida cuantitativa y cualitativa en que era accesible en el siglo XVI), presentada como en una gran tienda y al pormenor. Cada uno podía ir a buscar en Erasmo lo que le convenía. Allí había de todo y en todos los modelos. «Podéis leer mis *Adagia* de tal modo —dice Erasmo en la última edición aumentada— que al leer uno de ellos, podéis imaginar haber leído todo el libro.» El mismo estableció los índices destinados a facilitar el uso del libro.

En el mundo erudito de la escolástica sólo tenían voz y voto quienes dominaban en profundidad y con todas sus sutilezas la técnica del sistema intelectual, así como el modo de expresarse, y quienes estaban familiarizados con la ciencia bíblica, con los temas de la lógica y con la filosofía. Entre el modo de expresión de la escolástica y el de las lenguas populares, en las que se escribía con toda espontaneidad, mediaba un abismo. A partir de Petrarca, el Humanismo utilizó, en lugar de la rígida estructura silogística de la exposición, la antigua, libre y sugestiva articulación flexible de la frase. De este modo, el Humanismo consiguió

que la lengua de los eruditos se acercara más al modo natural de expresarse propio de la vida cotidiana, y atrajo hacia sí las lenguas vulgares, incluso allí donde los humanistas seguían valiéndose del latín.

En cuanto a la riqueza del tema, en ninguna parte encontraríamos mayor abundancia que en Erasmo. ¡Cuánta sabia filosofía, cuánto ánimo! Y todo ello respaldado por la autoridad indiscutida de los antiguos, y expresado de esa forma atrayente y amena cuyo secreto él conocía. Y ¡qué conocimiento de la realidad bajo todo esto! La afición ilimitada a todo lo que la realidad tiene de notable, así como la capacidad no menor de registrarlo, es una de las características esenciales del espíritu del Renacimiento. Nunca dejaba de observar los casos sorprendentes, las particularidades extraordinarias, las curiosidades o anomalías. No existía aún ningún atisbo de la dispepsia intelectual de épocas posteriores, desbordadas por una realidad hacia la que ya se ha perdido el gusto. Entonces todavía se saboreaba plenamente la abundancia.

No obstante, Erasmo y sus adeptos ¿no iban por mal camino en su papel de guías de la civilización? ¿Era la verdadera realidad lo que buscaban? Su altiva latinidad ¿no era un error fatal? Abordamos aquí una de las cuestiones más arduas de la historia de la civilización.

El lector contemporáneo que se enfrasque en la lectura de los *Adagia* o de los *Apophthegmata* deseando enriquecer a través de ellos su propia vida (ya que para eso debían servir y en eso estribaba su valor) es probable que rápidamente se sienta tentado de exclamar: ¿qué me importan, fuera del interés estrictamente filológico o histórico, estas interminables particularidades relativas a oscuras figuras de la sociedad antigua, como los frigios y los tesalienses? Todo esto no me importa demasiado. Y tal vez afirme que, a fin de cuentas, tampoco podía importar mucho más a los contemporáneos de Erasmo. La formidable historia del siglo XVI no se hizo con discursos o actitudes clásicos, ni fue iniciada por ideas o intereses clásicos. No hubo ni frigios ni tesalienses, ni Agesilao ni Dioniso. Erasmo y sus adeptos crearon con estos elementos un universo intelectual al margen de la época.

¿Y la época les sobrepasó por las buenas? He aquí una cuestión que no tratamos de resolver en estas páginas: ¿Qué influencia real ha tenido el Humanismo en el progreso del mundo?

*Retrato de Francesco Petrarca, por Andrea del Castagno. Galería Uffizi, Florencia.* ▶


DOMINVS FRANCISCHVS PETRARCHA

De todos modos, Erasmo y sus amigos reforzaron al máximo el carácter internacional de la cultura, que se mantuvo durante toda la Edad Media gracias al latín y a la Iglesia. Si creían realmente que podían hacer del latín un instrumento de uso internacional corriente, sobreestimaron su fuerza. Ciertamente, era una idea atractiva, a la vez que un ingenioso ejercicio, crear en un ambiente cosmopolita como era el mundo estudiantil de París modelos en latín de ejercicios deportivos, tal como vemos en los *Colloquiorum formulae*. ¿Es que Erasmo imaginaba que la siguiente generación iba a jugar al billar en latín?

Indudablemente, esta situación favoreció en gran medida los contactos intelectuales, mucho más que en cualquier otra época de Europa desde la caída del Imperio Romano. A partir de entonces, no sólo los eclesiásticos y el literato aislado tuvieron que pasar por la escuela clásica, sino también los numerosos hijos de burgueses y nobles aspirantes a un cargo público: también ellos encontrarían a Erasmo en su camino.

## El latín

Erasmo mismo no habría alcanzado su fama universal sin el apoyo del latín. Porque hubiera sido incapaz de convertir su lengua materna en un idioma universal. A los compatriotas de Erasmo nos resulta fácil imaginar lo que hubiera representado para nuestras letras un talento como el suyo, con ese don de observación, esa delicadeza en la expresión, ese brío y riqueza que le caracterizaron. ¡Pensar que los *Colloquia* podrían estar escritos en el sabroso holandés del siglo XVI! ¿Qué habría ocurrido si en vez de compilar y comentar los *Adagia* clásicos, Erasmo se hubiera servido de proverbios en lengua vulgar, que también fueron abundantemente utilizados durante siglos y recogidos con mucho celo? A nosotros nos parecen más sabrosos que las expresiones, a veces un tanto pálidas, que Erasmo recomienda.

Pero esta reflexión es antihistórica. La época exigía de Erasmo otra cosa, y él tampoco hubiera sido capaz de ofrecer algo diferente. Desde el punto de vista psicológico, es perfectamente comprensible que Erasmo no haya podido escribir en otro idioma que no fuera el latín. Para un talento tan refinado, la lengua del pueblo debía de presentar las cosas bajo una luz demasiado directa, demasiado personal y demasiado real. Erasmo necesitaba ese ligero velo con el que el latín cubría las cosas, volviéndolas un tanto difusas y lejanas. La recia dureza de un Rabelais o

la violencia campesina del alemán de Lutero sin duda le hubieran hecho temblar.

## Erasmo como holandés

Erasmo comenzó a renunciar a su lengua materna cuando aún estaba aprendiendo a leer y escribir. Comenzó a convertirse en un extraño para su país después de dejar el convento de Steyn. Y la asombrosa facilidad con que manejaba el latín le alejó aún más de él. Erasmo, que se expresaba en latín tan bien o incluso mejor que en su propia lengua, estaba privado de la experiencia de sentirse plenamente a gusto y en condiciones de comunicarse íntegramente con los suyos, factor que suele determinar el afecto de la mayoría de los mortales por su propio país. Otro factor contribuía también a alejarle de Holanda. En cuanto se dio cuenta en París de las posibilidades de sus propias aptitudes, comenzó a sentir que Holanda no le apreciaba en su justo valor, que desconfiaba de él y le calumniaba. Tal vez este sentimiento no fuera totalmente injustificado. Pero en parte sí lo era, y constituía con toda seguridad una reacción de orgullo ofendido. Se sabía demasiado de él en Holanda. Se le conocía pequeño y débil, y él, que quería ser antes que nada libre, allí debía obedecer a otros. La aversión a las personas de cortos alcances, a lo vulgar y a la intemperancia que había conocido en su país se transformó en un juicio general y negativo sobre el temperamento de los holandeses.

A partir de entonces hablará en general de Holanda en un tono de indulgente desdén. «Veo que la gloria holandesa le satisface», escribe a su viejo amigo Willem Harmens, quien, al igual que Cornelis Aurelius, dedicó sus mayores esfuerzos a la historia de su país natal.[9] «En Holanda el aire me resulta saludable —escribe en otra parte—, pero me molestan los jolgorios excesivos; añadid a esto el carácter vulgar de la gente, todos incultos, su desprecio violento por los estudios, su carencia del menor fruto científico, su feroz envidia.»

Se excusa de la imperfección de sus escritos de juventud: «Cuando era joven no escribía para oídos adecuados, sino para oídos holandeses, o sea para los oídos más taponados.» Y también: «Exigir elocuencia de un holandés es peor que exigirla de un beocio.» Y en otro lugar: «Si la historieta no es muy ingeniosa, tened en cuenta que es una historieta holandesa.» Estas declaraciones no estaban desprovistas de cierta falsa modestia.

Después de 1496 sólo visitó Holanda en apresurados viajes, y parece no haber vuelto más a partir de 1501. No recomienda volver a Holanda a sus compatriotas que están en el extranjero.

Sin embargo, de vez en cuando, se despierta en él un sentimiento más cálido por su tierra natal. Cuando, al explicar en los *Adagios* el *Auris batava* de Marcial, se le ofrecía una buena ocasión para dar rienda suelta a sus ofensas, se entregó a un vivo elogio de lo que le era más querido de Holanda, «un país que siempre debo alabar y honrar como el que me ha dado a luz. Ojalá pudiera honrarlo en la misma medida en que no me avergüenzo de él.» La supuesta rusticidad de los holandeses más bien les honra.

«Si por *oídos bátavos* se entiende la repulsión de las obscenidades de Marcial, entonces ¡deseemos que todos los cristianos puedan tener oídos holandeses! Ya que si estudiamos sus costumbres vemos que no hay pueblo más propenso a la humanidad y a la amabilidad, ni menos feroz o cruel. Su carácter es



sincero y ajeno a la astucia y a la ostentación. Si son bastante regalones y desmesurados con la comida, se debe en parte a su opulencia: en ninguna parte es tan fácil la importación, ni tan grande la fertilidad. ¡Qué extensión de fértiles praderas; cuántos ríos navegables! En ninguna parte existen reunidas en una superficie semejante tantas ciudades, no grandes, pero excelentemente administradas. Todos se jactan de su limpieza. En ninguna parte hay tantas personas convenientemente instruidas, si bien es cierto que una ciencia excepcional y consumada es muy escasa.»

Eran sus propios ideales los que Erasmo atribuía a sus compatriotas: la amabilidad, la sinceridad, la sencillez y la pureza. Este acento de afecto por Holanda se nota en varios lugares. Cuando habla, en alguna parte de su obra, de mujeres perezosas, añade: «En Francia hay gran cantidad de mujeres así; en cambio, en Holanda son innumerables las que con su diligencia mantienen a sus maridos holgazanes y licenciosos.» En el coloquio titulado *El naufragio*, son holandeses los que alojan generosamen-



La danza del huevo, *por Pieter Aertsz. La pintura refleja a la perfección el ambiente rústico que impregnaba la sociedad de los Países Bajos en el siglo XVI. Rijksmuseum, Amsterdam.*



*Anverso de un sello de cancillería de Fernando I de Alemania, hermano de Carlos V. Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona.*

te a los náufragos. «No hay pueblo más humano que éste, aunque esté rodeado de naciones hostiles.»

Cuando Erasmo habla de los holandeses o de Batavia, se refiere desde luego a su país natal en el sentido estricto, o sea al condado de Holanda. Es diferente cuando dice *patria* o *nostras*, o sea compatriota. Justamente en esa época comenzaba a formarse una amplia conciencia nacional neerlandesa. La gente se sentía todavía en primer lugar holandesa, frisona, flamenca o brabanzona, pero la comunidad de la lengua y las costumbres, y sobre todo la fuerte acción política que la dinastía borgoñona venía aplicando desde hacía aproximadamente un siglo, habían forjado un sentimiento de unidad que ni siquiera se detuvo ante la frontera lingüística con Bélgica. En realidad, se trataba más de un vigoroso patriotismo borgoñón que de un sentimiento nacional es-

trictamente neerlandés (incluso después de que los Habsburgo hubieran relevado a los borgoñones). En un emblema heráldico se representó a los habitantes de los Países Bajos como leones.[10] También Erasmo se vale de este término. Se observa cómo progresivamente va cambiando en él el sentimiento patriótico estrictamente holandés por un sentimiento más amplio hacia la patria borgoñona-neerlandesa. En un principio, *patria* significa aún para él Holanda, pero el término pronto representará a los Países Bajos. Se puede apreciar entonces cómo su sentimiento por Holanda, en el cual se mezcla la aversión y el afecto, se transmite gradualmente a los Países Bajos en general. En 1535 repite lo que había escrito en 1499: «Cuando era joven, no escribía para los italianos, sino para los holandeses, brabanzones y flamencos.» Estos últimos comparten ahora con los holandeses la fama de groseros que antes atribuía a éstos. Lo que dijo anteriormente de Holanda vale también para Lovaina: hay demasiadas posadas, nada se hace sin borracheras. En ninguna parte —suspira a veces— es tan reducido el sentido de las *bonae literae* como en los Países Bajos, y en ninguna parte tampoco los estudios son tan despreciados; los embusteros y calumniadores, tan numerosos. Sin embargo, su simpatía también se extendió. Cuando Christophe Longolius se muestra afrancesado en sus maneras, Erasmo se ofende: «Dediqué casi tres días a Longolius; fue particularmente divertido, salvo que se muestra demasiado francés aunque cuando es uno de los nuestros.»[11] Al acceder Carlos V al trono de España, Erasmo observa: «Es una suerte maravillosa, pero rezo a Dios para que sea también una suerte para nuestra patria y no sólo para el soberano.» A medida que sus fuerzas iban decayendo comenzó a pensar cada vez más en volver a su patria. «El rey Fernando me invita con muchas promesas a Viena —escribe Erasmo desde Basilea el 1 de octubre de 1528—, pero en ninguna parte me gustaría tanto descansar como en Brabante.»

# 6. La reforma de la teología

Los años difíciles se prolongaron. La existencia de Erasmo seguía siendo precaria y no tenía domicilio fijo. A pesar de ello, en sus desplazamientos se deja guiar más por la preocupación acerca de su salud que por su sustento, y en cuanto a sus estudios, su anhelo de llegar a las más puras fuentes del saber es más determinante que su interés material. Varias veces huye por temor a la peste: en 1500 se traslada de París a Orleans, donde se aloja primero en casa de Agustín Caminade, pero se apresura a mudarse en cuanto enferma uno de los huéspedes. Tal vez este temor nacía del recuerdo de la época pasada en Daventer, pero lo cierto es que en aquellos tiempos el peligro de la peste nunca era del todo ilusorio. Faustus Andrelinus encargó al criado de Erasmo que dijera a su amo que demostraba ser bastante cobarde al mudarse por tal cosa. «Eso sería —responde Erasmo— un intolerable insulto si yo fuera un soldado suizo, pero no afecta al alma de un poeta que busca la tranquilidad y el retiro.» En la primavera de 1501, deja de nuevo París a causa de la peste: «Me asustan los numerosos entierros», escribe a Agustín.

Se fue primero a Holanda, y en Steyn obtuvo autorización para permanecer un año más fuera del convento y continuar sus estudios: sus amigos se habrían avergonzado si, después de tantos años de estudio, hubiera vuelto al monasterio sin haber alcanzado la menor autoridad. En Haarlem visitó a su amigo Willem Harmens y luego se dirigió hacia el sur para volver a saludar una vez más al obispo de Cambrai, probablemente en Bruselas. Desde allí se fue a Veere, pero no tuvo la ocasión de hablar con su protectora. En julio de 1501 pudo descansar en el castillo de Tournehem, junto a su fiel amigo Battus.

A lo largo de todos estos viajes y expediciones no pierde de vista, ni por un momento, el objetivo de sus estudios. Desde su regreso de Inglaterra, le obsesionan dos aspiraciones: editar a San Jerónimo, el Padre de la Iglesia, y aprender bien el griego. «Comprende cuán importante es todo esto para mi gloria e in-




*La sociedad del siglo XVI, como la medieval, sintió de forma agobiante la presencia de la muerte. Numerosas epidemias diezmaban las poblaciones de una forma apocalíptica.*

cluso para mi conservación», escribe a Battus desde Orleans a finales de 1500. No obstante, si Erasmo hubiera tenido en cuenta sólo la gloria y el éxito sin más, habría podido emplear otros medios, más fáciles, que tenía a su disposición. Le animaba más bien el vehemente anhelo de investigar y de hacer comprender a los demás, si bien es cierto que se valía de sus proyectos de estudio para conseguir algún dinero. «Escucha —escribe a Battus—, lo que quiero todavía pedirte: tienes que conseguir un regalo del abad [de Saint-Bertin]. Tú conoces la mentalidad de este hombre bonachón; inventa un pretexto discreto y atractivo para mendigar. Dile que pretendo hacer algo importante, a saber, reconstruir íntegramente toda la obra de San Jerónimo, por muy extensa que sea, que ha sido destruida, mutilada y embrollada por la ignorancia de los teólogos, y restablecer pasajes en griego. Me atrevo a decir que seré capaz de explicar las peculiaridades del estilo original de San Jerónimo, que aún no ha sido comprendido por nadie. Adviértele que para ello necesito muchos libros y también la ayuda de eruditos griegos y que, por tanto, me es indispensable un subsidio. Diciendo esto, Battus, no mentirás, porque en verdad tengo la intención de realizarlo.»

## La conquista del griego

Efectivamente, no pudo tomar más en serio su tarea y pronto lo demostraría al mundo. Su conquista del griego fue realmente heroica. En Deventer ya había aprendido los rudimentos de dicha lengua, pero sin duda los olvidó después. En marzo de 1500 escribe a Battus: «El griego está a punto de hacerme morir, pero no tengo tiempo ni dinero para comprarme libros ni para contratar a un maestro.» Cuando Agustín Caminade le reclama un libro de Homero que le había prestado, Erasmo se queja: «¿Me privarás del único consuelo a mis penas? Porque me consume tan gran amor por ese autor que, a pesar de que soy incapaz de comprenderle, sólo el hecho de verlo me sacia y me reconforta.» ¿Sabía Erasmo que al hablar así repetía casi literalmente las palabras que había escrito Petrarca siglo y medio antes? Puso manos a la obra. No se puede afirmar con seguridad que trabajara con algún profesor, aunque parece probable. Al principio, tiene que hacer frente a muchas dificultades. Luego se arriesga proclamándose aprendiz reciente de esa lengua y, con mayor confianza, comienza a salpicar de citas griegas algunas de sus cartas. Consagra a este fin sus días y sus noches, pide a todos sus

amigos que le consigan libros griegos. En otoño de 1502 declara que está en condiciones de escribir correctamente en griego todo lo que desea e incluso *ex tempore*. No ha visto defraudada su su esperanza de que el griego le abriría los ojos a la comprensión de las Sagradas Escrituras. Los tres años de estudio casi ininterrumpido le han recompensado ampliamente su esfuerzo. Dejó de estudiar el hebreo, que también había emprendido. A partir de 1504 hacía traducciones del griego, valiéndose de ellas con espíritu crítico para sus estudios teológicos, y lo enseñó a otros, entre ellos al médico humanista francés Guillaume Cop. Algunos años más tarde, en Italia, se daría cuenta de que su conocimiento del griego rayaba en la perfección: más tarde pensaría que, en cuanto a las dos lenguas antiguas, dio a Italia más que lo que recibió de ella.

Nada prueba mejor el entusiasmo de Erasmo en su estudio del griego que su celo por compartir con sus más queridos amigos las ventajas que de él obtenía. Battus también debería aprender griego. Pero no tiene tiempo y le gusta más el latín. Erasmo acude a Haarlem con intención de inclinarle hacia el griego, y lleva una maleta llena de libros. Pero su esfuerzo resulta inútil porque el griego no se le da bien a Guillaume, lo que decepciona a Erasmo hasta el punto de que piensa que no sólo ha perdido el dinero y sus esfuerzos, sino también a un amigo.

## Jean Vitrier

Entretanto, Erasmo se mostraba siempre indeciso acerca del lugar adonde iría en un futuro próximo. ¿A Inglaterra, a Italia, o de nuevo a París? Esta indecisión le permitió una estancia relativamente larga, desde el otoño de 1501 hasta el verano siguiente, primero en Saint-Omer, dónde fue huésped del prior de Saint-Bertin, y luego en el cercano castillo de Courtebourne.

En Saint-Omer, Erasmo conoció al hombre cuya efigie colocaría más tarde junto a la de Colet, por considerar que era, a la vez, la del verdadero teólogo y la del buen fraile: Jean Vitrier, el guardián del convento de los franciscanos en Saint-Omer. Este hombre debió de resultarle atractivo a Erasmo porque había sido condenado por la Sorbona a causa de sus declaraciones sobre los abusos de la vida monástica. Dicha condena no fue suficiente para que Vitrier renunciara; al contrario, se consagró a la reforma de los conventos de hombres y de mujeres. Pasando de la escolástica al espíritu de San Pablo, se forjó una concepción de

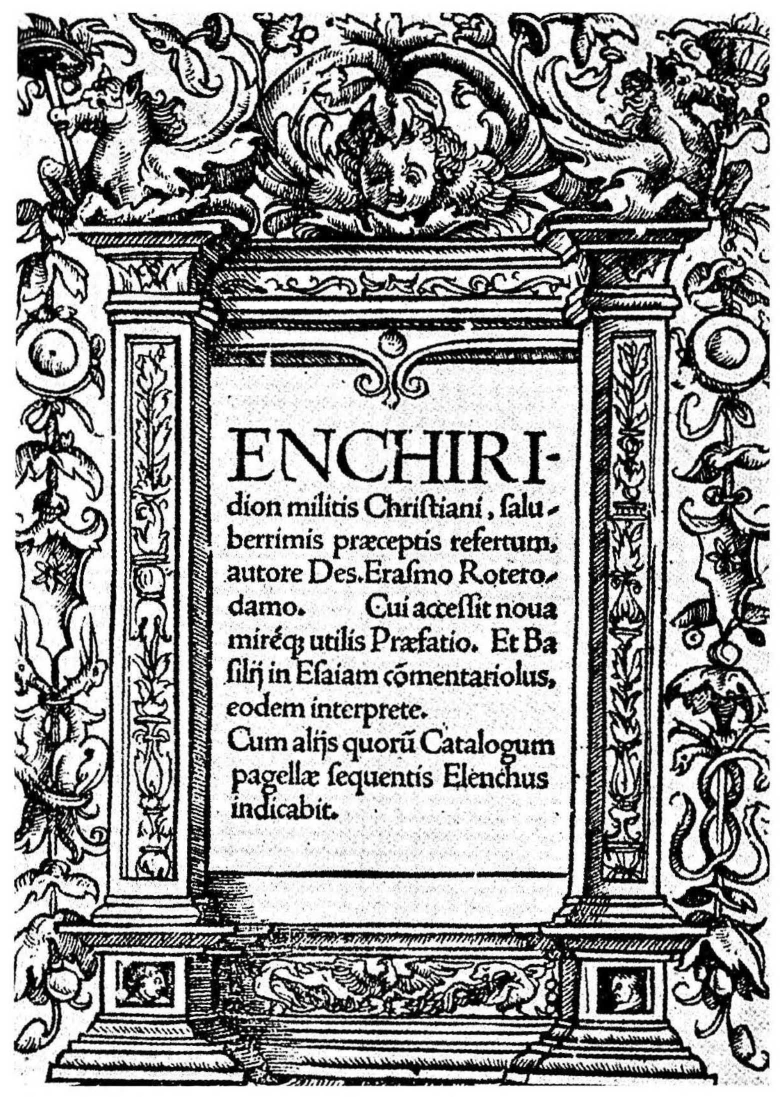
la vida cristiana muy amplia y poco favorable a las prácticas y ceremonias litúrgicas. Vitrier desempeñó indiscutiblemente un importante papel en la génesis del *Enchiridion militis christiani*, una de las obras más famosas y de mayor influencia de Erasmo.

El mismo Erasmo confesó más tarde que el *Enchiridion* había sido fruto de una casualidad. No se daba cuenta de que una ocasión externa responde a menudo a una necesidad profunda. La ocasión externa fue la siguiente: entre los huéspedes del castillo de Tournehem había un militar,[12] amigo de Battus, de conducta muy licenciosa, cruel con su virtuosa y piadosa esposa, además de inculto y violento adversario de los papistas. Por lo demás, era de carácter amable y no incluyó a Erasmo en su general aversión hacia los escolásticos. La esposa de este hombre rogó a Battus que convenciera a Erasmo para que escribiera algo capaz de conducir a su marido al arrepentimiento. Erasmo satisfizo la solicitud, y sus recomendaciones le gustaron tanto a Jean Vitrier que las reelaboró más tarde en Lovaina y las publicó en 1504 en Amberes, en las prensas de Thierry Maertens.

Esta es la historia externa del nacimiento del *Enchiridion*. Sin embargo, el fondo de la verdad es que Erasmo tarde o temprano debía expresar su punto de vista en relación con las prácticas religiosas de su tiempo, ya que, inspiradas como estaban en una concepción ritualista y fría le resultaban odiosas.

## Manual del soldado cristiano

Desde el punto de vista de la forma, el *Enchiridion* es un manual destinado a suscitar en un soldado ignorante una digna conciencia cristiana mostrándole con el dedo, por así decirlo, el camino más corto que lleva a Cristo. Representa a su amigo harto de la vida cortesana, tema habitual en la literatura de la época. Erasmo interrumpe sólo por dos días el trabajo que se había propuesto —la depuración de la teología— para satisfacer el deseo de su amigo, ávido de ser instruido. Para conservar el estilo militar, elige el título *Enchiridion*, palabra griega que significaba ya en la Antigüedad tanto «puñal» como «pequeño tratado».[13] Es decir, puñal del combatiente cristiano.[14] Recomienda al guerrero el deber de la vigilancia, enumerando las armas de la milicia de Cristo. El principio de la sabiduría es el conocimiento de uno mismo. Además, hay que seguir las reglas generales que rigen la conducta cristiana, y poner en práctica una serie de medios para evitar ciertos pecados y vicios.


ENCHIRI-
dion militis Chriſtiani, ſalu-
berrimis præceptis refertum,
autore Des. Eraſmo Rotero-
damo. Cui acceſſit noua
miréq; utilis Præfatio. Et Ba
ſilij in Eſaiam cõmentariolus,
eodem interprete.
Cum alijs quorũ Catalogum
pagellæ ſequentis Elenchus
indicabit.

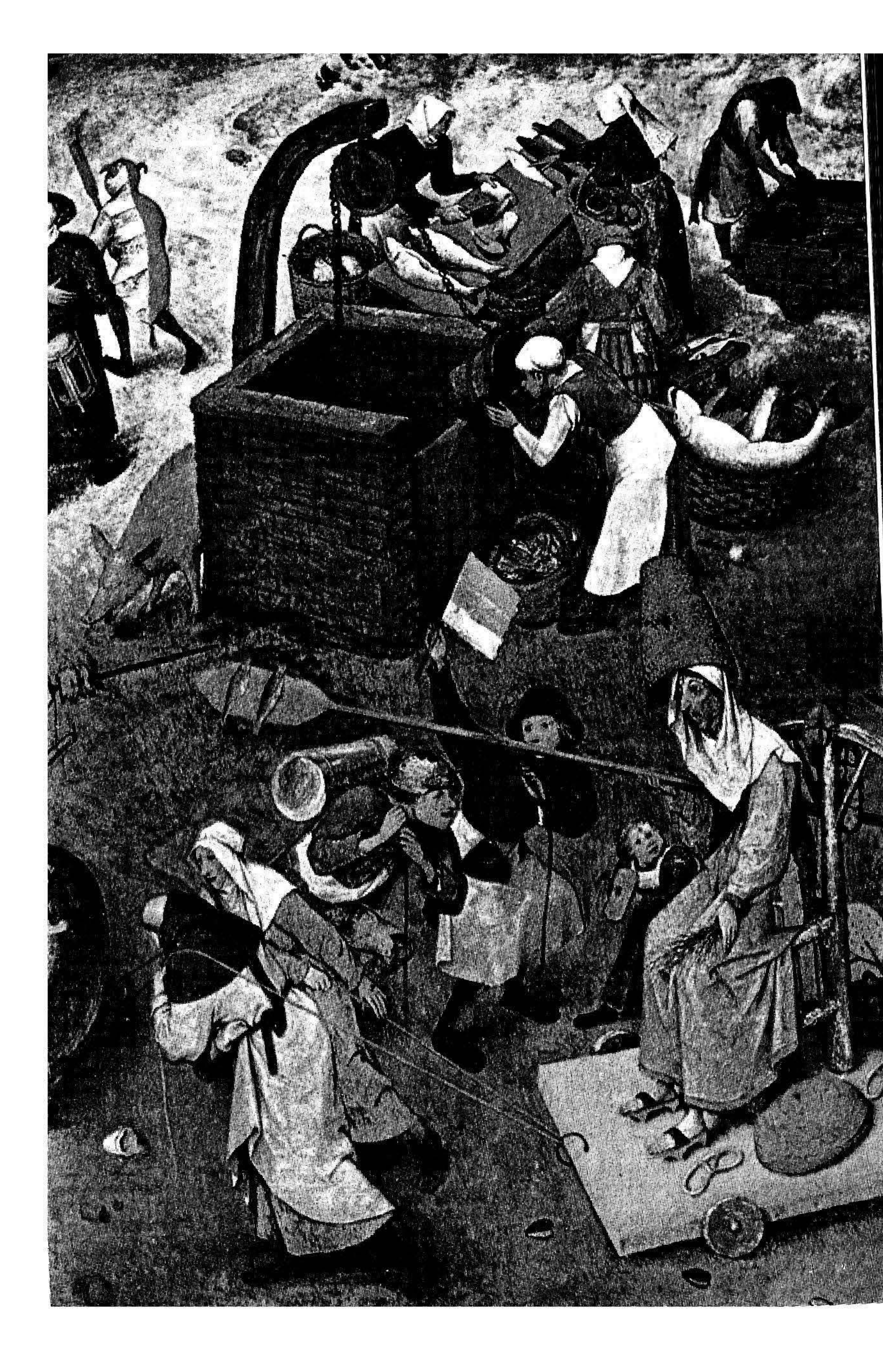
*Portada de la obra de Erasmo* Enchiridion, *editada en Basilea en 1518.*

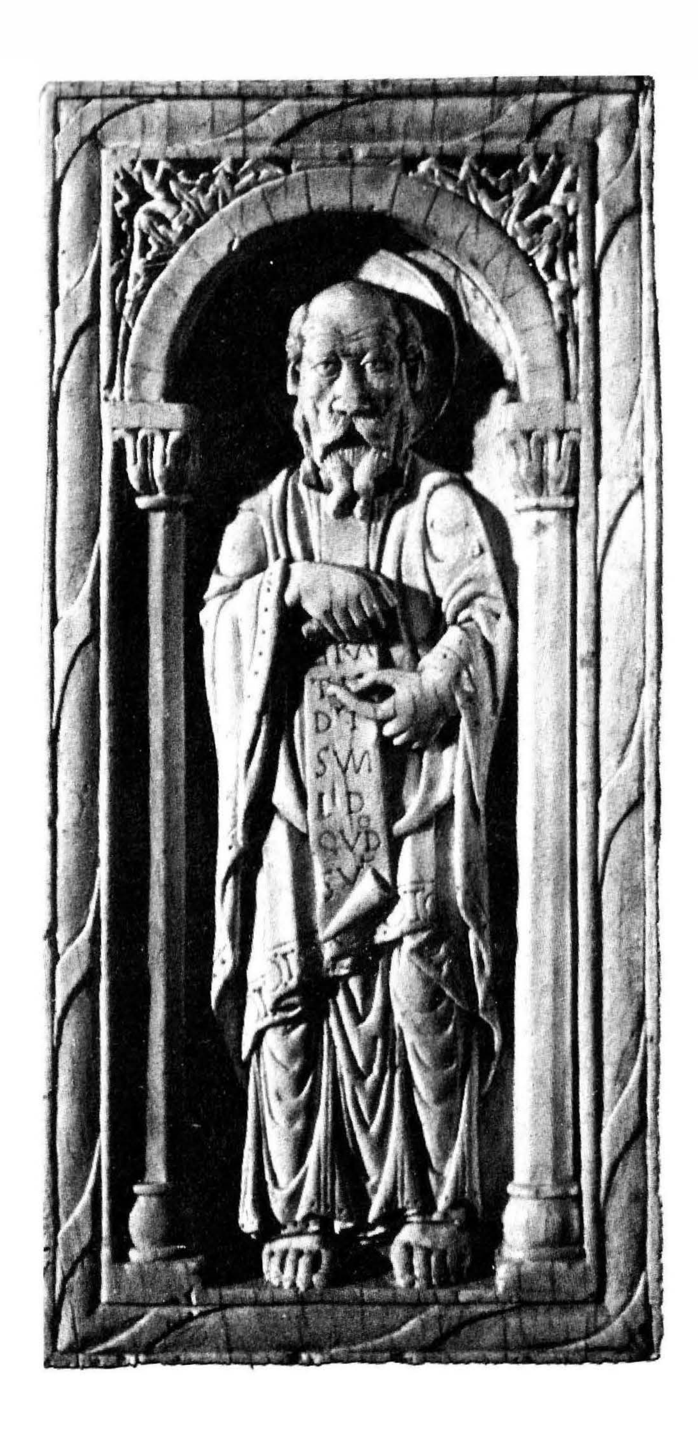
Este esquema proporcionó a Erasmo la ocasión de plantear por primera vez su programa teológico. Dicho programa no era otro que el retorno a las Escrituras. Todo cristiano debe esforzarse por comprender las Escrituras en su pureza y su significa-

do originales. Debe prepararse estudiando a los antiguos: a los oradores, a los poetas, a los filósofos y, sobre todo, a Platón. Le serán útiles también los grandes y antiguos Padres de la Iglesia, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín. En cambio, podrá pasar por alto casi por completo a la mayor parte de comentaristas posteriores. La esencia del razonamiento de Erasmo está dirigida contra la concepción que reduce la religión a una perpetua observancia ritual. Este es el espíritu de la observancia judaica, sin valor alguno. Vale mucho más comprender un solo verso de un salmo y profundizar a través de él en nuestros conocimientos acerca de Dios y de nosotros mismos, obteniendo de ello una lección moral y una línea de conducta, que leer distraídamente todo el salterio. Si las ceremonias no conducen a una renovación del alma, son inútiles y perjudiciales. «Muchos tienen la costumbre de jactarse del número de misas a que han asistido, como si eso fuera algo importante y suficiente para dispensarles de sus demás obligaciones para con Cristo, y, una vez que salen de la iglesia, vuelven inmediatamente a sus costumbres anteriores.» «Ofrecéis sacrificios diariamente, ¡y vivís para vosotros mismos...! Veneráis a los santos, os gusta tocar las reliquias; ¿queréis merecer la benevolencia de San Pedro y de San Pablo? Tomad ejemplo de la fe del primero y de la caridad del segundo, y habréis hecho más que yendo diez veces a Roma.» Erasmo no rechaza las fórmulas y las prácticas; no quiere quebrantar la creencia de los humildes; pero tampoco admite un culto a Cristo basado sólo en ritos. ¿Y por qué son principalmente los frailes los que contribuyen a la degeneración de la fe? «Me da vergüenza decir cuán supersticiosamente observa la mayoría de ellos ciertas pequeñas prácticas inventadas por gente humilde (y ni siquiera con semejante intención), con qué odiosos procedimientos tratan de lograr que los demás actúen de igual modo, con qué seguridad confían en ello y cómo osan juzgar a los otros.»

Que San Pablo les enseñe el verdadero cristianismo. «Vosotros, en efecto, hermanos, fuisteis llamados a la libertad [Gálatas 5, 13]; permaneced, pues, firmes y no os sujetéis de nuevo al yugo de la esclavitud» [Gálatas 5, 1]. Estas palabras dirigidas a los gálatas implicaban el dogma de la libertad cristiana, que los reformadores proclamarían con tanta fuerza. Aquí Erasmo todavía no las aplicó en un sentido contrario a los dogmas de la Igle-

*Detalle de la* Batalla entre el Carnaval y la Cuaresma, *de Pieter Bruegel, expresión pictórica del espíritu humorístico de Erasmo. Kunsthistorisches Museum, Viena.* ▶





sia católica. Sin embargo, con el *Enchiridion* preparó a los espíritus para que abandonaran muchas cosas que él mismo quería conservar aún.

El espíritu fundamental del *Enchiridion* es ya el mismo que iba a dominar posteriormente toda la obra de Erasmo: el espíritu incapaz de soportar que la apariencia sea en el mundo tan diferente de la realidad, que la falta de honradez se considere honrada, que una cortina de ceguera, de rutina y de irreflexión impida a los hombres discernir las verdaderas relaciones entre las cosas. Este espíritu será desarrollado luego en el *Elogio de la locura* y en los *Coloquios*. No le mueve sólo un sentimiento religioso, sino también un sentimiento social. Bajo el título «Opiniones dignas de un cristiano», deplora todos los excesos del orgullo de clase, del rencor nacional, de la envidia profesional y de los celos entre las órdenes, que dividen a la humanidad. Que cada uno se preocupe verdaderamente de su prójimo. «En una sola noche te has gastado jugando a los dados mil piezas de oro, mientras que a la misma hora una desdichada muchacha, forzada por la miseria, vende su honor, y el alma, por la que Cristo ha dado la suya, corre hacia su perdición. Y dices: ¿en qué me atañe eso? ¡Bastante tengo con ocuparme de mis propios asuntos! Y después de mostrar semejante actitud, crees que eres cristiano, tú que ni siquiera eres hombre?»

En el *pequeño manual* del combatiente cristiano Erasmo plantea por primera vez, con ardor e indignación, con fervor y valor, las cosas que le preocupan profundamente. No obstante, cuando él mismo habla de este pequeño trabajo, no tenemos la impresión de que surgiera del irreprimible impulso de una ardiente piedad. Según vimos, habla de él como de una «bagatela», que habría escrito por encargo en dos o tres días sustraídos al estudio (aunque, en sentido estricto, eso sólo es cierto en cuanto al primer esbozo, no respecto al desarrollo ulterior). Ya tenía claro el gran objetivo de sus trabajos: la reforma de la teología. Un día glosando a San Pablo afirmará: «A fin de que los calumniadores, que consideran el desconocimiento de las *bonae literae* como la cumbre de la piedad, comprendan que hemos abarcado en nuestra juventud la literatura más civilizada de los antiguos y que a

◀ *San Pablo mostrando las Escrituras. Relieve en marfil de finales del siglo X. Museo de Cluny. En sus propuestas de retorno a la pureza del espíritu evangélico, Erasmo se apoyó muchas veces en los textos del apóstol, sobre todo a la hora de criticar el excesivo ritualismo de la Iglesia de su tiempo.*

costa de mucha vigilias hemos adquirido un conocimiento adecuado de dos lenguas, griego y latín, no para obtener una vana gloria o a una pueril satisfacción, sino porque llevamos mucho tiempo proyectando ornar, según nos lo permitan nuestras fuerzas auxiliadas con un apoyo extranjero, el templo del Señor que algunos han deshonrado demasiado por su ignorancia y su barbarie, de modo que también los nobles espíritus puedan inflamarse de amor por las Sagradas Escrituras.» ¿No es de nuevo el humanista el que habla?

También podemos entrever en ese texto un tono de justificación personal, que resuena igualmente en su carta dirigida a Colet, a finales de 1504, acompañando el envío de la edición de las *Lucubrationes* en que apareció por primera vez el *Enchiridion*. «No he escrito el *Enchiridion* con el objeto de hacer alarde de mi saber o mi elocuencia, sino únicamente para librar de su error a los que generalmente reducen la religión a ceremonias y a la observancia eminentemente judaica y de carácter material, a la vez que desatienden las cosas que incitan a la piedad.» Y añade una observación típicamente humanista: «He tratado de formular una especie de arte de la piedad, al igual que otros han escrito tratados de ciertas ciencias.»

¡El arte de la piedad! Erasmo se habría asombrado si hubiera podido saber que otro tratado, redactado unos setenta años antes por otro monje agustino de los Países Bajos, continuaría hablando al mundo mucho más tiempo que el suyo y de manera más insistente. Nos referimos a *De Imitatione Christi*, de Thomas de Kempis.

El *Enchiridion*, reunido con otros fragmentos en un tomo de *Lucubrationes*, no tuvo un éxito tan grande ni tan rápido como los *Adagia*. La causa, por cierto, no se debe buscar en el hecho de que las consideraciones de Erasmo en lo relativo a la verdadera piedad hayan podido ser juzgadas como demasiado atrevidas. No había nada en ellas que estuviera en contradicción con la doctrina de la Iglesia, de modo que, aun en la época de la Contrarreforma, cuando la Iglesia se volvió excesivamente suspicaz con respecto a todos los escritos de Erasmo, los teólogos que tenían que establecer el *Index expurgatorius* de sus obras sólo suprimieron algunos pasajes del *Enchiridion*. Erasmo incluyó además en el libro algunos escritos cuyo contenido era de un catolicismo por encima de toda sospecha. El *Enchiridion* fue durante largo tiempo muy estimado precisamente por los teólogos y los monjes. Un famoso predicador de Amberes se complacía en decir que cada página del *Enchiridion* ofrecía materia suficiente para

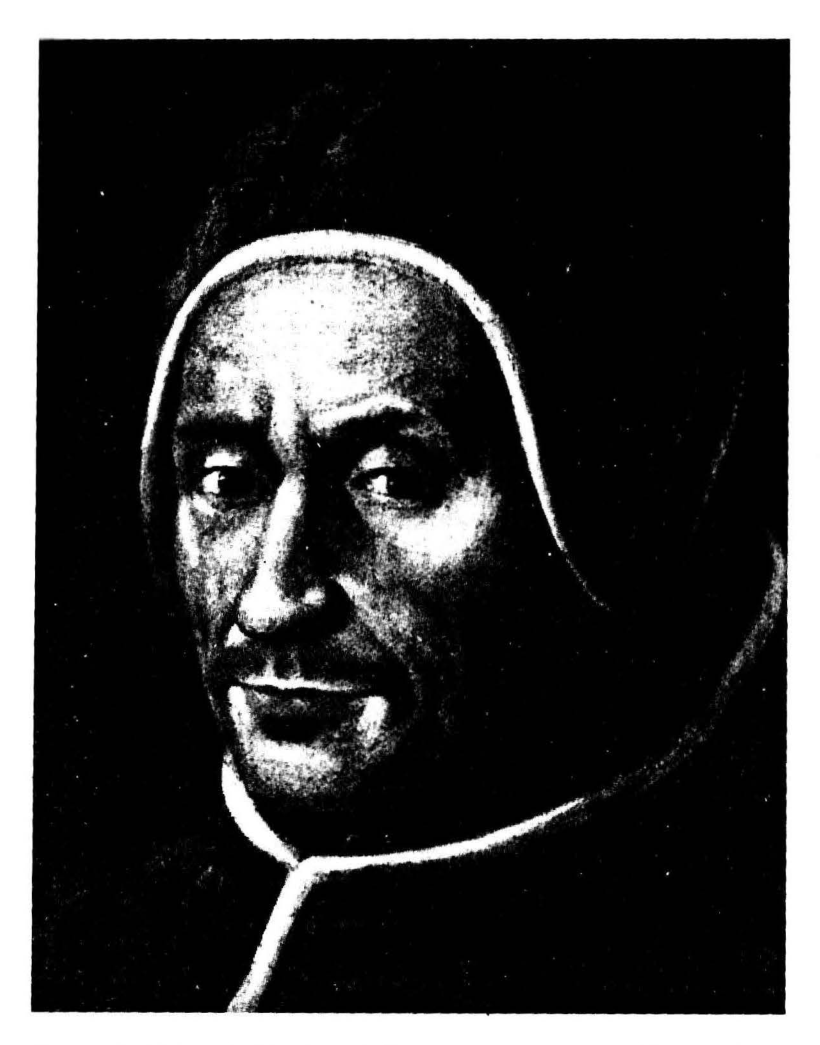
un sermón. Pero la obra no tuvo gran influencia en amplios círculos cultos hasta el momento en que, apoyada por el renombre universal de Erasmo, fue traducida y publicada en numerosas lenguas: inglés, checo, alemán, holandés, español, francés. Fue también entonces cuando comenzó a suscitar desconfianza, pues Lutero ya había iniciado la gran batalla. «Ahora comienzan a roer el *Enchiridion,* que no hace mucho era tan popular entre los teólogos», escribe Erasmo en 1526. Con todo, aun entonces se trataba tan sólo de dos pasajes con los que se obsesionaron los examinadores ortodoxos.

# 7. Nuevos amigos y protectores

«Este año la Fortuna se enfadó de verdad con nosotros», escribe Erasmo en el otoño de 1502. En la primavera de ese mismo año murió su buen amigo Battus. Es lamentable que no poseamos cartas de Erasmo escritas bajo la impresión directa de esa gran pérdida. Nos hubiera gustado tener para tan fiel asistente otro monumento además del que Erasmo le erigió en los *Antibarbari*. Ana de Veere volvió a casarse y ya no fue considerada como protectora; en octubre de 1502 murió a su vez Enrique de Bergen. «He homenajeado la memoria del obispo de Cambrai en tres epitafios latinos y uno griego; han enviado solamente seis florines a fin de que, incluso después de muerto, siga siendo fiel a sí mismo.» Al mismo tiempo, Erasmo perdió la esperanza de tener como nuevo protector a François de Busleiden, arzobispo de Besançon. Por otra parte, el peligro de la peste le mantenía todavía alejado de París, de Colonia y de Inglaterra.

## Entre Lovaina y París

En tales circunstancias, a fines del verano de 1502 acude a Lovaina «de donde —dice— me había alejado a causa de la peste». La Universidad de Lovaina, fundada en 1425 con objeto de que los Países Bajos fueran menos tributarios de París en lo relativo a la religión, era, a comienzos del siglo XVI, junto con París precisamente, uno de los bastiones de la antigua teología, lo que no debía de impedir que en ella progresaran también los estudios clásicos. Pues si no, resulta difícil explicar el hecho de que, al llegar Erasmo a Lovaina, Adriano de Utrecht, el futuro papa, entonces deán de San Pedro y profesor de teología, rápidamente hiciera gestiones para que se le ofreciera una cátedra. No obstante, Erasmo rechazó dicha proposición «por ciertas razones», según declaró. Cabe pensar que tales razones serían imperiosas, dado su estado de urgente necesidad. La causa a la que él se re-



*Retrato de Adriano de Utrecht en la época en que ya era papa. Obra de Jan van Scorel. Collège du Pape, Lovaina.*

fiere no parece muy clara: «Porque aquí estoy demasiado cerca de las lenguas holandesas, que pueden causar muchos perjuicios, pero de las cuales nunca nadie sacó provecho.» La razón principal debe buscarse, sin duda, en su amor a la libertad y en su celo apasionado por los estudios a los que quería consagrarse íntegramente.



*Felipe el Hermoso, por el Maestro de Afflighem. Museo de Bruselas.*

No obstante, era preciso vivir. En Lovaina, la vida era cara, y Erasmo no disponía de ningún recurso fijo. Escribió algunos prefacios y dedicó al obispo de Arras, canciller de la Universidad, algunas *Declamationes* de Libanius, que fueron su primera traducción del griego. Cuando, en otoño de 1503, se esperaba en los Países Bajos el regreso de Felipe el Hermoso tras su viaje por España, Erasmo escribió, gimiendo y a regañadientes, un panegírico para celebrar la afortunada vuelta del príncipe. Fue algo que le costó mucho esfuerzo: «Trabajo día y noche», confiesa, mientras que cuando no trabajaba por encargo, lo hacía con una facilidad asombrosa. «¿Existe algo más fastidioso que escribir de mala gana, o algo más inútil que escribir una cosa que le hace olvidar a uno cómo escribir bien?» Hay que reconocer, en efecto, que limitó en lo posible la lisonja que tan fuertemente le repugnaba y que en el prefacio declaró sin ambages que en realidad este tipo de ejercicios no eran su fuerte.

Hacia finales de 1504, Erasmo se encuentra de nuevo en París. Presumiblemente nunca dejó de pensar en este regreso y sólo consideró su estancia en Lovaina como un exilio provisional. Desconocemos las circunstancias de su salida de Lovaina, pues apenas se conservan cartas suyas del año 1504. De todos modos, esperaba lograr su gran objetivo más fácilmente en París; es decir, consagrarse completamente a la teología. «No encuentro palabras, querido Colet —escribe a finales de 1504—, para explicarte cómo me apresuro a toda vela hacia las letras sagradas, cuánto me molesta todo lo que me aleja de ellas o me retrasa. Pero a causa del disfavor de la Fortuna, que me mira siempre con la misma cara, no he podido librarme de tales miserias. Por eso he vuelto a Francia con la intención de desembarazarme de ellas de cualquier modo, si no puedo superarlas. Luego me dedicaré libremente y de todo corazón a las *divinae literae* para consagrarles toda mi vida.» ¡Si al menos pudiera asegurarse los recursos que le permitieran trabajar durante algunos meses exclusivamente para sí mismo, y liberarse de la literatura profana! ¿Le importaría a Colet enterarse del beneficio producido por los cien ejemplares de los *Adagia* que había enviado anteriormente a Inglaterra a su propio costo? Podría comprar la libertad de algunos meses con un poco de dinero.

Hay algo heroico en el modo en que Erasmo desdeñó aprovechar su talento y su envidiable erudición en el ámbito de las humanidades, y también en la forma en que se enfrentaba a la indigencia para poder realizar su luminoso ideal, la reforma de la teología.

## El ejemplo de las *Annotationes* de Valla

Es de notar que Lorenzo Valla, el mismo humanista italiano que en su juventud le había servido de cicerone y modelo en el camino de la latinidad pura y de la antigüedad clásica, llegó a ser también, por puro azar, su guía y su precursor en el campo de la teología crítica. Durante el verano de 1504, mientras huroneaba en la vieja biblioteca del convento de los premostratenses de Parc, cerca de Lovaina («en ningún otro terreno es tan deleitoso el placer de la caza»), descubrió un manuscrito de las *Annotationes* de Valla al margen del Nuevo Testamento. Era una serie de notas críticas concernientes al texto de los Evangelios, de las Epístolas y del Apocalipsis. Incluso Roma había admitido ya en el siglo XIII que el texto de la Vulgata estaba lejos de carecer de errores. Ordenes religiosas y teólogos se empeñaron en corregirlo, pero, a pesar de la obra de Nicolás de Lyra en el siglo XIV, apenas se había emprendido una depuración metódica.

Fue probablemente la lectura de las *Annotationes* de Valla lo que incitó a Erasmo a coger en las manos el Nuevo Testamento con el objeto de restablecer su pureza, puesto que hasta entonces le seducía más el proyecto de editar a San Jerónimo y comentar a San Pablo. En marzo de 1505, Josse Badius, imprimió para Erasmo las *Annotationes* de Valla, como anunciando lo que Erasmo mismo esperaba poder cumplir un día. Fue un acto de valor. Erasmo no ignoraba que Valla, el humanista, no gozaba de buena fama entre los teólogos y que éstos pondrían el grito en el cielo al ver «el insoportable atrevimiento del *homo grammaticus* que, después de haber echado a perder todas las ciencias, no detiene su insolente pluma ni siquiera ante las puertas de las letras sagradas». He aquí, de nuevo, un proyecto mucho más explícito y polémico que el del *Enchiridion*.

Una vez más, no se sabe muy bien por qué y cómo volvió a salir Erasmo de París, ya en el otoño de 1505, para ir a Inglaterra. Alude a causas graves y al consejo de personas sagaces. Menciona una razón: no tenía dinero. La reedición de los *Adagia* por Jean Philippi, en París en 1505, ciertamente le sacó a flote por un breve tiempo; sin embargo, dicha elección no pudo satisfacerle porque le habría gustado desarrollar el trabajo aprovechando su reciente conocimiento del griego. Desde Holanda re-

*Miniatura con el retrato de Lorenzo Valla. Biblioteca Vaticana.* ▶



CTESIPHONTE

LAVRENTII VALLENSIS PREFATIO IN TRADVCTIONEM DEMOSTHENIS PRO Ctesiph. ad ill.mu principe D. F. V. C-RE Do

ego prestantissime princeps ac etatis NOSTRI GLORIA plerosque mirari quid sit quod orationem Demosthenis pro Ctesiphonte traductam iam pridem a Leonardo Arretino ego quoque nunc traducam non parum recedens ab illius instituto quod fieri solet quotiens priorem interpretem non plane satisfecisse operi existimamus eiusque erratum corrigere volumus res quidem laudanda sed que in talem virum cadere non potest. Ita enim semper constat in illis translationibus a Leonardo omnes in hac arte etiam ipsum a se fuisse superatum Adeo omnem tamen Demosthenis nitoremque expressit. Et quemadmodum si Ciceronis extaret illa conversio hanc non scripsisset vera post eum scribendum non esset quia forte ne Tullianam magnopere desideremus. Sed quantam elaboraverit hinc intelligi datur quod inter orationes Demosthenis hanc esse longe optimam non ignorabat et se in eam traducendo M. Tullio succedere. Ut pene sustineret onus atque expectationem in una oratione reddendi duos oratores alterum Romanum alterum grecum ambos eloquentie principes. Nec eum animus facultasque defecit. Quod cum ita sit quid tamen cause est quod eam mihi iterum convertendam putavi? Nempe ut optime ab alio dicta conarer et ipse bene dicere quod sepe apud veteres scimus fuisse factitatum. Neque plane

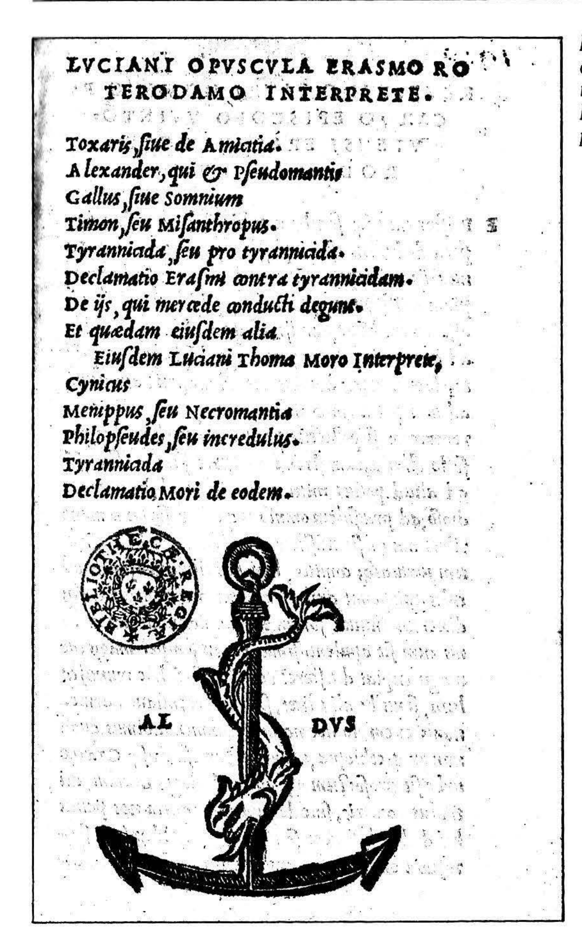
cibió una advertencia de Servatius, su viejo amigo, ahora prior del convento de Steyn, que le pedía que justificara su salida de París. Parece que los amigos holandeses seguían desconfiando de Erasmo, así como de su obra y su futuro.

## Segunda estancia en Inglaterra

Ese futuro parecía, desde muchos puntos de vista, sonreirle más en Inglaterra que en los demás países donde había estado hasta entonces. En Inglaterra volvió a encontrar a sus viejos amigos, personas estimadas e importantes: Mountjoy, en cuya casa se alojó durante algunos meses después de su llegada, Colet y Moro. El contacto con algunos excelentes helenistas que allí conoció le prometía simultáneamente provecho y placer: no con Colet, que apenas conocía el griego, sino, además de Moro, con Linacre, Grocin, Latimer y Turnstall. Entró en contacto con altos dignatarios de la Iglesia que habrían de ser sus amigos y sus protectores: Richard Foxe, obispo de Winchester, John Fisher, obispo de Rochester, y William Warham, arzobispo de Canterbury. Trabó amistad con un hombre que, por su similitud de carácter y de intereses, podía compensar un poco la pérdida de Battus: el italiano Andreas Ammonius de Lucca, perfecto latinista como él. Y, finalmente, el rey le dejó entrever la posibilidad de concederle un beneficio eclesiástico. Erasmo consiguió muy pronto del papa Julio II una dispensa, fechada el 4 de enero de 1506, por la que se le permitía aceptar un beneficio eclesiástico inglés.

Las traducciones del griego al latín le ofrecieron una oportunidad fácil y rápida de ganarse favores y protección; así, tradujo un diálogo de Luciano por encargo de Foxe, y otras obras, como *Hécuba* e *Ifigenia* de Eurípides, para Washam. Pensaba también en una edición de sus cartas.

Aparentemente, sus relaciones con Holanda y con el monasterio todavía no estaban por completo en regla. Servatius no respondía a sus cartas. Erasmo siempre consideró como una amenaza para su carrera y su libertad la figura de este amigo, a quien había estado vinculado con lazos muy tiernos en el convento de Steyn, donde, por cierto, contaban con volverle a ver, tarde o temprano, como una lumbrera de la cristiandad. ¿Estaba el prior al corriente del documento pontificio que dispensaba a Erasmo de los «estatutos y costumbres del convento de la orden de San Agustín de Steyn, en Holanda»? Es probable que sí. El 1 de abril de 1506 Erasmo le escribe lo siguiente: «Parece que aquí,


LVCIANI OPVSCVLA ERASMO RO TERODAMO INTERPRETE.

Toxaris, siue de Amicitia.
Alexander, qui & Pseudomantis
Gallus, siue Somnium
Timon, seu Misanthropus.
Tyrannicida, seu pro tyrannicida.
Declamatio Erasmi contra tyrannicidam.
De iis, qui mercede conducti degunt.
Et quædam eiusdem alia.
Eiusdem Luciani Thoma Moro Interprete,
Cynicus
Menippus, seu Necromantia
Philopseudes, seu incredulus.
Tyrannicida
Declamatio Mori de eodem.



AL DVS

*Portada de las obras de Luciano traducidas por Erasmo e impresas por Aldo Manuzio.*

en Londres, soy particularmente apreciado por los más grandes y más sabios hombres de toda Inglaterra. El rey me había prometido un curato; no obstante, la llegada a Inglaterra del soberano[15] hizo necesario aplazar este asunto.»

Y prosigue: «No dejo de meditar sobre cómo podría consagrar a Cristo todo el tiempo que me quede de vida (ignoro la importancia de esta actitud). Considero la existencia, aunque sea larga, como algo fugitivo y efímero; sé que soy de constitución débil y que mis fuerzas han sido considerablemente mermadas por el estudio y, en cierta medida, también por los reveses. Me doy cuenta de que los estudios no tienen fin y ocurre con ellos

como si cada día debiéramos volver a comenzar desde el principio. Por tanto, conformándome con mi honesta mediocridad (sobre todo ahora que he aprendido griego en la medida en que es necesario), he decidido dedicarme a meditar sobre la muerte y a formar mi carácter. Debería haberlo hecho antes, así como haber sido más cuidadoso con el empleo del valioso capital de los años cuando todavía estaban en su esplendor. Pero, aunque ciertamente es una medida económica tardía la que se aplica cuando ya no queda mucho sobre que hacerlo, debemos ser tanto más ahorrativos cuanto menos y de menor calidad quede.»

¿Fue acaso un ataque de melancolía el que inspiró a Erasmo estas palabras de recogimiento y de renuncia? En el momento en que perseguía con mayor fuerza el objetivo de su vida, ¿le invadió de golpe el sentimiento de la inutilidad de su esfuerzo y un gran cansancio? ¿Es el fondo mismo de su carácter lo que Erasmo muestra aquí por un momento a su viejo e íntimo amigo? Hay motivos para dudar de ello. Este pasaje no está en consonancia con las primeras frases de la carta, consagradas enteramente a su éxito y sus proyectos. En otra carta que dirigió al día siguiente, igualmente a Gouda y también a un íntimo, ya no queda ni huella de ese estado de ánimo: sus pensamientos se dirigen nuevamente hacia sus esperanzas. No se descubre la menor interrupción en el impetuoso celo con que Erasmo prosigue sus estudios. Y existen indicios para pensar que adoptó deliberadamente ese tono de desprecio del mundo al dirigirse a Servatius, el cual le conocía más de lo que Erasmo hubiera deseado y que, como prior de Steyn, disponía de un temible poder sobre él.

## Viaje a Italia

Mientras tanto, el asunto de la prebenda inglesa quedó inconcluso. Pero de repente se presentó la oportunidad que Erasmo había buscado tantas veces: el viaje a Italia. El médico habitual de Enrique VII, Giovanni Battista Boerio, de Génova, estaba buscando a un maestro que pudiera acompañar a sus hijos en su viaje hacia las universidades italianas. Erasmo aceptó este cometido que no le imponía ni tareas pedagógicas ni preocupaciones por el sustento, únicamente la vigilancia de los jóvenes y la dirección de sus estudios. A principios de junio de 1506 volvió a pisar suelo francés. Los viajeros permanecieron en París durante dos meses de ese verano y Erasmo aprovechó la ocasión para imprimir allí diversas obras que había traído de Inglaterra. Por en-



*Erasmo de Rotterdam. Grabado de Granicher según un dibujo de Holbein. Erasmo fue una de las mentes más laboriosas del siglo XVI.*

tonces ya era un autor conocido y cotizado, recibido con alegría y festejado cordialmente por sus antiguos amigos (le habían creído muerto). Josse Badius imprimió todo lo que Erasmo le propuso: las traducciones de Eurípides y de Luciano, un libro de *Epigrammata*, y una nueva edición, aunque no corregida todavía, de los *Adagia*.

Continuaron viaje en el mes de agosto. Mientras iba a caballo por los caminos alpinos, nació, como fruto tardío de una

actividad de aficionado a la cual ya había renunciado, el más importante poema de Erasmo. Se irritaba con sus compañeros de viaje, se abstenía de participar en sus conversaciones e intentaba distraerse haciendo versos. Así nació el *Carmen*, llamado por él mismo *equestre vel potius alpestre*, un poema que se refiere a las dificultades de la vejez y que está dedicado a su amigo Guillaume Cop.

Erasmo era uno de esos hombres que se sienten viejos muy pronto. Aún no tenía cuarenta años, pero ya creía haber atravesado el umbral de la vejez. ¡Cuán presto había llegado! Echó una mirada retrospectiva sobre su vida: se ve otra vez de niño jugando con nueces, luego como muchacho estudioso, y después como adolescente sumido en el arte poético y la escolástica, consagrándose también a la pintura. Evoca una vez más sus innumerables lecturas, sus estudios de griego, su esfuerzo por conquistar la gloria del sabio. En el punto culminante del proceso, la vejez ha llegado de pronto. ¿Qué le queda aún? De nuevo surge el acento de renuncia al mundo y de dedicación a Jesucristo. ¡Adiós bromas y chiquilladas, adiós filosofía y poesía! Ser un alma pura, llena de Cristo: eso es cuanto desea.

Allí, en el silencio de la naturaleza alpina, aparentemente afloró a la superficie algo de las aspiraciones más profundas de Erasmo; en todo caso, mucho más que en la lamentación dirigida a Servatius. Pero todavía sigue siendo una zona oculta de su vida espiritual; no es el poderoso impulso que dio contenido y dirección a su vida, ni el que le lanzó con fuerza irresistible hacia estudios siempre renovados.

# 8. Estancia en Italia

En Turín, apenas llegado a la ciudad y, por tanto, sin ninguna preparación especial, Erasmo obtiene el grado de doctor en teología el 4 de septiembre de 1506. Es comprensible que él, para quien el título de *Magister noster* sonaba un tanto burlón, no atribuyera demasiada importancia a dicho grado. En todo caso, era un documento oficial sobre su competencia en materia teológica y venía a fortalecer su posición frente a la desconfianza de sus detractores. Es interesante que se haya expresado en términos despreciativos sobre ese título incluso con sus amigos holandeses, quienes durante sus estudios le habían ayudado a conseguirlo. Ya en 1501 declaraba a Ana de Borselen: «¿Ir a Italia, y buscar el título de doctor? Es una estupidez. Pero tenemos que conformarnos con las costumbres que conllevan los tiempos.» Y ahora nuevamente parece disculparse ante Servatius y Johannes Obrecht: «He obtenido el doctorado en la santa teología muy en contra de mis intenciones porque me han desbordado las súplicas de mis amigos.»

El objetivo del viaje era Bolonia. Pero justo en el momento de su llegada se desencadenó allí una operación militar que le obligó a retirarse provisionalmente a Florencia. El papa Julio II, que se había aliado con los franceses, marchaba contra Bolonia al frente de un ejército para expulsar a los Bentivoglio. Alcanzado rápidamente este objetivo, la ciudad se volvió lo suficientemente segura para regresar a ella: el 11 de noviembre de 1506 Erasmo asistió a la entrada triunfal del belicoso pontífice.

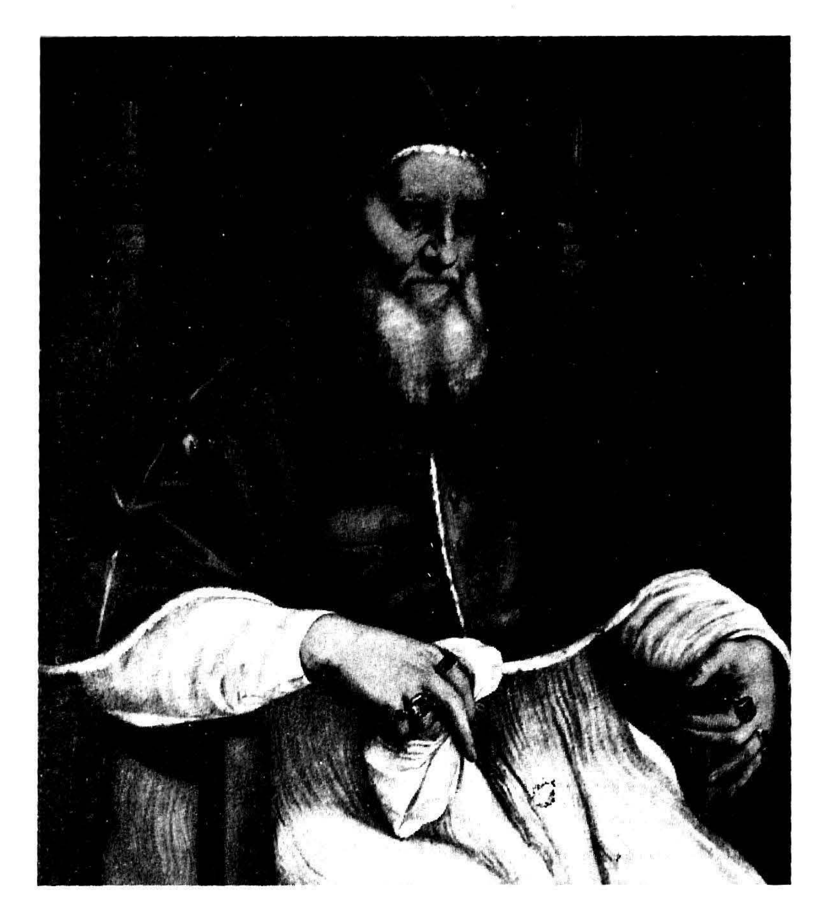
De este periodo de la vida de Erasmo sólo nos han llegado unos breves y rápidos apuntes que hablan de inquietudes y de ruidos de guerra. Nada indica que la belleza de la Italia del Renacimiento le impresionara. Los escasos fragmentos de su correspondencia dedicados a su estancia en Italia no aluden ni a la arquitectura ni a la escultura ni a la pintura. Cuando mucho más tarde evoca su visita a la Cartuja de Pavía, lo hace únicamente

para citarla como un ejemplo de despilfarro y de pompas inútiles. En Italia le ocuparon y le atrajeron sólo los libros.

En Bolonia se cumplió para Erasmo el plazo de un año, tiempo por el que se había comprometido a ocuparse de los jóvenes Boerio. Le pareció demasiado largo. De nuevo resultó evidente que era incapaz de soportar las menores trabas a su libertad. Con su contrato se sentía cautivo, como si hubiera caído en una trampa. Sus discípulos, al parecer, no eran malos, aunque resultaron menos prometedores de lo que había creído Erasmo en su entusiasmo inicial; pero se peleó pronto con Clyfton, el preceptor de los jóvenes, a quien antes había alabado mucho. La experiencia de Bolonia le supuso toda clase de sinsabores, sólo compensados en parte por su amistad con Paolo Bombasio. Erasmo estaba ampliando sus *Adagia*; una vez completados con las sentencias griegas, pasaron de ochocientos a varios miles.

## Aldo Manuzio

En octubre de 1507, Erasmo dirigió desde Bolonia una carta al famoso impresor veneciano Aldo Manuzio, proponiéndole reeditar las traducciones de los dramas de Eurípides, ya que la edición de Badius estaba agotada y, según él, era demasiado imperfecta. Lo que le llevó hacia Aldo fue, sin duda alguna, además de la fama de su taller, su predilección por los hermosos caracteres de ese impresor, «esas maravillosas letras pequeñas, sobre todo las más pequeñas». Erasmo era uno de esos verdaderos amantes de los libros que se toman a pecho un tipo de letra o un for-



*El papa Julio II, según un retrato de Rafael. Galería Pitti, Florencia.*

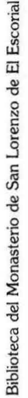
◀ *Título de doctor en teología obtenido por Erasmo en Turín, en septiembre de 1905. Biblioteca de la Universidad, Basilea.*

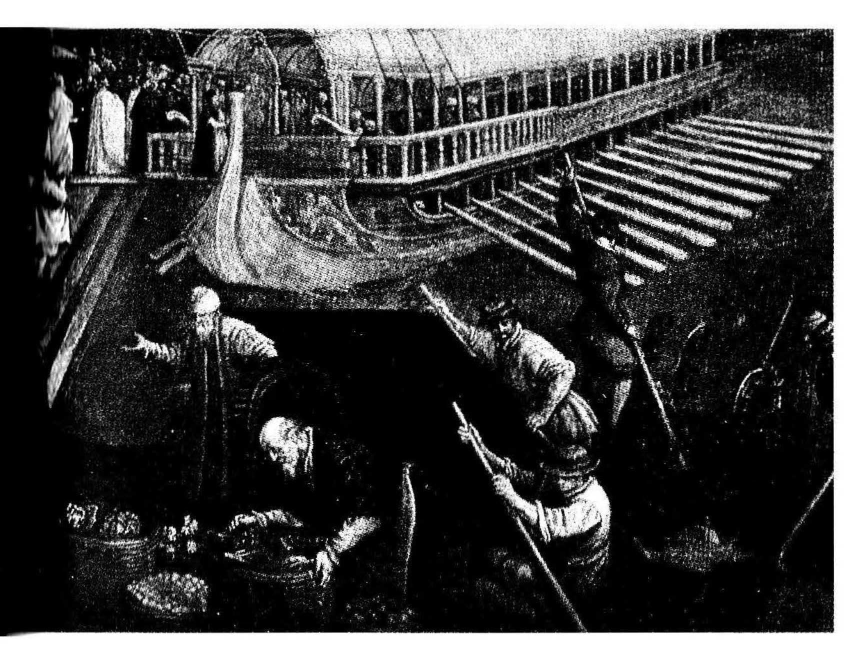
mato, pero no por alguna preferencia artística, sino principalmente por su legibilidad y su fácil manejo. Pidió a Aldo que le hiciera un pequeño libro poco costoso. A finales de año, ante el buen rumbo que llevaban sus relaciones, Erasmo aplazó el viaje que había proyectado a Roma para poder acudir a Venecia con objeto de vigilar personalmente la edición de sus obras. Ya no se trataba únicamente del pequeño libro de traducciones; Aldo se comprometió a imprimir también los *Adagia*.

*Detalle de la pintura* Embarco del Dux, *de Bassano. En ella podemos apreciar el movimiento de la populosa ciudad de Venecia durante el siglo XVI.*

*Página del códice del siglo XV con las* Vidas paralelas, *de Plutarco.*


ij. T. I.
ATONIS GENVS PRINCI
PIVM DIGNITATIS ET GLO
RIE. SVPSIT: A PRAVO CA
TONE VIRO IMPRIMIS CLARO
magneq: auctoritatis. ut a nobis in
psius uita scriptum est. Relictus
est autem cato. parentum. orpha
nus. una cum fratre capione et so.

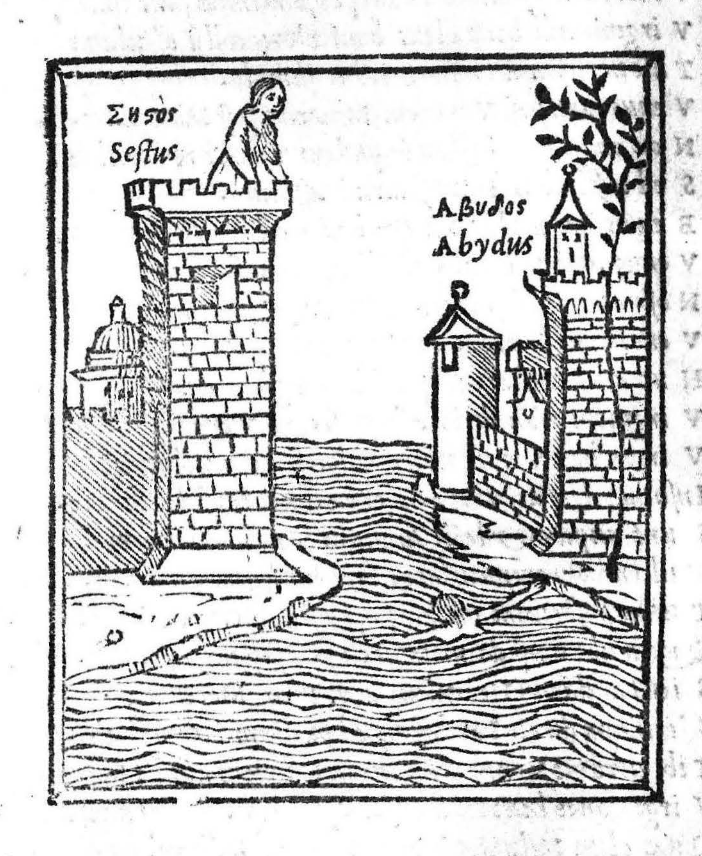




Beatus Rhenanus contó más tarde, sin dudar en absoluto de la sinceridad de Erasmo, que cuando éste acudió a la imprenta, inmediatamente después de llegar a Venecia, debió de esperar largo tiempo antes de ser recibido por el impresor. Aldo estaba corrigiendo pruebas y creía que era uno de los curiosos que constantemente venían a importunarlo. Cuando se enteró de que se trataba de Erasmo, corrió a saludarlo con suma cordialidad y le aseguró comida y alojamiento en casa de su suegro, Andrea Asolani. Erasmo vivió durante más de ocho meses en un ambiente que llegó a convertirse en su verdadero medio: el taller de prensas, con la fiebre del trabajo rápido, del cual se quejaría más de una vez, pero que de verdad armonizaba admirablemente con su espíritu. El libro ampliado de los *Adagia* no había sido redactado definitivamente en Bolonia. «Con gran temeridad por mi parte —atestigua el propio Erasmo — nos pusimos, simultáneamente, yo a escribir y Aldo a imprimir.» Mientras tanto, los amigos literarios de la Nueva Academia, a los que había conocido en Venecia —Juan Lascaris, Baptista Egnatius, Marcus Musurus y el joven Jerónimo Aleandro, con quien compartía en la casa de Asolani la misma habitación y la misma cama—, le traían nuevos autores griegos, todavía no impresos, que podían contribuir al enriquecimiento de los *Adagia*. Y no eran autores de poca impor-

Ἀντιπάτρου.

Οὗτος ὁ Λεάνδροιο διάπλοος, οὗτος ὁ πόντου
Πορθμὸς, ὁ μὴ μούνῳ τῷ φιλέοντι βαρύς.
Ταῦθ' Ἡροῦς τὰ πάροιθε ποταύλια, τοῦτο τὸ πύργου
Λείψανον, ὁ προδότης ὧδ' ἐπέκειτο λύχνος.
Κοινὸς δ' ἀμφοτέρους ὅδ' ἔχει τάφος, ἐσέτι καὶ νῦν
Κείνῳ τῷ φθονερῷ μεμφομένους ἀνέμῳ.





*Interior de un taller de imprimir estampas en el siglo XVI. En el Renacimiento los impresores fueron a su vez hombres eruditos que facilitaron en gran medida la labor de los autores.*

◀ *Página de uno de los libros editados por Aldo Manuzio en 1517. Biblioteca Nacional, París.*

tancia: Platón en original, las *Vidas Paralelas* de Plutarco, así como sus *Moralia*; Píndaro, Pausanias y muchos otros más. Incluso aficionados desconocidos facilitaban materiales inéditos. En medio del ruido de la imprenta, Erasmo, sentado, escribía, para sorpresa de su editor, la mayoría de las veces de memoria, y tan absorto, que no tenía tiempo —según dijo muy expresivamente—, ni para rascarse las orejas. Era dueño y señor de la imprenta. Se puso un corrector particular a su disposición; hasta en la última prueba hizo correcciones en el texto. Aldo también revisó las pruebas. ¿Por qué?, preguntó Erasmo. Porque así me instruyo, respondió Aldo. En aquel tiempo Erasmo se veía además obligado a luchar contra los primeros ataques de su dolorosa enfermedad, los cálculos urinarios, cuya causa atribuyó a la comida que recibía en la casa de Asolani, y de la cual iba a vengarse más tarde bosquejando en los *Coloquios* una imagen muy odiosa de la pensión y del huésped.

Cuando, en septiembre de 1508, se acabaron de imprimir los *Adagia*, Aldo quería retener a Erasmo a fin de que emprendiera nuevos trabajos para él. Erasmo siguió trabajando allí hasta diciembre en las ediciones de Platón, Terencio y de las tragedias de Séneca. En su espíritu surgían grandiosas visiones de trabajo en común para la edición de todo lo que la Antigüedad clásica ocultaba todavía como un verdadero tesoro desconocido, incluidos también los textos hebraicos y caldeos.

## El arte de la imprenta

Erasmo pertenecía a la generación que había crecido con la aparición de la imprenta, que para el universo de entonces era como la adquisición de un nuevo sentido. Armado de «este instrumento casi divino», se sentía rico, poderoso y feliz. El papel que desempeñó Erasmo y toda la obra erasmiana sólo fueron posibles gracias a la imprenta. El propio Erasmo fue su glorioso triunfo y, en cierto sentido, también su víctima. ¿Qué hubiera sido de Erasmo sin el libro impreso? La pasión de su vida fue, en efecto, difundir universalmente, depurar y restablecer las antiguas fuentes. El hecho de saber que el libro impreso presentaba a miles de lectores el mismo texto bajo una forma absolutamente idéntica, le producía un consuelo del que las generaciones anteriores habrían carecido.

Una vez establecido su renombre de escritor, Erasmo fue uno de los primeros en trabajar directa y continuamente para la imprenta. Fue su fuerza y su punto flaco. Valiéndose de este medio, llegó a ejercer una influencia directa en la Europa letrada como nadie lo había hecho. La imprenta le permitió convertirse en un foco de cultura, en el pleno sentido de la palabra, una estación central para las cosas del espíritu, la piedra de toque del pensamiento de la época. Imaginemos por un instante cuál hubiera sido la influencia de un Nicolás de Cusa, por ejemplo, espíritu sin duda más amplio que el de Erasmo, pero que alcanzó sólo a ver los ensayos de la imprenta naciente, si hubiera podido aprovechar esa invención, como le fue dado a Erasmo.

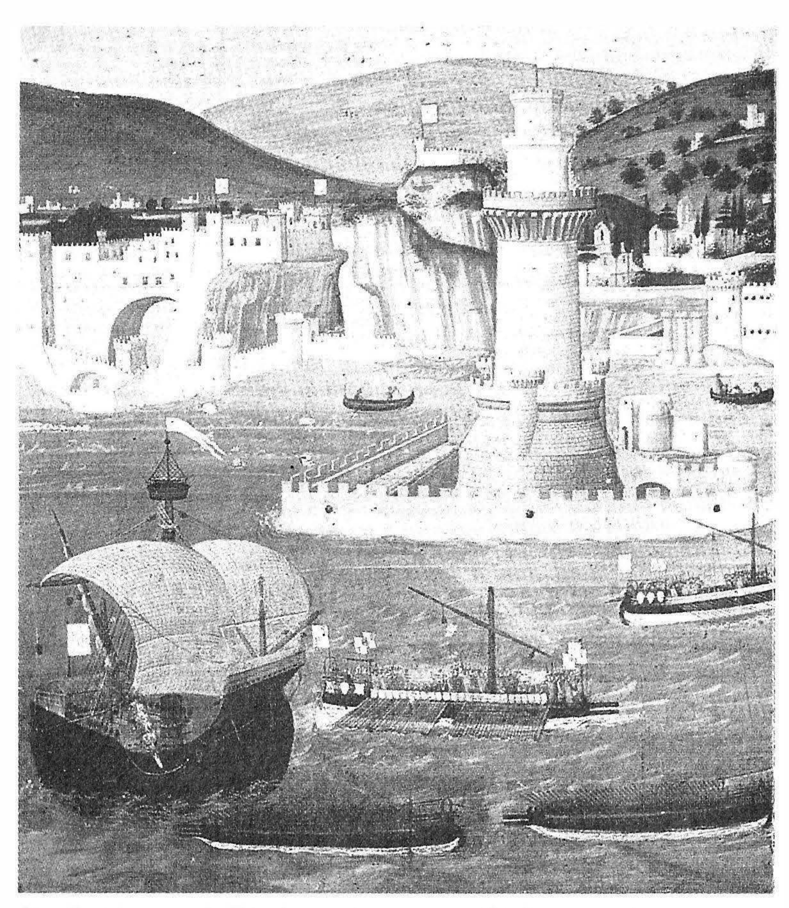
El peligro de esta circunstancia material radicaba en que la imprenta permitía a Erasmo, convertido ya en centro y en autoridad, comunicar en el acto al universo todo lo que pasaba por su espíritu. De esta forma, gran parte de su labor intelectual posterior es sólo repetición, machaconería, desarrollo, ociosa defensa contra ataques sobre detalles que muy bien hubiera podido pa-

sar por alto. Muchos de estos escritos, redactados directamente para ser impresos, pertenecen más bien al periodismo, y perjudicaríamos a Erasmo si les aplicáramos el criterio reservado a las obras de valor permanente. La posibilidad de poder llegar con la palabra al mundo entero constituye un estimulante que influye inconscientemente sobre el modo de expresarse, y es un lujo que sólo los más eminentes espíritus soportan impunemente.

El término medio entre Erasmo y el libro impreso lo constituye el latín. Su situación como autor hubiera sido imposible sin su incomparable dominio del latín. La imprenta favoreció indiscutiblemente el uso de este idioma. Las ediciones latinas eran en aquel tiempo las que aseguraban al editor éxito y ventas, creándole un renombre que recorría el mundo. Los mejores editores eran a la vez eruditos desbordantes de entusiasmo humanista. Hombres cultos y acomodados trabajaban como correctores en las prensas de algunos impresores; así, por ejemplo, Pierre Gilles, el gran amigo de Erasmo y de Moro, secretario de Amberes, trabajaba para Thierry Maertens. Desde el punto de vista local, las grandes imprentas constituían a la vez centros de comercio intelectual. El hecho de que Inglaterra estuviera entonces a la zaga del desarrollo de la imprenta fue ciertamente una de las causas por las que Erasmo nunca pudo establecerse de forma continuada en ese país, al que, sin embargo, le unían tantos lazos y hacia el cual le atraían numerosas ventajas.

## Hacia Roma

Por lo demás, independientemente de eso, siempre le resultó difícil encontrar en alguna parte una residencia fija. Hacia finales de 1508, aceptó el puesto de profesor de retórica del joven Alejandro Estuardo, hijo natural del rey de Escocia, Jacobo IV. Alejandro, a pesar de su corta edad, era ya arzobispo de St. Andrews y proseguía sus estudios en Padua. El peligro de guerra pronto les obligó a abandonar Italia del norte e ir a Siena. Allí obtuvo Erasmo un permiso para visitar Roma. Llegó en los primeros meses de 1509, ya no como un pequeño monje desconocido, venido de regiones nórdicas, sino como un autor mimado. Ante él se extendía todo el atractivo de la Ciudad Eterna, y sin duda le agradaron mucho la consideración y deferencia con que le trataban algunos cardenales y prelados: Juan de Médicis, el futuro León X, Domenico Grimani, Raffaelle Riario y otros. Al parecer, incluso le ofrecieron un puesto en la curia. Pero estaba obligado



*Detalle del puerto de Nápoles, según aparece reflejado en una pintura anónima de finales del siglo XV denominada* Tabola Strozzi. *Museo de San Martino, Nápoles.*

*El papa León X acompañado de los cardenales Giulio de Médicis y Luigi de Rossi, por Rafael. Galería Palatina, Florencia.* ▶

a volver junto a su joven arzobispo, en cuya compañía volvió a visitar Roma, de incógnito, y luego recorrió los alrededores de Nápoles. Entró en el antro de la Sibila de Cumas, pero no sabemos qué impresión le causó, ya que no contamos con ninguna carta de Erasmo del periodo —en cierto sentido el más importante de su vida— que va desde su salida de Padua hasta la primavera de 1511. Mucho más tarde hablará de vez en cuando de



algunas de sus impresiones acerca de Roma, pero el conjunto queda oscuro. De esta manera se nos escapa el periodo de incubación del *Elogio de la locura.*

## Subida de Enrique VIII al trono

El 21 de Abril de 1509 murió Enrique VII, rey de Inglaterra. Su sucesor era el pequeño príncipe al que Erasmo había saludado en 1499 en Eltham, a quien había dedicado su poema *Elogio a Gran Bretaña*, que el príncipe gratificó con una carta en latín, durante su estancia en Bolonia, la cual era un honor tanto para Erasmo como para el real latinista de quince años. Jamás pareció más propicia la oportunidad de encontrar un protector que cuando aquel amigo de las letras, que le había dado tan buenas promesas, subió al trono con el nombre de Enrique VIII. Lord Mountjoy, el más fiel mecenas de Erasmo, tenía la misma opinión, y la expresó en una carta fechada el 27 de mayo de 1509. Era un placer —escribía— ver con qué sabiduría, con qué entereza, con qué rectitud y equidad, con qué celo se comportaba el joven soberano frente a las letras y los literatos. Mountjoy, o más bien Ammonius, que muy probablemnte redactó por él ese florido fragmento, estaba literalmente exultante. Un cielo reluciente y lágrimas de alegría constituyen el tema de la carta. Parece, por lo demás, que Erasmo, tan pronto como la noticia de la muerte de Enrique VII llegó a Roma, sondeó personalmente a Mountjoy sobre sus posibilidades, no sin quejarse de sus penas y su precaria salud. Mountjoy pudo anunciarle: «El arzobispo de Canterbury no sólo está continuamente enfrascado en vuestros *Adagios* y os alaba mucho, sino que también promete un beneficio para cuando volváis, y os envía ya ahora cinco libras para los gastos de viaje.» Mountjoy dobló la suma.

No sabemos si Erasmo vaciló antes de tomar su decisión. Según él, el cardenal Grimani habría intentado retenerle, pero fue en vano. Abandonó Roma e Italia en el mes de julio de 1509, y no volvió nunca más.

Al atravesar por segunda vez los Alpes, ya no por el lado francés sino por el Septimer,[16] a través de Suiza, el genio le rozó de nuevo, como ya le había ocurrido tres años antes en aquellas

*Enrique VIII de Inglaterra, por Hans Holbein el Joven. Galería Corsini, Roma.* ▶



altas regiones, al dirigirse hacia Italia. Pero esta vez no bajo la forma de la Musa latina que hacía poco le inspirara meditaciones poéticas, llenas de arte y no faltas de sentimiento, sobre su vida pasada, así como votos piadosos para el futuro. Lo que estaba germinando y creciendo ahora en su espíritu era algo mucho más sutil y mucho más grande: el *Elogio de la locura*.

# 9. Elogio de la locura

Mientras cruzaba a caballo los puertos alpinos,[17] la mente infatigable de Erasmo, liberada durante algunos días del trabajo incesante, recordaba todo lo que había estudiado, leído y contemplado en el transcurso de los años pasados. ¡Cuánta ambición, cuánta ilusión voluntaria, cuánto orgullo y presunción hay en el mundo! Erasmo pensó en Tomás Moro, al que iba a ver pronto, el más ingenioso y cuerdo de sus amigos, y a quien habían apodado *Moros*, es decir, «necio» en griego, algo que tan poco concordaba con su carácter.

## Un momento luminoso

Al pensar en las alegres bromas que prometía su nuevo encuentro con Moro, se desarrolla en su genio esa obra maestra repleta de humor y de sabia ironía, la *Moriae Encomium*, el Elogio de la locura. El mundo es considerado como el teatro de la locura general, y la locura como el elemento indispensable que hace posible la vida y la sociedad; todo ello expresado por boca de Estulticia, la locura en persona (verdadera pareja de Minerva), que se alaba a sí misma haciendo el panegírico de su poder y utilidad. En cuanto a la forma, es una *declamatio*, semejante a las que Erasmo había traducido antes del griego a imitación de Libano. Sus ideas están inspiradas en Luciano, cuya obra *El gallo*, traducida por Erasmo tres años antes, pudo haberle sugerido el tema.

Podemos imaginar qué momentos incomparablemente luminosos tuvo entonces este brillante cerebro. Su memoria, increíblemente poderosa y amplia, aún ponía a su alcance, junto con muchas otras cosas, todos los detalles de diferentes lecturas clásicas utilizadas el año anterior para la nueva edición de los *Adagia*. Parece como si, rumiando agradablemente toda la sabiduría de los antiguos, hubiera conseguido aislar lo esencial para su exposición.

Al llegar a Londres, se instaló en la casa de Moro en Bucklersbury, y allí, atormentado por su dolencia renal y sin disponer de sus libros, redactó en tan sólo unos días la perfecta obra maestra que debía de estar ya claramente desarrollada en su cabeza. Estulticia nació, por tanto, de la misma forma que su austera hermana Palas.

Desde el punto de vista del proyecto y de la ejecución, la *Moria* es irreprochable, el fruto de un momento glorioso del impulso creador. Las diversas actitudes de la oradora frente a su público se mantienen de forma magistral hasta el último momento con la sola ayuda de ligeras modificaciones estilísticas. Se puede ver claramente cómo se alegra la cara de los auditores con la entrada de la Locura, y se oyen los aplausos con que interrumpen sus palabras. Hay en esta obra tal riqueza de fantasía, unida a tal sobriedad de línea y de color, a tal discreción, que ofrece la imagen de esa perfecta armonía que constituye la esencia misma del Renacimiento. A pesar de la riqueza del tema y de las ideas, no existe en ella nada exhuberante, sino moderación, equilibrio, soltura y claridad, características todas ellas que producen un efecto tan alegre como divertido. Para apreciar la perfección estética de esta obra de Erasmo, conviene colocarla junto a las de Rabelais.

Sin mí, declara la Locura, el mundo no puede vivir ni un solo instante. «¿Es que sucede algo en este mundo que no sea necedad, hecho por necios y entre necios?» «Sin mí no existiría ningún tipo de sociedad, ni relación humana agradable y sólida; la prueba es que el pueblo no aguantaría por mucho tiempo a su príncipe, ni el amo al criado, ni la criada a la señora, ni el maestro al discípulo, ni el amigo al amigo, ni la mujer al marido, ni el casero al inquilino, ni el camarada al camarada, ni el anfitrión al invitado, si no se engañaran mutuamente, adulándose unas veces, condescendiendo otras, y finalmente, digámoslo así, untándose con la miel de la estulticia.» Esta frase es como un compendio de la obra. La locura es aquí sabiduría de vida, resignación y juicio benévolo.

Aquel que arranca las máscaras de la comedia de la vida es expulsado de ella. «¿Qué es la vida de los mortales sino una especie de comedia en la que cada actor aparece con una máscara diferente y representa su papel hasta que el director de escena

*Portada del* Elogio de la locura *de Erasmo, en la edición realizada en Amsterdam en 1728.* ▶

# L'ELOGE
## DE LA
# FOLIE,

Composé en forme de Déclamation, par

## ERASME,

Et traduit par Mr.

## GUEUDEVILLE.

Avec les Notes de GERARD LISTRE,
Et les belles Figures de HOLBEIN:
Le tout ſur l'Original de l'Académie de Baſle.

NOUVELLE EDITION,
*Revue avec ſoin, & miſe dans un meilleur ordre.*



*A AMSTERDAM,*
Chez FRANÇOIS L'HONORE.

M. DCC. XXVIII.

Avec Privilege.

le ordena retirarse?» Obra mal el que no toma las cosas como vienen y pretende que la comedia no sea tal. Es propio del hombre prudente comportarse como todo el mundo, cerrando dócilmente los ojos o engañándose a sabiendas.

La indispensable fuerza motriz de todas estas maniobras de los hombres es Filaucía, el Amor propio, hermana de la Locura. El que se desprecia a sí mismo jamás conseguirá nada. Quitad esa salsa de la vida, y al instante la palabra del orador será fría, el poeta será despreciado y el pintor perecerá con su arte.

La locura, bajo el aspecto del orgullo, de la vanidad y del amor a la gloria, es el motor de todo lo que en el mundo parece grande y elevado. El Estado, y todos sus cargos honoríficos, el patriotismo y la soberbia nacional, la pompa de las ceremonias, los prejuicios de clase y de casta, ¿qué son sino locuras? El origen de todas las heroicidades es la guerra, el colmo de la locura. ¿Qué es lo que movió a los Decios y a Curcio a sacrificarse? Una gloria vana. Esa misma insensatez crea los Estados; por ella existen los imperios, la religión y los tribunales.

Aquí Erasmo demuestra ser más audaz y flemático que Maquiavelo y más libre de prejuicios que Montaigne. Sin embargo, el autor no desea responsabilizarse: ¡es la Locura quien lo afirma todo! Siempre nos queda el recurso de dar vueltas en el círculo vicioso del dicho: un cretense dijo: «Todos los cretenses son mentirosos.»

## La locura, fuente de la vida

La sabiduría es para la locura lo que la razón para los sentimientos. Y en el mundo hay mucha más emoción que razón. Lo que mantiene el mundo, la fuente de la vida, es la locura. ¿Es acaso otra cosa el amor? ¿Por qué se casa uno sino porque existe una aberración que impide ver los inconvenientes? Todo goce y todo placer no son sino aderezo de la estulticia. Cuando el sabio desee ser padre, debe primero acudir a la locura. Porque ¿hay algo más loco que la procreación?

La vitalidad y el ánimo de vivir están incorporados subrepticiamente a la locura. Esa es la energía espontánea que nadie puede pasar por alto. El que es absolutamente cuerdo y serio no puede vivir. Cuanto más se distancia un ser de mí, la Locura, me-

*Retrato de Nicolás Maquiavelo. Galería Uffizi, Florencia.* ▶


ICOL: MACCHIAV



nos vive. ¿Por qué besuqueamos y mimamos a los niños, sino porque son todavía tan deliciosamente locos? ¿No es eso lo que confiere encanto a la juventud?

Observad ahora al que es realmente serio y sabio. Es torpe en todo: al comer, al bailar, al jugar, en la conversación familiar. Si tiene que comprar algo o hacer un contrato, en general sale malparado del asunto. Quintiliano afirma que el miedo al público revela a un orador inteligente, que conoce sus faltas. Bien, pero en este caso, ¿no está Quintiliano admitiendo abiertamente que la sabiduría dificulta la buena gestión de los asuntos? Y, por lo tanto, ¿la Estulticia no tiene derecho a reivindicar para sí la Prudencia, cuando el sabio, demasiado humilde y demasiado tímido, no se atreve a emprender nada, mientras que el insensato afronta alegremente todos los obstáculos?

Aquí Erasmo va muy lejos psicológicamente. En efecto, la conciencia de no estar a la altura, que frena toda acción, determina la gran inercia que retrasa el desarrollo del mundo. ¿Se habrá considerado Erasmo uno de esos torpes que, cuando no están sumidos en sus libros, se sienten desarmados ante los hombres y las cosas?

La locura es alegría y soltura, y es indispensable para ser feliz. El hombre dotado únicamente de razón y desprovisto de pasiones es una estatua de piedra, un ser obtuso y privado de todo sentimiento humano, un fantasma o un monstruo del que huye todo el mundo. Es insensible a toda emoción natural, indiferente al amor o a la clemencia. No se le escapa nada, no se equivoca en nada, lo comprende todo, todo lo sopesa con precisión, no perdona nada; es el único hombre satisfecho de sí mismo, el único sano, el único rey, el único libre. Esta es la terrible figura del doctrinario que traza Erasmo. ¿Qué Estado, exclama, querría ver a su cabeza a un perfecto sabio de semejante especie?

Aquel que, gracias a su sabio entendimiento, pudiera evaluar completamente las calamidades de la vida, se suicidaría muy pronto. Sólo la locura puede proporcionar alivio: errar, equivocarse, ser ignorante... en eso consiste ser hombre. En el matrimonio, más vale ignorar las faltas de la esposa que consumirse en celos y provocar tragedias por doquier. La adulación es una virtud. No hay felicidad sin un poco de lisonja. La elocuencia, la medicina y la poesía viven de la adulación. Es la miel y la sazón de toda convivencia humana.

◀ *Detalle del* Jardín de las delicias, *de Hieronymus Bosco. Como Erasmo, el Bosco ironiza acerca de las creencias de su tiempo.*

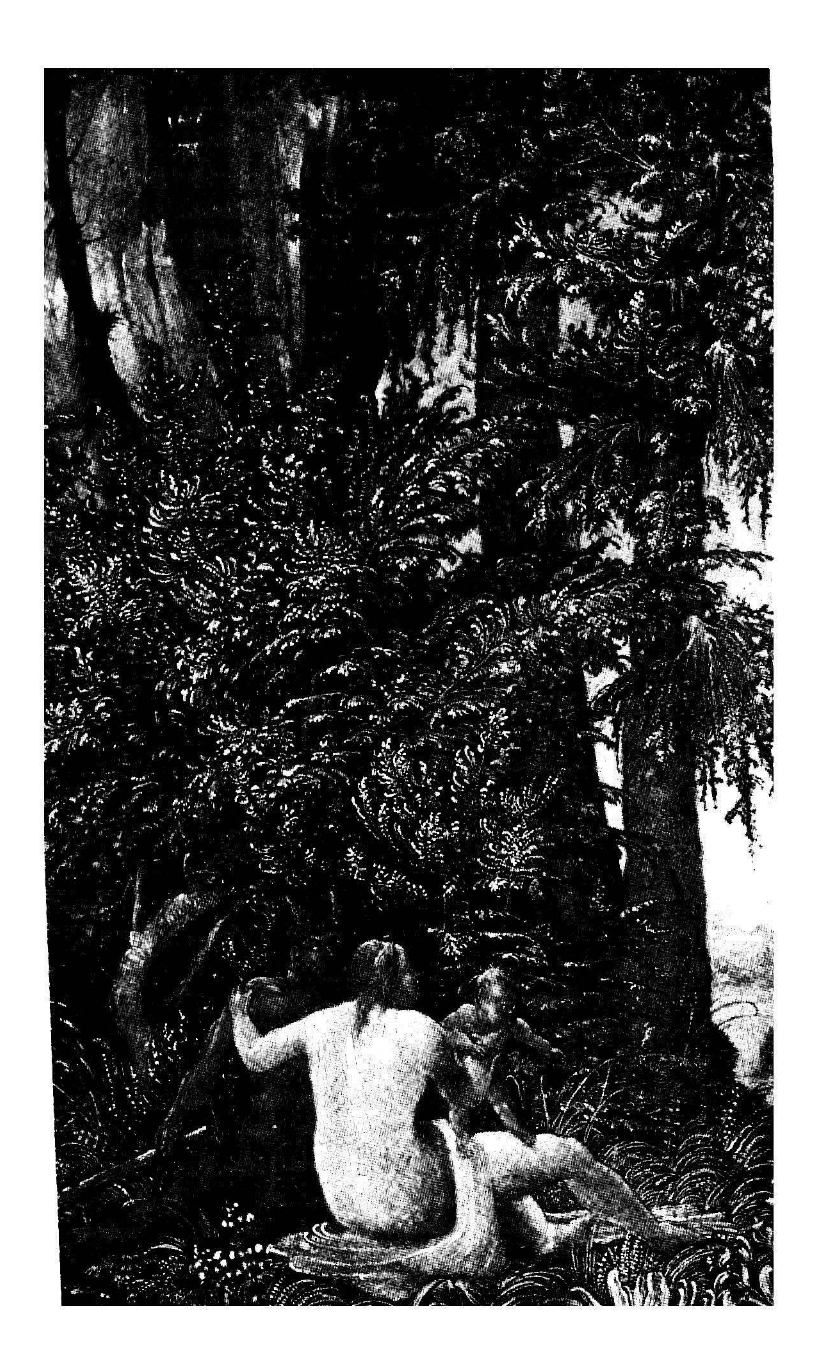
De nuevo, Erasmo incorpora subrepticiamente a la Locura una serie de valiosas cualidades sociales: benevolencia, amabilidad y predisposición al acuerdo y a la admiración.

Pero, antes de nada, hay que estar de acuerdo con uno mismo. Para ser apreciado por los demás, lo primero es aceptarse y estimarse un poco a sí mismo. ¿Qué sería del mundo si cada uno no estuviera orgulloso de su clase, de su profesión, de manera que nadie quisiera cambiar con el prójimo su aspecto, su inteligencia, su familia y su país?

El cuento es la verdad. ¿Para qué buscar la verdadera erudición? Cuanto más ignorantes somos, más encanto tenemos y más admiración suscitamos. ¡Observad, pues, a los profesores, a los poetas y a los oradores! Porque el espíritu del hombre está hecho de tal manera que capta mejor la apariencia que la realidad. Sólo tenéis que ir a la iglesia: cuando predican cosas serias, todo el mundo se adormece, bosteza y se aburre. Pero si el orador comienza a contar alguna historieta de viejas, la gente se despierta, se endereza y permanece pendiente de su boca.

Es una desgracia equivocarse, afirman los filósofos; pero la mayor desgracia es no equivocarse nunca. Si errar es humano, ¿por qué dicen que el hombre es desgraciado porque yerra, si nació para errar y errar es condición común a todos? ¿Se aflige acaso al hombre porque no sabe volar o porque no camina a cuatro patas? De la misma manera se podría llamar desgraciado al caballo porque no puede aprender gramática o comer pasteles. Nadie es desgraciado si vive conforme a su naturaleza. Las ciencias han sido inventadas para nuestra ruina; sirven tan poco a la felicidad, que acaban dificultando la consecución del fin mismo para el que supuestamente han sido inventadas. Han sido introducidas en el mundo, mediante la intervención de genios enemigos, junto a las demás calamidades de la vida humana. En efecto, la gente simple de la Edad de Oro, carente de toda ciencia, guiada únicamente por la naturaleza y el instinto vivía feliz. ¿Para qué necesitaban la gramática si hablaban todos el mismo lenguaje? ¿Qué uso podía tener la dialéctica si no había ni debates ni diferencias de opiniones? ¿Para qué servía la jurisprudencia si no había malas costumbres, de las que, sin duda, han surgido después las buenas leyes? Eran demasiado religiosos para indagar con impía curiosidad los secretos de la naturaleza, las dimensio-

Familia de seres salvajes, *por Albrecht Altdorfer. Obra realizada en 1507, representa a un "buen salvaje" en el momento de apresar a un personaje vestido, es decir, civilizado. Museo del Estado, Berlín.* ▶



nes de los astros, sus movimientos y efectos; en suma, las causas últimas de las cosas.

Aparece aquí una idea, ya apuntada por la Antigüedad, que Erasmo lanza como de pasada y que más tarde será proclamada por Jean-Jacques Rousseau con amarga convicción: la civilización es un desastre.

Ser sabio es ser desdichado, pero ser presumido es ser feliz. Los gramáticos que blanden el cetro de la sabiduría —se trata de los maestros de escuela—, serían los más desgraciados de los hombres, si yo, la Locura, no mitigase las desdichas de tan sórdida profesión con una dulce demencia. Pero lo que vale para los maestros de escuela, vale también para los poetas, los retóricos, los escritores: también para ellos la felicidad consiste sólo en vanidad e ilusión. Los abogados no salen mejor parados. Y a continuación, vienen los filósofos. Luego se acerca el numeroso ejército de los eclesiásticos: teólogos, monjes, obispos, cardenales, papas, a quienes siguen los príncipes y los cortesanos.

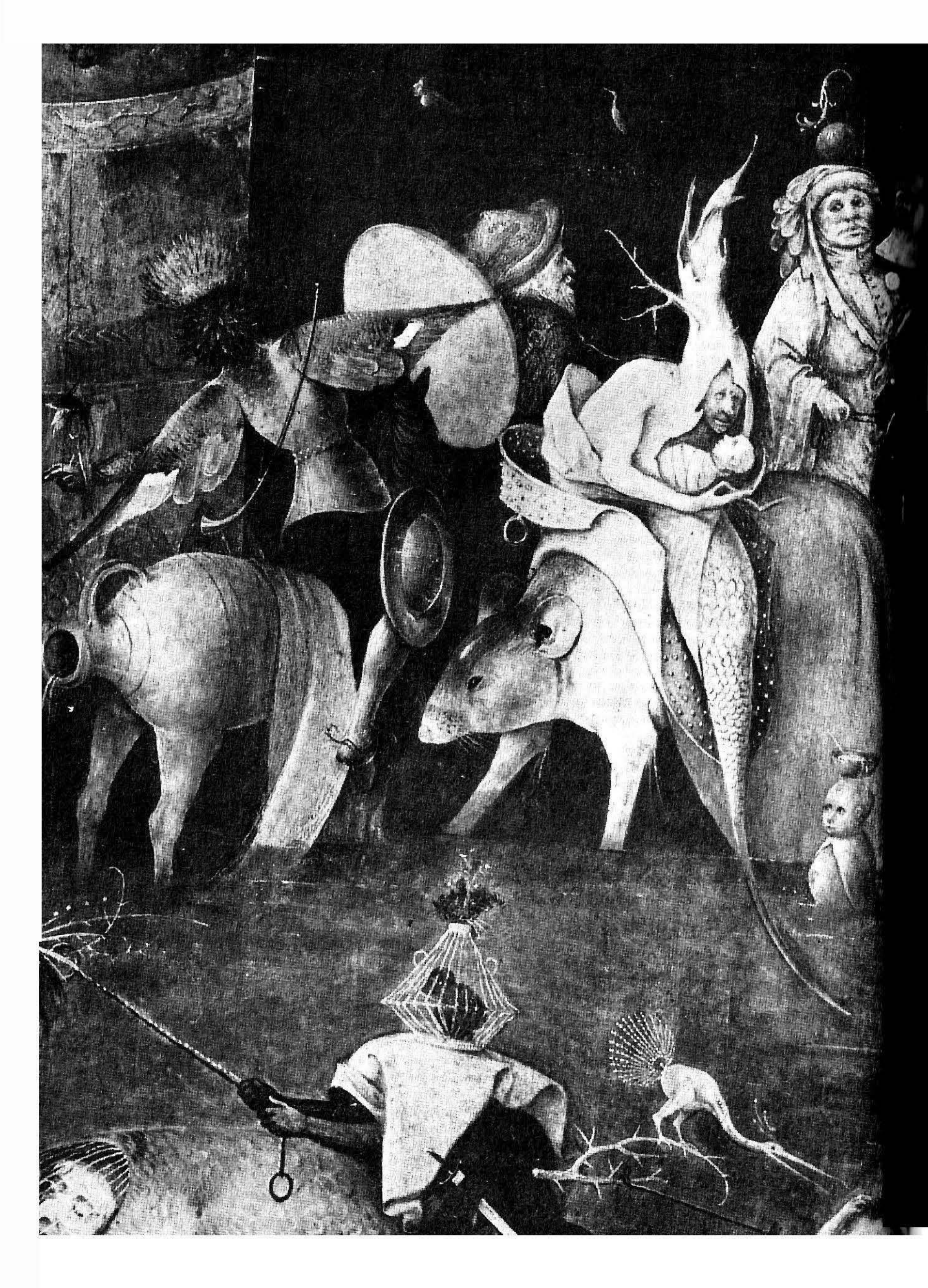
## Algo más que una sátira

En los capítulos que pasan revista a los estamentos y profesiones, la sátira se modifica algo. A lo largo de toda la obra, dos temas se entrelazan estrechamente: el de la saludable locura, que es la verdadera sabiduría, y el de la supuesta sabiduría, que es pura locura. Como ambos son expuestos por la Locura, lo lógico sería invertirlos para obtener la verdad, a no ser que la Locura... fuera la sabiduría. Queda claro, no obstante, que el tema principal viene dado por la primera proposición. De ella parte Erasmo y a ella vuelve una y otra vez. Unicamente en la parte central, en la que Erasmo revisa las aptitudes y las dignidades humanas en su locura general, el segundo tema cobra más importancia, y la obra se convierte en una simple sátira de la necedad humana, como tantas otras, aunque pocas son tan refinadas. En las demás partes de la obra, el *Elogio* supera ampliamente el mero sentido satírico.

Ocurre en ocasiones que la sátira se desvía, como, por ejemplo, cuando la Locura censura directamente todo aquello que Erasmo quiere censurar: las indulgencias o la estúpida creencia

La Melancolía, *de Alberto Durero. El siglo XVI, pese a su euforia por haber puesto al hombre en el centro del universo, se vio también afectado por la melancolía. Staatliche Graphische Sammlung, Munich.* ▶


ELENCOLIA I
16 3 2 13
5 10 11 8
9 6 7 12
4 15 14 1



en algunos milagros, el culto interesado a los santos; e incluso critica a los jugadores —a los que, como Locura, hubiera debido alabar—, el espíritu de disciplina exagerada y de nivelación igualitaria, así como los celos de los monjes.

Para sus contemporáneos, la significación de la *Laus Stultitiae* radicaba en gran parte en la sátira directa. Su fuerza duradera, no obstante, reside en que se admite realmente que la locura es sabiduría y que la sabiduría es locura. Erasmo conoce la impenetrabilidad del fondo de las cosas: todo análisis excesivo de los dogmas de fe conduce al absurdo. Basta con considerar las sutilezas teológicas de la desechada escolástica. Los apóstoles no hubieran podido comprenderlas y hubieran pasado por necios a los ojos de los teólogos modernos. Las mismas Escrituras optan por la locura. «La locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres —declara San Pablo— [...] pero Dios eligió la locura del mundo.» «Quiso Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (*I Corintios*, 1, 25, 27, 21). Cristo encontró su alegría en los inocentes y los ignorantes: niños, mujeres, pescadores pobres; y aún más, en los animales más alejados de la inteligencia de los zorros: el asno que se complació en montar, la paloma, el cordero, las ovejas.

Bajo la apariencia de una broma ligera, hay muchas cosas. «La religión cristiana tiene cierto parentesco con la locura.» ¿No se pensaba que los propios apóstoles estaban borrachos de vino dulce?; y no ha dicho el juez: «¿Estás loco, Pablo?» ¿Qué es la locura? Es el espíritu que rompe sus cadenas, trata de huir de la cárcel y aspira a la libertad. Eso es la locura; pero eso mismo es también la liberación de la tierra y la más alta sabiduría. La verdadera felicidad reside en la renuncia a la personalidad propia, en la locura de los amantes, que Platón considera la más feliz de todas. Cuanto más perfecto es el amor, mayor es la locura y mayor la felicidad. La misma beatitud celeste es la más alta enajenación; el hombre verdaderamente piadoso goza ya de su sombra en este mundo con sus meditaciones.

En ese momento, la Estulticia interrumpe su discurso, pide disculpas por si ha sido demasiado impertinente o demasiado locuaz, y baja del púlpito. «Por tanto, adiós. ¡Aplaudid, vivid, bebed, ilustres seguidores de la locura!»

No perder el tono ligero y cómico, ni siquiera en los últimos capítulos, y no caer en la pura y simple profanación, suponía una

◀ *Detalle de la* Tentación de San Antonio, *de el Bosco. La crítica del excesivo ritualismo y de las supersticiones flotaba en el ambiente del siglo XVI.*

hazaña inigualada. Y eso sólo era posible entregándose a una verdadera danza en la cuerda floja del sofisma. En la *Moria*, Erasmo se mueve constantemente en la frontera de verdades muy profundas. No obstante, dichoso tiempo aquel en el que podía tratarse todo esto con una sonrisa. Porque es preciso señalar explícitamente que la *Moriae Encomium* es una auténtica y alegre broma. La risa es más refinada pero no menos franca que la de Rabelais. «*Valete, plaudite, vivite, bibite.*» «Hay tantas locuras en el mundo, y se inventan tantas nuevas cada día, que ni mil Demócritos serían suficientes para ridiculizarlas a todas (además sería necesario otro Demócrito que pusiera en solfa a los demás).»

## Valoración de la obra

¿Cómo podríamos tomar en serio la *Moria* cuando la *Utopía* de Moro, que es la auténtica pareja de aquella y que nos parece tan grave, era considerada por su propio autor y por Erasmo como pura broma? Hay un pasaje en el *Elogio* en el que la obra parece acercarse a Moro y a Rabelais a la vez: cuando la Estulticia habla de su padre Plutón, dios de la riqueza, cuyas sugerencias lo complican todo y cuya voluntad rige todos los asuntos humanos: guerra y paz, poder y consejo, justicia y tratados. El la engendró con la ninfa Juventud, pero no se trataba de aquel Plutón con un pie en la tumba y medio ciego, sino de un dios nuevo, pleno de juventud y de néctar, como otro Gargantúa.

La figura de la Locura se proyecta, gigantesca, sobre toda la época del Renacimiento. Lleva puesto el gorro y los cascabeles. Se ríe con fuerza y sin reserva de todo lo que es necio, sin distinguir entre géneros diferentes de locura. Es digno de mención el hecho de que ni siquiera el *Elogio*, con toda su sutileza, hace diferencias entre personas ignorantes o simples, entre bufones y locos de remate. Holbein, el ilustrador de Erasmo, sólo conoce una imagen del loco: con el cetro de la locura y el gorro de asno. El mismo Erasmo habla, sin una diferenciación clara, ora de seres poco razonables, ora de auténticos dementes. Son los más felices, dice a través de la Estulticia: no temen a los fantasmas ni a los espíritus, no les turba el miedo a catástrofes inminentes; dondequiera que van llevan la alegría, la broma, el juego y la risa. Parece que en este caso se refiere a los seres poco razonables, de los que, efectivamente se abusa a menudo tachándolos de bufones. Esta identificación de la estupidez con la locura se observa también en otros pasajes, así como la confusión



*Un grabado de la* Stultifera Navis, *de Sebastian Brandt. En él, la locura aparece representada con cascabeles que contrastan con la aparentemente docta actitud que exhibe mientras sostiene en su mano textos eruditos.*

entre lo cómico y lo que es simplemente risible, y todo ello nos hace sentir, sin duda, cuán alejados estamos ya, pese a todo, de Erasmo.

El propio Erasmo habló siempre de su *Moria* menospreciándola. La consideró tan ínfima, que ni siquiera la estimaba digna de ser editada; y, sin embargo, ninguna otra obra suya fue reci-

bida tan favorablemente. Se trataba de una farsa que no correspondía en absoluto a su clase: Moro le había forzado a escribirla del mismo modo que se hace bailar a un camello. Sin embargo, estas consideraciones despreciativas no estaban exentas de una segunda intención. La *Moria* no le sirvió únicamente para conseguir éxito y satisfacción. Su época, extraordinariamente sensible, tomó a mal la sátira con la que Erasmo parecía atacar algunos estamentos y órdenes, aunque ya en el prefacio había tratado de defenderse contra los reproches de irreverencia. Varios lectores consideraron demasiado atrevida su descarada manera de jugar con los textos de las Sagradas Escrituras: su amigo Maarten van Dorp opinaba que se burlaba de la vida eterna. Erasmo hizo todo lo que pudo para convencer a los hombres de bien de que el único objetivo de la *Moria* era incitar a la virtud. Con ello perjudicó a su libro, que era mucho más que eso; pero, en 1515, Erasmo no era el mismo que en 1509. En otras ocasiones diversas tendría que salir en defensa de la más ingeniosa de sus obras: de haber sabido que iba a ofender hasta tal punto, tal vez no la hubiera editado, escribe en 1517 a un amigo de Lovaina. Al final de su vida, todavía tuvo que rechazar mediante un escrito detallado las sospechas de Alberto Pio de Capri en relación con la *Moria*.

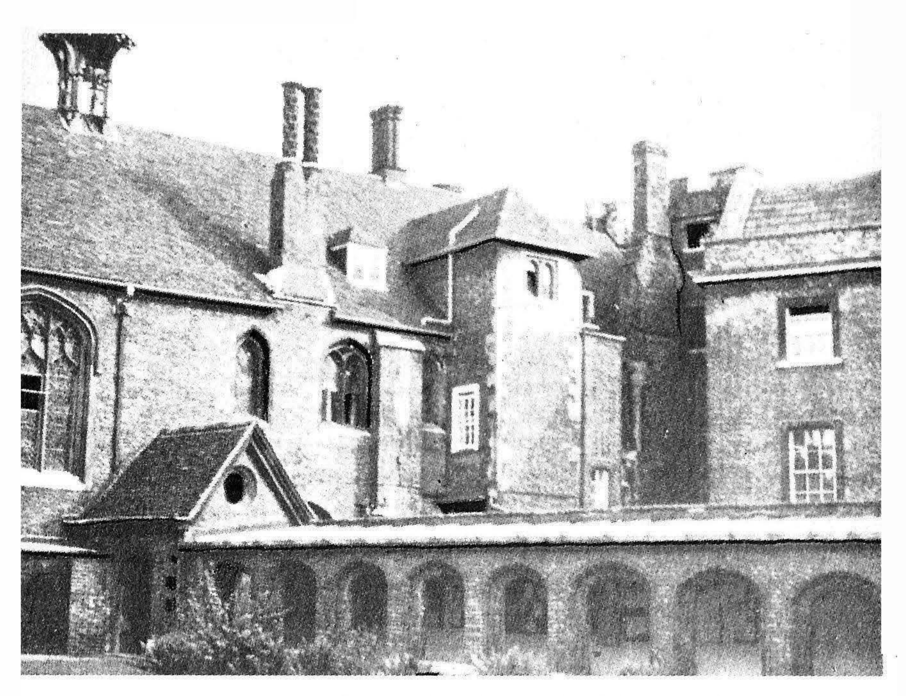
Erasmo no volvió a utilizar el género del *Elogio de la Locura*. Se podría considerar su tratado *Lingua*, publicado en 1525, como un intento de dar una pareja a la *Moria*. El título de la obra es: *Uso y abuso de la lengua*. Hay algo en el exordio que recuerda el estilo del *Elogio*, pero está completamente falto del encanto de éste, tanto en la forma como en el contenido. ¿Debemos, pues, compadecer a Erasmo por el hecho de que de todos sus escritos, que llenan no menos de diez apretados volúmenes, sólo el *Elogio de la locura* haya permanecido realmente vivo? Es, quizá, junto con los *Coloquios*, el único de sus libros que todavía se sigue leyendo por su valor intrínseco. El resto sólo se estudia desde un punto de vista histórico, para conocer al personaje y la época. Me parece que el tiempo ha sido en este caso perfectamente equitativo. El *Elogio de la locura* es la mejor obra de Erasmo. Escribió otras más eruditas y tal vez más piadosas, que tuvieron una influencia igual o mayor en su época. Cumplieron su cometido. Pero sólo la *Moriae Encomium* estaba destinada a la inmortalidad. Porque el espíritu de Erasmo sólo consiguió ser verdaderamente profundo cuando lo iluminó el humor. Con el *Elogio de la locura*, Erasmo dio al mundo algo que nadie más que él hubiera podido darle.

# 10. Y de nuevo, la pobreza

Desde principios del verano de 1509, fecha en la que Erasmo regresa de Italia y desaparece a los ojos del mundo, recluyéndose en la casa de Moro para escribir en algunos días el *Elogio de la locura*, hasta 1511, cuando reaparece en dirección a París con el objeto de imprimir su libro en las prensas de Gilles Gourmont, no tenemos ningún dato de su vida. Ninguna de las cartas que escribió o recibió durante ese periodo ha llegado hasta nosotros. Esta fue tal vez la época más feliz de su vida: en efecto, pasó todo ese tiempo entre la residencia de Mountjoy, su probado protector, y la de Moro, es decir, en aquel ambiente superior y espiritual que a los ojos de Erasmo representaba la comunidad ideal. Este ambiente fue frecuentado también por Andreas Ammonius, el amigo que había conocido durante su estancia anterior en Inglaterra y con el cual se sentía, más que con cualquier otra persona, en perfecta armonía de espíritu. Probablemente, durante estos meses pudo dedicarse con toda tranquilidad a los estudios que le gustaban, liberado de preocupaciones en cuanto a su futuro próximo y sin tener que soportar aún el peso de la gloria desmedida que, más tarde, sentiría a la vez como una alegría y una carga.

## «Ay, esta mendicidad»

Normalmente, su futuro siempre era muy incierto. En cuanto dejó de gozar de la hospitalidad de Moro, reaparecieron las preocupaciones y las quejas, y volvió la pobreza; la incertidumbre y la dependencia debían de ser particularmente amargas para un espíritu como el suyo, que necesitaba antes que nada libertad. En París se puso de acuerdo con Badius respecto a una nueva edición, revisada y corregida, de los *Adagia*, aunque la *Aldine* se vendía todavía a precio módico. Poco tiempo después de aparecer la edición de Gourmont del *Elogio*, la obra se reimprimió



*Una de las fachadas del Queen's College de Cambridge, donde se alojó Erasmo en diversas ocasiones.*

*Uno de los retratos más famosos de Erasmo es éste, realizado en 1520 por Alberto Durero. Museo del Louvre, París.* ▶

en Estrasburgo, en agosto de 1511, con una atenta carta de Jacques Wimpfeling dirigida a Erasmo, pero aparentemente sin que éste fuera consultado. Erasmo, ya de vuelta en Inglaterra, enfermó en Londres de fiebre miliar, y poco tiempo después llegó a Cambridge y se alojó en el Queen's College, donde ya había residido anteriormente. Desde allí, el 24 de agosto de 1511, envió a Colet una carta escrita en un tono de amarga ironía. Su viaje desde Londres había sido una catástrofe: un caballo cojo, nada para comer, lluvia y tormenta. «Pero ya casi le he cogido el gusto; estoy en el camino de la pobreza cristiana.» No ve ninguna posibilidad de ganar dinero y se verá obligado a gastar todo lo que consiga de sus mecenas; él, que nació bajo el signo de un Mercurio enfurecido.

Sin duda, esto hace que su voz sea más sombría de lo que hubiera querido, pero algunas semanas más tarde incluye nuevas lamentaciones en la dedicatoria al obispo de Rochester de

1520

Erasmus fon rotterdam

una traducción del comentario de Basileo sobre Isaías: «¡Ay, esta mendicidad! Tú te burlas de ella, lo sé. Pero yo me odio a mí mismo por su causa; estoy firmemente decidido a adquirir alguna fortuna que me libere de la mendicidad, o a seguir en todo el ejemplo de Diógenes.»

Colet, que jamás tuvo apuros de dinero, no comprendía muy bien este capricho de Erasmo, y respondió con fina ironía y reproches más o menos disimulados, que Erasmo, a su vez, fingió no comprender. Esto se parece a una adivinanza, bromea Erasmo: «En plena abundancia combato contra la miseria», *«me simul et in media copia et in summa versari inopia»*. Era una referencia a la conclusión del *De copia verborum ac rerum*, preparado para Badius y con una dedicatoria a Colet. «Te pregunto: ¿puede haber alguien más imprudente y abyecto que yo, que desde hace ya tanto tiempo mendigo públicamente en Inglaterra?»

Frente a Ammonius, lamenta haber abandonado Roma e Italia. ¡Qué prosperidad hubiera podido alcanzar en ese país! Del mismo modo deplorará más tarde no haberse establecido realmente en Inglaterra. ¡Ojalá hubiera aprovechado las posibilidades que se le ofrecían! ¿Acaso era Erasmo uno de esos seres a quienes no sonríe nunca la fortuna?

Erasmo seguía sufriendo y su tono se volvió más amargo. «Estoy preparando algunos anzuelos para el 1 de enero, aunque probablemente en vano», escribe a Ammonius, aludiendo a sus nuevas traducciones de Luciano y de Plutarco.

En Cambridge, Erasmo daba cursos de teología y de griego, pero parece que le reportaron poco éxito y todavía menos dinero. Es cierto que la prebenda que durante tanto tiempo había estado esperando le llegó por fin: se hizo cargo del rectorado de Aldington, en el condado de Kent, puesto para el que fue designado por el arzobispo William Warham en marzo de 1512. Sin embargo, pronto recibió autorización para cambiarlo por una pensión anual de veinte libras. El arzobispo deja constancia de que está actuando contra su costumbre y de que el favor concedido está reservado únicamente a Erasmo, porque «siendo una lumbrera en materia de letras latinas y griegas, ha preferido, por amor a Inglaterra y desdeñando vivir en Italia, en Francia o en Alemania, pasar aquí con sus amigos el resto de sus días». Evidentemente, las naciones comienzan ya a disputarse a Erasmo.

El nuevo cargo no le libera, ni mucho menos, de todos sus problemas. Sus relaciones y su correspondencia con Colet se resintieron un poco de sus apuros de dinero, a pesar del tono fes-




*William Warham, por Hans Holbein. 1517. Castillo de Windsor, Londres.*

tivo de las bromas y de toda su buena voluntad. Buscar siempre nuevos recursos económicos, mediante obras nuevas o reediciones de libros anteriores, seguía siendo para Erasmo una imperiosa necesidad. Los grandes trabajos a los que se dedicaba en Cambridge con tanto entusiasmo y sin descanso, después de haber soñado tanto tiempo con ellos, no parecía que fueran a reportarle un provecho inmediato. Pero su entusiasmo por la austera actividad teológica emprendida superaba hasta tal punto las dificultades, que también durante aquellos años difíciles continuó dedicándole todas sus fuerzas. Se trataba de la preparación de la gran edición de las obras de San Jerónimo y de la definitiva elaboración del texto del Nuevo Testamento, inspirada, alentada y favorecida por el genio de Colet.

## Relaciones con Badius, editor en París

Otros libros debían asegurar su subsistencia. Por el momento, había bastantes y eran muy bien acogidos por los impresores, aunque el beneficio que reportaron al autor no fue excesivo.

Después de haberse separado de Aldo en Venecia, Erasmo entregó sus manuscritos al editor que ya había trabajado para él en 1505: Josse Badius, el brabanzón que había fundado en París la *Prelum Ascensianum* (del nombre de Assche, su ciudad natal). Badius, que era también un erudito, rivalizaba con Aldo como impresor universitario en cuanto al cuidado con que preparaba las ediciones de los clásicos. Erasmo trabajó para él revisando una vez más los *Adagia*, como ya hemos mencionado.

Desconocemos la causa por la cual la *Moria* fue editada por Gourmont, y no por Badius. Puede que, en un principio, Badius no mostrara mucho interés por la obra. Esperaba en cambio, obtener mayor satisfacción de los *Adagia*, la amplia obra para la cual continuaba esperando las correcciones y el prefacio de Erasmo. Estaba tranquilo a este respecto, porque todo el mundo sabía que dicha edición corría de su cuenta, pero le llegaron rumores de que en Alemania se estaba imprimiendo una falsificación de la edición *Aldine*. En consecuencia, escribió a Erasmo, en mayo de 1512, para que concluyera su revisión. Mientras tanto, el impresor tenía aún muchas otras cosas de Erasmo en prensa o en preparación: *De Copia*, que salió de su imprenta poco tiempo después; la *Moria*, que ahora quería editar también él y que ya iba por la quinta edición; a ésta debían seguir los diálogos de Luciano, así como las traducciones de Eurípides y de Séneca. También contaba con las cartas de San Jerónimo. En cuanto a los *Adagia*, se convino que los honorarios de Erasmo serían de quince florines, y Badius estaba dispuesto a ofrecer la misma suma por la correspondencia de San Jerónimo y otro tanto por el resto del envío. «¡Dios mío, qué salario más bajo!, diréis. Reconozco que nunca podré compensar de manera equitativa vuestra inteligencia, vuestro celo, vuestra ciencia y vuestra labor; la más hermosa recompensa, sin embargo, os la darán los dioses y vuestra propia virtud. Ya habéis prestado un servicio extraordinario a las letras griegas y latinas; ahora haréis lo propio respecto a las letras sagradas y divinas, y ayudaréis a vuestro pobre Badius, que tiene a su cargo una extensa prole y no dispone de otros recursos que los de su trabajo cotidiano.»

Erasmo debió de poner mala cara al leer la carta de Badius, pero aceptó la propuesta. Prometió tenerlo todo listo para la impresión, y el 5 de enero de 1513 terminó en Londres el prefacio de los *Adagia* que esperaba Badius. Pero luego ocurrió algo muy extraño. Un agente que servía de intermediario entre los autores y diferentes editores alemanes y franceses, un tal Franz Berckmann, de Colonia, al que Erasmo había encargado que entrega-



*El impresor de Basilea Juan Froben. Retrato atribuido a Hans Holbein. Museo de Basilea.*

ra a Badius el manuscrito corregido de los *Adagia*, junto con su prefacio, los llevó no a París, sino a Basilea, y se los entregó a Juan Froben, que justamente entonces terminaba la reimpresión de la edición de Venecia sin la autorización de Erasmo. Este se mostró indignado por semejante error o infidelidad, pero está muy claro que no lo lamentó. Seis meses más tarde, él mismo viajaría a Basilea con todo lo que tenía para entablar con Froben una relación estrecha y cordial que unió para siempre sus nom-

bres. Más tarde, Beatus Rhenanus no ocultó el hecho de que la firma de Froben, que era entonces Amerbach y Froben, sobornó a Erasmo cuando comenzó a rumorearse la reimpresión de los *Adagia*.

A falta de pruebas formales sobre la complicidad de Erasmo, no queremos acusarle de infidelidad respecto a Badius, si bien es cierto que su actitud es dudosa. En cambio, recordaremos que Badius, que tenía un criterio muy estricto sobre los derechos de autor, replicó en un tono muy digno a Berckmann cuando éste le explicó el asunto algún tiempo después. Badius aceptó la disculpa, aunque Erasmo volvió a perjudicarle después, entre otras cosas, a causa de una nueva edición de la *Copia* en Estrasburgo. «Si esto se concilia con vuestro interés y vuestro honor, lo soportaré con serenidad.» Las relaciones entre ambos no se rompieron. A este respecto, hay que resaltar que en aquella época la edición era todavía un fenómeno económico reciente, y que toda nueva forma de actividad y las nuevas relaciones comerciales se caracterizaban generalmente por la inestabilidad, la confusión y la falta de una ética profesional claramente establecida.

## Una situación incómoda

A medida que pasaba el tiempo, Erasmo comenzaba a cansarse de su estancia en Cambridge. «Desde hace ya algunos meses —escribe a Ammonius en noviembre de 1513— llevo aquí una vida de verdadero eremita, siempre encerrado en casa empollando. Este es un lugar muy solitario; la mayoría de la gente se ha ido por temor a la peste, pero incluso cuando están todos presentes esto es un desierto.» El coste de la vida es exorbitante y él no gana nada. Si no puede construirse un nido este invierno, se echará a volar sin saber adónde. «Al menos, para morir en otro lugar.»

A todas estas circunstancias deprimentes, como la peste, que volvía sin cesar, o los ataques de su enfermedad renal, vino a sumarse la guerra, que repugnaba particularmente a Erasmo, le desanimaba y le angustiaba. En la primavera de 1513, después de una larga preparación, la armada inglesa realizó una incursión

*El rey de Francia Francisco I en medio de las diversiones de la corte, de las que aparece disfrutando en compañía de sus hijos y consejeros. Museo Condé, Chantilly.* ▶



en Francia, que obtuvo un gran éxito. Las tropas de Enrique VIII, unidas a la armada de Maximiliano, derrotaron a los franceses cerca de Guinegate y obligaron a la rendición primero a Thérouanne y luego a Tournai. Mientras tanto, los escoceses invadían Inglaterra, y eran derrotados, cerca de Flodden, como nunca lo habían sido antes. Allí murió el rey de Escocia, así como su bastardo Alejandro, arzobispo de St. Andrews, que fue alumno y compañero de viaje de Erasmo en Italia.

Enrique VIII, cubierto de gloria, regresó en noviembre para reunirse con su Parlamento. Erasmo no compartió ni la alegría general ni la entusiasta admiración. «Estamos bloqueados por la peste, nos acechan los bandidos, bebemos aguachirle en lugar de vino (a causa de la imposibilidad de importarlo de Francia), pero, *Io triumphe!*, somos los vencedores del mundo.»

La profunda aversión hacia el fragor del combate y hacia todo lo que implicaba avivaron el sentido satírico de Erasmo. Bien es verdad que su epigrama sobre la desbandada de los franceses junto a Guinegate halagó el orgullo nacional de los ingleses, pero pronto se dedicó a cosas más profundas. Recordó cómo la guerra había limitado sus movimientos en Italia y hasta qué punto había lastimado sus sentimientos la entrada en Bolonia del papa guerrero Julio II. «El soberano pontífice Julio hace la guerra, vence, triunfa y desempeña en efecto el papel de Julio (César)», escribió entonces. Opinaba que Julio II era el origen de todas las guerras que posteriormente estallaron en Europa. El papa murió a comienzos del año 1513, y Erasmo vengó a su época del papa guerrero escribiendo, con gran secreto y en medio de sus trabajos sobre el Nuevo Testamento y la obra de San Jerónimo, la magistral sátira titulada *Julius exclusus e coelis*, en la que Julio II comparece con toda su gloria ante la puerta del Paraíso para defender su causa y se le impide entrar. El tema no era nuevo para Erasmo. ¿No hizo algo semejante en la ingeniosa fábula de Caín con la que había amenizado antaño el banquete en casa de Colet? Aquella fábula no pasó de ser una broma inocente, escuchada con placer por los piadosos comensales. No cabe duda de que también ahora había mucha gente dispuesta a escuchar con gusto las críticas acerca del difunto papa, pero sobre este punto Erasmo estaba obligado a mostrarse prudente. Era posible burlarse de la locura de todo el mundo, pero no de las aspiraciones temporales de un papa recién desaparecido. Debido a esto, Erasmo, aunque contribuyó a la difusión de su pequeña obra, todavía manuscrita, hizo lo posible durante toda su vida para preservar su anonimato. Cuando la obra estuvo impresa y todo el mundo

la conocía, comenzó a correr el rumor de que su autor podría ser Erasmo, pero él negó siempre su paternidad, y lo hizo con mucha prudencia, para que no pareciera una negación demasiado formal. La primera edición del *Diálogo* de Julio fue publicada, en Basilea, probablemente en 1518, pero no por Froben, editor habitual de Erasmo, sino por Cratander.[18]

## Contra la guerra

Pero las ansias de Erasmo por abolir la guerra no quedaron satisfechas con la redacción del *Julius*. En marzo de 1514, poco antes de abandonar Cambridge para ir a Londres, escribió una carta a su viejo protector Antonius de Bergen, abad de Saint-Bartin, en la que se explayaba sobre las calamidades de la guerra. Como punto de partida, relata las vicisitudes por las que él ha pasado a causa de ella. La guerra ha transformado rápidamente la mentalidad de Inglaterra. El coste de la vida sube y la generosidad disminuye. La escasez de vino le obliga a beber cualquier brebaje, lo que le provoca cólicos nefríticos. La habitual sensación de aislamiento propia de las islas aumenta; ni siquiera salen las cartas. Le gustaría volver a su patria. Luego el tono se eleva a la altura de la impresionante elocuencia de una requisitoria contra las monstruosidades de las empresas bélicas. Somos peores que los animales, que no se pelean entre sí, excepto las bestias salvajes. Pero incluso éstas luchan con sus armas naturales y no, como nosotros, con la ayuda de máquinas inventadas con diabólica ingeniosidad. Ellas luchan en defensa de sus crías o por su subsistencia, mientras que nuestras guerras nacen, la mayoría de las veces, de la ambición, de la cólera, de la codicia o de cualquier otra enfermedad del alma. Ninguna guerra termina tan felizmente que no engendre más mal que bien. Nadie logra perjudicar a su enemigo haciéndole la guerra sin acarrear previamente incalculables desgracias a sus propios compatriotas. «Pero, me diréis: hay que salvaguardar el derecho de los príncipes. No me corresponde hablar temerariamente de los asuntos de los príncipes. Pero sé una cosa: a menudo el derecho mejor establecido constituye la mayor injusticia, y existen príncipes que primero deciden de qué quieren apropiarse y luego buscan las excusas para disimular su empresa.» ¿Cómo puede haber motivos para hacer la guerra existiendo tantas convenciones y tratados? Y cuando surge una disputa en relación con un territorio, ¿por qué derramar tanta sangre? No obstante, hay papas, obispos,



hombres inteligentes e íntegros que serían capaces de tratar asuntos mínimos de esta manera. Así vuelve Erasmo al papa Julio II. ¿Podría León apaciguar la tempestad desencadenada por Julio?



*Erasmo fue uno de los mayores defensores de la paz durante el Renacimiento. La guerra le parecía inadmisible desde el punto de vista moral y trató de disuadir a los príncipes por medio de sus escritos. Fue tachado de ingenuo en repetidas ocasiones. En la imagen,* Batalla de Pavía. *Grabado por Bouttats.*

Este fue el primer escrito de Erasmo contra la guerra. Desarrolló esta carta para hacer de ella un adagio, el *Dulce bellum inexpertis* (la guerra es dulce para quien no la ha experimentado), que en un principio fue incorporado a la edición de 1515 rea-

lizada por Froben, y que más tarde fue impreso por separado. Más adelante estudiaremos en conjunto este grupo de escritos de Erasmo.

## El adiós a Inglaterra

Aunque en el verano de 1514 se restableció la paz entre Francia e Inglaterra, Erasmo estaba firmemente decidido a abandonar este último país. Envió su equipaje a Amberes, a casa de su amigo Pierre Gilles y, después de una corta visita a Mountjoy en su castillo de Hammes, cerca de Calais, se preparó para irse a los Países Bajos. Poco antes de su salida de Londres, tuvo un importante encuentro en casa de Ammonius, a orillas del Támesis, con el conde Cañossa, el diplomático pontifical que trabajaba en Inglaterra por conseguir la paz. Ammonius le presentó a Erasmo como si se tratara de un mercader. Después de la comida, el italiano sondeó a Erasmo acerca de un eventual regreso a Roma, donde ocuparía una posición privilegiada y no viviría aislado en medio de un pueblo bárbaro. Erasmo respondió que vivía en el país que contaba con mayor número de eruditos eminentes, entre los cuales se contentaría con ocupar el último lugar. Esta galantería fue su adiós a Inglaterra, el país que le había proporcionado tantas cosas buenas. Algunos días más tarde, en la primera quincena de julio de 1514, Erasmo se encontraba al otro lado del Pas-de-Calais. Aún realizará tres breves visitas a Inglaterra, pero nunca más volverá a residir allí.

# 11. Maestro de Occidente

Erasmo, según su costumbre, rodeó de misterio su salida de Inglaterra. Se decía que acudía a Roma para cumplir alguna promesa. Probablemente decidió probar fortuna en los Países Bajos, pero no en Holanda, que ya no le atraía, sino cerca de la corte principesca, o sea, en Brabante. No obstante, la primera meta de su viaje fue Basilea, donde quería asegurar personalmente la impresión de numerosas obras, tanto antiguas como nuevas, que había traído consigo con este fin para Froben. Entre ellas figuraban los elementos de su trabajo predilecto: una edición crítica del Nuevo Testamento y de la obra de San Jerónimo, trabajo mediante el cual esperaba realizar la gran aspiración de su vida, es decir, la reforma de la teología. Se trataba, pues, de un viaje emprendido para cumplir precisamente ese objetivo. Por tanto, es fácil imaginar su angustia cuando durante la travesía perdió la maleta que contenía sus manuscritos y se vio privado del fruto de tantos años de duro trabajo. Un sufrimiento, dice Erasmo, sólo comparable al de los padres que pierden a sus hijos. Afortunadamente, halló sano y salvo a sus hijos espirituales en la otra orilla; la maleta había sido transportada en otro barco. Según Erasmo, los marineros solían hacer estas cosas con intención de robar o, por lo menos, sacarle al viajero algún dinero.

## ¿Volver al convento?

Permaneció algunos días en el castillo de Hammes, cerca de Calais, donde fue huésped de Mountjoy. Allí recibió, el 7 de julio de 1514, una carta que el prior de Stein, su superior y viejo amigo, Servatius Rogerus, le había enviado el 18 de abril, invitándole a regresar al convento después de tantos años de ausencia. La carta había pasado por manos de más de un indiscreto antes de llegar a su destinatario por una verdadera casualidad.

Fue un golpe muy duro, que además se produjo en el momento de su decisivo avance hacia la realización de sus más elevadas aspiraciones. Erasmo reflexionó un día entero y respondió luego con una negativa. La carta que dirigió a su viejo amigo, para quien siempre reservaba los acentos más graves de su corazón, debía ser una justificación y, al mismo tiempo, un examen retrospectivo de su comportamiento, mucho más profundo y más sincero que aquel que le había sugerido poco antes, en un momento importante de su vida, su *Carmen alpestre*. La sonrisa desapareció de su rostro.

Erasmo pone a Dios por testigo de que está decidido a elegir el mejor camino en su vida. Pero ¿volver al convento? Recuerda a Servatius las circunstancias de su entrada en él, tal como las ve en su recuerdo: la presión de sus tutores, su vergüenza mal entendida..Explica hasta qué punto soportaba mal la vida monástica, cómo llegó a repelerle, dado su amor por la libertad; y cómo arriesgaría su delicada salud, si se resignase a volver a ella. ¿Acaso había vivido menos honestamente en el mundo? Al contrario, las bellas letras le mantenían apartado de muchos vicios. Su vida agitada, a pesar de todo, no tenía nada de deshonroso para él, aunque sólo con escrúpulos se atrevía a valerse del ejemplo de Solón, de Pitágoras, de San Pablo y de su querido San Jerónimo. ¿No era cierto que había podido asegurarse en todas partes el aprecio de sus amigos y de sus protectores? Erasmo los va enumerando a todos: cardenales, arzobispos, obispos, Mountjoy, las universidades de Oxford y de Cambridge, y, por último, John Colet. ¿Había algo reprobable en sus obras: en el *Enchiridion* o en los *Adagia*? (Pasa por alto la *Moria*). Las mejores estaban todavía por salir: San Jerónimo y el Nuevo Testamento. Finalmente, podía justificar con infinidad de razones[19] por qué había renunciado, después de su estancia en Italia, a los distintivos de su orden y por qué vestía el hábito eclesiástico secular.

La conclusión que sacó de todo esto fue su decisión de no volver a Holanda. «Sé que no podría soportar ni el aire ni la comida; sentiría todos los ojos fijos en mí. El que se fue de allí siendo todavía adolescente volvería como un anciano encanecido, de delicada salud; estaría expuesto al desprecio de los ínfimos, yo que estoy acostumbrado a ser honrado de los más grandes.» Y termina así: «No es posible decirlo todo en una carta. Ahora me voy a Basilea y desde allí tal vez a Roma, pero al regresar trataré de visitaros... Sasboud y su mujer me comunicaron la muerte de Willem, de Franz y de Andreas.[20] Os ruego que saludéis cordial-

mente de mi parte a M. Enrique y a los demás que viven con vosotros: les profeso los sentimientos que se merecen. Porque aquellas viejas tragedias las atribuyo a mis errores, o, si lo preferís, a mi fatalidad... No dejéis de encomendarme a Dios en vuestras oraciones. Si estuviera seguro de que a El le resultaría más grato que yo volviera a vivir con vosotros, me prepararía hoy mismo para el viaje. ¡Adiós!, mi en otro tiempo más querido compañero y ahora venerado padre.»

Al negarse a regresar, Erasmo obedecía al genio que habitaba en él, a sus más íntimas convicciones y a la consciencia de sus propias fuerzas. Erasmo fue destinado a un escenario más glorioso que el triste y tranquilo convento cercano a Gouda. No obstante, bajo la razón principal de su negativa, se ocultan viejas y dolorosas heridas de su alma: aversiones y vergüenza.

## Primera estancia en Basilea

Erasmo llegó por el Rin a Basilea en la primera quincena de agosto de 1514, a través de los Países Bajos meridionales, donde había visitado a diversos amigos y protectores y había reanudado el contacto con la Universidad de Lovaina. En Basilea le esperaban honores de los que nunca había gozado. Los humanistas alemanes le saludaron como la luz del mundo en los discursos pronunciados en recepciones y banquetes. Eran más grandilocuentes y más entusiastas que los literatos conocidos por Erasmo en Francia, Inglaterra e Italia, por no hablar de sus propios compatriotas. Le aclamaron expresamente como alemán y como orgullo de Germania. Al encontrarse por primera vez con Froben, Erasmo se permitió gastarle una divertida broma, presentándose como amigo y encargado de negocios de Erasmo, para saborear plenamente la alegría de ser reconocido. Los alemanes fueron muy amables con él: «Mi Germania, a la que, a mi pesar y para mi vergüenza, he conocido tan tarde.»

El trabajo por el que había hecho el viaje llegó pronto a su punto culminante. Erasmo estaba de nuevo en su elemento, como seis años antes en Venecia: trabajando duro en una gran imprenta, rodeado por eruditos que en los escasos momentos de descanso que se concedía le colmaban de homenajes y de gentilezas. «Tengo la impresión de vivir en el más agradable Museion: ¡tantos sabios y tan particularmente sabios!»

Todavía en agosto Froben imprime unos breves escritos de Plutarco traducidos por Erasmo. Los *Adagia* estaban de nuevo



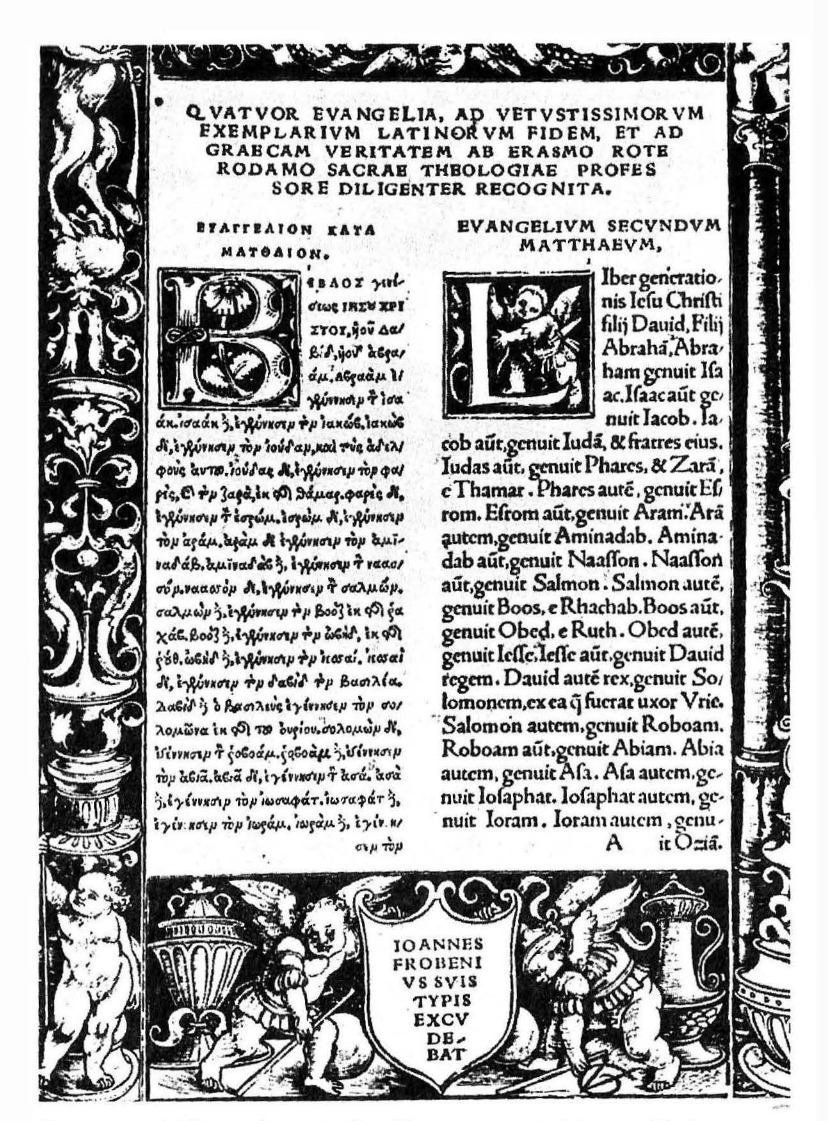

en prensa, con las correcciones, adiciones y el prefacio destinados originalmente a Badius. Al mismo tiempo que Froben, también Thierry Maertens trabajaba en Lovaina para Erasmo, que le había confiado al pasar por la ciudad una colección de textos latinos elementales, mientras que en Estrasburgo Mathias Schürer comenzaba, a su vez, la impresión de las *Parabolae sive Similia*. Erasmo preparó para Froben una obra de Séneca y un trabajo sobre la estructura del latín, que aparecerían en 1515. Pero lo esencial para él seguía siendo San Jerónimo y el Nuevo Testamento.

Las obras de San Jerónimo, y sobre todo su correspondencia, habían despertado el interés de Erasmo ya en su juventud. Desde 1500, e incluso antes, había planeado hacer una edición corregida de la obra del célebre Padre de la Iglesia, y, salvo algunas interrupciones, no dejó de trabajar en ella. En 1513 escri-



*Vista de la ciudad de Basilea realizada por un artista anónimo en los años en que Erasmo residió en ella.*

bió a Ammonius lo siguiente: «Mi entusiasmo por depurar las obras de Jerónimo y anotarlas es tan grande, que tengo la sensación de que me asiste una divinidad. Ya lo he desbrozado casi por completo, reuniendo varios viejos manuscritos. Los gastos, que son inconcebiblemente elevados, corren de mi cuenta.» En 1512 entabló negociaciones con Badius para realizar una edición de las cartas de San Jerónimo. Por lo demás, Juan Amerbach, socio de Froben, fallecido antes de la llegada de Erasmo, había comenzado a trabajar varios años antes en una edición de *San Jerónimo*. Varios eruditos, entre ellos Reuchlin, habían contribuido a ese trabajo, cuando se presentó Erasmo con todos sus materiales. El verdadero editor de San Jerónimo fue él. De los nue-



QVATVOR EVANGELIA, AD VETVSTISSIMORVM EXEMPLARIVM LATINORVM FIDEM, ET AD GRAECAM VERITATEM AB ERASMO ROTERODAMO SACRAE THEOLOGIAE PROFESSORE DILIGENTER RECOGNITA.

ΕΥΑΓΓΕΛΙΟΝ ΚΑΤΑ ΜΑΤΘΑΙΟΝ.

EVANGELIVM SECVNDVM MATTHAEVM.

Liber generationis Iesu Christi filij Dauid, Filij Abrahā. Abraham genuit Isaac. Isaac aūt genuit Iacob. Iacob aūt, genuit Iudā, & fratres eius. Iudas aūt, genuit Phares, & Zarā, e Thamar. Phares autē, genuit Esrom. Esrom aūt, genuit Aram. Aram autem, genuit Aminadab. Aminadab aūt, genuit Naasson. Naasson aūt, genuit Salmon. Salmon autē, genuit Boos, e Rhachab. Boos aūt, genuit Obed, e Ruth. Obed autē, genuit Iesse. Iesse aūt, genuit Dauid regem. Dauid autē rex, genuit Solomonem, ex ea q̄ fuerat uxor Vriae. Salomon autem, genuit Roboam. Roboam aūt, genuit Abiam. Abia autem, genuit Asa. Asa autem, genuit Iosaphat. Iosaphat autem, genuit Ioram. Ioram autem, genuit Oziā.

A

IOANNES FROBENIVS SVIS TYPIS EXCVDEBAT

*Una página del Evangelio según San Mateo en versión bilingüe, debida a Erasmo.*

ve tomos de la obra que salió de las prensas de Froben en 1516, los cuatro primeros contenían la edición de las cartas de San Jerónimo preparada por Erasmo; los demás fueron corregidos y prologados por él.

Pero su trabajo sobre el Nuevo Testamento le interesaba aún más. Al avanzar, se transformaba progresivamente. Desde que las *Annotationes* de Valla llamaran su atención sobre la crítica del texto de la Vulgata, Erasmo había hecho, probablemente durante su segunda estancia en Inglaterra entre 1505 y 1506, por insistencia de Colet y a partir del texto griego, una nueva traducción del Nuevo Testamento que difería considerablemente de la Vulgata. Aparte de Colet, probablemente la conocieran muy pocos. Posteriormente, Erasmo comprendió que también debía publicar una nueva edición del texto griego con sus propias anotaciones. Poco después de llegar a Basilea, llegó a un acuerdo provisional con Froben a este respecto. Luego le aconsejaron que sería mejor imprimirla en Italia, y estaba a punto de irse allí, cuando, movido tal vez por nuevas ofertas de Froben, modificó de repente el proyecto de su viaje y en 1515 hizo una breve visita a Inglaterra. Una de las razones de este viaje fue probablemente la de buscar un ejemplar de su traducción del Nuevo Testamento que había dejado en ese país. Para el verano estaba ya de vuelta en Basilea y comenzó el trabajo en la imprenta de Froben. A comienzos de 1516 apareció el *Novum Instrumentum*, que incluía el texto griego depurado, con notas, y una traducción latina en la que Erasmo había atenuado las excesivas diferencias con respecto a la Vulgata.

A partir del momento en que dos obras teológicas de tanta importancia como el *San Jerónimo* y el Nuevo Testamento —y, en el caso de la segunda, de tanta audacia— aparecieron bajo su nombre, puede afirmarse que Erasmo se convirtió en el centro mismo de la práctica científica de la teología, a la vez que ya era el centro y piedra de toque de la erudición clásica y del gusto literario. Su prestigio no dejó de crecer en todos los países y su correspondencia aumentó asombrosamente.

Su evolución intelectual había concluido, pero su existencia material seguía siendo poco segura. Los años de 1515 a 1517 figuran entre los más inquietos de su vida; Erasmo está pendiente de todas las posibilidades que puedan surgir —una dignidad de canónigo en Tournai, una prebenda en Inglaterra, un obispado en Sicilia—, lamentando siempre, medio en serio, medio en broma, las oportunidades perdidas, burlándose de su persecución de la fortuna y quejándose de su «esposa, la maldita pobreza, de la que todavía no he conseguido liberarme». ¿No habrá sido, en resumidas cuentas, víctima de su propia agitación, antes que de la desgracia del destino? Ahora tiene cincuenta años, y conforme a sus aspiraciones, sigue todavía sembrando sin saber cuál



será la cosecha. Todo esto, no obstante, sólo se refiere a sus recursos, no a la tarea que se había asignado.

## Consejero de Carlos V

Un nuevo protector, de quien se podía esperar mucho, Jean le Sauvage, canciller de Brabante, logró obtener para Erasmo, en el curso del año 1515, el título de consejero del soberano, el



A.C.L., Bruselas

*Retrato de Pierre Gilles por Quentin Metsys. Gilles fue uno de los amigos más fieles que tuvo Erasmo.*

◀ *Un retrato de Carlos V joven realizado por Jan Vermeyen. Colección Robert Fink, Bruselas.*

joven Carlos V. Fue nombrado a principios de 1516: se trataba de un cargo puramente honorífico, que incluía una pensión anual de doscientos florines, la cual, sin embargo, le fue pagada muy irregularmente. Para representar mejor el papel de consejero del príncipe, Erasmo escribió la *Institutio Principis Christiani*. Este tratado sobre la educación de un príncipe, conforme al carácter y las tendencias de Erasmo, se sitúa más bien en el plano moral que en el político, y ofrece un fuerte contraste con *Il Principe* de Maquiavelo, escrito dos o tres años antes. Más adelante examinaremos en su conjunto las ideas políticas de Erasmo.

Por el momento había concluido el trabajo en Basilea, y Erasmo regresó a los Países Bajos en la primavera de 1516. En Bruselas se entrevistó con el canciller, que le consiguió, además de la pensión del monarca, una prebenda en Courtrai que Erasmo pudo convertir en dinero, al igual que había hecho antes con su beneficio inglés.

En Amberes podía contar con uno de los grandes amigos que le apoyaron toda su vida. Este amigo era Pierre Gilles, el joven secretario de la ciudad. Erasmo se alojaba en su casa cada vez que iba a Amberes. Pierre Gilles aparece en la *Utopía* de Tomás Moro como el anfitrión en cuyo jardín el navegante cuenta sus aventuras. Fue precisamente por entonces cuando Gilles contribuyó a la publicación de la primera edición de la *Utopía*, realizada por Thierry Maertens en Lovaina. Más tarde Quentin Metsys pintaría su retrato, al mismo tiempo que el de Erasmo, para formar un díptico destinado a ser ofrecido a Tomás Moro y que es para nosotros uno de los más vivos recuerdos de aquella triple amistad, una de las mejores cosas que Erasmo conociera nunca.

Durante el verano de 1516 Erasmo hizo de nuevo una breve visita a Inglaterra. Se alojó en casa de Moro y volvió a encontrarse con Colet, Warham, Fisher y los demás amigos. Pero esta vez no fue allí con el objetivo de visitar a sus antiguos conocidos, sino movido por un asunto urgente y delicado. Ahora que las prebendas y dignidades eclesiásticas comenzaban a afluir hacia él, era más necesario que nunca alejar definitivamente todos los obstáculos que le impidieran seguir una carrera eclesiástica libre. Erasmo tenía la dispensa del papa Julio II autorizándole a aceptar prebendas inglesas, y otra que le eximía de la obligación de llevar los hábitos de su orden. La apasionada impaciencia con que gestionaba su salida definitiva de la orden nos fuerza a creer, con Allen, que, después de su desobediencia a Servatius en 1514, Erasmo no dejó de sentir la amenaza de que pudieran obligarle a volver a Steyn. Nada le resultaba más temible y abominable.



*Busto de Erasmo grabado en una medalla de bronce que realizó Quentin Metsys en 1519. Historisches Museum, Basilea.*

## La dispensa pontificia

En Londres, junto con su confidente Ammonius, redactó un largo texto para la cancillería apostólica, en el cual, bajo el seudónimo de un tal Florent, contó la historia de su propia vida: su entrada más bien forzada en el convento, las amargas experiencias que le ocasionó la vida monástica y las circunstancias que le llevaron a quitarse el hábito de su orden. Es un relato vivo, de carácter casi romántico, y al mismo tiempo un apasionado alegato. La carta, en la forma en que la conocemos, no contiene una solicitud directa. Adjuntó al final un apéndice cifrado —cuya clave, escrita con tinta simpática, la envió en otra carta— pidiendo a la cancillería que le librara de los obstáculos que su naci-

miento irregular imponían a su ascenso. El destinatario, Lambertus Grunnius, secretario apostólico, muy probablemente era un personaje ficticio.[21] Erasmo recurría a tales misterios y mistificaciones cuando estaban en juego sus intereses vitales.

El obispo de Worcester, Silvestro Gigli, que iba precisamente al Concilio de Letrán como embajador de Inglaterra, se encargó de entregar la carta y de promover el asunto. Erasmo, que había vuelto a los Países Bajos hacia finales de agosto, esperaba impaciente el resultado de sus gestiones. La decisión se produjo en enero de 1517. El papa León X, por medio de dos cartas firmadas por Sadolet, el futuro cardenal, eximió a Erasmo de las infracciones cometidas contra la ley eclesiástica y de la obligación de llevar el hábito de su orden. Al mismo tiempo, le autorizó a vivir en el siglo y a conservar los beneficios eclesiásticos, anulando todos los obstáculos derivados de las circunstancias de su nacimiento.

Ahora bien, todo esto fue posible gracias a la gran reputación de Erasmo. El papa, además, aceptó gustoso la dedicatoria de la edición del Nuevo Testamento y se expresó muy favorablemente, a través de Sadolet, sobre las actividades de Erasmo en general. También Roma parecía alentar todos sus esfuerzos.

A partir del momento en que Erasmo se estableció definitivamente en los Países Bajos, tal como las circunstancias parecían obligarle, Lovaina, el centro de estudios donde ya había pasado anteriormente dos años, parecía el lugar de residencia adecuado. Sin embargo, no le resultaba atractivo, puesto que era el bastión de la teología reaccionaria. En 1514, Martin van Dorp, de Naaldwijk, profesor en la Facultad de Teología de Lovaina, reprendió a Erasmo en una carta, en nombre de la Facultad, por las audacias del *Elogio de la locura*, especialmente por sus burlas de los teólogos, así como por su pretensión de corregir el texto del Nuevo Testamento. Erasmo se defendió con vigor. Ahora el conflicto iba a desarrollarse en un escenario más amplio. En el mundo erudito la consigna era ésta: estar con o contra Reuchlin. Los autores de las *Epistolae obscurorum virorum* acababan de entrar en liza poniéndose ostensiblemente a favor de Reuchlin. En Lovaina, Erasmo fue acogido con desconfianza, del mismo modo que él, a su vez, desconfiaba de Van Dorp y de los otros teólogos lovanienses. Pasó el resto del año 1516 y la primera mitad de 1517 en Amberes, en Bruselas (Anderlecht) y en

*Un grabado del lingüista francés Guillermo Budé, uno de los hombres que intentó atraer a Erasmo a Francia.* ▶

95

GVILIELMVS BVDAEVS IVRECOS. Consil. Regius.



*Sol vtriusque vocor linguæ Græcæ atque Latinæ:*
*Haud satis hoc, Iuris Sol vtriusque vocor.*

M. D. XL.

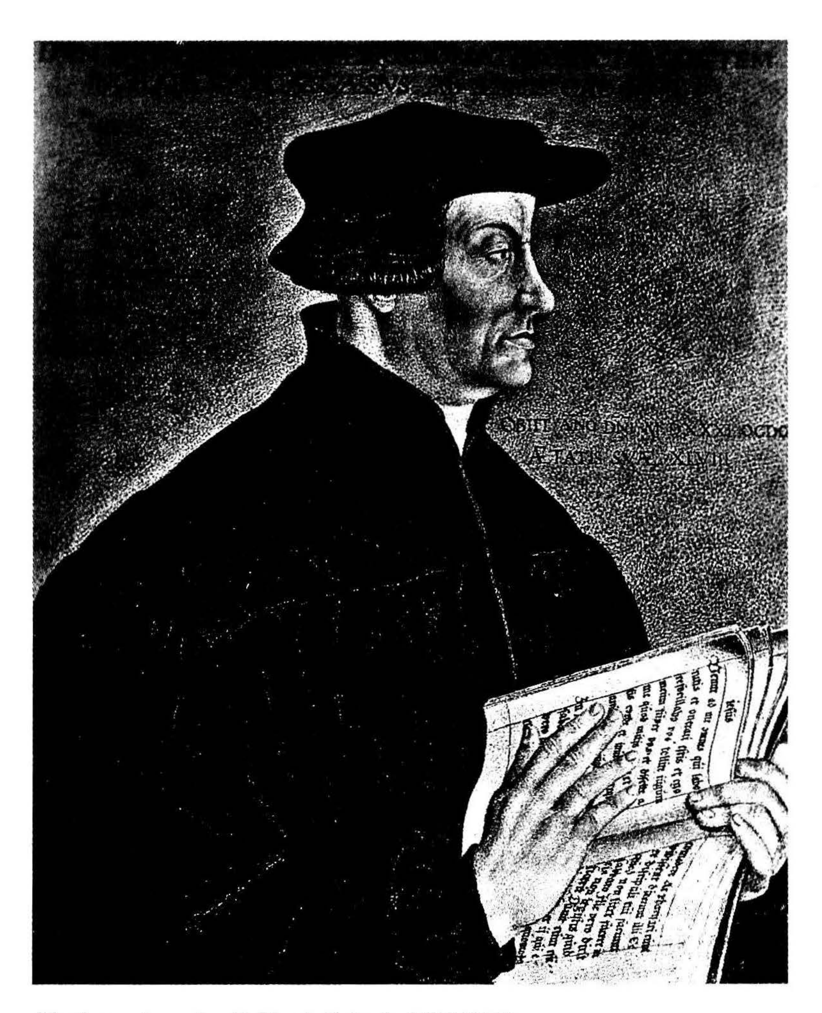
Gante, con frecuencia en casa de Pierre Gilles. En febrero de 1517 recibió de Francia ofertas atrayentes. Budé, el gran helenista y experto en derecho romano, así como su viejo amigo Guillaume Cop y el obispo de París, Étienne Poncher, le escribieron que el rey, el joven Francisco I, le reservaba una importante prebenda si quería volver a París. Erasmo, siempre deseoso de no comprometerse, se limitó a enviarles cortésmente una respuesta evasiva.

Entretanto se enteró de la absolución pontificia. Con este motivo tuvo que viajar una vez más a Inglaterra, sin ser consciente de que era la última vez que pisaba tierra británica. La ceremonia que liberó para siempre a Erasmo de la obsesión que le había perseguido desde su tierna infancia tuvo lugar el 9 de abril de 1517 en la casa de Ammonius, en Westminster. Al fin era libre.

## La fama

De todas partes le llovían invitaciones o se le abrían tentadoras perspectivas. Mountjoy y Wolsey le dejaron entrever la posibilidad de conseguir altas dignidades eclesiásticas en Inglaterra. Budé seguía insistiendo para que se estableciese en Francia. El cardenal Jiménez de Cisneros quería llevarle a España y ligarle a la Universidad de Alcalá. El duque de Sajonia le ofreció una cátedra en Leipzig. Wilibald Pirckheimer le encareció los méritos de la ciudad libre del Imperio, Nuremberg. Erasmo, sobrecargado otra vez de nuevos trabajos de redacción y de edición, no rehusó nada formalmente, según su costumbre, pero tampoco aceptó nada. Quería mantener abiertas, como siempre, todas las puertas. A comienzos del verano de 1517 siguió a la Corte del joven Carlos que se preparaba a abandonar los Países Bajos para ir a España. Erasmo hubiera podido acompañarle y se le ofrecían magníficas perspectivas. Pero rehusó marcharse. Un viaje a España hubiera significado para él una larga ruptura en su contacto directo con los grandes centros de la imprenta —Basilea, Lovaina, Estrasburgo, París— y hubiera implicado una nueva interrupción de la gran obra por la cual todo su ser se sentía atraído. Cuando, a principios de julio, el soberano llegó a Middelburgo para embarcarse rumbo a España, Erasmo se fue a Lovaina.

Así, a fin de cuentas, regresaba al medio académico que le había resultado tan desagradable y donde estaría obligado a ocuparse de la enseñanza. Los jóvenes latinistas le atormentarían para que les corrigiera sus poemas y sus cartas. Todos aquellos



*El reformador suizo Huldrych Zwinglio (1484-1531).*

teólogos, de los que tanto desconfiaba, vigilarían sus opiniones sobre religión. Pero esto sólo duraría algunos meses. «Me he trasladado a Lovaina— escribe Erasmo al arzobispo de Canterbury— mientras decido qué residencia conviene mejor a la vejez que ya empieza a llamar con insistencia a mi puerta.»

Pasaría cuatro años en Lovaina (1517-1521). Su vida se volvió menos agitada, pero no por un apaciguamiento interno, sino más bien a consecuencia de circunstancias externas. Durante

todo ese tiempo se mostraba indeciso entre ir a Inglaterra, a Alemania o a Francia para hallar por fin la magnífica situación que anhelaba desde siempre y que jamás supo o quiso aprovechar.

Los años 1516 a 1518 pueden considerarse como el punto culminante de la carrera de Erasmo. Todo un coro de aclamaciones le rodea en esa época. Los espíritus están esperando algo grandioso y los ojos se fijan cada vez más en Erasmo: ¡él será el hombre adecuado! En Bruselas, españoles, italianos y alemanes asedian sin cesar su puerta para poder jactarse de haber hablado con él; se queja sobre todo de los españoles, que le parecen molestos por sus interminables cortesías. Pero las alabanzas más exaltadas eran las contenidas en los saludos de las cartas que le dirigían los humanistas alemanes. Esto ya había comenzado con motivo de su primer viaje a Basilea en 1514. «Gran roterodamense, ornamento de Germania, ornamento del mundo» era sólo uno de los elogios más sobrios. Recepciones dadas por los magistrados municipales, donaciones de vino a guisa de homenaje, banquetes... todo este tipo de reconocimientos se convirtió en algo habitual. Nadie se expresó de una manera tan hiperbólica como el jurista Ulrich Zasius de Friburgo. Me señalan, afirma Zasius, como al hombre que ha recibido una carta de Erasmo. «El tres veces más grande de los héroes, tú, gran Júpiter», así son sus invocaciones. Los suizos, escribe Zwinglio en 1516, consideran una gran gloria haber visto a Erasmo. Wolfgang Capiton, a su vez, dice: «No conozco ni enseño otra cosa excepto a Erasmo.» Ulrich von Hutten y Henri Glarcanus se ven ambos al lado de Erasmo como Alcibíades junto a Sócrates. Louis Ber, un teólogo muy bien considerado de Basilea, le ofrece cuanto tiene. Y Beatus Rhenanus le consagró una vida de seria admiración y de atento afecto, que debía de valer un poco más que los altisonantes elogios. En ese entusiasmo tudesco por Erasmo no falta el ropaje nacional: se trata ya de la atmósfera en la que pronto resonará la palabra de Lutero.

Pero también otras naciones participaron en este concierto de elogios, aunque ciertamente con algún retraso y con más sobriedad. Colet y Tunstall prometen a Erasmo la inmortalidad, Étienne Poncher le coloca por encima de los humanistas italianos más valorados, Germain de Brie declara que los eruditos franceses no leen ya más que a Erasmo, y Budé afirma, a su vez, que en toda la cristiandad occidental resuena su nombre.

El aumento de su fama se manifestaba también por numerosos fenómenos secundarios: casi todos los años se difundía el rumor, con mala intención según Erasmo, de su muerte. Ade-

más, le atribuían todo tipo de escritos que no tenían nada que ver con él, entre otros, las *Epistolae obscurorum virorum*. Recibía toda clase de regalos, incluso los más raros, así como muchas invitaciones que siempre debía tratar de esquivar.

## Intercambios epistolares

Pero era sobre todo su correspondencia la que adquiría proporciones inconmensurables. Quedaba ya lejos aquella época en que le pidió a Moro que le consiguiera corresponsales. Ahora le llegaban cartas de todas partes implorando una respuesta. Un antiguo discípulo se queja entre lágrimas, según sus propias palabras, por no poder mostrar ni siquiera la más breve carta de Erasmo. Personas eruditas pedían respetuosamente una recomendación a los amigos de Erasmo antes de atreverse a escribirle. Desde este punto de vista, Erasmo fue heroicamente complaciente y trataba de responder a todo el mundo, aunque las cartas llegaban cada día en tales cantidades, que apenas tenía tiempo de leerlas. «Si no respondo, parezco inhumano», dice Erasmo, y eso era algo que no deseaba en modo alguno.

Hay que recordar que en esta época el género epistolar cumplía más o menos la función que actualmente corresponde al periódico, o, más aún, a la revista literaria mensual, que, por así decirlo, nació directamente de la correspondencia entre eruditos. Era todo un arte, al igual que en la Antigüedad, que había sido tal vez mejor y más eficazmente imitada en este aspecto que en ningún otro. Ya antes de 1500 Erasmo había definido este arte en París en su tratado *De Conscribendis epistolis*, publicado en 1522. En general se escribía con miras a una publicación posterior, destinada a un amplio círculo o, en cualquier caso, con la certidumbre de que el destinatario mostraría la carta a otras personas. Una hermosa carta en latín era una joya que suscitaba envidia. Erasmo escribió a Budé: «Tunstall ha devorado la carta que me habéis escrito y volvió a leerla tres o cuatro veces; literalmente he tenido que arrancársela de las manos.»

Desgraciadamente, la suerte no siempre tenía en cuenta las intenciones del autor en cuanto a la divulgación, la semidivulgación o el estricto respeto del secreto. A menudo una carta pasaba por muchas manos antes de llegar a su destinatario, como en el caso de la carta que Servatius escribió a Erasmo en 1514. «Sed, pues, prudente en las cartas —escribió Erasmo más de una vez—: nuestros detractores están al acecho para interceptarlas.»

No obstante, él mismo, con la prisa singular que le caracterizaba, era a menudo poco discreto al escribir.

Desde su juventud, Erasmo venía conservando y cuidando sus cartas, lo que no evitó que perdiera una gran parte a lo largo de su vida errante. Naturalmente, la divulgación no dependía de él. En 1509, un amigo le hizo llegar un volumen manuscrito comprado en Roma con las cartas del propio Erasmo. Erasmo las quemó inmediatamente. El mismo emprendió, en cambio, la publicación de sus cartas a partir de 1515, comenzando sólo por las más importantes, y luego, en 1516, hizo una selección de las misivas que le habían enviado sus amigos. Más tarde, fue publicando compilaciones cada vez más nutridas, de modo que en el último periodo de su vida aparecía casi anualmente un nuevo tomo. En el mercado del libro pocos artículos eran tan solicitados como las cartas de Erasmo. No hay nada sorprendente en esto, ya que eran modelos de excelente estilo, de un latín exquisito, de ingeniosa expresión y de elegante erudición.

El género epistolar era un tanto híbrido. El carácter semiprivado y semipúblico de las cartas las hacía a menudo más o menos comprometedoras. Lo que se podía decir a un amigo en confianza, podía resultar peligroso al ser conocido por mucha gente. El propio Erasmo, que no se daba cuenta de hasta qué punto se expresaba a veces de manera ofensiva, constantemente daba motivos para malentendidos y enemistades. Puede decirse que las costumbres no se habían adaptado todavía al nuevo arte de la imprenta, que multiplicaba miles de veces la difusión de la palabra escrita. Bajo el efecto del libro impreso, la palabra pública destinada a ser impresa iba a separarse sólo gradualmente de la palabra privada, que permanecería manuscrita y sólo sería leída por la persona a quien iba dirigida.

## Grandes esperanzas

Entretanto, a medida que aumentaba el renombre de Erasmo, también sus antiguos escritos gozaban de un creciente prestigio. El verdadero éxito del *Enchiridion militis christiani* sólo se produjo a partir de 1515, cuando las circunstancias permitían comprenderlo mejor que once años antes. John Watson escribe en 1516 a Erasmo que la *Moria* es considerada como la suprema

*Portada del* Epistolarum, *de Erasmo, en la edición de Londres de 1642. Biblioteca Central de Barcelona.* ▶

# EPISTOLARVM D. ERASMI ROTERODAMI Libri XXXI. ET P. MELANCTHONIS Libri IV.

Quibus adjiciuntur

TH. MORI & LVD. VIVIS

EPISTOLÆ.

Vnà cum INDICIBVS locupletissimis.



LONDINI

Excudebant M. FLESHER & R. YOUNG. M. DC. XLII.

Prostant apud CORNELIUM BEE in vico vulgò vocato [illegible]

sabiduría. Ese mismo año, se utiliza por primera vez el término que muestra, más que cualquier otra cosa, hasta qué punto llegó a ser Erasmo un verdadero centro de autoridad: es la palabra *Erasmiani*. Sus amigos alemanes se designaban por ese nombre, según Jean Sapidus. Aproximadamente un año más tarde, el doctor Johannes Eck utilizará este término, en un sentido igualmente muy favorable, como si fuera una palabra corriente: «En Alemania todos los sabios son *erasmistas*.» A Erasmo no le gusta esta expresión. «No encuentro nada en mí —replica— que pueda incitar a alguien a desear ser un *Erasmicus* y aborrezco en general estos nombres partidistas. Pertenecemos todos a Cristo y todos trabajamos por su gloria, cada uno en su parcela.» Pero no ignora que ahora se trata de estar a favor o en contra de él. El brillante latinista y el hombre culto que Erasmo había sido en su juventud se convirtió, casi sin darse cuenta, en una autoridad en materia de cuestiones religiosas, hacia la cual el mundo alzaba su mirada. Necesariamente debía comenzar a considerarse como cerebro, corazón y conciencia de su tiempo. Incluso podía creer que su misión era pronunciar la gran palabra liberadora; es más, que ya la había pronunciado. La confianza en una fácil y próxima victoria del conocimiento puro y de la indulgencia cristiana se confirma en el prefacio de la edición hecha por Erasmo del Nuevo Testamento.

¡Qué claro aparecía entonces el futuro, precisamente en aquellos años! En esa época Erasmo aborda en más de una ocasión el tema alegre de una edad de oro que llegaría pronto. La paz perpetua parece inminente. Los más grandes monarcas de la cristiandad, Francisco I de Francia, Carlos, rey de España, Enrique VIII de Inglaterra y el emperador Maximiliano, aseguran la paz al unirse mediante estrechos vínculos. La lealtad y la piedad cristiana alcanzarán su pleno desarrollo y, al mismo tiempo, resurgirán en toda su pureza las bellas letras y las ciencias. Los célebres genios, como si respondieran a una llamada, se asociarán para restaurar la más elevada cultura. El siglo, que será un siglo de oro, puede sentirse satisfecho.

Erasmo no continuará hablando en ese tono durante mucho tiempo; lo hará por última vez en 1519. A partir de ese momento, el sueño de felicidad universal deja paso a la queja compartida por muchos acerca de la miseria de los tiempos.

# ERASMO (2)

## JOHAN HUIZINGA

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



# ERASMO

## (Volumen segundo)

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

# ERASMO

(Volumen segundo)

JOHAN HUIZINGA

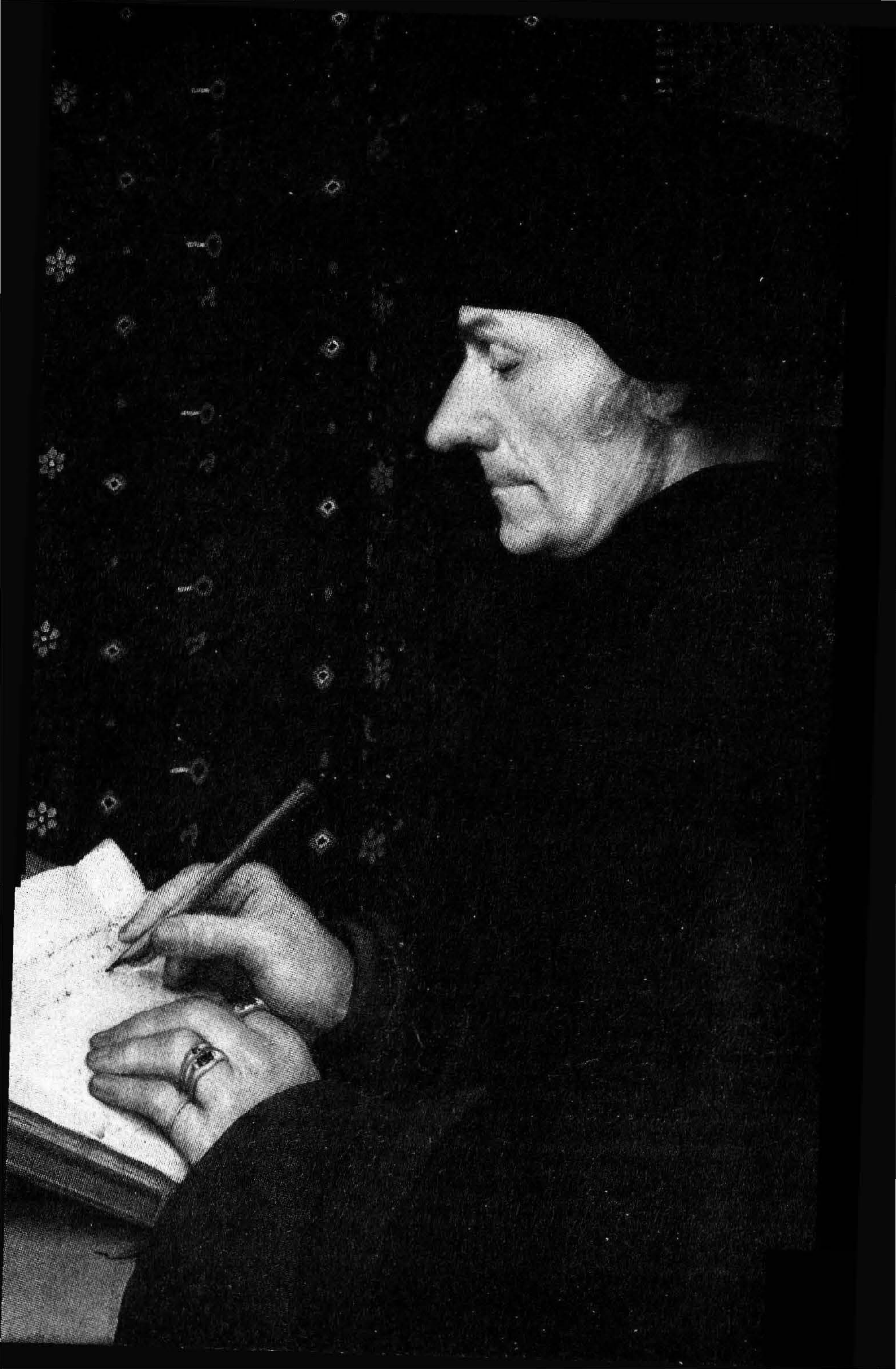
SALVAT

Versión española de la obra *Èrasme,* publicada por Éditions Gallimard.
Traducción del francés a cargo de Cristina Horányi.
Supervisión científica, Mátyás Horányi.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.


ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8239-2.
Depósito legal: NA - 213 - 87 (II)
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 47 - 08029 Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1987.
*Printed in Spain*

# Indice



# 12. El espíritu de Erasmo: tendencias éticas y estéticas

¿Cómo pudo Erasmo llegar a ser el hombre de quien sus contemporáneos esperaban la salvación y de cuyos labios estaban pendientes para escuchar la palabra libertadora? Erasmo les pareció el anunciador de una nueva libertad del espíritu, de una nueva claridad, pureza y sencillez del conocimiento, de una nueva armonía de vida razonable, sana y buena. Fue ante sus ojos el depositario de riquezas desconocidas, recién descubiertas, que sólo debía liberar y distribuir.

Ahora bien, tratemos de profundizar un poco en el espíritu del gran roterodamense.

## Contra la vaciedad y la superstición

La actitud negativa del espíritu de Erasmo podría ser definida como una aversión espontánea por todo lo que era irracional, grosero, complicado o simplemente formalista. El desarrollo ininterrumpido de la cultura medieval llenó y sobrecargó el mundo del pensamiento de un cúmulo de ideas, nociones, métodos y tradiciones que ya no eran más que desechos del espíritu. Cada vez que Erasmo recordaba los absurdos manuales en latín con los que estudiaba en su juventud,[22] se apoderaba de él la aversión y los maldecía: *Mammetrectus, Brachylogus, Ebrardus y tutti quanti*, antiguallas que hay que barrer. Pero esta repugnancia por todo lo caduco, inútil y sin alma, se extendía aún más allá. Erasmo pensaba que la sociedad y, sobre todo, la vida religiosa estaban recargadas de costumbres, ceremonias, convenciones y concepciones que eran en realidad insultos a la inteligencia y que perjudicaban a la virtud y a la piedad en vez de estimularlas. Pero no las rechazaba con desprecio, ni tampoco en bloque. Lo que

◀ *Erasmo de Rotterdam, por Hans Holbein el Joven. Museo del Louvre, París.*

le desagradaba en particular era que generalmente los ritos se cumplieran sin comprenderlos realmente y sin auténtico sentimiento. No obstante, esto no quiere decir que su espíritu, tan sensible a lo necio y a lo ridículo y animado por la necesidad de un refinado decoro y de dignidad interior, viera en este conjunto de ceremonias y de tradiciones un espectáculo superfluo, sino más bien perjudicial por la necedad y la codicia humanas. Pero siendo un intelectual que desdeña la ignorancia, se olvida un poco de todo el cúmulo de piedad inexpresada que, a pesar de todo, puede ocultarse en esas costumbres religiosas.

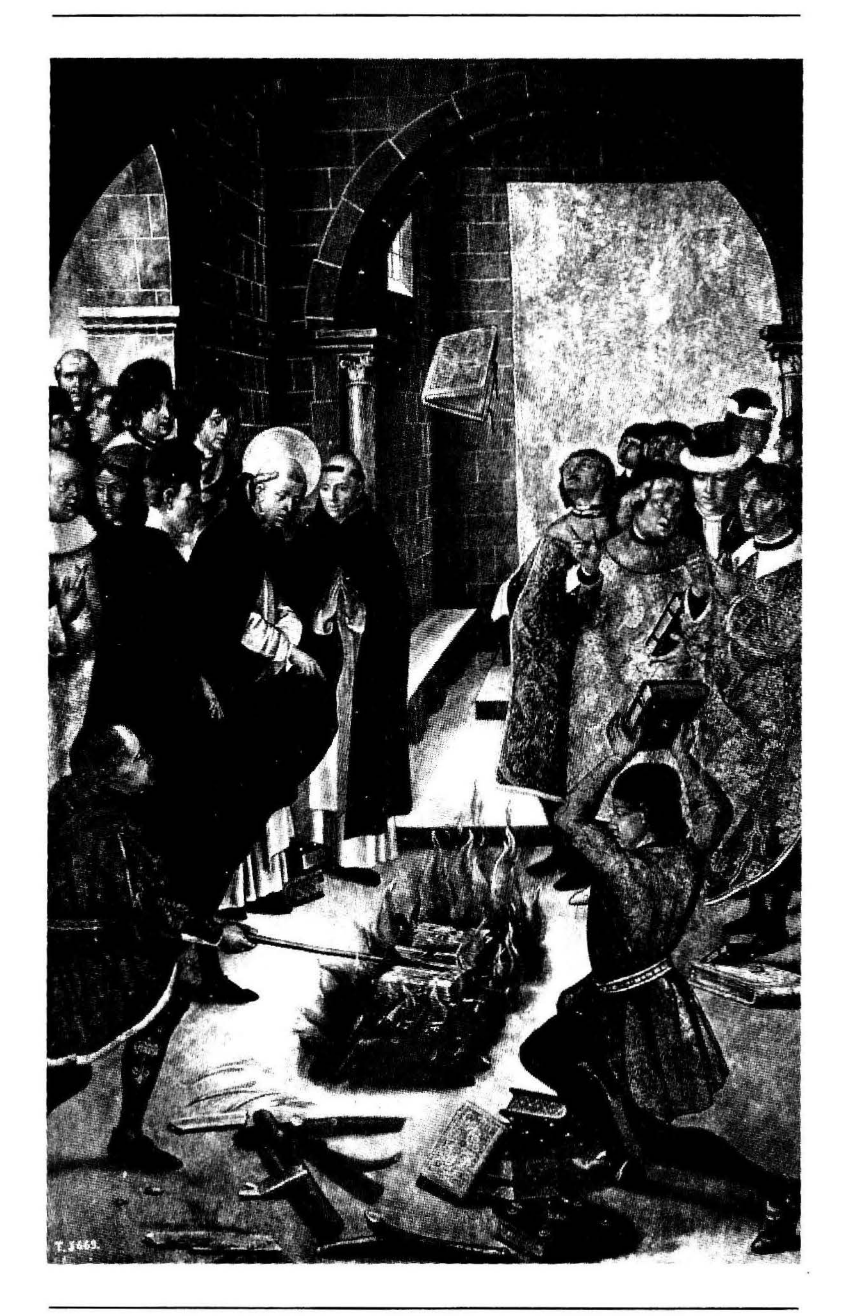
A lo largo de todos sus tratados, de sus cartas y, sobre todo, de sus *Coloquios* desfila sin tregua, al igual que en los cuadros de Bruegel, un cortejo de monjes ignorantes y codiciosos que sirven con hipocresía y necedad al buen pueblo y a su vientre. Como un *leitmotiv*, se repiten sin cesar en las obras de Erasmo sus burlas acerca de la superstición que asegura la salvación si uno muere vistiendo el hábito de un fraile franciscano o de un dominico.

No hay que abandonar por completo el ayuno, las oraciones prescritas y la observancia de los días de descanso, pero ofende a Dios que se confíe únicamente en estas cosas y se olvide su misericordia. Lo mismo ocurre con la confesión, las indulgencias y toda clase de bendiciones. Las peregrinaciones no valen nada. El culto a los santos y a sus reliquias está repleto de supersticiones, de embrutecimiento y de veneración interesada. La gente piensa que puede librarse durante todo un día de cualquier catástrofe sólo con tener la precaución de echar un vistazo por la mañana a una imagen o a un cuadro de San Cristóbal. «Besamos los zapatos de los santos y sus sucios sudarios, pero desconocemos sus libros, que son sus más santas y más eficaces reliquias.»

La repugnancia de Erasmo por todo lo que parecía entonces anticuado y desgastado iba aún más lejos, y su desaprobación se extendía a todo el sistema ideológico de la teología y de la filosofía medievales. En el método silogístico no veía otra cosa que sutileza e ingeniosidad viciada. Aunque él mismo utilizó una vez el género alegórico, en el fondo, todo lo que era alegoría y simbolismo le resultaba ajeno e indiferente. La mística nunca le atrajo.

Lo que ahora impide valorar equitativamente a Erasmo es

Milagro de Santo Domingo, *por Pedro Berruguete. Museo del Prado, Madrid.* ▶
*Los humanistas despreciaban la credulidad milagrera y la superstición.*



tanto las lagunas de su propia mentalidad como el carácter del sistema rehusado por él. Su pensamiento triunfa fácilmente cuando trata del abuso de las ceremonias y de los ritos, de la superstición y de las obras, ya combatiéndolos con una noble indignación, como en el *Enchiridion*, ya aplastándolos con sarcasmos, como en los *Colloquia*. En cambio, su posición se debilita cuando reprueba el conjunto de la teología escolástica, porque ni había conseguido penetrar en ella ni la había comprendido y, por tanto, no tenía derecho a utilizar aquella ironía, con aires de superioridad, con la cual hablaba de ella. Es fácil desdeñar a los teólogos conservadores tachándolos de *magistri nostri*, lo que, sin embargo, no constituye una refutación de su punto de vista. La burla era un arma peligrosa, porque sin que esa fuera la intención de su autor, alcanzaba tanto a los buenos como a los malos, mencionaba la causa echando la culpa a las personas y hería sin mejorar. Erasmo, tan individualista, jamás comprendió hasta qué punto era grave ofender el honor de una profesión, de una orden o de una institución, sobre todo, cuando esa institución era la más santa de todas, la Iglesia misma.

El concepto de la Iglesia que Erasmo se había formado ya no era puramente católico. Se puede decir que al observar ese glorioso monumento de la civilización cristiana medieval, con su esencia mística, su severa estructura jerárquica y su simetría magníficamente cerrada, Erasmo no veía más que un exceso de detalles exteriores y de ornamentos. En lugar de un mundo envuelto completamente por la Iglesia, tal como Santo Tomás de Aquino y Dante lo habían descrito, Erasmo concebía otro mundo, que consideraba como atractivo y sublime, al que quería guiar a sus contemporáneos.

## La Antigüedad a la luz de la fe cristiana

Se trataba del mundo de la Antigüedad, pero iluminado de parte a parte por la fe cristiana. Era un mundo que jamás había existido bajo esa forma. Porque no tenía nada que ver con la realidad histórica de los tiempos de Constantino y de los Padres de la Iglesia: los tiempos del ocaso de la latinidad y los del helenismo decadente, los tiempos de la irrupción de la barbarie y de la llegada del bizantinismo. El universo ideológico de Erasmo era una asociación del clasicismo puro (lo que para él significaba Cicerón, Horacio y Plutarco, ya que la gran época del espíritu griego permaneció, a pesar de todo, ajena a él) y del más puro cris-



*Detalle de la* Crucifixión, *por Mathias Grünewald. Museo Unterlinden, Colmar. El clasicismo de Erasmo estaba en función del espíritu cristiano.*

tianismo bíblico. ¿Podía constituir eso una unidad? A decir verdad, no. En el pensamiento de Erasmo la luz se dirige alternativamente, al igual que en la historia de su trayectoria personal, sobre la antigüedad pagana y sobre la fe cristiana. Pero la textura de su espíritu es cristiana. Su clasicismo le sirve únicamente de forma, y de la Antigüedad sólo escoge aquellos elementos que, por su carácter ético, concuerdan con su ideal cristiano.

A pesar de haber llegado tras un siglo de Humanismo, Erasmo aportó algo nuevo y fecundo a su época. Realizó aquella unión entre la Antigüedad y el espíritu cristiano que había soñado Petrarca, padre del Humanismo, cuyos discípulos perdieron de vista su sueño, fascinados por el irresistible resplandor de la belleza formal de la Antigüedad.

Nosotros no podemos imaginar lo que significó para Erasmo la pura latinidad y el espíritu clásico: la conciencia de estas

cosas no representa para nosotros una trabajosa conquista y un maravilloso triunfo como debió de serlo para él. Para alcanzar ese conocimiento tuvo que aprender en una dura escuela el odio a la barbarie, lo que le inspiró los *Antibarbari* en los albores de su carrera de escritor. El epíteto insultante para designar todo lo que era anticuado e inculto era «gótico», godo. Para Erasmo, el término barbarie abarcaba buena parte de lo que ahora apreciamos más dentro del espíritu medieval. En el espíritu de Erasmo se ancló una rígida concepción dualista de una lucha entre la antigua y la nueva cultura. En los partidarios de la tradición no veía más que oscurantismo, conservadurismo e ignorancia respecto a las *bonae literae*, es decir, respecto a la buena causa por la que él luchaba. *Bonae literae* es intraducible. Esta expresión designa la literatura, la ciencia y la civilización clásicas, consideradas como un conocimiento sano y saludable, en oposición al pensamiento medieval. El término holandés *Letterkunde* conservó durante largo tiempo ese sentido amplio, humanista; fue en el siglo XIX cuando el significado de este vocablo comenzó a limitarse casi exclusivamente a las bellas letras.

La imagen que se forma Erasmo de la llegada de esa civilización superior es más o menos la misma que continúa dominando la historia del Renacimiento. Se trata de una resurrección que había comenzado dos o tres siglos antes de su época y en la que participaron todas las artes plásticas. Además de los términos *restitutio* y *reflorescentia*, aparece ya frecuentemente bajo la pluma de Erasmo el de *renascentia*. «El mundo se rehace como si despertara de un largo sueño. No obstante, quedan todavía algunos que resisten obstinadamente, agarrándose con pies y manos a su antigua ignorancia. Temen que si renacen las buenas letras y el mundo se hace sabio, se descubra que no saben nada.» Ignoran hasta qué punto pudieron ser piadosos los antiguos, qué grande es la piedad propia de Sócrates, de Virgilio, de Horacio y de la *Moralia* de Plutarco, y no saben cuán rica es la historia de la Antigüedad en ejemplos de magnanimidad y de verdadera virtud. Jamás se debe calificar de profano lo que es piadoso y conduce a las buenas costumbres. No existe moral más noble que la formulada por Cicerón en el *De Senectute*.

## La vida ideal

Para comprender el espíritu de Erasmo y el atractivo que ejerció sobre sus contemporáneos, es útil conocer primero el



El verano, *por Jan van Goyen. Rijksmuseum, Amsterdam.*

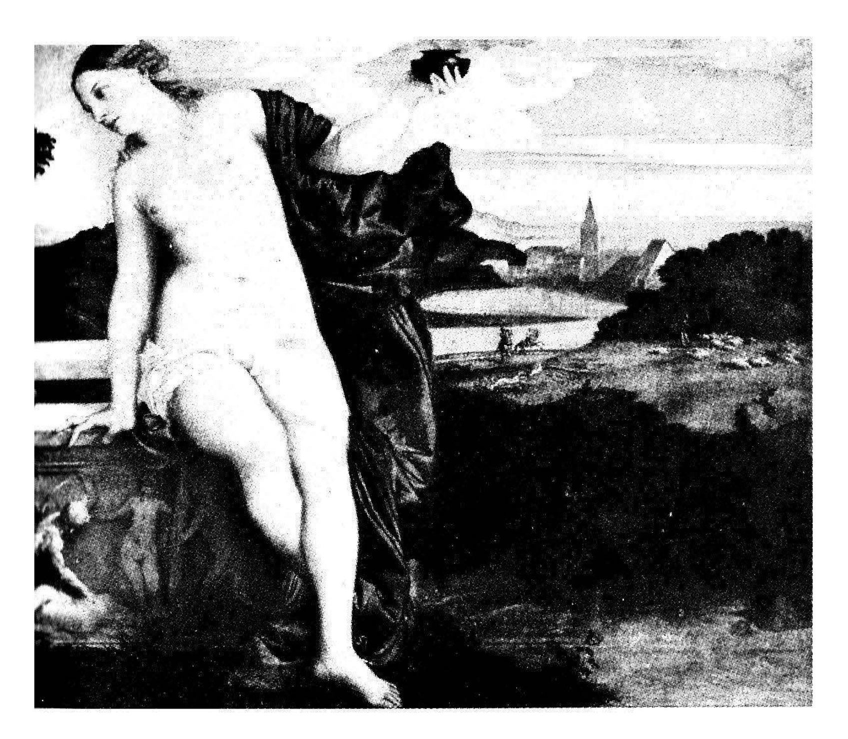
ideal de vida que flotaba ante sus ojos como un hermoso sueño. Aunque no le pertenecía exclusivamente, todo el Renacimiento había cultivado ese deseo de tranquilas conversaciones, alegres y serias a la vez, con buenos y sabios amigos, en la frescura de una casa, bajo la sombra de los árboles. Serenidad y armonía. Los genios de este siglo anhelan la llegada de lo sencillo, recto, verdadero y natural. Su manera de ver las cosas no deja de estar impregnada por la esencia de la Antigüedad, si bien en el fondo se vincula con los ideales medievales mucho más estrechamente de lo que ellos mismos podían creer. Entre los Médicis, es el idilio de la villa Careggi; para Rabelais, las escenas fantásticas de la abadía de Thélème; se percibe el mismo eco en la *Utopía* de Moro y en los ensayos de Montaigne. En los escritos de Erasmo, esta nostalgia se complacía generalmente en imaginar un paseo amistoso, seguido de una comida en una casa de campo. Es el



Amor sacro y amor profano, *por Tiziano. Galería Borghese, Roma.*

mismo motivo que sirve de cuadro introductorio a los *Antibarbari*, y reaparece también en numerosas descripciones de banquetes celebrados con Colet y en los múltiples *convivia* de los *Coloquios*. Es sobre todo en el *Convivium religiosum* donde Erasmo desarrolla extensamente su sueño. Sería muy interesante comparar esta imagen de la casa de campo ideal con Thélème, por una parte y, por otra, con el caprichoso proyecto de un jardín edénico descrito por Bernard Palissy. *Hofwijck* procede directamente del sueño de Erasmo. Las pequeñas villas y chalets holandeses en los que el temperamento nacional encuentra su más íntimo placer, son realizaciones de un ideal puramente erasmiano. «Mi sencilla villa —declara el anfitrión del *Convivium religiosum*— es para mí un nido más agradable que cualquier palacio, y si en aquél es el rey quien vive libremente según su gusto, seguramente yo también soy un rey aquí.»

La verdadera alegría de vivir estriba en la virtud y en la piedad. Si se considera epicúreos a los que viven agradablemente, los más auténticos son los que viven de manera santa y piadosa.



El ideal de la alegría de vivir es también completamente idílico en el sentido de que exige liberarse de las cosas terrenales y desdeñar todo lo que es impuro. Erasmo habla siempre con desprecio de los negocios, de la jurisprudencia y de la política. Considera como pura locura interesarse por todo lo que está ocurriendo en el mundo y estar orgulloso de conocer el mercado, los proyectos del rey de Inglaterra, las noticias de Roam o las condiciones de vida en Dinamarca. El astuto del *Colloquium senile* se contenta con un modesto cargo honorífico, que le proporciona una feliz y segura mediocridad; no juzga a nada ni a nadie, y sonríe a todos. No hay nada que anhele más que el descanso para sí mismo con libros al alcance de la mano.

## Libertad, claridad, pureza, simplicidad

En torno a este ideal de serenidad y de armonía, hallan su pleno desarrollo numerosos valores estéticos, tales como la afición de Erasmo al decoro, su gran necesidad de cortesía, el pla-

cer que encuentra en un trato amable y atento, así como en los contactos sinceros exentos de rigidez. Algunas de sus inclinaciones intelectuales son semejantes. Erasmo odia lo violento y lo extravagante. Por lo tanto, le desagradan los coros del drama antiguo. El mérito de sus poemas estriba, según él, en el hecho de que escatiman las emociones; se abstienen de todo énfasis. «No se encuentra en ellos la más mínima tempestad, ni torrente que se desborde de su lecho, ninguna exageración (δεινωσις). Hay una gran sobriedad de palabras. A mis versos les gusta más quedarse en este lado de la medida que excederla, prefieren ir por la orilla que irse mar adentro.» En otra parte declara: «Siempre me gusta más un poema si no se aparta demasiado de la prosa, pero de la mejor prosa, por supuesto. Al igual que Filoxeno considera que los más sabrosos pescados son los que no son verdaderos pescados y que la más suculenta carne es la que no es carne, que la navegación más agradable es la que sigue la orilla y que el paseo más divertido se da bordeando el agua, así me complazco yo especialmente en un poema oratorio y en un discurso poético, lo que permite gozar de la poesía en la prosa y viceversa.» El hombre que habla aquí es el de las medias tintas, el del matiz, el de la palabra jamás pronunciada del todo. Y añade: «Otros pueden complacerse en lo alambicado, pero en cuanto a mí, pienso que lo que importa ante todo es que prestemos nuestra expresión a las cosas, y que nos esforcemos menos por ostentar nuestra ingeniosidad que por mostrarlas bien.» He aquí al realista.

En esta forma de pensar se encuentra el origen de su perfecta y sencilla claridad, así como de la excelente división y presentación de sus exposiciones. Pero es también la causa de su prosaísmo, de su falta de profundidad y de la prolijidad que le caracteriza. En efecto, su máquina funciona muy bien. Cuando, al final de su vida, escribe interminables apologías, constantemente descubre nuevos giros, nuevos argumentos, nuevas referencias o citas para apoyar su pensamiento. Alaba el laconismo y, sin embargo, no lo practica. Erasmo jamás forjó una sentencia que, bien acabada y concisa, pudiera convertirse en una máxima y permanecer. No circulan citas de Erasmo. El compilador de los *Adagios* no creó adagios nuevos.

La verdadera ocupación de un espíritu como el suyo era la paráfrasis: «Llenar las lagunas, allanar las transiciones demasiado abruptas, introducir el orden en lo confuso, deshacer lo complicado, desanudar los nudos, esclarecer lo que es oscuro.» Explicar: así concebía él su misión. Eliminar pliegues, pulir, era el



Visión del Apocalipsis. *Tapiz flamenco del siglo XVI. Palacio Real, Madrid.*

trabajo que convenía a su carácter. Es significativo y muy comprensible que al comentar todo el Nuevo Testamento no se ocupara del Apocalipsis.

El espíritu de Erasmo no era ni filosófico ni histórico. No se inclinaba a hacer claras distinciones entre los conceptos, ni a captar las grandes relaciones del universo en amplias visiones históricas, donde el cuadro se compone de detalles con su multiplicidad y su abigarramiento. Su espíritu era, en el sentido pleno de la palabra, filológico. Erasmo ama la lengua, la expresión y el discurso por ellos mismos; los maneja como el entendido que deja brillar al sol preciosos tejidos antiguos gozando de su perfección. No obstante, sólo con este espíritu filológico no hubiera podido conquistar y apasionar al mundo. Su espíritu era, al mismo tiempo, fuertemente ético y su prestigio se debe a esa combinación.

Existe en Erasmo un fuerte deseo de libertad, de claridad, de pureza, de sencillez y de descanso. Es un ideal de vida muy antiguo, pero Erasmo, por mor de su rica inteligencia, le conce-

de un nuevo contenido. Sin la libertad, la vida no es vida, y no hay libertad sin reposo. El hecho de que jamás tome partido por completo se debe a una imperiosa necesidad de absoluta independencia. Todo compromiso, incluso provisional, es para Erasmo como una cadena. En los *Coloquios*, donde el autor expone tan a menudo espontáneamente sus propios ideales de vida, un personaje se declara resuelto a no contraer matrimonio, a no abrazar el estado eclesiástico, a no entrar en el convento ni en comunidad alguna de la que ya no pudiera retirarse, o por lo menos a no hacerlo antes de conocerse perfectamente a sí mismo. «¿Cuándo será? Tal vez jamás.» «Por nada me felicito tanto como por no haberme adherido nunca a ningún partido», confiesa Erasmo hacia el fin de su vida.

Esta libertad debe ser, en primer lugar, de tipo religioso. «El hombre espiritual sabe juzgarlo todo, pero él mismo no es juzgado por nadie», son palabras de San Pablo. ¿Para qué necesita preceptos el que por su propio impulso lleva a cabo mejores cosas que las que exigen las leyes humanas? ¿Qué presunción pretende atar mediante instituciones a un hombre que es manifiestamente guiado por la inspiración del espíritu divino?

## Concepciones pedagógicas y sociales

En Erasmo ya encontramos ese principio optimista según el cual el hombre recto es suficientemente bueno como para ser dispensado de formas y de reglas fijas. Al igual que en la *Utopía* de Moro y en Rabelais, se observa ya en Erasmo la confianza en que la naturaleza hace nacer al hombre sano y en que puede permanecer así siempre que esté lleno de fe y de devoción.

Las concepciones pedagógicas y sociales de Erasmo se encuentran en esa línea de confianza en la naturaleza y en la aspiración a la sencillez y la razón. En este punto se adelanta considerablemente a su época. Sería interesante hablar más ampliamente de los ideales de Erasmo concernientes a la educación, que prefiguran casi en todos los puntos los del siglo XVIII. El niño debe aprender jugando y a través de imágenes las cosas que agradan a su espíritu. Se debe corregir sus faltas con cariño. A Erasmo le horroriza el maestro de escuela que pega y grita; para él la función de enseñar es sagrada y venerable. La educación debe comenzar desde el nacimiento. A este respecto, al igual que en otros campos, Erasmo atribuye sin duda demasiada importancia al clasicismo: incita a su amigo Pierre Gilles a que inculque a su




Niño leyendo a Cicerón, *por Vincenzo Foppa. Wallace Collection, Londres.*

hijo de dos años los rudimentos de las lenguas antiguas, de modo que pueda saludar a su padre con un encantador balbuceo en griego y en latín. ¡Qué cariño y qué clara sensatez irradia todo lo que Erasmo escribió sobre la enseñanza y la educación!

Lo mismo puede decirse en lo tocante al tema del matrimonio y de la mujer. En cuanto a las relaciones entre los sexos, se coloca deliberadamente del lado femenino. Hay mucha ternura y una gran delicadeza en su modo de concebir la situación de la doncella y de la mujer. En los *Coloquios*, pocas figuras están dibujadas con tanta simpatía como la de la joven con su amante y la de la mujer sabia en su graciosa conversación con el abad. El ideal matrimonial de Erasmo es completamente social e higiénico. Criemos niños para el Estado y para Cristo, dice el enamorado, niños que hereden de sus íntegros padres su buena naturaleza y que puedan ver en casa el buen ejemplo que les servirá de guía. Erasmo insiste constantemente en el deber de la madre de amamantar ella misma a su bebé. Enseña cómo debe ser acondicionada la casa: sencilla y limpiamente; examina el problema

del vestido más adecuado para los niños. ¿Quién, además de él, tomó partido en aquella época por la mujer perdida y por la prostituta por necesidad? ¿Quién comprendió tan claramente el peligro social originado por el matrimonio de los que estaban afectados por la nueva peste europea, la sífilis, hacia la que sentía tanto horror? Desearía que tal matrimonio fuera inmediatamente anulado por el papa. Erasmo no se suma a la fácil teoría social, todavía tan generalizada en la literatura de su tiempo, que imputa a las mujeres toda la culpa del adulterio y del libertinaje. Explica que entre los salvajes que viven en estado natural se castiga el adulterio de los hombres, pero se perdona el de las mujeres.

Se puede observar claramente que, aún exponiéndola en broma, Erasmo está ya familiarizado con la idea de la virtud innata y de la felicidad de los isleños que viven en estado salvaje. Pronto volveremos a encontrar en la obra de Montaigne esa misma idea, desarrollada en los siguientes siglos hasta convertirse en una pieza de antología.

# 13. El espíritu de Erasmo: concepciones intelectuales

Las mayores exigencias de Erasmo son la sencillez, la naturalidad, la pureza y la razón, cualidades que, no menos que en sus concepciones éticas y estéticas, se afirman en su posición intelectual. Ésta, por otra parte, no puede separarse completamente de aquéllas.

## La verdad debe ser sencilla

Según Erasmo, el mundo está sobrecargado de instituciones humanas, de opiniones y de dogmas escolásticos, y también de la autoridad tiránica de las órdenes, todo lo cual conduce al debilitamiento gradual de la fuerza de la doctrina evangélica. La creencia necesita simplificación. ¿Qué dirían los turcos de nuestra escolástica? «Erasmo —le escribió Colet—, nunca acabaremos con los libros y la ciencia. Por eso debemos renunciar a toda desviación e ir directamente a la verdad.»

La verdad debía ser sencilla. «¿No afirma Séneca que el lenguaje de la verdad es sencillo? Pues bien, nada es más sencillo ni más verdadero que Cristo.» «Quisiera —escribe Erasmo en otro lugar— que este Cristo sencillo y puro se grabara profundamente en el espíritu de los hombres, y pienso que el mejor modo de hacerlo es apoyarnos en nuestro conocimiento de las lenguas originales para filosofar en las *propias fuentes*.»

Aquí resuena una nueva voz de mando: ¡Volver a las fuentes! No es sólo una exigencia intelectual o filológica; es también una necesidad ética y estética. ¡Qué encanto tiene lo original y lo puro, lo que todavía no ha sido ahogado bajo una vegetación parásita, lo que no ha pasado aún por una infinidad de manos! Erasmo lo compara con una manzana que uno mismo coge del árbol. Para él la tarea de la teología consiste en recordar al mundo la antigua sencillez de la ciencia, hacerle regresar del cenagal turbio a estas venas purísimas de agua viva, a las fuentes cristalinas de la doctrina evangélica. Aquí la imagen del agua clara no




La philosofia moral del Aristotel: es asaber Ethicas: Polithicas: y Economicas: En Romançe.

carece de significación: revela el contenido psicológico del ardiente principio de Erasmo.

Así, exclama: «¿Cómo es posible que nos entusiasmemos con las particularidades de una infinidad de viejos sistemas filosóficos y no nos preocupemos por volver a las fuentes originales del cristianismo? Ya que esta sabiduría, tan excelente que ha podido confundir la sabiduría del mundo entero, puede extraerse de pocos libros, como de una fuente cristalina y con mucho menos esfuerzo que la sabiduría de Aristóteles, que debe extraerse de tantos libros enrevesados, y con mucho más fruto... El equipaje para este viaje es simple y está al alcance de todos. Esta filosofía es asequible para todo el mundo. Cristo quiere que sus misterios se difundan de la forma más amplia posible. Yo quisiera que todas las buenas mujeres leyeran el Evangelio y las Epístolas de Pablo. ¡Que fueran traducidos a todas las lenguas! Que el labrador entonara sus cantos empujando su arado, que el tejedor tarareara sus sones mientras trabaja, que el viajero acortara su camino con semejantes conversaciones... Esta clase de filosofía se basa más en una disposición del espíritu que en silogismos, es más bien un modo de vida que un punto de vista, una inspiración más que una erudición, una metamorfosis más que una lógica... La filosofía de Cristo, que él mismo llama *Renascentia*, ¿no es acaso volver a honrar a la Naturaleza, perfecta en el momento de la creación? Por último, aunque nadie nos lo enseñó tan completa y eficazmente como Cristo, también en los libros paganos podemos encontrar muchas cosas al respecto.»

## Humanismo bíblico

Tal es la doctrina del humanismo bíblico. Cada vez que Erasmo aborda el tema, su voz resuena con fuerza. En el prefacio de las anotaciones al margen del Nuevo Testamento proclama: «Que nadie maneje esta obra como si se tratara de las *Noctes atticae* de Gellius o de las misceláneas de Policiano... Nos hallamos en el centro de las cosas sagradas; no se trata de elocuencia; estas cosas se recomiendan mejor al mundo mediante la sencillez y la pureza; sería ridículo querer hacer aquí alarde de ciencia humana, e impío jactarse de elocuencia humana.» Sin embargo, jamás fue tan elocuente como en esta ocasión.

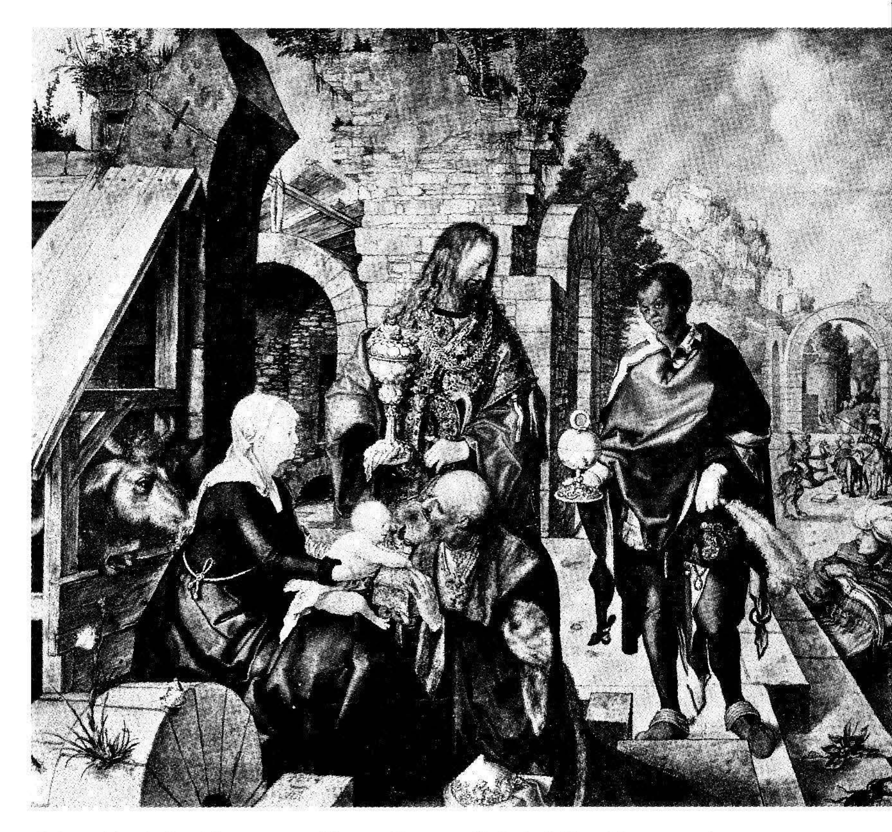
◀ *Portada de la* Filosofía moral *de Aristóteles (1509). Biblioteca Nacional, Madrid.*

En este caso, lo que le eleva por encima de su propia fuerza y ardor habituales es el hecho de que está librando un combate. El combate por el derecho a criticar el texto bíblico. Considera absurdo estudiar las Escrituras en la *Vulgata*, sabiendo que sus textos están desfigurados o mutilados y disponiendo del texto griego que permite redescubrir la forma original y el sentido primitivo.

Le reprochan no atreverse abordar el texto de las Sagradas Escrituras salvo como gramático, apoyándose en errores ínfimos o en la aspereza del estilo. «Estos son, en efecto, detalles, pero a veces los más grandes teólogos tropiezan desagradablemente en estos detalles y hablan a tontas y a locas.» Estas minucias filológicas son necesarias. «¿Por qué somos tan estrictos cuando se trata de nuestra comida, de nuestros vestidos o de nuestros asuntos de dinero, y sólo en las letras sagradas nos molesta esta minuciosidad? Erasmo se rebaja, dicen, ¡se atormenta con palabras y sílabas! ¿Por qué no vamos a darle importancia a la menor palabra de Aquel al que veneramos y adoramos bajo el nombre de Verbo?» «Pero, en fin, todos tienen derecho a creer que soy incapaz de hacer algo mejor y que es por torpeza de entendimiento y por insensibilidad o por falta de conocimientos por lo que he asumido esta tarea secundaria; sin embargo, no por eso es menos cristiano considerar saludable todo trabajo cumplido con celo piadoso.» «Traemos piedras sobre el terreno, pero es para la construcción del templo de Dios.»

No quiere ser intransigente. Que se guarde la *Vulgata* para usarla en los oficios, en el sermón, en la escuela; pero aquel que lea en casa la edición de Erasmo comprenderá mejor la suya. Está dispuesto a justificarse y a reconocer sus errores en cuanto le convenzan de ellos.

Sin duda, Erasmo jamás se dio cuenta de en qué medida su método filológico-crítico hacía tambalearse los cimientos del edificio de la Iglesia. No comprendía a sus adversarios, que «querían creer a toda costa que su autoridad se derrumbaría tan pronto como se dispusiera de los libros sagrados en su forma pura y se tratara de comprenderlos bebiendo en las fuentes originales». Erasmo no llegaba a concebir lo importante que era para una autoridad indiscutible estar vinculada a un libro sagrado. Se alegra del considerable acercamiento a las Escrituras y de que se introduzcan toda clase de matices, de que se tenga en cuenta no sólo lo que en ellas se dice, sino también a aquel que lo dice y a quienes las palabras están destinadas, y también el momento y la ocasión en que fueron pronunciadas, así como lo que las precede y



Adoración de los Magos, *por Alberto Durero. Galería Uffizi, Florencia. Las obras de Erasmo parecían hacer peligrar el dogma cristiano.*

lo que las sigue. En una palabra, de que el temor respetuoso sea sustituido por una actitud de crítica histórico-filológica. Según Erasmo, cuando tropezamos con un pasaje que no se ajusta al carácter divino de Cristo o que parece oponerse a su doctrina, es altamente piadoso crer que no comprendemos el sentido o *que el códice está deformado.* Erasmo pasó imperceptiblemente de la corrección del texto al restablecimiento del contenido. No todas las Epístolas son obra de los apóstoles a quienes se atribuyen. Incluso los evangelistas se equivocaron a veces.

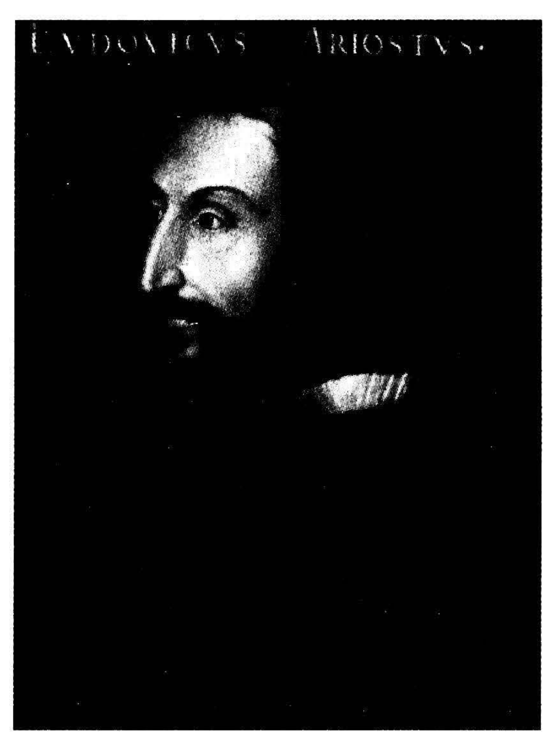
El fundamento de la vida espiritual de Erasmo no era de una sola pieza. Por una parte, existía su ardiente aspiración a una fe sincera, sencilla, pura y fervorosa, su profundo deseo de ser un buen cristiano; por otra, la irresistible necesidad intelectual y es-

tética del buen gusto de los antiguos, de su equilibrio, de su claro y exacto modo de expresión, la aversión por lo confuso y complicado. Erasmo creía que las *bonae literae* podían ser útiles en la imperiosa depuración de la religión y de sus ritos. La cadencia de los himnos religiosos debía ser corregida. Nunca fue consciente de que había algo incompatible entre la expresión cristiana y el clasicismo. El, que pedía a cada autor sus credenciales cuando se trataba de estudios sagrados, seguía reconociendo sin más y casi inconscientemente la autoridad de la Antigüedad. ¡Con qué ingenuidad invocaba la Antigüedad cuando se trataba de defender una empresa audaz! ¿Critica? ¿No lo hacían acaso los antiguos? ¿Se permite digresiones? También los antiguos lo hacían. ¿Alaba con ligereza cosas vituperables? Muchos escritores clásicos lo hicieron antes que él.

Erasmo está en profunda armonía con esa Antigüedad imaginada en función de su convicción de que lo que realmente importa a fin de cuentas es la práctica de la vida. El gran filósofo no es aquel que se sabe de memoria los dogmas de los estoicos y de los peripatéticos, sino el que manifiesta el sentido de la filosofía en su vida y sus costumbres. Tal es, por lo demás, el objetivo de la filosofía. El verdadero teólogo es el que enseña, no mediante sabios silogismos sino con su modo de pensar, su cara y sus ojos, con su vida misma, el desprecio a las riquezas. Vivir según esta regla es lo que el propio Cristo llama *Renascentia.* Erasmo utiliza este término en un sentido exclusivamente cristiano pero esta acepción está muy cerca de la noción que tenemos del Renacimiento como fenómeno histórico. Durante largo tiempo se supervaloraron los aspectos profanos y paganos del Renacimiento. El espíritu del siglo XVI se complacía en las formas paganas, pero el contenido que reclamaba era cristiano. Erasmo es uno de los representantes más perfectos de este espíritu. «*Autorem cum renascentium literarum tum redeuntis pietatis*», dice Capiton alabando a Erasmo. Precisamente en esta sincera unión de la aspiración cristiana con el espíritu de la Antigüedad reside la explicación del formidable éxito de Erasmo.

## El talento de Erasmo

Sin embargo, la sola intención y el contenido del espíritu no influyen en el mundo si el modo de expresarse no contribuye a ello. En el caso de Erasmo, el talento tiene una importancia capital. La perfecta claridad y la soltura de la forma, su vivacidad,



*El poeta Ludovico Ariosto (1474-1533). Colección Gioviana, Florencia.*

su ingenio, su imaginación, su inspiración y su buen humor confirieron a todo lo que escribía un encanto que fue irresistible para sus contemporáneos y que todavía sigue impresionándonos al hojear sus obras. Erasmo, con todos los elementos constitutivos de su talento, es, en todos los sentidos, un representante del Renacimiento. Y lo es, antes que nada, por su perpetuo don de la oportunidad. Lo que escribe nunca es vago o incomprensible, sino siempre plausible. Aparentemente, todo es tan claro como el agua. Es siempre perfecto desde el punto de vista del tono, de la frase y del acento. Consigue casi la suave armonía de Ariosto. Y, al igual que en el caso de Ariosto, lo que escribe no es nunca trágico ni verdaderamente heroico. Resulta arrebatador, sin que él cediera jamás al arrebato.

Las cualidades propiamente artísticas de Erasmo, aun manifestándose en todos sus escritos, se afirman con mayor fuerza en esos dos intermedios intercalados entre sus trabajos más serios: la *Moriae Encomium* y los *Colloquia*. Pero fueron precisa-

mente estas dos obras las que tuvieron una influencia considerable en su época. Mientras que su *San Jerónimo* tuvo sólo unas decenas de lectores y el Nuevo Testamento unos cientos, la *Moriae* y los *Colloquia* tuvieron miles. Además, aumenta su importancia el hecho de que Erasmo nunca y en ninguna parte consiguiera expresarse tan espontáneamente como en ellas; y esto no se refiere únicamente a su forma.

En cada coloquio, incluidos los primeros, que son puramente esquemáticos, se halla el esbozo de una comedia, de un cuento o de una sátira. No hay, por así decirlo, frase sin ironía, ni expresión que carezca de una brillante imaginación. Son de una sutileza inigualada. El abad del *Abbatis et eruditae colloquium* es un personaje de Molière. Consideremos con qué arte presenta Erasmo a sus actores y sus situaciones. Porque los está *viendo*. En *La Parturienta* no se olvida ni por un momento de que Eutrepelus es un artista. Al final del *Juego de la taba*, cuando los interlocutores, después de haber esclarecido toda la nomenclatura del juego latino de la taba, están a punto de comenzar una pequeña partida, Carolus dice: «Pero, primero cerrad la puerta para que la cocinera no nos vea jugando como dos niños.»

## El gusto por el detalle

Del mismo modo que Holbein ilustró la *Moria*, hubiera sido deseable que Bruegel ilustrase los *Colloquia*, porque Erasmo tiene de cada situación una visión graciosa y aguda, muy cercana a la de este gran maestro. El cortejo de borrachos del domingo de Ramos, el salvamento de los náufragos, los ancianos que esperan en la diligencia mientras los conductores están aún bebiendo, todo ello encaja con la mejor pintura de costumbres holandesa.

Se habla normalmente del realismo del Renacimiento. En efecto, Erasmo es un realista en el sentido de que se siente impulsado por una inextinguible sed de conocer la realidad. Quiere conocer las cosas y sus nombres, las particularidades de cada cosa, aunque éstas se encuentren olvidadas en el pasado, como los términos y las reglas del juego de los romanos. Léase con atención la descripción de la pintura del pabellón de *Convivium religiosum*: todo es información positiva y una precisa restitución de las formas de la realidad.

El Renacimiento, con el placer que encuentra en la materia y en la palabra flexible y dúctil, se complace en una profusión de



*La* Sibila de Delfos, *por Miguel Angel. Capilla Sixtina, Ciudad del Vaticano. El realismo renacentista era una constante en todas las manifestaciones artísticas.*

imágenes y de expresiones. También en la obra de Erasmo encontramos esas imponentes listas de nombres y de cosas tan frecuentes en la obra de Rabelais, pero en Erasmo son claras y razonables, y carecen de la desconcertante exuberancia del autor francés. En *De Copia verborum ac rerum* se suceden una tras otra pequeñas obras maestras de variaciones de una misma expresión; por ejemplo, cincuenta maneras de decir: me alegró mucho vuestra carta, o: creo que va a llover. En este caso, el impulso estético es el de las variaciones sobre un mismo tema: la

necesidad de hacer gala de toda la riqueza y de todas las posibilidades de la expresión. También en otros lugares se rinde Erasmo a esa inclinación que le incita a acumular los tesoros de su inteligencia; tanto él como sus contemporáneos jamás pueden abstenerse de alinear todos los ejemplos en lugar de dar uno solo: en la *Ratio verae theologiae*, en el *De Pronuntiatione*, en la *Lingua* o en el *Ecclesiastes*. Los libros de los *Adagia*, de las *Parabolae* y de los *Apophthegmata* se basan totalmente en la necesidad del Renacimiento (heredada, por lo demás, de la Edad Media) de hartarse con el tesoro de las realidades y de embriagarse con la voluptuosidad de las palabras y de las cosas.

Los sentidos son aptos para la observación minuciosa de todo lo que parece ser importante. El apetito del Renacimiento por los tesoros del mundo no es interiorizado por Erasmo como una necesidad de escrutar los secretos de la naturaleza, como les sucede a Leonardo da Vinci, a Paracelso o a Vesalio. No es muy profundo su interés por las ciencias naturales. Lo que le apasiona realmente es el mundo tal y como se ve. Y su vista es muy aguda para observar las particularidades de la moral y de las costumbres de las naciones. Registra y aprovecha la manera de simular cojera de los soldados suizos, la forma de sentarse de los dandis, la de pronunciar el francés de los picardos. Observa que en los cuadros antiguos los ojos de las figuras están siempre semicerrados y los labios cerrados, como signo de respetabilidad, y apunta que algunos españoles siguen ateniéndose a esa expresión de la cara, mientras que el arte alemán prefiere los labios que se fruncen como para dar un beso. Su agudo sentido de la anécdota, al que da libre curso en todos sus escritos, tiene su origen en esta afición a lo concreto.

## Un realismo velado

A pesar de este sentimiento de la realidad, el mundo que Erasmo ve y representa no es enteramente el siglo XVI. Todo está cubierto por el latín como por un velo. Entre el espíritu del autor y la realidad se filtró el antiguo modo de expresarse. En el fondo, su universo intelectual es artificial. La realidad que nos ofrece del siglo XVI es una visión amortiguada y limitada. Le falta, junto a la tosquedad de su época, todo lo que hay de violento o directo en ella. En comparación con los pintores, con Lutero y con Calvino, con los estadistas, los navegantes, los guerreros y los científicos, Erasmo parece haber adoptado una actitud llena de re-



*Virgen del* Políptico del Cordero Místico, *por Van Eyck. Catedral de Gante.*

servas frente al mundo. ¿Se debe únicamente a la influencia del latín? Erasmo, a pesar de su gran receptividad y sensibilidad, nunca está en pleno contacto con la vida. A lo largo de toda su obra no se oye cantar a ningún pájaro, ni susurrar el más mínimo soplo de viento.

No obstante, esta reserva, esta timidez frente a lo inmediato, no es solamente una cualidad negativa, sino que se debe también a la conciencia del carácter impenetrable de la esencia de las cosas y al respeto por la ambigüedad de todo lo que existe. El hecho de que Erasmo pareciera moverse continuamente en la frontera de la seriedad y de la burla, y de que casi nunca formulara conclusiones definitivas, no se debe sólo a la circunspección y al temor a comprometerse. Ve por todas partes los matices, el desmoronamiento del sentido de las palabras. Los vocablos que designan las cosas no le parecen, como al hombre medieval, cristales engastados en oro o estrellas clavadas en el firmamento. «Me gustan tan poco las afirmaciones categóricas que de buen grado me pondría del lado de los escépticos, siempre y cuando

la autoridad inviolable de las Escrituras y los decretos de la Iglesia lo permitieran.» «¿Existe algo que esté exento de error?» Todas las sutiles disputas de la meditación teológica se deben a una peligrosa curiosidad y conducen a una temeridad impía. ¿Para qué han servido las grandes controversias relativas a la Trinidad y a la Virgen? «Hemos definido demasiadas cosas que hubiéramos podido ignorar o pasar por alto sin poner en peligro nuestra salvación... Nuestra religión es esencialmente paz y concordia. Pero éstas no podrán existir mientras no nos resignemos a definir la menor cantidad posible de puntos y no dejemos a cada uno su libre juicio en muchas cosas. Ahora se ha aplazado una gran cantidad de cuestiones hasta el concilio ecuménico. Sería mucho mejor aplazarlas hasta el momento en que el espejo y el enigma sean descubiertos y veamos a Dios cara a cara.»

«En los estudios sagrados hay partes inaccesibles; Dios no quiso que nos acercáramos a ellas y, si tratamos de penetrarlas, a medida que avanzamos andamos cada vez más a tientas en las tinieblas, lo que permite reconocer tanto la impenetrable majestad de la sabiduría divina como la imperfección de la inteligencia humana.»

# 14. El perfil interior

El vigoroso pensamiento de Erasmo tuvo profundas repercusiones en el corazón de sus contemporáneos y ha ejercido una prolongada influencia en el desarrollo de la civilización. No obstante, no es posible incluirle entre los héroes de la historia. Que no haya sido mayor su grandeza tal vez se deba, en parte, a que su carácter no estaba en absoluto a la altura de su inteligencia.

Sin embargo, este carácter —enormemente complejo, aunque él se considerase el hombre más sencillo del mundo— estaba definido por los mismos rasgos que determinaban la estructura de su pensamiento. Se observa regularmente una coherencia entre sus convicciones y sus inclinaciones.

Para comenzar por lo más fácil, en el fondo de su carácter se encontraba la misma necesidad imperiosa de pureza que le empujaba hacia las fuentes de la ciencia sagrada. Exigía siempre, tanto de él como de los demás, la pureza en lo material y en lo moral. Nada le escandalizaba más que las prácticas de aquellos que vendían vino adulterado o estafaban en los alimentos. Esa necesidad de depurar constantemente su lenguaje y su estilo o de defenderse cuando le acusaban de haber cometido alguna falta, obedecía al mismo impulso que le llevaba a desear apasionadamente la pureza y la limpieza tanto de la casa como del cuerpo. Sentía una violenta repulsión ante los ambientes impuros y los malos olores; se desviaba regularmente para evitar una callejuela apestosa; las carnicerías y las pescaderías le revolvían el estómago; estaba convencido de que el mal olor favorecía el contagio de las enfermedades. Erasmo tuvo, mucho antes que la mayoría de sus contemporáneos, la certeza del peligro de infección que existía en el aire viciado de las tabernas atestadas de gente, en el aliento de los penitentes en los confesionarios o en el agua bendita. Recomendaba la supresión de los cálices colectivos; aconsejaba que cada uno se afeitase él mismo, que se vigilara la limpieza de las sábanas y que se evitara el beso al saludar. Este deseo de limpieza se había visto reforzado en Erasmo por el temor a la gran epidemia que se abatió sobre la Europa de su época y al conta-



Teatro en la feria, *por Pieter Bruegel. Museo del Ermitage, Leningrado. Erasmo sentía terror por los ambientes impuros de los lugares atestados de gente.*

gio de la que llama generalmente *scabies gallica*. Opinaba, con razón, que no se hacía todo lo posible para preservarse de ella. Ponía en guardia a sus criados contra las fondas sospechosas; exigía disposiciones para impedir el matrimonio de los ya contagiados. De su indigno comportamiento con Hutten tuvo la culpa, entre otras cosas, su asco físico y moral hacia el mal que éste padecía.

Erasmo era un hombre delicado en todos los aspectos. Su cuerpo le obligaba a serlo. Era especialmente sensible a los resfriados, esa «enfermedad de los sabios» como él la llamaba. Sufrió desde muy temprano los dolorosos cálculos renales, pero los resistía valientemente cuando había que terminar un trabajo. Hablaba siempre con cierta ternura de su pequeño cuerpo que no soportaba el ayuno y que tenía que mantener en forma con un poco de ejercicio físico, por ejemplo, la equitación, para lo cual trataba de elegir cuidadosamente el clima apropiado. A veces se extiende ampliamente en la descripción de sus males: debe ser muy prudente en cuanto al sueño, porque una vez despierto, le resulta muy difícil volver a dormirse, lo que muchas veces le hace perder toda la mañana, esas horas propicias al trabajo y tan que-




*Retrato de Erasmo, por Hans Holbein el Joven (1523). National Gallery, Londres. El pintor ha sabido captar magistralmente el aspecto delicado y sensible del humanista roterodamense.*



*Detalle de la portada del* Methodus medendi *de Galeno, traducido por Thomas Linacre en 1530. Facultad de Medicina, París.*

ridas para él; no soporta el frío, ni el viento, ni la niebla, pero menos aún las habitaciones demasiado calientes. ¡Cómo maldijo las estufas alemanas, que se dejaban encendidas durante casi todo el año y que hicieron casi intolerable su estancia en aquel país! Ya hablamos de su temor a las enfermedades. No huía solamente de la peste. Por temor a resfriarse renunció a un viaje desde Lovaina a Amberes, donde su amigo Pierre Gilles, afligido por un duelo, necesitaba de su consuelo. No ignoraba que «muchas veces, una buena parte de la enfermedad se debe a la imaginación»; sin embargo, esta imaginación no le dejaba en paz. Cuando estuvo gravemente enfermo, no temió la muerte.

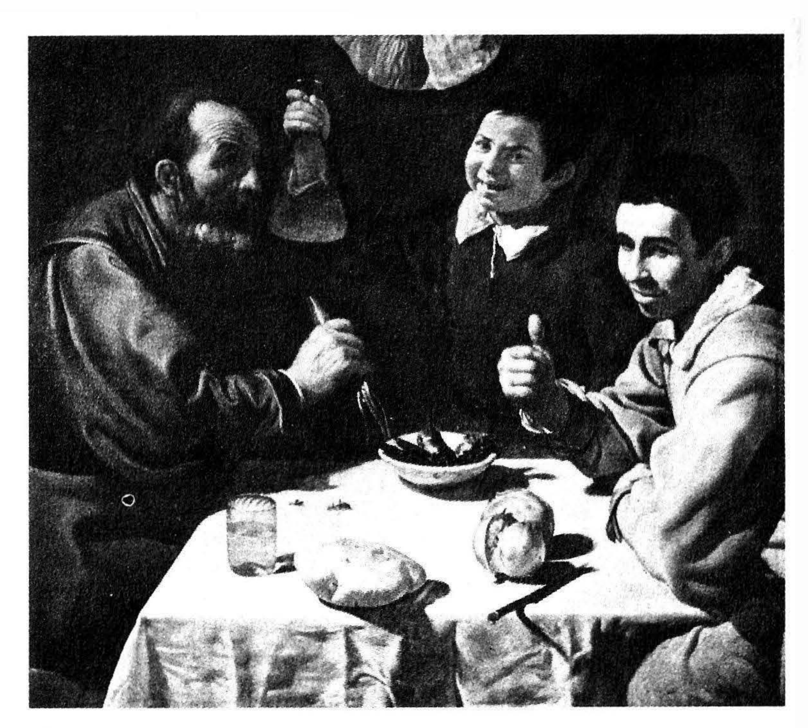
Su higiene se basaba en la sobriedad, la limpieza y el aire libre, este último con moderación. Pensaba que la proximidad del mar era nociva y temía a las corrientes de aire. Cuando su amigo Gilles estuvo enfermo, le dio consejos como éstos: no tomes medicamentos en exceso, quédate tranquilo y, sobre todo, no te pongas furioso. Aunque entre sus obras figura un *Elogio de la Medicina*, no es muy partidario de los médicos y los critica más de una vez en los *Coloquios*.

También en su físico había rasgos que revelaban su delicadeza. Era de estatura media, bien proporcionado, de piel blanca, cabellos rubios, ojos azules y rostro vivo, y poseía un hablar bien articulado, aunque su voz era tenue.

## Una gran necesidad de amistad

En cuanto al corazón y los sentimientos, la delicadeza de Erasmo se manifestaba en su gran necesidad de amistad y de concordia, en su aversión a las desavenencias. Valora por encima de todo la paz y la unanimidad, y confiesa que sus actos están siempre guiados por éstas. Si ello fuera posible, le gustaría contar a todos los mortales entre sus amigos. «A nadie excluiría voluntariamente de la amistad», declara Erasmo. Aunque a veces se mostró caprichoso y exigente con aquellos a quienes quería, fue verdaderamente un gran amigo. Lo atestiguan todos cuantos mantuvieron siempre su amistad y aquellos a los que siempre supo reconquistar después de un alejamiento momentáneo: Moro, Pierre Gilles, Fisher, Ammonius, Budé y los otros, demasiado numerosos como para poder enumerarlos aquí. «Era extremadamente constante con sus amistades», como afirma elogiosamente Beatus Rhenanus, cuyo afecto por Erasmo constituye una de las mejores pruebas de las sólidas amistades que éste sabía inspirar.

En el fondo de este interés por la amistad existía una necesidad grande y sincera de afecto,[23] que, cuando Erasmo vivía en el convento, se manifestó en una efusión de simpatía casi femenina por Servatius. Pero, al mismo tiempo, era una serenidad moral lo que le inducía a comportarse así: una repulsa por todo lo que molestaba, por todo lo que perturbaba y sembraba discordia. Según sus propias palabras, fue «cierto sentido innato y secreto» lo que hizo que detestara la lucha. Estar reñido con alguien le resultaba insoportable. Confesaba que siempre había deseado no verse en la necesidad de tener que mojar su pluma en sangre, de atacar o de provocar a nadie, ni siquiera cuando era atacado. Pero sus adversarios no pensaban igual que él, y en la última parte de su carrera se vio implicado muy a menudo en amargas polémicas con Lefèvre d'Étaples, Lee, Egmondanus, Noël Béda, Hutten, Lutero y otros. Al principio se percibe aún que sufría con ello, que la discordia le hería tanto que no podía soportar el dolor en silencio. «Volvamos a ser amigos», propone a Lefèvre, que se obstina en no contestar. Consideraba que el tiempo que dedicó a sus obras de polémica fue un tiempo perdido. «Me siento cada día más lento —escribe en 1520—, no tanto por efecto de la edad sino más bien por la agobiante labor de mis estudios, y menos por el trabajo mismo, en sí agradable, que por la irritación que me causan las disputas.» ¡Y cuántos combates tenía todavía por delante!



El almuerzo, *por Diego de Silva Velázquez. Museo del Ermitage, Leningrado. Erasmo puso serios reparos al ayuno y la abstinencia impuestos por la Iglesia.*

¡Ah! ¡Si Erasmo se hubiera preocupado un poco menos de la opinión de la gente! Pero le era imposible, tal vez por respeto humano o por una profunda necesidad de justificarse. Siempre prevé, y las más de las veces exageradamente, el efecto que sus palabras o sus actos producirán en la gente. Un día manifestó que el deseo de gloria suponía un aguijón menos fuerte que el temor a la injuria. Con ello se refería seguramente a sí mismo. Erasmo, al igual que Rousseau, era un hombre incapaz de vivir con el sentimiento de una deuda, a causa de cierta pureza moral. Si no puede devolver con creces un servicio, siente vergüenza y tristeza. No puede «soportar a un acreedor que le acucia, ni un deber no cumplido ni el desamparo desatendido de un amigo». Si no está en condiciones de pagar él mismo la deuda, la hace desaparecer a través de un razonamiento. Fruin ha observado con razón: «Cuando Erasmo hace algo que está en contradicción con su deber y su interés bien entendido, lo atribuye a las circunstancias o a un mal consejo; él nunca tiene la culpa.»

Y aquello que podía justificar su propia forma de actuar se convertía para él en una ley general: «Dios releva a los hombres de los votos perniciosos con tal que se arrepientan de ellos», afirmó después de romper él mismo un voto.

Se descubre en Erasmo un peligroso fenómeno de ósmosis entre sus inclinaciones y sus convicciones. Es innegable la relación existente entre su idiosincrasia y sus doctrinas. Esto es particularmente cierto por lo que respecta a su punto de vista sobre el ayuno y la abstinencia de carne. Manifiesta demasiadas veces su disgusto por el pescado y su irritación cuando la comida tarda en llegar, para que dicha relación no se haga evidente. Asimismo, su experiencia personal en el convento se transforma en un desprecio de principio por la vida monástica.

También la metamorfosis antes mencionada que sufre en su recuerdo la imagen de su juventud proviene de esta necesidad de justificarse. Todo se explica así: interpreta inconscientemente



*El papa y algunos monjes caricaturizados en un grabado alemán de la época de la Reforma. Biblioteca del Museo de Artes Decorativas, París.*

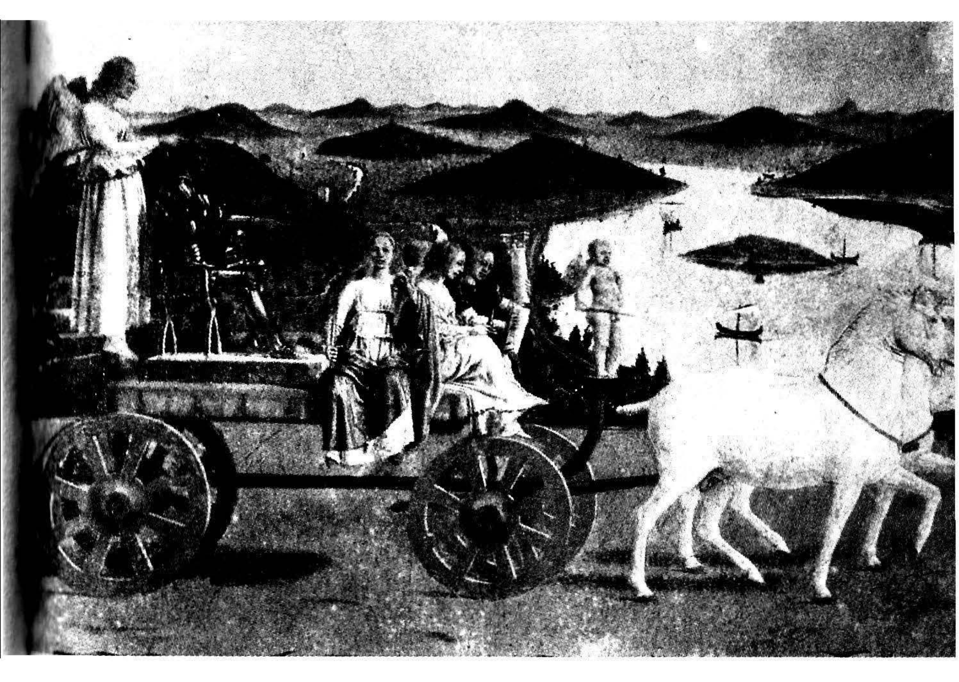
hechos irrecusables conforme al retrato ideal que se hizo Erasmo de sí mismo y al que cree responder muy sinceramente. Los principales rasgos de esta imagen son: una sinceridad sencilla y sorprendente a la vez, que le hace incapaz de fingir; una inexperiencia e indolencia en las cosas corrientes de la vida y una total falta de ambición. Todo esto parece verdad a primera vista: existe efectivamente un Erasmo superficial que responde a este retrato, pero éste no es todo Erasmo. Existe otro, más profundo, que es casi lo contrario de todo eso y que ni siquiera él conoce porque no quiere conocerlo. Tal vez porque detrás de éste se ocultaba un ser todavía más profundo que era realmente bueno.

## Insatisfacción personal

¿No reconoce, pues, ninguna falta? Sí, desde luego. A pesar de que se cuida mucho, siempre está insatisfecho de sí mismo y de su obra. «*Ad vitium usque putidulus*», dice de sí mismo; es decir, que teniendo una opinión mediocre de su persona, es exageradamente crítico consigo mismo y demasiado escrupuloso. Es este rasgo característico de Erasmo el que le impide declararse satisfecho de sus libros, hasta el punto de que, una vez publicados, continúa corrigiéndolos, completándolos y puliéndolos de una forma que raya en la nimiedad y la mezquindad. Erasmo habla a Colet, como lo hizo antes a Servatius, de su *animus pusillus*. Pero no puede evitar la tentación de apuntarse un punto a su favor reconociendo él mismo este carácter suyo; es decir, quiere hacer de este mismo carácter una virtud. Esto es modestia, lo contrario de la vanagloria y del amor propio.

Debido a esa vergüenza de sí mismo también le disgusta su fisonomía y, si creemos lo que él mismo dijo, ésta es la razón de que les resultara tan difícil a sus amigos convencerle de que se dejara pintar un retrato. No se deja engañar por un pintor que le adula. «¡Oh! —exclama al ver el pequeño dibujo que Holbein le había hecho para la *Moria* —, si Erasmo tuviera aún ese semblante, se casaría en seguida.» Es este rasgo básico de insatisfacción el que le inspira una leyenda para sus retratos: «Sus escritos os darían de él una mejor imagen.»

Sus manifestaciones de modestia y de desdén hacia la gloria que alcanzó obedecen, por una parte, a una costumbre general en este sentido de los humanistas; pero, por otra, expresan su más profunda convicción, lo cual no excluye, sin embargo, en absoluto el hecho de que gozara de esta gloria y de que se consi-



Triunfo de Federico Montefieltro, *por Piero della Francesca. Galería Uffizi, Florencia. El hombre renacentista buscaba el triunfo personal por todos los medios. Su meta, confesada o no, era alcanzar la gloria.*

derara digno de ella. En su opinión, sus libros, a los que él llama «sus hijos», no estaban bien construidos y no cree que vayan a perdurar. No da ningún valor a sus cartas, que publica sólo a instancias de sus amigos. Sus poemas los compone sólo para probar una nueva pluma. Está convencido de que pronto surgirán otras lumbreras que le eclipsarán, haciéndolo pasar por un charlatán. ¿Qué es la gloria? Una supervivencia pagana que le tiene harto y nada desearía tanto como deshacerse de ella.

Con todo, a veces se le escapan otros acentos. Erasmo aseguró a Lee en su primera entrevista que si le ayudaba en sus trabajos, él le haría inmortal. Y amenaza a un detractor desconocido con estas palabras: «Si seguís atacando mi buen nombre con tal insolencia, temed que pierda a mi vez mi amabilidad y obre de modo que dentro de mil años seáis catalogado de calumniador venenoso, de bravucón fanfarrón, de charlatán...»

A medida que Erasmo se convertía efectivamente en uno de los focos del pensamiento y de la cultura, necesariamente se

fortalecía también su carácter egocéntrico. Llegó un tiempo en que debió de parecerle que el mundo giraba a su alrededor, esperando de él la palabra libertadora. ¡Qué amplia y entusiasta era su clientela, qué multitud de afectuosos amigos y de admiradores tenía! Hay cierta ingenuidad en él cuando cree que debe obsequiar a todos sus amigos con una carta abierta en la que relata, hasta en sus más mínimos y poco agradables detalles, la enfermedad que le había aquejado durante su viaje de vuelta desde Basilea a Lovaina. Acaba considerando los acontecimientos mundiales desde el punto de vista de *su* papel, de *su* posición, de *su* nombre. Desde hacía años su enorme correspondencia no era otra cosa que una larga apología.

## Soledad de corazón

Este hombre que tiene tantos amigos, queda, sin embargo, solo en su corazón. Y, en lo más recóndito de este corazón, quiere estar solo. «Deseo ser un ciudadano del mundo— escribe a Zwinglio—, común para todos, o más bien, un extranjero para todos.» Erasmo es un hombre que se defiende, que se retrae. «Siempre he querido estar solo y nada odio tanto como los defensores jurados.» Erasmo se cuenta entre aquellos a los que debilita el combate con los hombres. Cuanto menos debe dirigirse a los demás, sean amigos o enemigos, y guiarse por ellos, tanto más pura es la expresión del fondo de su alma. El contacto con determinadas personas provoca siempre en él pequeñas inquietudes, amabilidades intencionadas, coqueteos, omisiones, reservas, jugarretas, respuestas evasivas. Por lo tanto, es un error creer que a través de su correspondencia se le puede conocer a fondo y completamente. Aquellos que tienen el carácter de Erasmo y a los que desconcierta todo contacto con la gente, ofrecen lo mejor y lo más profundo de ellos mismos cuando hablan impersonalmente, para todos.

Después de las efusiones de simpatía sentimental de su juventud, Erasmo no volverá a experimentar la verdadera abnegación. En el fondo se siente separado de todos, y se pone en guardia frente a todo el mundo. Tiene mucho miedo de que alteren su alma o turben la imagen que se ha hecho de sí mismo. Esta actitud de defensa se afirma bajo apariencias de orgullo y de pudor. Budé lo veía con claridad cuando exclama, bromeando: «¡Fastidiosule! ¡Oh tú, que haces remilgos!» El propio Erasmo define el rasgo dominante de su carácter como un pudor virginal.

De ahí que sea particularmente sensible a la mancha que oscurecía su nacimiento. Pero su amigo Ammonius llama a esto *subrustica verecundia*, una timidez algo campesina. En efecto, hay a veces en Erasmo algo del hombre común, al que le es difícil soportar la grandeza y el prestigio porque los sospecha hostiles a su naturaleza. Rehuye a los grandes, pero éstos, sin embargo, no dejan de obsesionarle.

Sería exagerado sin duda decir que Erasmo carecía de verdadera lealtad y de sincera gratitud. En los temperamentos semejantes a él, un calambre moral impide la efusión de los sentimientos. Acepta el adagio: «Amad como si debierais odiar un día, y odiad como si debierais sin duda amar un día.» Erasmo no sabe pedir ni soporta los favores. En lo más profundo de su alma hay una perpetua defensa frente a todo el mundo. Considerándose como modelo de sencillo candor, en realidad desconfía en extremo de todos sus amigos. Ni siquiera escapa a ello Ammonius, el amigo desaparecido que le apoyó con tanto celo en las más delicadas circunstancias. «Sois siempre injustamente desconfiado conmigo», se queja Budé. «¡Cómo!— contesta Erasmo—. Difícilmente hallaríais otro que sea tan poco desconfiado como yo en la amistad.»

## Una desconfianza enfermiza

A partir del momento en que Erasmo se da cuenta de que, en efecto, las miradas del mundo siguen constantemente sus palabras y a sus actos, tiene cierta razón para creerse espiado y acechado. Pero ya en sus años de París, cuando era todavía un literato desconocido, se podían descubrir en él regularmente las huellas de la sospecha, rayando en delirios de persecución. En el último periodo de su vida, esta obsesión se centró particularmente en dos enemigos suyos: Eppendorf y Aleandro. Cree que los espías de Eppendorf husmean en todas partes la correspondencia que mantiene con sus amigos, que Aleandro incita continuamente a todos a vencerle y que donde puede le tiende trampas. La manera de interpretar los actos de sus adversarios acusa todos los aspectos de su ingeniosidad egocéntrica, que ya sobrepasa el límite de un pensamiento perfectamente sano. Erasmo piensa que el mundo está lleno de calumnias y de trampas destinadas a él: cree que casi todos los que fueron antes sus mejores amigos han pasado a ser sus más encarnizados detractores, que sus lenguas envenenadas le acusan en las conversaciones,



*Retrato de Jerónimo Aleandro, según un grabado de Agostino dei Musi (1536).*

en los confesionarios, en la prédica, en los colegios, en la corte, en los carruajes y en los barcos. Los enemigos de menor envergadura, como parásitos molestos, le provocan un cansancio vital o le traen la muerte a fuerza de insomnio. Erasmo compara sus tormentos con el martirio de San Sebastián, atravesado por una infinidad de flechas. Pero el suyo es peor, porque sus sufrimientos son interminables. Desde hace ya varios años muere cada día de mil muertes y se siente solitario, porque a sus amigos, si es que los tiene, les corroe la envidia.

Ha estigmatizado sin moderación la tacañería de toda la retahíla de sus protectores. Una sola vez descubre que ha brotado en él una corriente subterránea de repulsa y de odio que no habría sospechado. ¿Dónde había conocido cosas mejores que en Inglaterra? ¿De qué otro país hablaba siempre con tanto elogio? Pero, bruscamente, se le escapa una acusación amarga e injustificada: Inglaterra había sido la causa de que rompiera sus votos monásticos, «y no hay otra cosa por la que más odie a Bretaña, aunque siempre me resultó repugnante».

Rara vez se abandona Erasmo de esta manera. De vez en cuando se muestra algo avieso con un amigo o con un enemigo, pero estos enojos la mayoría de las veces son de índole poética.

Al examinar los aspectos menos atractivos de Erasmo conviene tener presente dos cosas. En primer lugar, no debemos aplicarle nuestros propios criterios acerca de la delicadeza y la suavidad. Comparado con la mayoría de sus contemporáneos y, particularmente, con los humanistas, Erasmo es moderado, reservado, benévolo y fino. Y, además, tenemos que tener en cuenta que no hemos oído el tono de sus palabras, ni hemos visto su sonrisa.

Erasmo jamás se sintió feliz o contento. A primera vista, esto puede asombrarnos, teniendo en cuenta su alegre e infatigable energía, sus divertidas burlas y su humor. Pero si se piensa bien, este sentimiento de su desdicha concuerda en todo con su carácter, siendo una manifestación más de su actitud general de defensa. Aun cuando está muy animado, *in high spirits*, se considera desdichado en todos los aspectos. Valiéndose de hermosos vocablos griegos se autocalifica como el más desdichado de los hombres, el tres veces miserable Erasmo. Contempla su vida como una Ilíada de catástrofes, una cadena de calamidades. «¿Cómo puede alguien envidiarme?» A nadie testimonió la Fortuna tan constante enemistad como a él. Ella ha jurado su perdición, cantó Erasmo ya en una lamentación poética dirigida a Gaguin: desde que salió del seno de su madre, no ha cesado de verse perseguido por la misma suerte triste y dura. La caja de Pandora parece haber sido derramada toda entera sobre su cabeza. Esto, sin duda, no carece de cierto rasgo de ingenio; no obstante, Erasmo habla demasiadas veces de su desgracia como para creer que sus discursos siempre hayan sido acompañados de una maliciosa sonrisa.

## «Nos arrastra el destino»

Este sentimiento de desgracia se presenta especialmente bajo la forma de una funesta constelación que le habría impuesto un trabajo de Hércules sin ganancias ni satisfacciones personales,[24] y muy al contrario, colmado de penalidades y dificultades interminables. Piensa que habría podido llevar una vida mucho más fácil si se hubiera dejado guiar mejor por su propio interés en diferentes circunstancias; que no hubiera debido abandonar jamás Italia; que hubiera debido quedarse en Inglaterra. ¿Por qué



Fortuna y Ocasión, *obra de un maestro anónimo perteneciente a la escuela de Andrea Mantegna. Palacio Ducal, Mantua.*

no se estableció en Francia? Jamás hubiera debido pisar tierra alemana. «Pero un amor demesurado de la libertad me ha llevado a luchar durante largo tiempo contra los amigos infieles y contra una pertinaz pobreza.» En otro lugar se muestra más resignado: «Pero nos arrastra el destino.»

Su destino era ese sentido desmesurado de la libertad. Había buscado siempre el descanso y la libertad; al primero no lo halló nunca y la segunda sólo la alcanzó en el ocaso de su vida. Evitaba sobre todo comprometerse, asumir obligaciones que podían llegar a encadenarle, guiado siempre por ese temor a las complicaciones de la vida. Jamás estuvo realmente satisfecho de nada, y menos aún de lo realizado por él mismo. «¿Por qué nos colmáis, pues, de tal cantidad de libros— le preguntó alguien en Lovaina— si no aprobáis verdaderamente ninguno de ellos?» Erasmo respondió con las palabras de Horacio: «En primer lugar, porque no puedo dormir.»

Se trata de una energía que no conoce el sueño. Erasmo es incapaz de descansar. Aún mareado y preocupado por sus maletas, ya está pensando en cómo responder a la carta que acababa de recibir de Van Dorp contra la *Moria*. Hay que tener presente que, a pesar de su naturaleza ávida de descanso, tímida, proclive a la comodidad, obsesionada por la limpieza y apasionada por la buena comida, Erasmo emprende, uno tras otro, viajes penosos y peligrosos, incluidos aquellos viajes marítimos que le resultaban tan odiosos, únicamente en beneficio de su obra. En esto dio pruebas de valor, y de este valor no se jactó jamás.

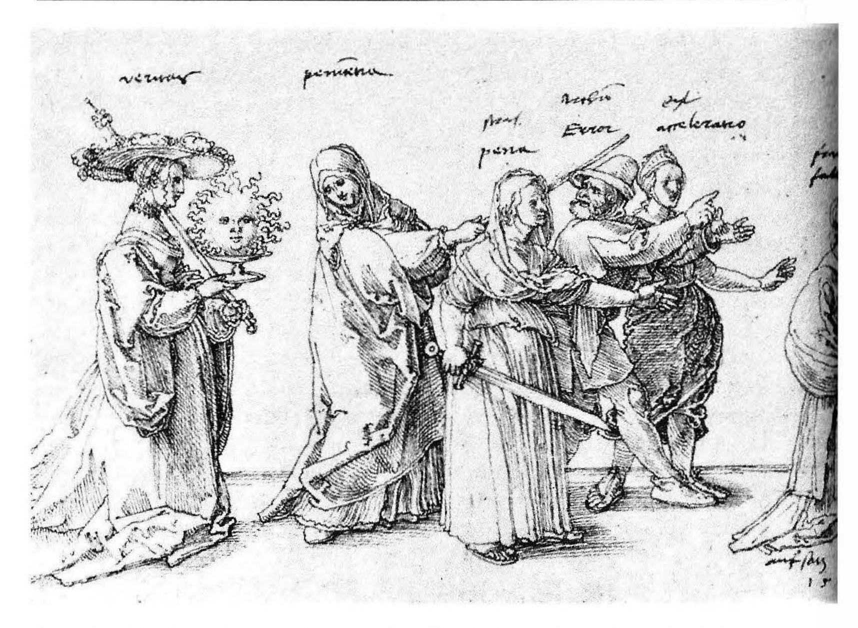
No sólo es infatigable, sino que también siempre tiene prisa. Ayudado por una memoria incomparablemente tenaz y amplia, escribe de una sola vez. No cae jamás en anacolutos —sus aptitudes son finas y demasiado seguras—, pero sí en repeticiones y exposiciones superfluas. «Expulso todo ya antes de escribirlo», dice Erasmo, comparando sus publicaciones con alumbramientos, es más, con partos prematuros; «no puedo soportar la carga del embarazo». No elige sus temas, se lanza sobre ellos y, una vez que emprende algo, lo acaba rápidamente. Desde hace varios años sólo lee *tumultuarie*, recorriendo rápidamente todos los autores; ya no tiene tiempo de refrescar verdaderamente su espíritu a través de la lectura ni de trabajar con placer. Envidia a Budé.

Moro le advierte: «No publiques demasiado deprisa, están esperando para cogerte en falta.» Erasmo lo sabe bien: como siempre, vuelve a corregir, revisar y completarlo todo. Odia este trabajo de control y de corrección, pero se resigna con incansable perseverancia; trabaja apasionadamente y en ocho meses, según cuenta, acaba con el trabajo de seis años.

## Una incesante actividad

Una de las contradicciones no superadas de su naturaleza reside en la temeridad y la prisa con que trabaja. Erasmo *quiere* ser circunspecto y prudente, y *es* expeditivo y distraído. La primera obligación se la impone su temperamento, y sin embargo, su espíritu le fuerza, y las palabras brotan de su pluma y se imprimen antes de que las haya pensado. El resultado es una perpetua mezcla de palabrería no reflexionada y de reserva.

El modo en que Erasmo trata de reservarse siempre una puerta de salida no deja de ser irritante. Se preocupa por presentar a la menor ocasión sus *Coloquios*, en los que reveló es-



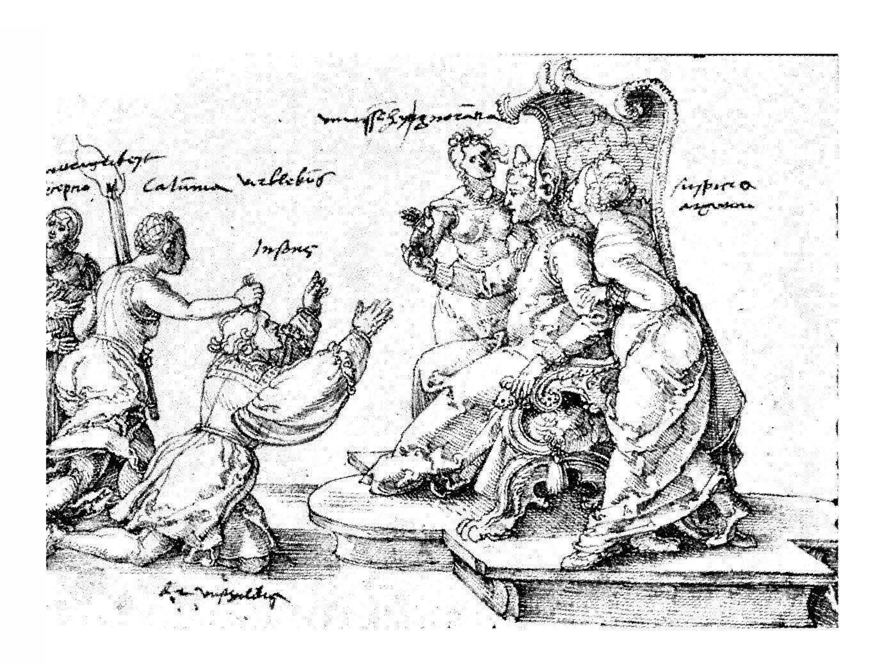
La calumnia de Apeles, *por Durero. Graphische Sammlung Albertina, Viena.*

pontáneamente una parte tan grande de sus más íntimas convicciones, como si fueran puras niñerías redactadas en honor a sus amigos. Según él, no tendrían otra finalidad que la de ¡enseñar bien el latín! Y si en ellos se dice algo relacionado con la religión, «no soy yo, por supuesto quien lo dice». Cada vez que en los *Adagios* critica a ciertas clases sociales o dignidades, sobre todo a los príncipes, advierte al lector que no debe ver en ello un ataque contra una persona determinada.

Erasmo era un maestro de la restricción mental. Aun cuando su punto de vista era firme, sabía evitar las decisiones categóricas. Pero no lo hacía únicamente por prudencia. Su reserva no se basa exclusivamente en el temor, sino que se debe más bien a la esencia de su carácter, porque en todos los problemas del espíritu humano veía una eterna ambigüedad.

## Horror a la mentira

Erasmo se atribuye una excepcional aversión por la mentira. Sostiene que sólo de ver a un mentiroso enferma físicamente.



Ya de joven odiaba violentamente a los muchachos mentirosos, y por lo tanto, también al joven fanfarrón que pone en escena en los *Coloquios*. No contradice la sinceridad de esta reacción de repulsa el hecho de que sorprendamos al propio Erasmo en mentiras flagrantes. En sus cartas descubrimos inconsecuencias, lisonjas, pequeñas malicias, mentiras piadosas, omisiones inquietantes, sentimientos simulados de aprecio o de duelo. Ha vendido su alma por una propina de Ana de Borselen, adulando su beatería. Pidió a Battus, su mejor amigo, que mintiera en su favor. Temiendo las consecuencias, negó fervientemente la paternidad del *Diálogo de Julio*, incluso delante de Moro, pero arreglándoselas para no decir claramente: no lo he escrito. Los que conocen a los demás humanistas y saben cuánto y con qué desvergüenza mentían, juzgarán sin duda con más indulgencia las faltas de Erasmo.

Por lo demás, en su vida no pudo eludir el castigo por su eterna reserva, por su maestría en difundir semiconclusiones y verdades veladas, sospechas e insinuaciones. Le acusaron varias veces de perfidia, en ocasiones con seria indignación. «Estás siempre calumniando a los demás— le echa en cara Edward Lee—. ¿Cómo te atreves a arrogarte la censura general y a condenar incluso lo que ni siquiera has experimentado? ¿Cómo pue-




*Lutero según un grabado perteneciente a una Biblia impresa en el año 1620. Colección particular.*

des menospreciar a todo el mundo salvo a ti mismo? En los *Coloquios* manchas a tu adversario falsamente y de manera insultante.» Lee cita el mal intencionado pasaje[25] en que se le menciona y exclama: «¡Ahora el mundo está en condiciones de reconocer en estas palabras a su teólogo, a su censor, a este hombre modesto, sencillo y sincero; de reconocer el pudor propio de Erasmo, su seriedad, dignidad y honestidad! Su modestia era proverbial. Pues bien, siempre tienes en la boca la palabra "calumnia". Dices: "¡Si en la más mínima medida sintiera que merezco sus falsas acusaciones [de Lee], no osaría acercarme a la mesa del Señor!" ¡Hombre!, ¿quién eres tú para atreverte a juzgar a tu prójimo, siervo fiel del Señor en la vida y en la muerte?»

Este fue el primer ataque violento procedente del campo de los conservadores, a principios de 1520, año a partir del cual el gran conflicto que acababa de suscitar el acto de Lutero iba a poner al mundo en una creciente tensión. Este ataque fue seguido, seis meses más tarde, por las primeras críticas serias de los reformadores radicales. Ulrich von Hutten, el impetuoso y algo exaltado caballero que consideraba el asunto de Lutero como la causa nacional de Alemania y esperaba verlo triunfar, se dirige a Erasmo, al que había aplaudido apasionadamente como al hombre de la nueva salvación, pidiéndole sobre todo que no abandone la causa de la Reforma ni la comprometa. «En el caso de Reuchlin te mostraste cobarde; ahora, en el de Lutero, haces todo lo que puedes para convencer a tus adversarios de que eres completamente hostil, aunque nosotros sabemos lo que piensas. Por favor, no reniegues de nosotros. Sabes que se están divulgando triunfalmente ciertas cartas tuyas en las que maldices a otros, de forma denigrante, para salvaguardarte de toda sospecha... Si hoy temes atraerte alguna enemistad a causa mía, dame por lo menos el placer de no renegar de mí por temor a otra persona; es mejor que no hables de mí en absoluto.»

Estos eran reproches amargos. En el hombre a quien iban dirigidos había un pequeño Erasmo que los merecía, pero que los interpretó en mal sentido y, sin tomarlos en cuenta, continuó cuidando su propia posición hasta que la amistad de Hutten se convirtió en odio. Pero había en él también un gran Erasmo, que sabía cómo se deslucían, bajo la pasión y la obcecación con las que luchaban entre sí los partidos, la Verdad que buscaba y el Amor que deseaba ver triunfar en el mundo. Y éste sabía que el Dios que veneraba estaba demasiado alto como para poder tomar partido. Tratemos de ver a este gran Erasmo, siempre que el pequeño nos lo permita.

# 15. Controversias

Cuando en el verano de 1517 Erasmo se estableció en Lovaina, presentía vagamente que iban a ocurrir grandes acontecimientos. «Tengo miedo— escribe en septiembre— de que se produzca una gran conmoción, si la gracia de Dios, así como la piedad y la sabiduría de los soberanos, otorga la debida importancia a las cosas de los hombres.» No sospechaba las formas que tomaría ese gran cambio.

Tampoco esta vez consideró su mudanza como definitiva. Tenía la intención de quedarse en Lovaina «hasta que haya exa-

Tres doctores en una discusión, *por Marco Antonio Raimondi. British Museum, Londres. Desde 1517 la vida de Erasmo estuvo marcada por una sucesión de disputas con otros eruditos, situación que acabó afectándole profundamente.*



minado qué residencia es más conveniente para mi vejez, que ya se está anunciando». Hay algo triste en la vida de este hombre que sólo aspira al descanso y a la libertad y que, a causa de su propia agitación y de su incapacidad de ocuparse de los demás, no halló jamás un domicilio fijo ni la verdadera independencia. Erasmo pertenece a esa clase de hombres que siempre dicen: ¡mañana, mañana!, primero tengo que despachar esto, y luego... Tan pronto esté lista la nueva edición del Nuevo Testamento y se libre de las espinosas y desagradables controversias teológicas, en las cuales se ve involucrado contra su voluntad, dormirá, buscará un refugio, «cantará para sí mismo y para las Musas». Pero este tiempo no llegará jamás. ¿Dónde se establecerá, pues, cuando esté libre? España, adonde le había invitado a ir el cardenal Cisneros, no le gustaba. Pero también dice que en Alemania le asustan las estufas y la inseguridad, y que en Inglaterra le repugnaba la servidumbre, a la que, según él, querían sujetarle. Pero tampoco en los Países Bajos se sentía en su lugar: «Aquí hay muchos labradores y poca recompensa; aun cuando lo deseara ardientemente, no podría resistir aquí largo tiempo.» No obstante, resistió allí cuatro años.

Erasmo tenía buenos amigos en la Universidad de Lovaina. En un principio se alojó en la casa de su viejo amigo y anfitrión Johannes Paludanus, retórico de la Universidad. Luego se instaló en el Colegio de Lis. Maarte van Dorp, holandés como él, no le guardaba rencor por su polémica en relación con la *Moria*; su benevolencia fue muy valiosa para Erasmo, dada la importante posición que ocupaba Van Dorp en la Facultad de Teología. Y si bien su antiguo protector Adriano de Utrecht, el futuro papa, había abandonado Lovaina, a la cual había estado vinculado tan íntimamente y durante tan largo tiempo, para llegar a más altas dignidades, no sólo no había disminuido su influencia allí, sino que, por el contrario, había aumentado. Justamente en esos días era ascendido a cardenal.

Erasmo fue recibido con mucha amabilidad por los teólogos de Lovaina. Su jefe, el vicecanciller de la Universidad Jean Briard de Ath, se pronunció varias veces favorablemente sobre la edición del Nuevo Testamento, para completa satisfacción de Erasmo, que, a su vez, pronto fue incluso admitido en la Facultad de Teología.

Carretera en las cercanías de una ciudad, *por Jan Bruegel de Velours. Museo del Ermitage, Leningrado.* ▶





No obstante, no se sentía a gusto entre los teólogos de Lovaina. El ambiente le resultaba mucho menos simpático y agradable que el de los círculos científicos ingleses. Percibía en él un espíritu que no comprendía y del que, por esa misma razón, desconfiaba.

## La renovación de la Iglesia

En estos años que marcan el principio de la Reforma, Erasmo fue víctima de un gran malentendido motivado por el hecho de que, con su sutil espíritu estético y etéreo, no comprendía ni las supremas profundidades de la fe ni las duras necesidades de la sociedad humana. Erasmo no era ni místico ni realista. Lutero era ambas cosas. Para Erasmo el gran problema de la Iglesia, del Estado y de la sociedad era muy sencillo. Sólo había que restaurar y depurar volviendo a las fuentes originales y no contaminadas del cristianismo. Muchas de las excrecencias de la fe, más ridículas aún que chocantes, debían ser extirpadas. Todo debía volver al núcleo de la fe, a Cristo y al Evangelio. Los ritos, las ceremonias y las especulaciones debían desaparecer ante la práctica de la verdadera piedad. El Evangelio estaba destinado a todo el mundo, era fácil de comprender y se hallaba al alcance de todos. Y el medio para llegar a todo eso lo daba la verdadera cultura, las *bonae literae*. ¿Acaso no había realizado ya él, con su edición del Nuevo Testamento y de San Jerónimo, y antes todavía con el ya célebre *Enchiridion*, lo esencial de lo que se debía hacer? «Espero que lo que ahora gusta a los hombre sinceros, pronto gustará a todos.» A principios de 1517 Erasmo escribía a Wolfgang Fabricius Capiton en el tono del que ya ha cumplido la gran obra. «Pues bien, recibe a tu vez de mí la antorcha. En lo sucesivo el trabajo será mucho más fácil y suscitará mucho menos odio y celos. Yo ya he sufrido el primer choque.»

En mayo de 1517 Budé escribe a Tunstall: «¿Puede existir acaso alguien que haya nacido bajo un signo de Gracias tan desfavorable que no se sienta afligido por esta apagada y oscura ciencia [la escolástica], ahora que las letras sagradas, depuradas por el celo de Erasmo, han recobrado su pureza y su esplendor pri-

*Pentecostés reproducido en el* Pontifical del Arzobispo Roberto. *Biblioteca Municipal, Rouen. Los últimos años de Erasmo estuvieron marcados por un intenso deseo de clarificar los textos de las Sagradas Escrituras.* ▶



mitivos? Pero es aún más grandioso el hecho de que este mismo trabajo permita que de las tinieblas surja la santa verdad misma, aunque la teología todavía no se ha librado por completo de esa mancha que es la escuela de los sofismas. Cuando, algún día, esto se logre, será gracias a las primeras obras de nuestro tiempo.» El filólogo Budé creía aún más firmemente que Erasmo que la religión era una cuestión de erudición.

El hecho de que no todo el mundo aceptara en el acto la verdad depurada, necesariamente debió de irritar a Erasmo. ¿Cómo podían seguir oponiéndose a lo que para él era tan sencillo y tan claro como el agua? Este hombre que tan sinceramente hubiera querido vivir en paz con todo el mundo, se veía involucrado en una serie de polémicas. Le era imposible pasar por alto los ataques de sus adversarios no solamente a causa de su carácter, sino también por las costumbres de su época, tan propensa a las controversias.

## Polémica con Lefèvre

La primera polémica fue la que sostuvo con Jacques Lefèvre d'Étaples, en latín Jacobus Faber Stapulensis, el teólogo parisiense que, como precursor de la Reforma, puede ser comparado más que ningún otro con Erasmo. En el momento en que éste subía al carruaje que le llevaría de Amberes a Lovaina, un amigo le llamó la atención sobre uno de los pasajes de la nueva edición del comentario de Lefèvre acerca de las Epístolas de San Pablo, en el que refutaba las observaciones de Erasmo relativas a la Epístola a los Hebreos, 2,7. Erasmo compró en seguida el libro de Lefèvre y poco después publicó una *Apología*. Se trataba de la posición de Cristo en relación con Dios y los ángeles, pero el debate dogmático se reducía finalmente a una interpretación filológica de Erasmo.

Erasmo, que estaba aún poco acostumbrado a la lucha directa, quedó muy preocupado por este asunto, tanto más porque estimaba mucho a Lefèvre y le consideraba su hermano espiritual. ¿Qué había sucedido? ¿Le habrían incitado otros a tomar posición en contra suya? Convencido de que todos los teólogos le daban la razón, el hecho de que Lefèvre no respondiera positivamente en el acto le ponía nervioso. Badius contó a Pierre Gilles que Lefèvre estaba arrepentido. Erasmo apeló a su amistad en un escrito lleno de dignidad: se dejará aleccionar y reprender. Pero luego volvió a refunfuñar: que tuviera cuidado. Y cre-



Cristo en el limbo, *por Andrea Mantegna. Graphische Sammlung Albertina, Viena. En la polémica de Erasmo con Lefèvre, el centro de la cuestión radicaba en la interpretación filológica del Nuevo Testamento.*

yó que su conflicto con Lefèvre tenía en vilo al mundo, que no había almuerzo donde no se tomara partido a favor o en contra de alguno de ellos. Finalmente, la disputa se apaciguó y se salvó la amistad.

En 1518, al acercarse la Pascua de Resurrección, Erasmo proyectó un nuevo viaje a Basilea con el objetivo de imprimir, en

algunos meses de trabajo intensivo, la edición corregida del Nuevo Testamento. Tomó la precaución de rogar encarecidamente de antemano a los jefes de la teología conservadora de Lovaina que le señalaran los reparos que les sugería su obra. Briard de Ath declaró no haber encontrado nada chocante en ella, una obra de la que le habían contado las peores calumnias. «En ese caso, la nueva edición le gustará aún más», respondió Erasmo. Su amigo Dorpius y Jacobus Latomus, otro de los más importantes teólogos, se pronunciaron en el mismo sentido. El carmelita Nicolás de Egmond declaró por su parte que no había leído la obra de Erasmo. Sólo Edward Lee, un joven inglés que estudiaba griego en Lovaina, resumió en diez conclusiones una serie de objeciones críticas concernientes a la revisión de Erasmo. Este trató de zafarse de Lee escribiéndole que no había podido conseguir sus conclusiones y que, por lo tanto, no había podido aprovecharlas. Pero su joven oponente no admitió ser tratado con tal descaro y desarrolló sus conclusiones en un informe más detallado.

Estando así las cosas, Erasmo volvió a Basilea en mayo de 1518. Se vio obligado a recurrir a todos sus amigos ingleses (la muerte le robó a Ammonius en 1517) para obtener de ellos una ayuda para el viaje; les convenció con el señuelo de que, una vez acabado su trabajo, regresaría a Inglaterra. Cuando remontaba el Rin, respondió a las críticas de Lee en una carta dirigida a Martinus Lypsius, críticas que le irritaban particularmente. No sólo no las tomó en cuenta al revisar su edición, sino que, además, se arriesgó a incluir en ella, sin modificarla, su propia traducción del Nuevo Testamento de 1506. Al mismo tiempo, consiguió para la nueva edición una carta de aprobación del papa que constituía un arma poderosa contra sus detractores.

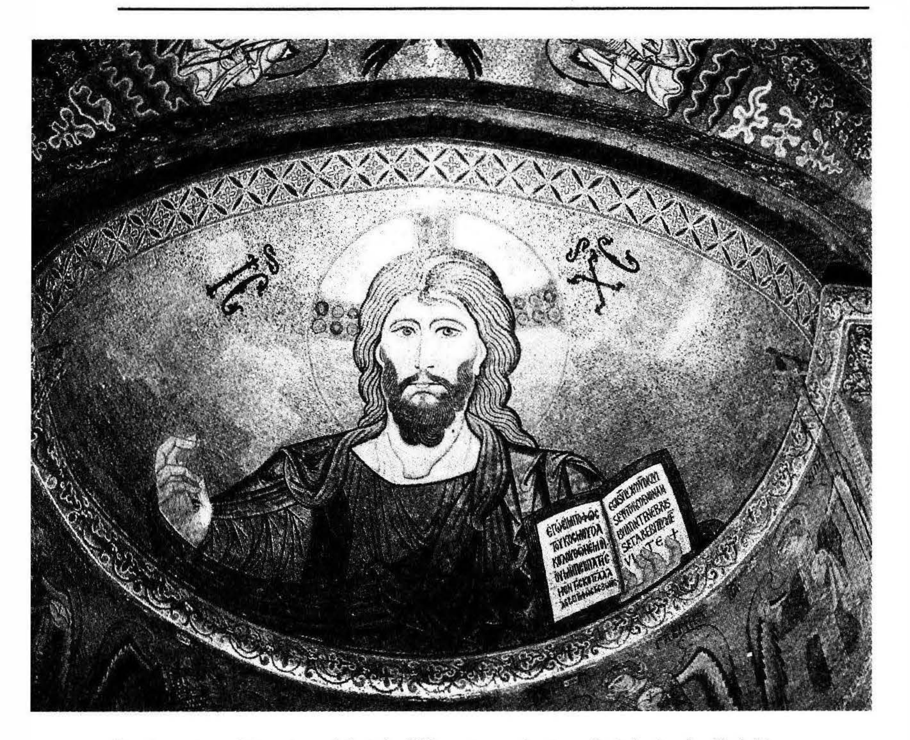
En Basilea trabajó de nuevo como un burro. En efecto, estaba en su elemento. Todavía antes de la segunda edición del Nuevo Testamento salieron de las prensas de Froben nuevas ediciones del *Enchiridion* y de la *Institutio Principis Christiani*. Erasmo, que durante todo el verano estuvo seriamente indispuesto y no pudo acabar su trabajo, enfermó gravemente durante el viaje de regreso. Le costó volver a Lovaina (21 de septiembre de 1518). Temía que fuera la peste, y Erasmo, que siempre tuvo tanto miedo a los contagios, tomó todas las precauciones para no contagiar a sus amigos. Procuró no alojarse en el Colegio de Lis y le hospedó su más fiel amigo, el impresor Thierry Maertens. No obstante, a pesar de los rumores de peste y de sus propias advertencias, acudieron a verle de inmediato, primero Dorpius y luego Briard de Ath. Al parecer no era tan mal visto en Lovaina.

## Polémica con Lee

Pero las divergencias que separaban a Erasmo de la Facultad de Lovaina, tenían raíces profundas. Lee, humillado por la poca atención prestada a sus conclusiones, preparó una nueva crítica, pero la mantuvo de momento en secreto para Erasmo, con lo que provocó su irritación y nerviosismo. Entre tanto había surgido un nuevo adversario. Al llegar a Lovaina, Erasmo hizo muchos esfuerzos por fomentar la fundación del Collegium Trilingue, que legara a la Universidad Jerónimo Busleiden. En él se enseñarían las tres lenguas bíblicas: el hebreo, el griego y el latín. Se trataba, pues, de una institución totalmente dentro del espíritu de Erasmo. Por consiguiente, éste se sintió personalmente ofendido cuando Jacobus Latomus, un profesor de la Facultad de Teología al que apreciaba mucho, puso en duda en un diálogo consagrado al estudio de las tres lenguas y de la teología, la utilidad que podía tener lo primero para lo segundo. Erasmo respondió a Latomus con una *Apología*. Por aquel mismo tiempo (era la primavera de 1519) se produjo un incidente con Ath, el vicecanciller. Erasmo creía que Ath había censurado públicamente su Elogio del matrimonio, recién aparecido.[26] Si bien Briard de Ath se batió inmediatamente en retirada, Erasmo no pudo contenerse y escribió otra *Apología*, aunque en verdad muy moderada. Mientras tanto la disputa siempre latente con Lee venía tomando formas cada vez más ofensivas. Los amigos ingleses de Erasmo trataban en vano de frenar a su joven y ambicioso compatriota. Erasmo, a su vez, le provocaba por medios tortuosos. Durante todo este periodo perdió el autocontrol y la dignidad, lo que nos revela sus puntos más débiles. Erasmo, que acostumbraba respetar el decoro, se dejó entonces llevar por la irritación, y le llamó víbora británica y Satán; recurrió incluso varias veces al viejo insulto de decir que los ingleses tenían rabo. Las cuestiones en debate acabaron desdibujándose completamente ante los agrios reproches mutuos. En su desmesurada cólera, Erasmo recurrió a las más discutibles armas. Primero, incitó a sus amigos alemanes a escribir contra Lee y a ridiculizarle por su tontería y su vanagloria; luego afirmó ante sus amigos ingleses que Lee había despertado la ira de toda Alemania y que le resultaba muy difícil apaciguarla.

Desdichado. Alemania tenía en realidad otros motivos para conmoverse: ¡estamos en 1520! Los tres grandes libelos de Lutero sacudían al mundo.

Aunque en estas circunstancias nos sintamos inclinados a



Pantocrator. *Mosaico del siglo XII perteneciente a la iglesia de Cefalú, en Sicilia.*

excusar la violencia y la mezquina mala intención de Erasmo, como manifestaciones de una naturaleza hipersensible que no brillaba precisamente por sus cualidades veraderamente viriles, hay que confesar, no obstante, que Erasmo en realidad no comprendió ni los motivos de sus adversarios ni la gran conmoción de su época.

Le era fácil burlarse de la estrechez de miras de los teólogos conservadores, quienes consideraban que, al pretender depurar el texto de las Sagradas Escrituras, se pondría en peligro la fe en ella. «Corrigen el Santo Evangelio, ¡e incluso al Pater!, y claman con indignación en sus sermones ante el pueblo estupefacto. ¡Como si fuera yo quien tuviera algo que criticar en San Mateo o en San Lucas, y no aquellos que los han censurado por ignorancia o por negligencia! ¿Qué desean, pues? ¿Que la Iglesia tenga unas Sagradas Escrituras lo más depuradas posible o prefieren que no sea así?» Al decirlo, Erasmo, que estaba poseído

de una necesidad apasionada de pureza, imaginaba que todo estaba claro. Mas sus adversarios no se equivocaban cuando su instinto les advertía que se estaba acusando al propio dogma, desde el momento que el juicio filológico de un sabio aislado había de decidir la lectura exacta de un texto. Y aunque Erasmo quería evitar deducciones que pusieran en peligro el dogma, no se daba cuenta de que sus concepciones de la Iglesia, de los sacramentos y de los dogmas no eran ya puramente católicas, puesto que habían quedado subordinadas a su perspicacia filológica. Erasmo no podía enterarse de ello porque, a pesar de toda su piedad natural y de sus generosos sentimientos morales, le faltaba algo del sentido místico que es la base de toda religión.

## Conspiración contra las «bonae literae»

Ahora bien, esa carencia mística le hacía incapaz de comprender el verdadero sentido de la reacción ortodoxa. ¿Cómo era posible que tantas personas, incluso las más distinguidas, se resistieran a admitir lo que a él le parecía tan claro e irrefutable? Lo explicó de nuevo de una manera claramente egocéntrica. Aquella oposición iba dirigida contra él y su ideal. El, que deseaba ardientemente vivir en paz con todo el mundo, que anhelaba tan profundamente la simpatía y el aprecio y que soportaba tan mal la hostilidad, veía crecer a su alrededor una legión de adversarios y de personas que le odiaban. No comprendía cuánto temían su aguda ironía ni cuán numerosos eran los que aún sufrían las cicatrices de las heridas causadas por la *Moria*. Este odio, real y supuesto, molestaba terriblemente a Erasmo, que veía a sus enemigos como una secta. Eran principalmente los dominicos y los carmelitas los que repudiaban la nueva teología científica. Y en este mismo momento surgía un nuevo adversario en Lovaina, su compatriota[27] Nicolás de Egmond, prior de los carmelitas, al que nunca dejó de odiar de forma muy particular.

Creía que la persecución iba en aumento: el veneno de la calumnia era cada día más manifiesto y más mortal; estaba seguro de que en los sermones se lanzaban sin ninguna vergüenza las más groseras mentiras contra él; para protegerse de ellas, Erasmo recurre al apoyo de Briard de Ath, el vicecanciller. Pero en vano. Los detractores se ríen: que continúe, pues, escribiendo para los eruditos, que no son muchos; nosotros hostigaremos contra él al pueblo. A partir de 1520 se le escucha decir constantemente: estoy siendo maltratado a diario.

No obstante, por más que se consideraba, y con razón, el centro de las polémicas, en 1519 y 1520 Erasmo no pudo seguir por más tiempo ciego ante la evidencia de que la gran lucha no concernía únicamente a su persona. En todas partes el combate causaba estragos. ¿Qué tempestad era, pues, aquella que perturbaba las cosas del espíritu y de la religión?

La explicación que se daba Erasmo se reducía a esto: no es más que una gran conspiración organizada por los conservadores para sofocar la verdadera cultura, es decir, la ciencia clásica, y hacer triunfar la vieja ignorancia. Hacia el final de 1518, aproximadamente, esta idea reaparece una infinidad de veces en su correspondencia. El 21 de marzo de 1519 escribe a uno de sus amigos alemanes: «Yo sé a ciencia cierta que los bárbaros se han unido en todas partes en un esfuerzo por aplastar las *bonae literae.*» «Aquí seguimos luchando todavía contra los protectores de la antigua ignorancia.» ¿No podría Wolsey conseguir que el papa acabara con todo aquello? Afirmaba que a todo lo relacionado con la antigua literatura culta aquellos ígnaros lo llamaban «poesía», palabra con la que designaban todo lo relativo a una ciencia más amable, es decir lo que ellos no han aprendido. Solía decir que todo aquel tumulto, toda aquella tragedia (generalmente habla en estos términos de la gran lucha religiosa) tenía su origen en el odio a las *bonae literae.*

«La fuente y el semillero de toda esta tragedia[28] deben buscarse en el odio incurable al estudio de las lenguas y de las *bonae literae.*» «Lutero provoca a estos enemigos, a los que no se consigue dominar pese a ser perversa su causa. Y, entre tanto, la envidia se ceba en las *bonae literae*, a las que estos abejones acosan como consecuencia de su [de Lutero] comportamiento; si desde que están en situación comprometida se han vuelto tan insoportables, ¿quién podrá soportarlos cuando hayan triunfado? O estoy ciego, o apuntan a otra cosa y no a Lutero. Se preparan para derribar el frente de batalla de las Musas.»

Esto es lo que escribió Erasmo a un universitario de Leipzig en diciembre de 1520.

Más que cualquier otra cosa fue esta concepción unilateral y académica del gran drama, nacida en el gabinete de estudio en medio de los libros, la que impidió que Erasmo comprendiera el verdadero carácter y la verdadera tendencia de la Reforma.

# 16. El progreso de la Reforma

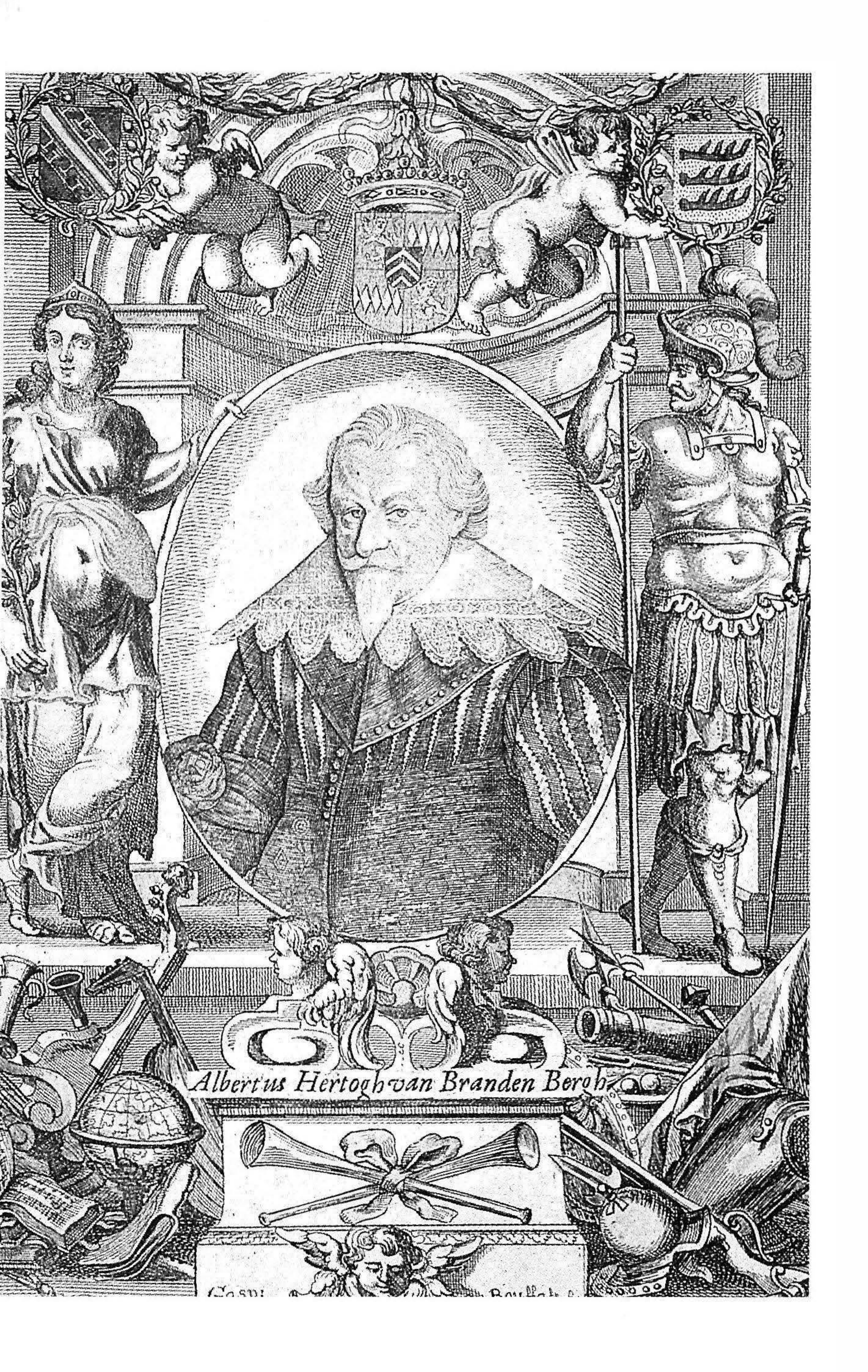
A finales de 1516 Erasmo recibió una carta de Georg Spalatin, bibliotecario y secretario del príncipe Federico de Sajonia, redactada en el tono de respeto y homenaje que era ya común al dirigirse al gran hombre. «Aquí todos os tenemos un gran aprecio. La biblioteca del príncipe elector posee todos vuestros trabajos y el príncipe tiene la intención de comprar todo lo que publiquéis en adelante.» Sin embargo, el objetivo real de la carta era cumplir una misión confiada a Spalatin por un amigo. Un fraile agustino, gran admirador de Erasmo, le había pedido que comunicara a éste su opinión de que había interpretado mal el concepto de justicia en su comentario sobre San Pablo, concretamente en la Epístola a los Romanos, que apenas había tenido en cuenta el pecado original y que la lectura de San Agustín le ayudaría a esclarecer el asunto.

El fraile agustino, cuyo nombre no fue mencionado, era Lutero, desconocido todavía en aquella época fuera de los círculos de la Universidad de Wittenberg, donde era profesor, y la crítica se refería al punto principal de su convicción religiosa, tan trabajosamente conquistada: la justificación por la fe.

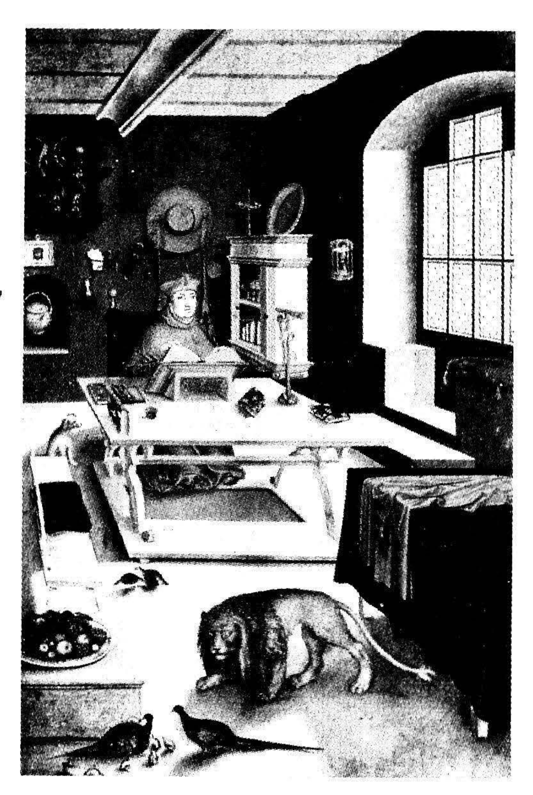
Erasmo dedicó poca atención a esta carta. Recibía muchísimas cartas aún más elogiosas que ésta y sin críticas. Si la contestó, su respuesta no llegó a Spalatin, y después Erasmo se olvidó del asunto.

Unos nueve meses más tarde, en septiembre de 1517, poco después de su llegada a Lovaina, Erasmo recibió una de sus ofertas más importantes, escrita de puño y letra por el primer príncipe eclesiástico del Imperio, el joven arzobispo de Maguncia Alberto de Brandenburgo. El arzobispo le decía que tenía grandes deseos de verlo cuando se presentara la ocasión y que admiraba particularmente su obra (la conocía tan poco que hablaba del Antiguo Testamento podado por Erasmo en lugar del Nuevo), y expresaba su esperanza de que algún día Erasmo escribiría algunas vidas de santos con su estilo elegante.

El joven Hohenzollern, partidario de la nueva luz de los es-


Albertus Hertogh van Branden Bergh

*El cardenal Alberto de Brandenburgo representado como San Jerónimo, por Lucas Cranach. Hessisches Landesmuseum, Darmstadt.*



◀ *Retrato de Alberto de Brandenburgo, según un aguafuerte de Bouttats. Museo de Arte Moderno, Barcelona.*

tudios clásicos y cuyo interés por Erasmo había sido inspirado probablemente por Hutten y Capiton que se encontraban en su corte, se había involucrado recientemente en una de las transacciones políticas y financieras más atrevidas de su época. Su ascensión al arzobispado de Maguncia, cuando sólo contaba veinticuatro años, necesitaba una dispensa papal, porque quería mantener al mismo tiempo el arzobispado de Magdeburgo y la sede de Halberstadt. Esta concentración de poderes eclesiásticos obedecía a la política de rivalidad existente entre las casas de Brandenburgo y de Sajonia. El papa concedió la dispensa a cambio de una fuerte suma, pero, para facilitar el pago al arzobispo, promulgó una amplia indulgencia referida a todo el arzobispado de Maguncia, al de Magdeburgo y a los países brandenburgueses. Alberto, a quien se había cedido tácitamente la mitad del producto, recibió un préstamo de la casa Fugger y ésta se encargó del tráfico de las indulgencias.




*Martín Lutero en 1520. Su correspondencia con Erasmo quedaría rota más tarde, cuando se hicieron patentes sus profundas diferencias de pensamiento.*

## La causa de Lutero

Cuando Erasmo contestó a la carta del arzobispo, en diciembre de 1517, las tesis de Lutero contra las indulgencias ya habían sido publicadas (31 de octubre de 1517), recorriendo Alemania y conmoviendo a toda la Iglesia. Las tesis, redactadas por

Lutero bajo el impacto producido por las instrucciones del arzobispo de Maguncia acerca de la venta de las indulgencias, iban dirigidas contra todo lo que combatía el mismo Erasmo: la concepción mecánica, infinitesimal y jurídica de la fe. Estas tesis fueron más eficaces, por cierto, que los pacíficos esfuerzos de Erasmo por sanear la Iglesia mediante la dulzura.

¿Vidas de santos?, contestó Erasmo al arzobispo, «en lo que a mí concierne, he intentado, mal que bien, arrojar alguna luz sobre el príncipe de los santos en persona. Vuestro deseo de ver liberadas las vidas de los santos de los cuentos de viejas y de un estilo repugnante cuando estáis ocupado en tantos difíciles asuntos de gobierno a una edad tan juvenil, es también altamente loable. Porque no hay que tolerar en la Iglesia nada que no sea totalmente puro o inmaculado». Y concluyó con un magnífico elogio del excelente príncipe de la Iglesia.

Durante gran parte del año 1518, Erasmo estuvo demasiado ocupado con sus propios asuntos —el viaje a Basilea y el duro trabajo que realizó allí, y más tarde su grave enfermedad— para poder seguir con mucha atención la causa de Lutero. En marzo envió las tesis de Lutero a Moro sin ningún comentario y, de paso, se quejó a Colet de la imprudencia con la que Roma propagaba las indulgencias. Declarado hereje, Lutero compareció en Augsburgo ante el cardenal Cayetano y se negó a retractarse. Un enorme entusiasmo se levantó a su alrededor. Justamente en esta época Erasmo escribió a Johann Lang, uno de los partidarios de Lutero, en términos muy favorables acerca de la obra de éste. Las tesis gustaron a todo el mundo. «Veo que la monarquía del papa en Roma, tal como es ahora, es la peste de la cristiandad... Pero me pregunto si es útil tocar abiertamente este absceso. Eso debería ser más bien asunto de príncipes, aunque me temo que éstos harán causa común con el papa para asegurarse parte del botín. No sé que es lo que mueve a Eck a meterse tanto con Lutero.» La carta no fue incluida en ninguna edición.

El año 1519 trajo consigo los problemas de la elección imperial tras la muerte del viejo Maximiliano en enero, y las tentativas de la Curia por recuperar terreno mediante la dulzura. Alemania estaba pendiente de la controversia entablada desde hacía tiempo entre Johann Eck y Andreas Karlstadt, controversia que en realidad se refería a Lutero. ¿Cómo hubiera podido prever Erasmo, involucrado ese año en tantas polémicas, que la disputa de Leipzig, que llevaba a Lutero a renegar de la más alta autoridad religiosa, adquiriría un significado histórico de importancia universal mientras que su altercado con Lee sería olvidado?

El 28 de marzo de 1519 Lutero se dirigió por primera vez a Erasmo. «Converso tan a menudo con vos y vos conmigo, Erasmo, honra y esperanza nuestra, y aún no nos conocemos.» Le alegraba que Erasmo desagradara a mucha gente, porque veía en ello una prueba de que Dios le había bendecido. También pensaba que dado que su nombre empezaba a ser conocido, un silencio prolongado entre ellos podría ser mal interpretado. «Por eso, Erasmo mío, hombre amable, reconoced si os parece bien a este pequeño hermano en Jesucristo, que os admira y os ama realmente y que, por lo demás, no merecería otra cosa en razón de su ignorancia que ser enterrado anónimamente en cualquier rinconcito.»

Había en esta carta una intención bien definida, una astucia casi campesina y medio irónica. Lutero quería, en la medida de lo posible, sacar a Erasmo, a la poderosa autoridad, a la piedra de toque de la ciencia y de la cultura, de su ambigüedad y ganarlo para la gran causa que él defendía. Sin embargo, en su fuero interno Lutero sabía desde hacía tiempo que le separaba de Erasmo un verdadero abismo. Ya en marzo de 1517, seis meses antes de su acción pública, había escrito a Johann Lang acerca de Erasmo en los siguientes términos: «Las cosas humanas tienen más valor a sus ojos que las divinas.» Este juicio, que parece evidente, ha sido corroborado por muchos otros después de Lutero. Sin embargo, no es justo.

## Una actitud ambigua

El intento de acercamiento iniciado por Lutero fue un motivo para que Erasmo esquivara el bulto. Ahora quedaba más clara la política excesivamente ambigua del roterodamense, que intentaba salvaguardar la paz mediante su prestigio personal, en tanto que lumbrera del universo, y oscilaba entre los dos extremos, sin llegar a comprometerse. En esta actitud, la grandeza y las debilidades de Erasmo se entrelazan de forma inextricable. El error cometido por la mayoría de los historiadores, tanto al presentar su actitud frente a la Reforma de manera poco favorable, como al atribuirle, al igual que el alemán Kalkoff, demasiado heroismo y previsión, consiste en haber juzgado a Erasmo, equivocadamente, como un ser psicológicamente estable. Y ciertamente no lo fue. La ambigüedad afectaba al fondo mismo de su carácter. Durante el conflicto, muchas de sus manifestaciones se debieron tanto a su pusilanimidad y a su falta de carácter como

a su antigua aversión a vincularse a alguna persona o causa; pero detrás de todo esto encontramos siempre su profunda e íntima convicción de que ninguna de las opiniones contrarias expresa toda la verdad y de que el odio y la estrechez de miras de los hombres ciegan los espíritus. A esta convicción se añadía su noble esperanza de que todavía era posible salvaguardar la paz a fuerza de moderación, inteligencia y buena voluntad.

Erasmo encontró el pretexto para expresar su opinión acerca de Lutero en una carta dirigida en abril de 1519 a protector de éste, el príncipe elector de Sajonia Federico el Sabio, con motivo de una edición de Suetonio que le había dedicado hacía tiempo. «Los escritos de Lutero —explica Erasmo— facilitaron material a los oscurantistas de Lovaina para atacar las *bonae literae* y acusar de herejía a todos los sabios.» En cuanto a él, no conoce a Lutero; sólo ha ojeado sus escritos, pero todo el mundo alaba su conducta. No está, por tanto, de acuerdo con la docilidad teológica de condenarlo de forma tan gratuita, y menos ante un pueblo incapaz de formarse una opinión. ¿No ha propuesto acaso una controversia? ¿No se ha sometido al juicio de todos? Nadie le ha advertido, instruido ni convencido todavía. Un error no es necesariamente una herejía.

Lo más importante del cristianismo es una vida digna de Cristo, seguía diciendo Erasmo. Cuando la vida de la que se trata es así, no deben lanzarse más acusaciones de herejía. ¿Por qué perseguimos tan cruelmente las faltas de los demás cuando ninguno de nosotros está exento de ellas? ¿Por qué preferimos vencer a curar y perseguir a enseñar?

Erasmo concluía con unas palabras que debieron de resultar muy gratas a los oídos de los amigos de Lutero, que tanto confiaban en su apoyo: «Que el duque no permita que ningún inocente sea expuesto a la impiedad de algunos, aunque sea bajo el pretexto de la piedad. Eso mismo es lo que desea el papa León; nada le preocupa tanto como la seguridad de la inocencia.» La carta se imprimió y difundió rápidamente.

Al mismo tiempo, Erasmo se esforzaba por conseguir que Froben no publicara los escritos de Lutero «para que no estimulen aún más el odio contra las *bonae literae*». Y repetía continuamente: «No conozco a Lutero, no he leído sus escritos.» Se lo dijo al mismo Lutero, al contestar a su carta del 28 de marzo. Esta respuesta de Erasmo, fechada el 30 de mayo de 1519, debe considerarse como una especie de artículo de fondo destinado a informar a la gente de la posición que había adoptado en la cuestión luterana. «Lutero no sabe qué tragedias han provocado sus




*Federico el Sabio, por A. Durero (1524). Kunsthalle, Hamburgo.*

escritos en Lovaina. Aquí se piensa que Erasmo le ha ayudado, y lo llaman el abanderado de su partido. Era para ellos una buena ocasión de perseguir las *bonae literae.*» «He declarado que me sois totalmente desconocido, que no había leído aún vuestros libros y que, por tanto, no estaba de acuerdo ni en desacuerdo con nada.»

«Yo me reservo totalmente, si es posible, para ser útil a los estudios renacentistas. Me parece que una modestia cortés es más eficaz que la impetuosidad. Así fue como Cristo conquistó el mundo.»



*León X, por Pippi. The Trustees of the Chatsworth Settlement, Chatsworth.*

Ese mismo día Erasmo escribió una nota a Johann Lang, amigo y partidario de Lutero, sin intención de que fuera publicada: «Espero que vuestros esfuerzos y los de vuestros seguidores tengan éxito. Aquí los papistas se enfurecen... Los mejores se alegran de la franqueza de Lutero, pero ¡tened cuidado de que esto no desemboque en una lucha de facciones! No sirve para nada luchar contra las personas, salvo en el caso de que se pudiese derribar la tiranía de la sede romana y de sus satélites, los dominicos, los franciscanos y los carmelitas. Pero nadie podría intentarlo sin organizar serios tumultos.»

A medida que se ensanchaba el abismo, Erasmo multiplicaba sus declaraciones afirmando que no tenía nada que ver con Lutero. En Lovaina sus relaciones comenzaban a agriarse y la actitud hacia él era cada vez menos amistosa. En agosto de 1519 se dirigió directamente al papa solicitando protección contra sus adversarios. Aún no se había dado cuenta de la profundidad de la ruptura, convencido de que se trataba únicamente de una disputa entre sabios. Los reyes Enrique de Inglaterra y Francisco de Francia habían sabido imponer silencio a los litigantes y calumniadores en sus países; ¡si el papa pudiera hacer lo mismo en el Imperio!, pensaba.

En octubre se reconcilió de nuevo con la Facultad de Lovaina. Precisamente en esos días murió Colet en Londres. Con él desapareció el hombre que mejor comprendía la postura de Erasmo. En Alemania, sus seguidores aún alzaban la mirada hacia Erasmo como hacia el gran hombre que esperaba el momento oportuno para intervenir con su voz potente, y que había recomendado como consigna la moderación hasta que llegara el momento de dar la señal a los amigos.

Sin embargo, en el clamor creciente de la lucha, esa voz no tenía ya la potente resonancia de antes. Erasmo ya no dominaba la batalla, sino que utilizaba su autoridad como arma. Una carta de Erasmo dirigida a Alberto de Maguncia el 19 de octubre de 1519, en términos semejantes a los de la enviada a Federico de Sajonia en primavera, fue rápidamente difundida por los amigos de Lutero y utilizada contra Erasmo por los partidarios de la tradición, a pesar de las protestas habituales: yo no conozco a Lutero.

Se hizo cada vez más evidente que la postura mediadora y conciliadora que Erasmo quería mantener pronto sería totalmente imposible. El inquisidor Jacob de Hoogstraten viajó desde Colonia, de cuya universidad formaba parte, a Lovaina para trabajar contra Lutero como antes lo había hecho contra Reuchlin. El 7 de noviembre de 1519 la Facultad de Lovaina, imitando a la de Colonia, dio el paso decisivo: condenó solemnemente toda una serie de opiniones de Lutero. A partir de ese momento, en ninguna otra parte se encontraría Erasmo más fuera de lugar que en Lovaina, convertida en centro de acción contra los innovadores. Es sorprendente que aún pudiera seguir allí dos años más.

La esperanza de Erasmo de poder pronunciar algún día una palabra conciliadora comenzaba a flaquear. Además, no veía siempre las cosas en sus proporciones exactas. Durante los primeros meses de 1520 Erasmo dedicó casi toda su atención a sus



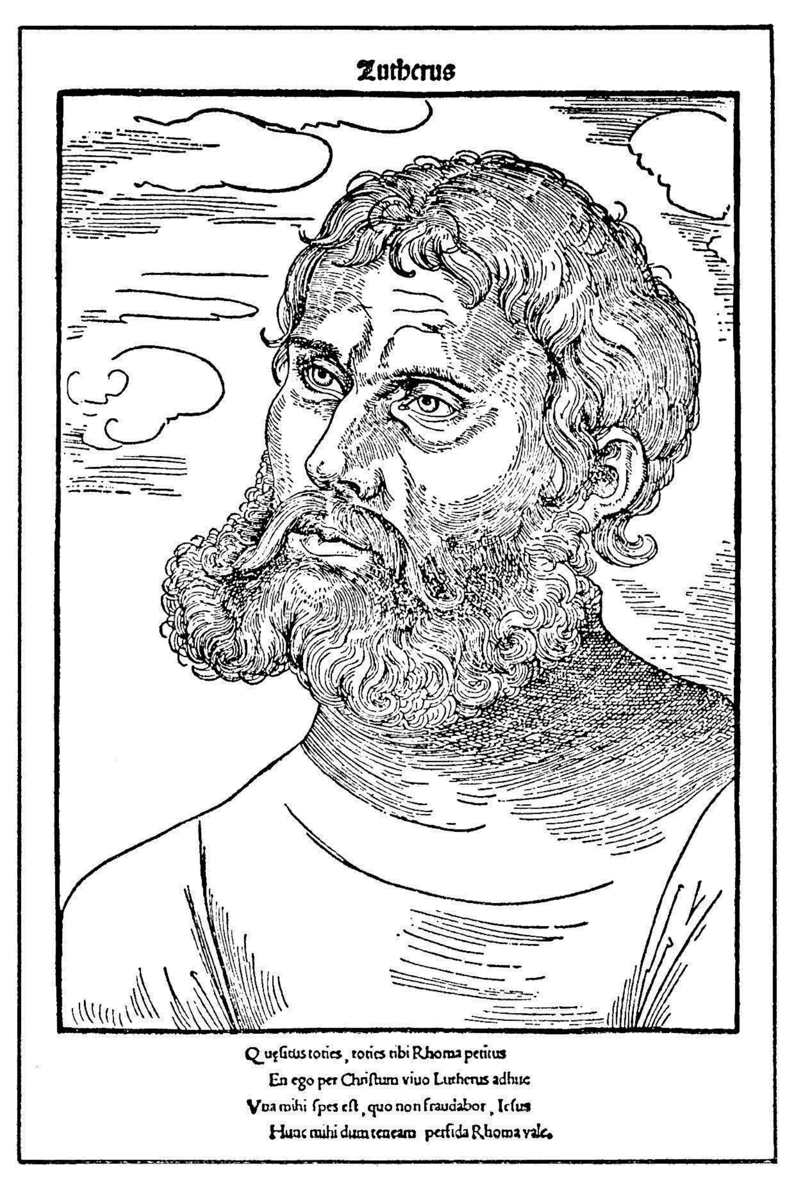

*Philipp Melanchthon, por H. Aldegrever. Biblioteca Nacional, París.*

propias polémicas con Lee, asunto ínfimo en medio de la conmoción general. Su deseo de permanecer fuera de la agitación aumentaba día a día. En junio escribía a Melanchthon: «Veo que el asunto se convierte en revolución. Tal vez sea necesario que los escándalos se produzcan, pero yo prefiero evitar el papel de instigador.» Creía que podía convencer a Wolsey de que detuviera la quema de los escritos de Lutero en Inglaterra, que ya había sido ordenada. Pero se equivocó. El 12 de mayo, los libros del fraile agustino ya habían sido quemados en Londres.

La mejor prueba de que Erasmo había renunciado prácticamente a su esperanza de desempeñar un día el papel de conciliador es quizá la que nos proporciona lo siguiente. Durante el verano de 1520, tuvo lugar cerca de Calais el famoso encuentro entre los reyes Enrique VIII, Francisco I y Carlos V. Erasmo también debía acudir formando parte del séquito de su soberano. Una reunión de príncipes como ésta, en la que los intereses de Francia, Inglaterra, España, el Imperio y gran parte de Italia es-




*Philipp Melanchthon, por Durero. Melanchthon, un hombre moderado, se ajustaba más a la forma de pensar de Erasmo que a la de los reformadores radicales. También él tuvo que sufrir las acusaciones de tibieza respecto a la causa.*




*Retrato de Martín Lutero. Grabado en madera de Lucas Cranach. Gabinete de Estampas, Bruselas. En algún momento, Erasmo llegó a sentir compasión por Lutero, consciente de que las posturas radicales pueden afectar a la verdad.*



*Enrique VIII, por Hans Holbein. The Trustees of the Chatsworth Settlement, Chatsworth.*

*El emperador Carlos V pintado por Jakob Seisenegger. Kunsthistorisches Museum, Viena.* ▶



*Francisco I, por Joos van Cleve. Museo de Arte, Filadelfia.*



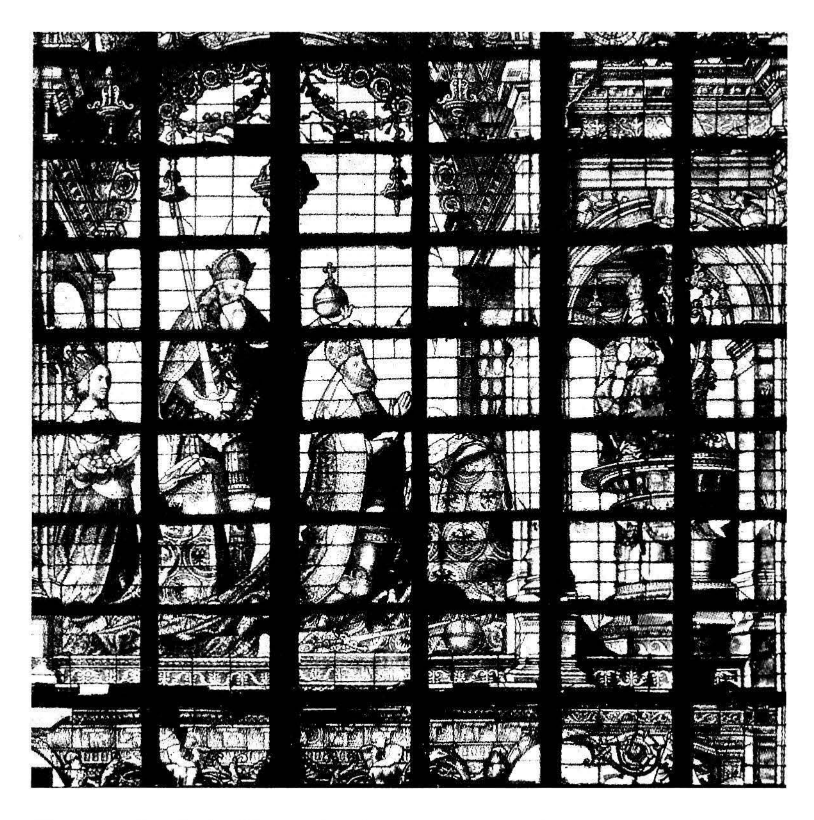
taban representados simultánea y pacíficamente, debería haber ejercido un gran efecto en el ánimo de Erasmo, si su ideal aún hubiera permanecido intacto. Pero, no hubo ninguna señal. Erasmo estuvo en Calais en julio de 1520; mantuvo una entrevista con Enrique VIII y saludó a Moro, pero, al parecer, este viaje no supuso para él más que la ocasión de encontrarse por última vez con sus amigos ingleses.

Era bastante enojoso para Erasmo que, justo en el momento en que el problema de la religión había alcanzado proporciones tan alarmantes, sus obligaciones como consejero del joven Carlos, que acababa de regresar de España para hacerse coronar emperador, le ataran más que antes. En el verano de 1520 se promulgó una bula pontificia, basada en la copiosa documentación proporcionada por la Facultad de Lovaina, que declaraba hereje a Lutero y lo expulsaba de la Iglesia, a menos que se retractara rápidamente. «Temo lo peor para el desventurado Lutero —escribe Erasmo el 9 de septiembre de 1520—, porque la conjura causa estragos por todas partes y todos los príncipes están enojados con él, el papa León más que ninguno. ¡Oh, si Lutero hubiera seguido mi consejo y se hubiera abstenido de acciones hostiles y subversivas!... No parará hasta que desaparezca totalmente el estudio de los idiomas y de las buenas letras... Del odio contra éstas y de la estupidez de los monjes fue de lo que surgió en un principio esta tragedia... Yo no me mezclo en ella. Sin embargo, hay un obispado que me espera si consiento en escribir contra Lutero.»

## Entre dos frentes

En efecto, debido a su sorprendente celebridad, las circunstancias habían convertido a Erasmo en una pieza inestimable en el gran juego político que se desarrollaba entre el emperador y el papa. Se quería aprovechar su nombre, obligarlo a tomar partido, y esto era, precisamente, lo que él no deseaba de ninguna manera. De qué forma tan evasiva escribió al papa, disculpándose de sus relaciones con Lutero, pero sin renegar de él completamente. ¡Con qué celo se defendía de la sospecha de estar del lado de Lutero, como afirmaban los ruidosos frailes en sus sermones identificando decididamente a los dos hombres en sus insultantes anatemas!

Pero también desde el otro lado se le acosaba para que tomara partido, para que se pronunciara. La coronación imperial



*El emperador Carlos V reproducido en una vidriera de Bernard van Orley (detalle). Catedral de San Miguel, Bruselas.*

tuvo lugar en Aix-la-Chapelle a finales de octubre de 1520. Quizá Erasmo asistió a ella. En todo caso, después acompañó al emperador a Colonia. El 5 de noviembre mantuvo en esa ciudad una entrevista con el príncipe elector Federico de Sajonia acerca de Lutero. Se le persuadió para que plasmara por escrito los resultados de esta conversación bajo el título de *22 Axiomas para la causa de Martín Lutero*, que confió a Spalatin. Este texto se imprimió inmediatamente, contra su deseo.

La indecisión que Erasmo experimenta en este momento entre la negación o la aprobación de Lutero no tiene nada de deshonroso. Es el defecto trágico que afecta a toda su persona: no querer o no poder sacar nunca las últimas consecuencias. Si simplemente hubiera tenido un carácter egoísta de calculador, temiendo por su pequeña persona, hubiera abandonado desde ha-

cía tiempo y completamente la causa de Lutero. Para su desgracia y en lo que respecta al juicio de la Historia, Erasmo revela sin cesar todas sus debilidades mientras que su grandeza yace profundamente oculta en su interior.

En Colonia, Erasmo se encontró también con aquel hombre, catorce años menor que él, con quien había compartido hacía tiempo en Venecia una habitación en la casa del suegro de Aldo: Jerónimo Aleandro. El joven y prometedor humanista de aquella época lejana había sido enviado ahora como nuncio del papa ante el emperador. El objetivo de su misión era inducir a Carlos a alinear la política del Imperio con la del papa y persuadirle de que reforzara la bula pontificia contra Lutero con la proscripción imperial del agustino.

No cabe duda de que Erasmo debió de sentir cierta amargura al ver que su amigo le había aventajado tanto en poder y en posición y al comprobar que Aleandro estaba destinado a ob-



Dieta de Worms, por *J. Schnorr de Carosfeld. En 1521, Lutero se presentó ante la Dieta de Worms para defender sus opiniones ante el emperador. Lo que parecía el fin de una batalla fue el comienzo de la guerra.*

tener con medios diplomáticos la solución a la que él mismo tanto hubiera deseado contribuir mediante la concordia, la buena voluntad y la tolerancia.

Nunca había confiado en Aleandro y ahora más que nunca tenía mucho cuidado con él. Como humanista, a pesar de sus brillantes dotes, Aleandro había sido muy inferior a Erasmo y, a diferencia de éste, nunca había pensado en profundizar sus conocimientos hasta el punto de dedicarse a estudios teológicos serios; simplemente, había hecho carrera al servicio de dignatarios eclesiásticos, cosa a la que Erasmo había renunciado muy pronto. Ahora, este hombre se encontraba investido de la más alta autoridad mediadora.

El relato, ingenioso y algo malvado, que hizo Erasmo a Tomás Moro de su entrevista con Egmondanus en presencia del rector de la universidad, que deseaba reconciliarlos, nos hace entrever el grado de exasperación al que habían llegado los adversa-



rios más violentos de Erasmo en Lovaina. Sin embargo, el asunto no era aún tan grave como creía Ulrich von Hutten, cuando escribió a Erasmo: ¿Creéis aún que os encontráis seguro, cuando están prendiendo fuego a los libros de Lutero? ¡Huid y cuidaos por nuestro bien!»

Las protestas de Erasmo afirmando que no tenía nada que ver con Lutero eran cada vez más insistentes. Hacía tiempo ya que le había rogado que no citara su nombre, y Lutero se lo había prometido: «Bien, no me referiré a vos más que a otros buenos amigos, puesto que eso os incomoda.» Las quejas de Erasmo por las intrigas de los monjes contra él se intensificaron, al igual que su deseo de que se retirara el derecho a predicar a las órdenes mendicantes.

## La Dieta de Worms

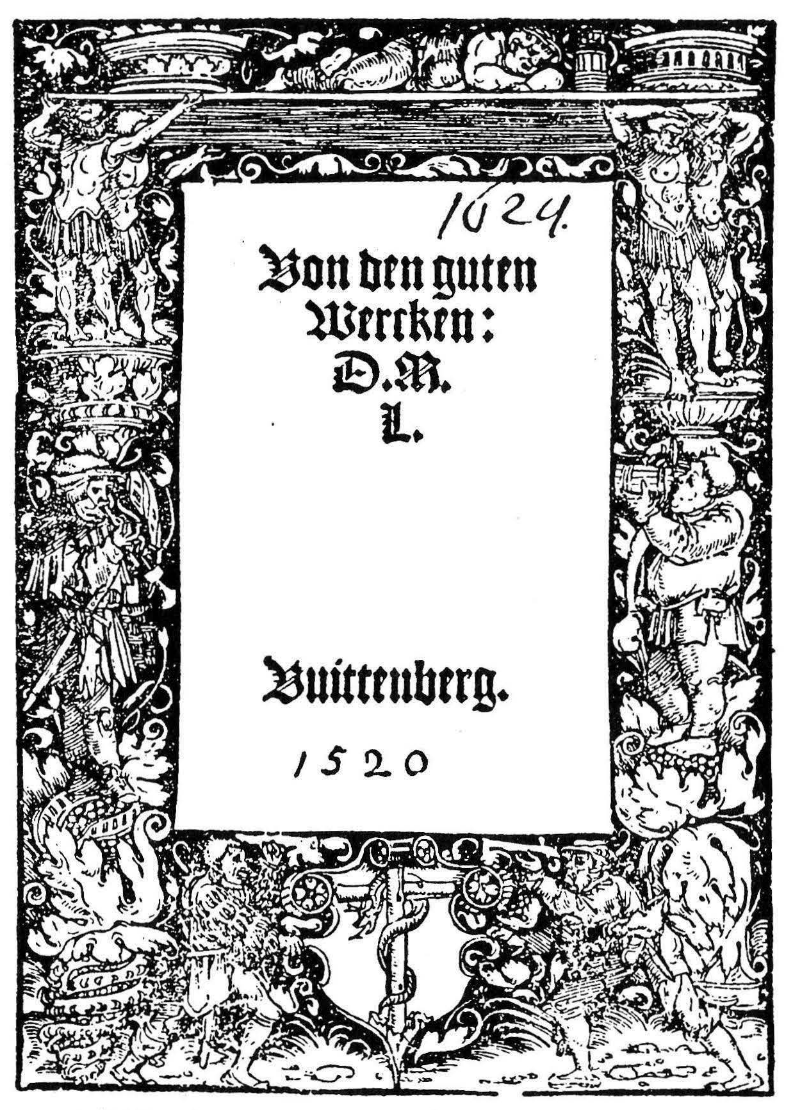
En abril de 1521 tuvo lugar el acontecimiento histórico más esperado por la cristiandad: Lutero se presentó ante la Dieta de Worms y sostuvo fervorosamente sus opiniones ante la más alta autoridad del Imperio. El entusiasmo en Alemania fue tan grande, que por un momento pareció que el poder imperial estaba en mayor peligro que el monje y su partido. «Si hubiera estado allí —escribe Erasmo— hubiera hecho lo posible por calmar esta tragedia con discursos moderados, de modo que no volviera a estallar otra vez para mayor desgracia del mundo.»

La sentencia imperial no se hizo esperar: debían quemarse todos los libros de Lutero en el Imperio, apresar a sus partidarios y confiscar sus bienes, y él mismo debía ser arrestado.

Erasmo esperaba que se produjera un cambio. «La tragedia luterana termina aquí, entre nosotros; ojalá nunca hubiera aparecido en escena.» En esos días Alberto Durero, tras conocer la falsa noticia de la muerte de Lutero, confió a su diario de viaje[29] esta llamada apasionada: «Oh, Erasmo de Rotterdam, ¿dónde quieres estar? Escucha, tú, caballero de Cristo, cabalga junto al Señor Jesucristo, protege la verdad, conquista la corona de mártir. En todo caso, ya no eres más que un viejecito. He oído que te concedes aún dos años, en los que aún podrás servir para algo bueno; utilízalos bien, al servicio del Evangelio y de la verdadera

*Durero:* Autorretrato con pelliza. *Staatsgemäldesammlungen, Munich.* ▶


1500
anno XXVIII,

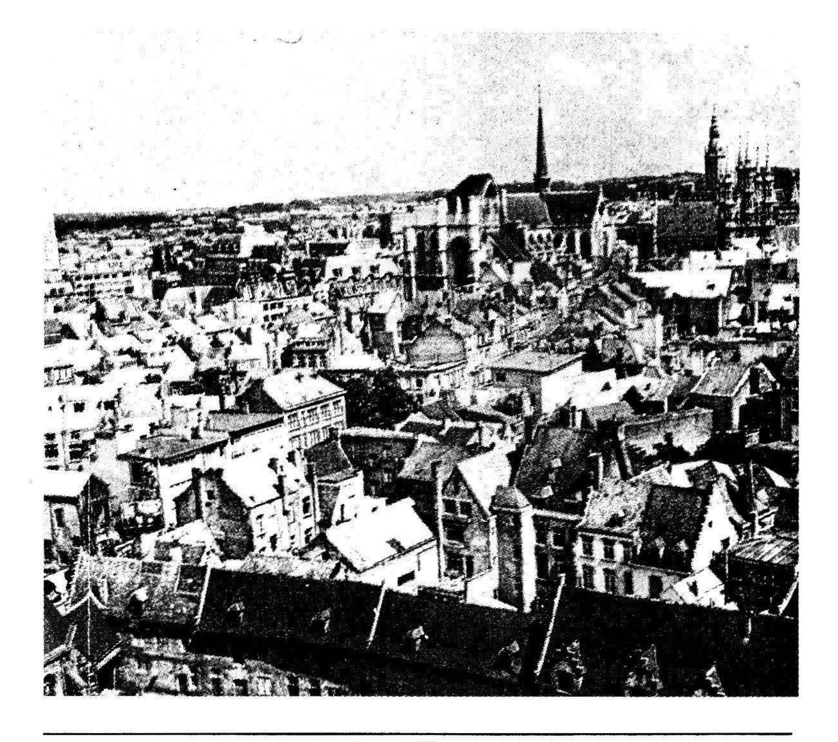



*Portada del libro de Lutero* De las buenas obras, *aparecido en Wittenberg en 1520.*

*Vista aérea de la ciudad de Lovaina.* ▶

fe cristiana... Oh, Erasmo, únete a este partido para que Dios se glorifique en ti...»

Se percibe la confianza en el talento de Erasmo, pero también el recelo de que no haría nada de lo que se le pedía. Durero comprendía bien a Erasmo. La lucha no se ha calmado lo más mínimo y en Lovaina menos que en otras partes. Latomus, uno de los teólogos lovanienses más dignos e instruidos, se reveló entonces como uno de los más serios adversarios de Lutero y, de rechazo, de Erasmo. Al carmelita Nicolás de Egmond se unió también un compatriota de Erasmo, el dominico Vincent Dirks de Haarlem, un feroz detractor. Erasmo se dirigió a la Facultad para defenderse contra los nuevos ataques y para explicar por qué no había escrito nunca contra Lutero. El mismo leería su texto y luego emprendería alguna acción para calmar el tumulto. Al final, obtuvo de Aleandro, que había llegado a Lovaina en junio, la prohibición de predicar contra él. El papa confiaba en que Aleandro llegara a encauzar por el buen camino a Erasmo, con quien de nuevo mantenía relaciones amistosas.



Pero Erasmo comenzaba a entrever la única salida que parecía quedar para él: abandonar Lovaina y los Países Bajos y reconquistar su amenazada independencia. La ocasión de salir se le había presentado hacía algún tiempo: la tercera edición de su Nuevo Testamento le obligaba de nuevo a ir a Basilea. Esto no era un adiós definitivo y Erasmo seguramente creía que regresaría a Lovaina. El 28 de octubre de 1521, día de su cumpleaños, dejó la ciudad donde había pasado cuatro penosos años. En el Colegio de Lis le reservaron sus habitaciones, y allí dejó sus libros.

El 15 de noviembre llegó a Basilea. El rumor de que Erasmo había huido por temor a Aleandro y para ponerse a salvo corrió rápidamente. Sin embargo, la tesis que ha llegado hasta nuestros días, a pesar de los categóricos desmentidos del propio Erasmo en su momento, según la cual Aleandro le había alejado astuta e intencionadamente de los Países Bajos, puede tacharse de inverosímil. Precisamente, Erasmo debía de constituir mayor peligro para la Iglesia en cualquier otro lugar que no fuera Lovaina, auténtico reducto de la tradición bajo la custodia del severo régimen borgoñón, donde, tarde o temprano, podrían obligarle a ponerse al servicio de la política antiluterana.

Tal como Allen ha resaltado, esta última posibilidad era la que Erasmo temía, y por ello la esquivó. No se fue para ponerse a salvo. No se hubieran atrevido a atacarle tan rápido, porque en ese juego representaba una baza demasiado valiosa. Erasmo sentía amenazada su independencia intelectual, que amaba por encima de todo, y fue para preservarla por lo que no regresó a Lovaina.

# 17. El hombre de la concordia y de la paz

Fue en el ocaso de su vida cuando la figura de Erasmo adquirió los rasgos con los que pasó a la posteridad. Y únicamente llegó a ser el Erasmo de Holbein cuando se encontró de nuevo en Basilea, ya liberado de la obsesiva presión de los dos bandos en disputa que querían atraerle a sus respectivos campos; cuando salió del ambiente lleno de gente rencorosa y de adversarios que había conocido en Lovaina y se encontró en el seno de un círculo de amigos, de hombres que pensaban como él, de colaboradores y de admiradores, lejos de las cortes principescas, sin depender de la protección de los grandes, y pudiendo dedicar sin descanso su gigantesca capacidad de trabajo a la obra que quería. Fue en estos últimos años cuando más se acercó a su ideal de vida personal.

El mismo no creía que todavía tuviera quince años por delante. Desde 1506, fecha en la que probablemente cumplió cuarenta años, vivía con la mentalidad de un hombre que se siente envejecer. El último acto de la pieza ha comenzado, repetía sin cesar a partir de 1517.

Desde el punto de vista económico se sentía entonces bastante independiente. ¡Cuánto tiempo hubo de transcurrir antes de que pudiera decir esto! No obstante, la calma interior no acababa de llegar. Erasmo nunca llegó a ser realmente un hombre tranquilo y sereno, como lo representa Holbein. Seguía preocupándose excesivamente por todo lo que la gente decía y pensaba de él. Tampoco en Basilea se sintió definitivamente establecido. A cada momento se refería a un próximo traslado: a Roma, a Francia, a Inglaterra; incluso una vez habló de regresar a los Países Bajos. Pero a falta de paz interior, las circunstancias le proporcionaron al menos descanso físico: durante casi ocho años consecutivos permaneció en Basilea; después, Friburgo le retuvo durante otros seis.

En Basilea, Erasmo es un hombre cuyos ideales respecto al mundo y la sociedad se le revelan equivocados. ¿Qué queda de la alegre esperanza de una edad de oro de paz y de luz, en la


ER · ROT
TERMINVS
Pallas Apellaam nuper mirata tabellam,
Hanc, ait, æternum Bibliotheca colat.
Dædaleam monſtrat Musis HOLBEINNIUS artem
Et ſummi ingenii Magnus ERASMUS opes.

que todavía vivía en 1517? ¿Y de aquella confianza en la buena voluntad y la sabiduría de los hombres con la que había escrito para el joven Carlos V la *Institutio Principis Christiani*?

## El pensamiento político de Erasmo

Para Erasmo, la salvación del Estado y de la sociedad siempre había sido una cuestión de moral individual y de educación intelectual. Recomendando y difundiendo ambas, había creído durante algún tiempo que él mismo iniciaba la gran renovación. Pero, a partir del momento en que comprobó que el conflicto conducía a una lucha sin cuartel, no quiso ser más que un espectador. Como actor en la gran batalla religiosa, Erasmo había abandonado voluntariamente la escena.

Pero no renunció a su ideal. Así acaba una carta suya sobre la filosofía evangélica: «No respondamos con ultrajes y amenazas, ni con las armas y la injusticia, sino con la sencilla razón, las buenas obras, la dulzura y la tolerancia.» Al final de su vida vuelve a implorar: «Si Vos, oh Señor, consentís en renovar el Espíritu divino en todos los corazones, cesarán también estas calamidades exteriores... Poned orden en este caos, Señor Jesús, dejad que vuestro Espíritu se difunda sobre estas olas de dogmas levantadas con mala intención.»

La concordia, la paz, el sentimiento del deber y la buena voluntad tenían un gran valor a los ojos de Erasmo y ¡los veía tan poco extendidos en el mundo! Estaba desengañado. Después del breve momento de optimismo político, ya no volvió a hablar de su época más que en términos amargos: «Un siglo extremadamente maléfico, lo más miserable y corrompido que se pueda imaginar.» En vano escribió siempre en pro de la paz: *Querela pacis* (*Lamento por la paz*), el adagio *Dulce bellum inexpertis*, *Oratio de pace et discordia* y otros más. Erasmo no menospreció esta actividad pacífica. «Este polígrafo que no deja de perseguir la guerra con su pluma», se dejó calificar por Charon, quien temía que la acción de Erasmo redujera su cargamento de sombras. Según una tradición recogida por Melanchthon, el papa Julio, tras enterarse de sus opiniones sobre la guerra, habría mandado llamar

◀ *Retrato de Erasmo de Rotterdam, según un grabado en madera realizado por Hans Holbein. La figura de Erasmo está realzada por un arco triunfal que sugiere una imagen de esa Antigüedad clásica que tanto amaba.*


QVERE
LA PACIS VNDIQVE
GENTIVM EIECTAE
PROFLIGATAE-
QVE.
AVTORE ERASMO
ROTERODAMO.
Cum quibusdam aliis, quorũ
catalogum proxima repe-
ries pagella.
APVD INCLYTAM GER
MANIAE BASILEAM.

*Portada de la obra de Erasmo* Querela Pacis, *impresa en 1517 en Basilea por Juan Froben, con ilustraciones de Holbein.*

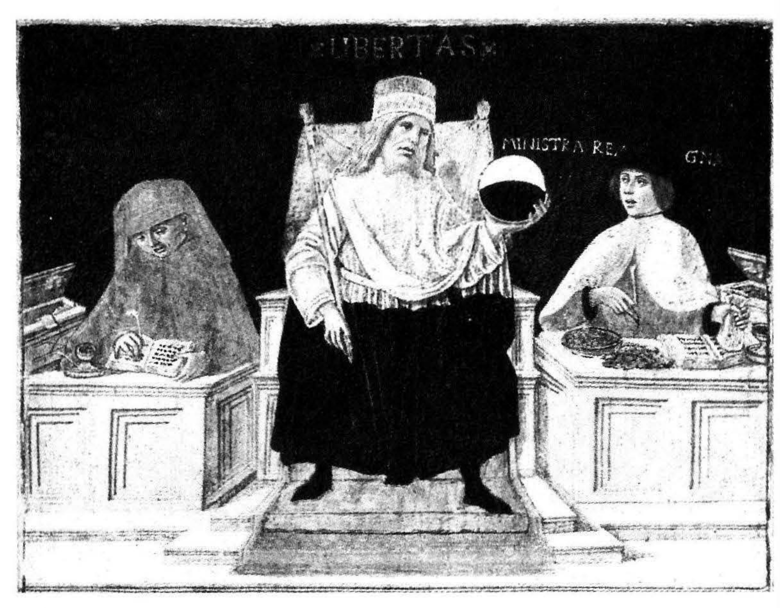
a Erasmo y le habría dicho que renunciara a escribir sobre los asuntos de los príncipes: «No comprendes nada de eso.»[30]

A pesar de cierta moderación innata, Erasmo era un espíritu completamente apolítico. Vivía demasiado lejos de la realidad práctica y tenía una idea demasiado ingenua de la perfectibilidad de los hombres como para ser capaz de comprender las dificultades y necesidades del aparato estatal. Sus conceptos sobre el buen gobierno eran muy primitivos y, como es frecuente en el caso de sabios fuertemente moralistas, eran, en el fondo, muy revolucionarios, aunque jamás se le ocurrió deducir consecuencias al respecto. Tampoco le cambió en este sentido su amistad con pensadores políticos y tratadistas jurídicos como Moro, Budé y Zasius. Apenas existían para él los problemas derivados de la forma del Estado, de la ley o del derecho. Contemplaba las cues-

tiones económicas con una sencillez idílica. El soberano debía reinar gratis y cobrar la menor cantidad posible de impuestos. «El buen monarca tiene todo lo que poseen los queridos ciudadanos.» Los parados podían ser expulsados sin más. Se mostraba, en cambio, más realista al enumerar las obligaciones del príncipe en tiempos de paz: la conservación de las ciudades, la construcción de puentes, mercados y calles, la desecación de las marismas, la regulación del curso de los ríos, la construcción de diques, la roturación. En este caso, es el holandés el que habla, y al mismo tiempo se manifiesta de nuevo esa necesidad de depurar, de limpiar, que es uno de los rasgos fundamentales de su carácter.

Los espíritus políticos vagos, como Erasmo, se inclinan a juzgar a los soberanos muy severamente, porque les culpan de todo lo que funciona mal. Erasmo parecía a veces algo preocupado por los príncipes. Los trata con consideración y los evita; los alaba individualmente, pero en conjunto los condena. Durante largo tiempo creyó que los reyes de su siglo traerían la paz a la Iglesia y al Estado, pero le decepcionaron. Sin embargo, su severidad para juzgar a los príncipes se basaba más en la lectura de los clásicos que en la experiencia política de su época. Es sobre todo en las ediciones posteriores de los *Adagia* donde habla constantemente de los soberanos, de su misión y del olvido de su deber, sin llamar jamás por su nombre a ningún príncipe. «Hay quienes siembran la discordia en sus ciudades para poder hacer callar más fácilmente al pobre pueblo y satisfacer su gula con el hambre de sus inocentes súbditos.» En el adagio *Scarabeus aquilam quaerit* representa al príncipe, bajo el aspecto del águila, como el enorme y cruel rapaz y perseguidor. En *Aut regem aut fatuum nasci oportere* y en *Dulce bellum inexpertis*, escribe la frase citada tan a menudo: «El pueblo funda y construye las ciudades; después, la locura de los príncipes las destruye.» «Los príncipes se alían con el papa, y hasta con el turco, en detrimento de la felicidad del pueblo», escribió a Colet en 1518.

Se trata de un menosprecio completamente académico, nacido en el silencio de su gabinete de estudio. La intención revolucionaria era tan ajena a Erasmo como lo fue a Moro cuando escribió la *Utopía*. «Es posible que de vez en cuando se tenga que soportar a los malos soberanos, y no se debe tratar de poner remedio.» No es probable que Erasmo influyera en sus contemporáneos con sus diatribas contra los príncipes.[31] Quisiéramos creer que su sincero pacifismo y sus amargas denuncias de la locura de la guerra tuvieron algún efecto. Es innegable que di-




El buen gobierno, *por Benvenuto di Giovanni. Archivos del Estado, Siena.*

Mes de diciembre, *por H. Wertinger. Germanisches Nat. Mus., Nuremberg.*



fundió los sentimientos pacíficos en los amplios círculos de intelectuales que lo leían, pero la historia del siglo XVI no muestra que tales sentimientos hayan dado sus frutos. De cualquier modo, la fuerza de Erasmo no radicaba en sus declaraciones políticas. Jamás hubiera podido convertirse en un conductor de hombres animados por pasiones y necesidades imperiosas.

## Nuevas ediciones de los Padres de la Iglesia

No era esa la obra de su vida. Solamente en Basilea, aunque cada vez sufría más con la dolorosa enfermedad que arrastraba desde hacía años, pudo dedicarse sin restricciones a la gran tarea que se había asignado: hacer brotar las fuentes puras del cristianismo, desnudar la verdad del Evangelio con la sencilla inteligibilidad con la que a él se le aparecía. Como una amplia oleada, se sucedían las adaptaciones de los Padres de la Iglesia y de los autores clásicos, las nuevas ediciones del Nuevo Testamento, de los *Adagia*, y de sus propias cartas, así como las paráfrasis del Nuevo Testamento, los comentarios de los Salmos y numerosos nuevos tratados teológicos, morales y filológicos. En 1522 estuvo enfermo durante meses; sin embargo, en ese año aparecieron, siguiendo a su *San Cipriano*, adaptado ya en Lovaina y publicado en 1520, *San Arnobo* y la tercera edición del Nuevo Testamento, seguidos en 1523 por *San Hilario* y, más tarde, por una nueva edición de *San Jerónimo* (1524). Más tarde aparecieron las obras *San Ireneo* (1526), *San Ambrosio* (1527), *San Agustín* (1528-1529) y *San Juan Crisóstomo* (en traducción latina, 1530).

La precipitada sucesión de estas obras de envergadura demuestra que el trabajo se realizó según el peculiar estilo de Erasmo: deprisa, con una enorme capacidad de concentración y un uso asombroso del maravilloso instrumento que era su memoria, pero sin la severa crítica y minuciosidad que exige la filología moderna en este tipo de ediciones.

Ni el Erasmo polemista ni el ingenioso humorista se desvanecieron ante la llegada del sabio teólogo, del reformador desengañado. En lo sucesivo, hubiéramos pasado gustosamente por alto al polemista, pero no al humorista, ni siquiera a cambio de muchos tesoros literarios. Sin embargo, los dos están indisolublemente unidos. Eso es lo que prueban los *Coloquios*.

Quisiéramos repetir aquí lo que ya se ha dicho a propósito de la *Moria*: si de todas las obras de Erasmo sólo han perdurado

en la literatura universal los *Colloquia* y la *Moria*, esta elección de la historia se justifica plenamente. No por el hecho de que, respecto a la literatura, haya sobrevivido sólo la parte más agradable, ligera y legible, mientras que la pesada erudición teológica se ha quedado relegada al silencio de los estantes de las bibliotecas. No. Realmente, lo que permanece vivo en el *Elogio de la locura* y en los *Colloquia* es lo mejor de Erasmo. Con estos libros, su brillante espíritu sedujo al universo y lo cautivó. Sería interesante estudiar aquí detalladamente los *Coloquios* como obra de arte literaria con el fin de otorgar a su autor el legítimo lugar de primera fila que le corresponde dentro de la reluciente pléyade de Demócritos del siglo XVI: Rabelais, Ariosto, Montaigne, Cervantes y Ben Jonson.

## Los Coloquios

Cuando en Basilea Erasmo dio forma definitiva a sus *Colloquia*, éstos ya tenían una larga historia. Durante mucho tiempo no fueron más que *Familiarium Colloquiorum Formulae*, modelos de conversación familiar en latín que redactó en París para sus alumnos antes de 1500. Agustín Caminade, el amigo pobre a quien gustaba vivir de los destellos del genio del joven Erasmo, los había reunido y había sacado provecho de ellos en un círculo restringido. Caminade había muerto hacía ya largo tiempo cuando un tal Lambert Hollonius de Lieja vendió a Froben en Basilea el manuscrito que había heredado de él. Era el año 1518. Beatus Rhenanus, a pesar de ser ya un amigo probado de Erasmo, lo hizo imprimir en el acto, sin advertir al autor. Este hecho provocó el enojo de Erasmo, con toda razón, tanto más cuanto que el opúsculo estaba plagado de omisiones y de faltas gramaticales. Inmediatamente, Erasmo preparó una nueva edición, mejorada, que se imprimió en las prensas de Thierry Maertens, en Lovaina, en 1519. En aquella época el libro contenía, en realidad, un solo diálogo propiamente dicho: el esbozo de lo que sería más tarde el *Convivium profanum*. El resto lo componía únicamente una serie de fórmulas de cortesía y de breves conversaciones. Pero bajo esa forma, y sin referirnos ahora a su utilidad para los latinistas, estaba tan lleno de gracia y de fino ingenio, que tuvo gran éxito. Ya antes de 1522 aparecieron veinticinco ediciones, la mayoría de las veces falsificaciones, en distintas ciudades: Amberes, París, Estrasburgo, Colonia, Cracovia, Deventer, Leipzig, Londres, Viena y Maguncia.

El mismo Erasmo revisó en Basilea una edición que salió de las prensas de Froben en marzo de 1522 y que fue dedicada al hijo de éste, Johannes Erasmius Froben, ahijado del autor, entonces de seis años de edad. Pronto hizo algo más que revisarlas. En 1523 y 1524, aumentó los *Formulae* con diez nuevas conversaciones, luego con cuatro y después con seis, y finalmente, en 1526, cambió el título por *Familiarium Colloquiorum Opus*. La obra siguió dedicada al pequeño Froben, pero fue ampliándose en cada nueva edición: era una rica y variada colección de conversaciones, cada una de las cuales constituía una obra maestra en cuanto a su forma literaria, acabada, espontánea, persuasiva e inigualable en cuanto a su soltura y vivacidad y a la virtuosidad del latín; cada una era como una pieza en un acto, perfectamente acabada. A partir de este año, las ediciones y traducciones se sucedieron casi ininterrumpidamente durante dos siglos.

El ingenio de Erasmo no había perdido nada de su agudeza ni de su frescura cuando muchos años después de la *Moria* volvió al terreno de la sátira. Desde un punto de vista formal, los *Colloquia* son expresión de una sátira menos abierta que la de *Laus*. Esta, con su tema significativo, el elogio de la locura, aparece de golpe como sátira, mientras que los *Coloquios* bien podrían parecer a primera vista pequeños e inofensivos fragmentos del género. No obstante, en cuanto al contenido, éstos son más satíricos o, por lo menos, más directamente satíricos. En tanto que sátira, la *Moria* es filosófica y general; los *Coloquios* son actuales y particulares. Es más, aparte de su aspecto negativo, son más positivos. En la *Moria*, el ideal de Erasmo queda sin formular detrás de la escena; en los *Colloquia* aparece siempre, claramente, en primer plano. Por esta razón, a pesar de la burla, los *Coloquios* constituyen un profundo y serio tratado de moral y son muy parecidos al *Enchiridion militis christiani*. Lo que Erasmo esperaba en realidad del mundo y de los hombres, y cómo se imaginaba esa comunidad cristiana pura tan ardientemente anhelada, de buenas costumbres, de calurosa fe, hecha de sencillez y de moderación, de buena voluntad, de tolerancia y de paz, no aparece en ninguna parte tan clara y acertadamente expuesto como en los *Colloquia*. Durante los últimos quince años de su vida, Erasmo reanudó mediante una serie de disertaciones morales y dogmáticas lo que había emprendido en el *Enchiridion*: el planteamiento de un tipo de vida sencillo, profundamente cristiano, con una ética natural y sin coacción. Este es su mensaje libertador. Muchos lo recibieron a través del *Exomologesis*, el *De Esu carnium*, la *Lingua*, la *Institutio christiani matrimonii*, la *De*


Iohannis Okelam Padius

*Vidua christiane* y el *Ecclesiastes*. Pero a muchísimos otros les fue comunicado mediante los *Colloquia*.

Los *Colloquia* suscitaron mucho más odio y muchos más ataques que el *Elogio*, y no sin razón, ya que en ellos, Erasmo atacaba también a los individuos. Se dio el placer de ridiculizar a sus adversarios lovanienses. Lee fue incluido ya en la edición de 1519 bajo el aspecto de un calumniador fanfarrón, pero una vez superado el litigio se suprimió el pasaje correspondiente en 1522. Vincent Dirks fue presentado de forma caricaturesca en el *Enterramiento* como un codicioso monje mendicante que arranca de un agonizante disposiciones favorables a su orden. Dirks sí que permaneció en los *Coloquios*. Más tarde se añadieron pullas injuriosas destinadas a Noël Béda y a varios otros. Los partidarios de Ecolampadio creyeron ver ridiculizado a su líder en un personaje de larga nariz; en absoluto, contestó Erasmo, se trata por completo de otra persona. A partir de entonces quienquiera que se empeñara en una disputa con Erasmo, y eran muchos, corría el riesgo de ser incluido en los *Colloquia*. No es, pues, asombroso que esta obra, repleta de ásperas burlas a las órdenes religiosas, estuviera expuesta a ataques.[32]

Erasmo no se libró jamás de las polémicas. Seguramente era sincero cuando afirmaba que las odiaba desde lo más hondo de su corazón, y que no las había buscado jamás; sin embargo, su sutil inteligencia a menudo ganaba por la mano a su corazón y una vez enfrentado con un enemigo se complacía en dar rienda suelta a sus bromas y en manejar ágilmente sus argumentos.

## Algunas polémicas

Para conocer bien su persona no es preciso estudiar con detalle estas polémicas. Basta con mencionar las más importantes. En 1516 ya había sido introducida en el horno la pequeña fuente de un teólogo español de la Universidad de Alcalá, Diego López Zúñiga, en latín Stunica. Se trataba de sus *Anotaciones* a la edición del Nuevo Testamento, «un segundo Lee» como decía Erasmo. El cardenal Jiménez había prohibido su publicación, pero después de su muerte, acaecida en 1520, salió a la luz. Durante

◀ *J. Ecolampadio. Grabado de G. Bouttats. Museo de Arte Moderno, Barcelona.*




*Un ejemplar censurado por la Inquisición de la* Cosmographia *de Sebastian Münster (Barcelona, 1550). El retrato de Erasmo aparece totalmente tachado.*

algunos años Zúñiga siguió persiguiendo a Erasmo con sus críticas, con gran irritación de éste. Finalmente, sin duda a medida que Erasmo se volvía más conservador, se produjo un acercamiento, así como una actitud benévola por parte de Zúñiga.

No fue menos larga ni menos violenta la polémica con el síndico de la Sorbona, Noël Bédier o Béda, iniciada en 1522. En 1526, la Sorbona, dejándose influenciar, condenó como heréticas varias propuestas de Erasmo. La intención de Béda de implicar a Erasmo en el proceso entablado contra Louis de Berquin, que había traducido los textos condenados y que finalmente fue llevado a la hoguera por motivos religiosos (1529), hizo el asunto aún más desagradable para el autor del *Elogio*.

Queda bastante claro que tanto en París como en Lovaina, en el ambiente de las Facultades de Teología, los *Coloquios* fueron la principal causa de irritación. Egmondanus y Vincent Dirks no perdonaron jamás a Erasmo que hubiera criticado tan ásperamente sus posiciones y sus personas.

La disputa con un distinguido italiano, Alberto Pio, príncipe de Capri (15251529), se desarrolló más cortésmente que las polémicas antes citadas. En cambio, la que enfrentó a Erasmo con un grupo de frailes españoles, a los que la Inquisición había levantado contra él (1528), fue acerba y encarnizada. En España, aquellos que se inclinaban hacia opiniones más libres en materia de religión fueron llamados *erasmistas*.

De esta forma, aumentaba sin cesar el material para el volumen de sus obras que, según sus propias disposiciones, debía recoger las *Apologiae*, por las que no hay que entender excusas sino defensas. «Qué desdichado soy; constituyen exactamente un tomo», exclamaba Erasmo.

Dos de sus polémicas merecen ser comentadas un poco más ampliamente: las que sostuvo con Ulrich von Hutten y con Lutero.

## Disputa con Hutten

Hutten, caballero y humanista, heraldo entusiasta de un levantamiento nacional alemán, enemigo feroz del papado y paladín de Lutero, era sin duda alguna un hombre impulsivo y tal vez, en cierto sentido, atolondrado. Había aclamado a Erasmo cuando éste aún parecía ser el hombre providencial, y luego, por fin, le rogó que tomara partido por la causa de Lutero. Erasmo pronto se dio cuenta de que este ruidoso aliado podría llegar a resultarle comprometedor. ¿Acaso no le habían atribuido ya una de las sátiras más desenfrenadas de Hutten? Llegó un momento en el que Hutten ya no pudo soportar más a Erasmo. Su instinto caballeresco se sublevó precisamente contra los puntos más vulnerables del carácter de Erasmo: su miedo a exponerse y su tendencia a renegar de un partidario en caso de peligro. Erasmo era consciente de su propia debilidad: «No todos tienen valor para aceptar el martirio —escribía, en 1521, a Richard Pace—. Temo que si se produjera un tumulto imitaría a Pedro.» Sin embargo, esta confesión no le exime del peso de los reproches que, en 1523, le lanzó Hutten en los términos más mordaces. Por cierto, Hutten ya no veía en Erasmo más que una caricatura y éste tuvo algo de razón al titular su defensa: «Esponja para las salpicaduras de Hutten». Esto no impide que el tono y el aspecto de esta *Spongia*, que ya no sería leída por Hutten, fuera mezquino y afectado, obedeciendo a su odio y deseo de venganza. Cuando Erasmo estaba animado por el rencor, daba golpes bajos a sus ene-



*Ulrich von Hutten. Grabado en madera perteneciente a los* Diálogos, *1521. La polémica de Erasmo con Hutten fue una de las más amargas, por las implicaciones personales que de ella se derivaron.*

migos. No obstante, no podemos reprocharle en absoluto el hecho de haber publicado dicho escrito después de la muerte de Hutten, porque ya estaba prácticamente impreso en su totalidad antes de que éste muriera y hubiera sido difícil detener la edición.[33]

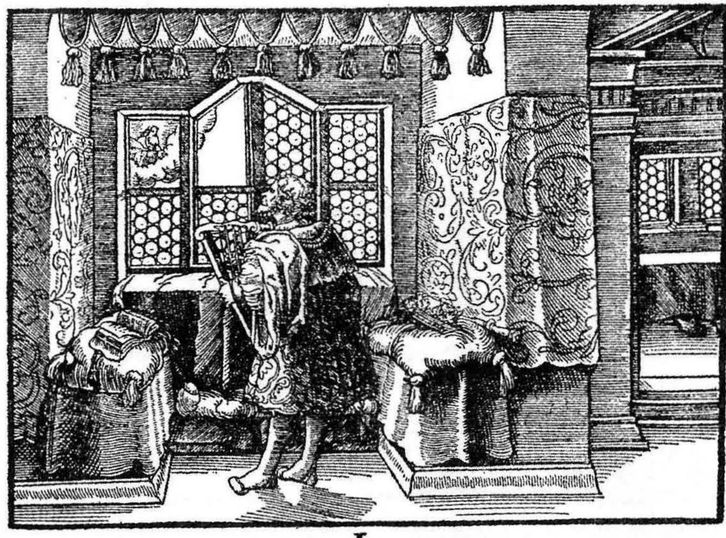
Por lo demás, Hutten sería vengado todavía en vida de Erasmo. Un tal Heinrich von Eppendorff, uno de los partidarios de Hutten, heredó de él su aversión por Erasmo y le acosó durante varios años. Había entrado en posesión de una carta en la que Erasmo le difamaba, y la utilizó para amenazarle constantemente con una denuncia por calumnia. La enemistad de Eppendorff preocupaba tanto a Erasmo que creía ver en todas partes sus maquinaciones y a sus espías, aún cuando la amenaza de una persecución real había cesado desde hacía largo tiempo.[34]

# 18. La discusión con Lutero y otras polémicas

Finalmente, sucedió lo que Erasmo tanto había tratado de evitar: una polémica con Lutero. Pero ya no se trataba, en modo alguno, del gesto que Erasmo hubiera deseado hacer: en beneficio de la paz de la cristiandad y de la unidad de la religión, detener al impetuoso Lutero con un enérgico llamamiento, obligando al mundo a reponerse. En el gran drama de la Reforma la controversia entre estos dos hombres no fue más que un epílogo. No solamente Erasmo estaba desilusionado y cansado, sino que también Lutero había dejado atrás sus años heroicos y, forzado por las circunstancias a llegar a compromisos, se encontraba ya decepcionado.

Erasmo hubiera querido mantener su decisión de seguir como espectador de la gran tragedia. «Si Dios quería todo esto, como parece demostrarlo el empuje de la causa de Lutero— reflexiona Erasmo— y si El ha juzgado necesario someter la corrupción de este tiempo a un tratamiento tan rudo como el de Lutero, yo no debo oponerme.» Pero no le dejaban tranquilo. Mientras continuaba afirmando que no tenía nada en común con Lutero y que no apoyaba ninguna de sus tesis, los defensores de la Iglesia seguían fieles al enfoque que Nicolas de Egmond había expresado, ya en 1520, ante el rector de Lovaina: «Mientras Erasmo continúe negándose a escribir contra Lutero, le consideraremos luterano.» Vives le escribe en 1522 desde los Países Bajos: «Aquí ciertamente se os considera luterano.» La presión para que escribiera contra Lutero no dejaba de crecer. Las exhortaciones venían de todas partes: de Enrique VIII, a través de Tunstall, el viejo amigo de Erasmo; de Jorge de Sajonia, e incluso de Roma, por parte de su antiguo protector, el papa Adriano VI, poco antes de su muerte. Erasmo creyó que ya no podía resistir más. Hizo un ensayo de diálogos parecidos a los *Colloquia*, pero apenas logró avanzar en ellos y, además, seguramente no hubiera satisfecho a quienes trataban de movilizarle. Lutero y Erasmo habían suspendido su correspondencia personal entre sí, desde que el primero prometiera al segundo, en 1520: en fin, Erasmo, ya no

# Der Psalter.



## I.



Ol dem
der nicht wan-
delt im rat der
Gottlosen/no-
ch trit auff den
weg der sün-
der/Noch sitzt
da die Spötter
sitzen.

( Spötter ) Die es fur ei tel narheit halten/was Gott redet vnd thut.

Sondern hat lust zum Gesetz des
HERRN/Vnd redet von sei-
nem Gesetze tag vnd nacht.
Der ist wie ein bawm gepflantzet
an den wasserbechen/der seine
frucht bringet zu seiner zeit/
Vnd seine bletter verwelcken ni-
cht/vnd was er machet/das ge-
rett wol.
Aber so sind die Gottlosen nicht/
Sondern wie sprew/die der
wind verstrewet.
Darumb bleiben die Gottlosen
nicht im b gerichte/noch die sun
der jnn der Gemeine der gerech-
ten.
Denn der HERR kennet den
weg der gerechten/Aber der got
losen weg vergehet.

b ( Gerichte ) Das ist/sie werden weder ampt haben/noch sonst jnn der Christen gemeine bleiben/ja sie verweben sich selb/wie die sprew vom Korn

## II.

WArumb toben die
Heiden/Vnd
die leute reden
so vergeblich?
Die Könige im lande lehnen sich
auff/vnd die Herrn ratschla-
hen miteinander/Wider den
HERRN vnd seinen gesalbe-
ten.
Lasset vns zureissen jre bande/vnd
von vns werffen jre seile.
Aber der im Himel wonet/lachet
jr/Vnd der HERR spottet jr.
Er wird einest mit jnen reden jnn
seinem zorn/Vnd mit seinem
grim wird er sie schrecken.

Aber ich

pronunciaré más vuestro nombre. Sin embargo, ahora que Erasmo se estaba preparando para atacar a Lutero, éste le envió una carta fechada el 15 de abril de 1524, en la que, utilizando las propias palabras de aquél, le decía: «Os ruego que sigáis siendo ahora lo que siempre dijisteis querer ser: un simple espectador de nuestra tragedia.» Las palabras de Lutero dejaban entrever un desprecio irónico, pero Erasmo decía que la carta era «bastante humana; no me he atrevido a contestarla con la misma humanidad por miedo a los calumniadores».

Para poder atacar a Lutero sin traicionar su conciencia, Erasmo debía elegir, naturalmente, un punto en el que estuviera efectiva y fundamentalmente en desacuerdo con él. Por tanto, no una de las partes más externas del edificio de la Iglesia, que en el fondo de su corazón criticaba al igual que Lutero, como eran las ceremonias, los ritos, el ayuno, etc., ni temas sobre los que, en su fuero interno, dudaba más que el propio Lutero, como los sacramentos o la primacía de San Pedro. Así, abordó con toda naturalidad el punto en el que más resaltaba la profunda separación entre sus caracteres, entre sus respectivas creencias acerca de la esencia de la religión: el problema central y eterno del bien y del mal, de la culpabilidad o la coacción, de la libertad o la esclavitud, de la relación entre Dios y el hombre. En su respuesta, Lutero admitió que en este caso efectivamente fue tocado el punto vital.[35]

## La cuestión del libre albedrío

*De Libero arbitrio diatribe*, es decir, *El tratado sobre el libre albedrío*, apareció en septiembre de 1524. ¿Era Erasmo el hombre indicado para escribir sobre semejante tema? Fiel a su método y esmerándose más esta vez en salvaguardar la autoridad y la tradición, Erasmo expuso que —como lo enseña la Biblia, lo confirman los doctores, lo demuestran los filósofos y lo atestigua la razón humana— la voluntad del hombre es libre. Si no se admite el libre albedrío, las palabras referidas a la justicia divina y a la misericordia de Dios no tienen ningún sentido. ¿De qué sirve que la Escritura enseñe, reprenda y exhorte si todo se cumple en virtud de una mera e inexorable necesidad? ¿Por qué

◀ *Página de la Biblia de Lutero, aparecida en 1534. La cuestión del libre albedrío abrió un abismo insondable entre las posiciones de Lutero y de Erasmo.*

alabar la obediencia, si tanto para las obras buenas como para las malas, no somos más que instrumentos en las manos de Dios, como el hacha en manos del leñador? Si fuera así, sería peligroso revelar esta doctrina ante las multitudes, porque la moral está ligada a la conciencia de la libertad.

Lutero acogió la obra de su oponente con repugnancia y desprecio. Fingió vencer estos sentimientos al redactar su respuesta y trató de darle una forma honrosa. Pero la tempestad de su cólera penetró el contenido del *De Servo Arbitrio*. Porque aquí hizo exactamente lo que Erasmo acababa de reprocharle: tratar de curar un brazo dislocado tirando de él justamente en el sentido inverso. Su vehemente espíritu campesino le llevó a exponer con más violencia que nunca las sorprendentes consecuencias de su fe ardiente. Aceptó, sin la menor restricción, todos los extremos de un determinismo absoluto. Para demoler el indeterminismo de forma clara, se vio obligado a recurrir a las metáforas primitivas de una fe hipertensa que pretende expresar lo inexpresable: las dos voluntades de Dios, irreconciliables; «el odio eterno de Dios contra los hombres, no sólo un odio contra las debilidades o contra las obras nacidas del libre albedrío, sino un odio que existía ya antes de la creación del mundo»; y esa imagen de la voluntad humana colocada a igual distancia entre Dios y el diablo, como montura que es utilizada por uno u otro, sin ser capaz de dirigirse por sí misma hacia ninguno de los dos caballeros en pugna.

En ninguna otra parte de su obra la doctrina de Lutero responde tanto a un endurecimiento de la fe y a una exaltación de los conceptos religiosos como en el *De Servo Arbitrio*.

Pero... en este caso era Lutero el que se colocaba sobre la roca de una absoluta penetración mística de la eternidad, el que consideraba que todas las nociones inferiores ardían como paja en el fuego de la majestad de Dios, y el que veía toda colaboración humana en la salvación como agravio a la gloria divina. En el fondo, el espíritu de Erasmo no se alimentaba de los conceptos que estaban en tela de juicio: los conceptos del pecado y de la gracia, de la redención y de la gloria de Dios, que es el principio de todas las cosas.

¿Se mostró Erasmo absolutamente inferior en este conflicto? En el fondo, ¿no tenía razón Lutero? Puede ser. A este respecto, R. H. Murray[36] recuerda oportunamente el juicio de Hegel, según el cual la tragedia no surge del conflicto entre derecho e injusticia, sino entre derecho y derecho. El conflicto de Lutero y de Erasmo se sitúa más allá del punto donde nuestro frágil juicio debe detenerse y admitir la equivalencia, la coexistencia del



*El humanista español Juan Luis Vives, un claro admirador de Erasmo.*

sí y del no. Y Erasmo comprendió que allí se estaba librando una batalla con palabras e imágenes en un terreno situado fuera de lo cognoscible y de lo expresable. Erasmo, el hombre del matiz, para quien los conceptos se deslizaban alternándose eternamente y a quien Lutero consideraba un Proteo; Lutero, el hombre del acento extremado en todo. Un holandés que ve moverse las olas del mar frente a un alemán que ve erigirse las cimas de la montaña.

«Es completamente cierto que sólo podemos hablar de Dios con palabras impropias.» «Muchas cuestiones deberían aplazarse no sólo hasta el concilio ecuménico, sino hasta el día en el que, retirados el espejo y el enigma, veamos a Dios cara a cara.» «¿Quién es infalible?» «Hay en las letras sagradas ciertos lugares inaccesibles, donde Dios no quiso que penetráramos más profundamente.»

En lo que concierne al libre albedrío, la Iglesia católica ha mantenido una sombra de reserva, permitiendo cierto juego al

IOANNES, CALVINVS

sentimiento de libertad humana *dominada* por la gracia. Erasmo consideraba que esta libertad es mucho mayor. Lutero la negaba por completo. Al comienzo, las opiniones de los contemporáneos estaban demasiado dominadas por su participación en la gran lucha, lo que les impedía estar exentos de pasiones. Aclamaban a Erasmo por inferir un golpe a Lutero, o viceversa, según la orientación de sus simpatías. Vives no fue el único que aplaudió a Erasmo, también lo hicieron católicos más convencidos, como Sadolet. Bajo el impacto de la palabra de Erasmo, los humanistas alemanes, generalmente poco inclinados a romper con la Iglesia tradicional, se apartaron más de Lutero: Mutianus, Zasius, Pirckheimer. Incluso Melanchthon se sintió atraído por el enfoque de Erasmo. Para otros, como Capiton, que había sido antes uno de sus más devotos partidarios, Erasmo quedaba ahora definitivamente clasificado.

Pronto llegaría Calvino para adherirse, con la fuerza despiadada de su argumentación, al campo de Lutero.

No carece de interés citar la opinión de un estudioso católico de nuestro siglo acerca de la relación entre Lutero y Erasmo. F. X. Kiefl escribe lo siguiente:[37] «Erasmo, con su concepción profana de la libre y sana naturaleza humana, estaba en su fuero interno mucho más ajeno a la Iglesia que Lutero. Pero no la atacaba más que con un escepticismo distinguido, por lo que Lutero le decía con gran finura psicológica que él (Erasmo) se complacía hablando de los males y de la miseria de la Iglesia de Cristo de una forma que obligaba a sus lectores a reírse, en vez de llevar a cabo una acusación con profundos suspiros, como conviene a Dios.»

El *Hyperaspistes*, un tratado voluminoso en el que Erasmo vuelve a censurar a Lutero, fue sólo un epílogo que no tenemos espacio para comentar aquí.

## A favor de la autoridad y la tradición

Erasmo, por tanto, había tomado partido abiertamente. Porque, haciendo abstracción del controvertido punto dogmático, lo más importante del *De Libero Arbitrio* era que en él Erasmo se oponía abiertamente a las concepciones individuales de los refor-

◀ *Jean Calvino, el hombre que llevaría adelante la Reforma en Suiza, retratado hacia 1550. Museo Boymans, Rotterdam.*

madores acerca de la religión, pronunciándose a favor de la autoridad y la tradición de la Iglesia. Erasmo pensaba que él, solo, hizo más por romper la fuerza del luteranismo que Aleandro con todas sus maquinaciones. En 1522 escribe: «Ni la muerte ni la vida me separarán de la Iglesia católica»; y en 1526, en el *Hyperaspistes*: «Nunca he renegado de la Iglesia católica. Sé que en esta Iglesia, que vosotros llamáis papista, hay muchas cosas que no me gustan, pero veo cosas semejantes también en vuestra Iglesia. Uno soporta con más facilidad las faltas a las que está acostumbrado. Por tanto, yo soporto esta Iglesia hasta que encuentre otra mejor, y ella, a su vez, estará obligada a soportarme a mí hasta que yo mismo me vuelva mejor. Y no navega mal aquel que pasa a igual distancia entre dos males diferentes.»

Pero ¿era acaso posible seguir por esta vía? De una parte y otra le volvieron la espalda: «Yo, que antaño era llamado en innumerables cartas "Tres veces gran héroe, Príncipe de las letras, Sol de los estudios, Defensor de la teología", soy ahora silenciado o me pintan con colores muy diferentes.» ¡Cuántos viejos amigos y cuántos que pensaban como él habían ya desaparecido!

## Un equilibrio difícil

Sin embargo, quedaban aún bastantes que pensaban como Erasmo y alimentaban las mismas esperanzas. La acción moderadora y purificadora de su inteligencia todavía ejercía una influencia constante en todos los países europeos, gracias a su palabra infatigable y, sobre todo, a sus cartas: sabios y religiosos de alta categoría, nobles, estudiantes, magistrados comunales se carteaban con él. El obispo de Basilea, Christophe de Utenheim, era uno de los hombres que le gustaban a Erasmo. Fervoroso partidario del Humanismo, ya en 1503 había tratado de reformar al clero de su obispado por medio de estatutos sinodales, aunque sin obtener grandes resultados. Más tarde llamó a Basilea a sabios, como Ecolampadio, Capiton y Wimpfeling. Era todavía la época anterior al comienzo de la gran lucha que pronto arrastraría a Ecolampadio y a Capiton mucho más lejos de lo que el obispo de Basilea y el propio Erasmo juzgaban conveniente. En 1522, Erasmo dirige al obispo el tratado *De Interdicto esu carnium* (*De la prohibición de comer carne*). Fue una de las últimas veces que Erasmo elevó su voz contra la tradición.

Pero el obispo ya no podía dominar el movimiento. Una parte apreciable de la burguesía de Basilea y la mayoría del Consejo

estaban ya a favor de la Reforma radical. Juan Ecolampadio, cuya primera estancia en Basilea coincidió con la de Erasmo (hacía poco le había ayudado en las traducciones del hebreo, en la época de la edición del Nuevo Testamento), regresó, aproximadamente un año después que Erasmo, con la intención de organizar en la ciudad la resistencia a la tradición. En 1523, el Consejo le incorporó a la universidad en calidad de profesor de ciencias bíblicas, al tiempo que perdían su puesto cuatro profesores católicos. Logró que se declarara la libertad de predicación. Igualmente, pronto llegó a Basilea un agitador mucho más ardiente, el impetuoso Guillaume Farel. Fue el hombre que reformaría más tarde la ciudad de Ginebra e incitaría a Calvino a quedarse allí.

Aunque Ecolampadio se limitó al principio a introducir, con prudencia, algunas novedades en los oficios religiosos, Erasmo observaba tales pasos con inquietud. Sobre todo las maniobras de Farel, a quien despreciaba profundamente. Estos fueron quienes dificultaron lo que Erasmo aún deseaba y consideraba todavía posible: el compromiso. Su espíritu oscilante, que no se decidía nunca definitivamente por un juicio absoluto, iba adoptando, poco a poco, frente a la mayoría de los puntos controvertidos, una posición central semiconservadora, tratando así de seguir fiel a la Iglesia sin renegar de sus convicciones más íntimas. En 1524 puntualizó sus opiniones respecto al valor de la confesión en el tratado *Exomologesis* o el modo de confesarse. La acepta a medias: si no fue instituida por Cristo o los apóstoles, al menos lo fue por los Padres de la Iglesia. Debe ser piadosamente mantenida. La confesión es extremadamente útil, aunque en ciertos casos resulte muy perniciosa. Erasmo trataba así de «conjurar los dos partidos, de no aprobar ni combatir» las degeneraciones, «aunque se incline hacia los que creen.»

En el curso de la larga serie de polémicas tiene ocasión de definir más o menos sus opiniones. Lo hace muy largamente, por ejemplo, en las réplicas a Alberto Pio en 1525 y en 1529. Siempre adopta una actitud de defensa, sin pararse a considerar si los ataques se referían a los *Colloquia* o a la *Moria*, a *San Jerónimo*, a las *Paraphrases* o a cualquier otro escrito. Finalmente, hace una especie de resumen de sus opiniones en *De Amabili Ecclesiae concordia* (*De la amable concordia de la Iglesia*), en 1533. Sin embargo, apenas se puede considerar este escrito como una tentativa de acción positiva. A estas alturas, ya no pensaba en ello.

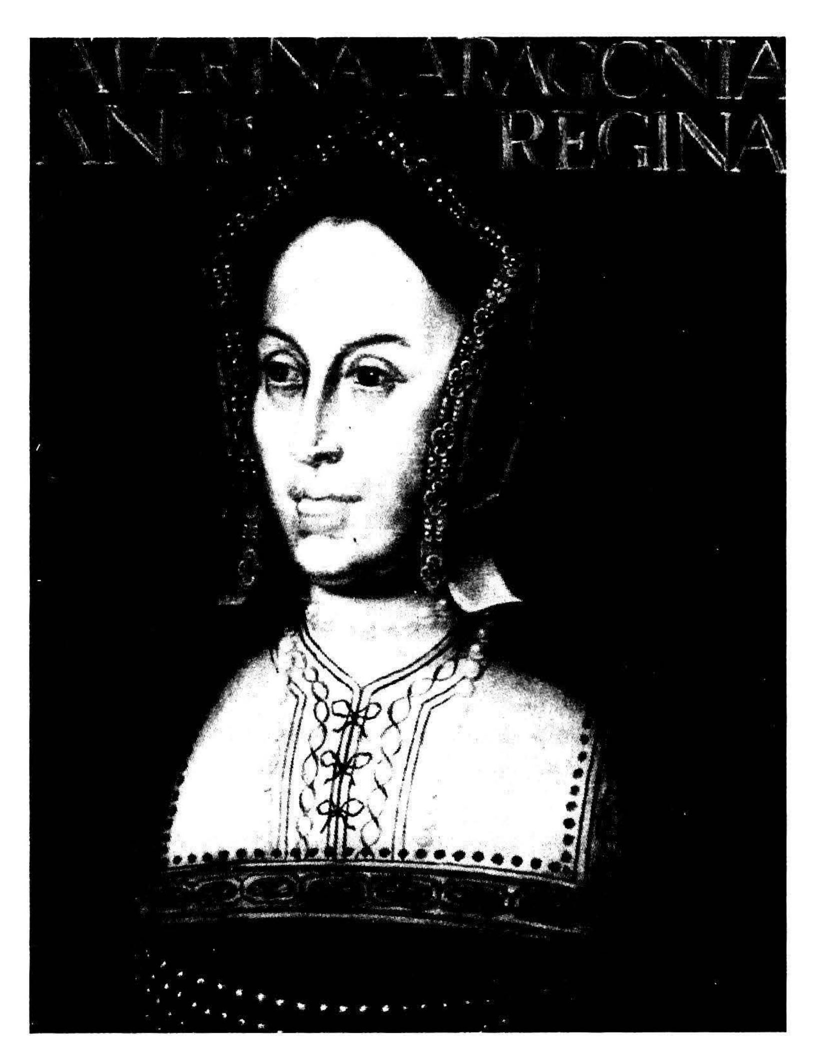
Erasmo logró encontrar una fórmula moderada y conservadora para la mayoría de los problemas. Ni siquiera en relación con las ceremonias litúrgicas se aferró a una actitud de mera de-

saprobación. Incluso dedicó algunas palabras comprensivas al ayuno, hacia el que siempre había sentido horror, al culto a las reliquias y a las fiestas religiosas. En 1523, por encargo de un amigo, escribe una misa dedicada a Nuestra Señora de Loreto. Pero no hace en ella ninguna alusión al milagro de la Casa Santa, y las palabras que acompañan su envío al amigo empiezan así: «Y ahora ya puedes esperar que Erasmo se ponga a bailar en plena feria, si me lo pides.» No quiere suprimir el culto a los santos, porque ya no encierra peligro de idolatría. Incluso consiente en tolerar las imágenes: «Retirando las imágenes de la existencia, se despoja a ésta de su mayor goce; con frecuencia vemos en las imágenes más de lo que podemos aprender de los escritos.» Sobre el punto de la presencia real de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, se atiene al punto de vista católico, pero sin poner pasión en ello, apoyándose únicamente en la tradición de la Iglesia, porque no puede creer que Cristo, que es la verdad y el amor, pudiera permitir que Su Esposa cometiera durante tan largo tiempo un error tan horrible, llegando a adorar en su lugar una corteza de pan. A reserva de estos argumentos, estaría dispuesto, en rigor, a admitir la postura de Ecolampadio.

## Sobre el matrimonio y la viudez

También al periodo basiliense corresponde uno de los más puros y mejores tratados morales de Erasmo, el *Institutio christiani matrimonii* (*Del matrimonio cristiano*), publicado en 1526 y dedicado a Catalina de Aragón, reina de Inglaterra. Pertenece a la misma línea de pensamiento que el escrito completamente en el espíritu del *Enchiridion*, salvo cierta prolijidad que pone de manifiesto la edad del autor. Más tarde, escribe otro tratado, *De Vidua Christiana* (*De la viuda cristiana*), dedicado a María de Hungría, obra también impecable, aunque menos interesante.

Todo esto no desarmó a los defensores de la Iglesia. En lo que respecta a la religión de Erasmo, se atenían a la imagen clara y elocuente que se desprende de los *Colloquia* y que no podía considerarse, en sentido estricto, católica. En estos tratados se percibe con demasiada nitidez que, a pesar de todo su esfuerzo para mantenerse fiel en la letra, Erasmo no se adhiere de corazón a las convicciones vitales de la Iglesia católica. Precisamente por eso, más tarde, en el momento de expurgar la obra de Erasmo, se incluyeron íntegramente en el *Indice* los *Colloquia*, junto con la *Moria* y algunos otros trabajos. El resto es *caute legenda*,




*La reina de Inglaterra Catalina de Aragón, esposa de Enrique VIII, para quien Erasmo escribió uno de sus mejores tratados morales, el* Institutio christiani matrimonii, *publicado en 1526.*

para leer con prudencia. Se rechazó buena parte de las anotaciones al margen del Nuevo Testamento, de las *Paraphrases* y de las *Apologies* y una mínima parte del *Enchiridion*, de la *Ratio verae theologicae* y hasta del *Exomologesis*. Pero esto ocurrió sólo después de que terminara el combate contra Erasmo en vida.

Lo cierto es que, en Basilea o en cualquier otra parte, Erasmo seguía siendo centro de un amplio grupo intelectual, cuya amplitud no se podía evaluar por la sencilla razón de que no se había manifestado como partido, y del cual se ignoraba la nueva orientación que podría asumir y la influencia que podría ejercer todavía en la Iglesia. En su silencioso gabinete de trabajo, Erasmo continuó siendo un príncipe de las inteligencias. El odio de que fue objeto y el control ejercido sobre todas sus palabras y todos sus actos sólo suscitaron grandezas incontestables. El coro de enemigos que atribuían a Erasmo toda la responsabilidad de la Reforma no se apaciguó en absoluto: Erasmo había puesto los huevos que Lutero y Zwinglio empollaron después. Erasmo descubría siempre con irritación nuevas pruebas de esta lucha mezquina, malintencionada y estúpida. En Constancia había un médico que colgó su retrato en la pared para poder escupirle cada vez que pasara ante él. Erasmo, riéndose, compara su destino al de San Cassiano, al que sus alumnos atravesaron con sus estiletes. «¿No estaba acaso traspasado en vida desde hacía varios años por las plumas y las lenguas de innumerables hombres, y no vivía en semejante suplicio sin que la muerte viniera a ponerle fin?» Profundamente susceptible, Erasmo jamás dejó de provocar a otros.

# 19. Entre Basilea y Friburgo

Nada caracteriza mejor el afán de Erasmo por conservar su independencia frente a todos los movimientos de su época que el hecho de que haya emprendido la lucha incluso dentro del propio campo de los humanistas. En 1528, las prensas de Froben (el jefe de la firma, Juan Froben, había fallecido poco antes) imprimieron simultáneamente dos diálogos de Erasmo: uno trataba de la pronunciación exacta del latín y del griego, y el otro, titulado *Ciceronianus*, del mejor modo de expresarse en latín hablado y escrito. Ambos escritos atestiguan que Erasmo todavía conservaba intactas su vivacidad e inteligencia. El primer tratado era estrictamente filológico y, como tal, tuvo gran influencia. El segundo era al mismo tiempo satírico, y tenía una larga historia.

Erasmo siempre vio la salvación de la civilización en los estudios clásicos, puestos al servicio de un cristianismo puro. Su sincero sentimiento ético se horrorizaba ante la obscenidad de un Poggio y frente a la inmoralidad de los primeros humanistas italianos. Al mismo tiempo, su buen gusto natural le indicaba que la salvación no podía hallarse en una imitación pedante y servil de los modelos antiguos. Erasmo conocía demasiado bien el latín para ser estrictamente clásico; su latín era vivo y necesitaba libertad. Desde muy pronto aparecen en sus escritos pullas dirigidas contra los exagerados puristas latinos: uno de ellos calificó de completamente bárbaro un fragmento de Cicerón que se había descubierto hacía poco; «entre los diferentes tipos de escritores, no hay ninguno que me resulte tan insoportable como los imitadores de Cicerón».

Al tiempo que ponía esperanzas en los estudios clásicos para conseguir la depuración del cristianismo, percibía también su peligro: «Porque bajo la capa de la antigua literatura renaciente *(renascentis)*, trata de alzar la cabeza el paganismo, al igual que entre los cristianos hay quienes reconocen a Cristo sólo de nombre, pero en su interior palpita el paganismo.» Esto fue lo que escribió en 1517 a Capiton. En Italia se dedican de una manera demasiado exclusiva y pagana a las *bonae literae*. Consideraba que

su misión era contribuir a que éstas «que hasta ahora han sido casi paganas entre los italianos, se acostumbren a hablar en cristiano».

Cuán afectado se habrá sentido Erasmo ahora que, precisamente en Italia, le imputaban herejías, poniendo al mismo tiempo en tela de juicio sus conocimientos y su integridad de sabio: se le acusaba de plagio y de manipulación interesada. Se quejó de ello a Aleandro que, según él, habría tenido algo que ver en este asunto.

El primer esbozo del *Ciceronianus* lo encontramos en una carta dirigida a un profesor de Alcalá, fechada el 13 de octubre de 1527, en la que Erasmo escribe que, además de los que odian los estudios clásicos a causa de la verdadera religión, «ha surgido recientemente una nueva clase de enemigos que dejan ver su rostro. Estos lamentan que las *bonae literae* hablen de Cristo, como si en los temas paganos no pudiera existir nada elegante. *Jupiter optimus maximus* suena más bonito a sus oídos que *Jesus Christus redemptor mundi*, del mismo modo que les resulta más agradable *patres conscripti* que *sancti apostoli*... Consideran que no ser ciceroniano constituye una vergüenza mayor que la de no ser cristiano, ¡como si de resucitar ahora Cicerón no hablara de las cosas cristianas en términos diferentes de los que utilizaba en su tiempo para referirse a *su* religión...! ¿Qué pretenden haciendo alarde de ser ciceronianos? Se lo diré en pocas palabras y, por así decirlo, al oído. Con este maquillaje encubren el paganismo, que a ellos les es más querido que la gloria de Cristo.» Para Erasmo, el estilo de Cicerón no es, en absoluto, el ideal. Prefiere algo más sólido, más conciso, más musculoso, menos pulido, más viril. El, que en ocasiones debe escribir un libro en un solo día, no tiene tiempo para pulir su estilo, a veces ni siquiera tiene un rato libre para releer lo que escribe... «Qué me importa un plato de palabras sacadas de esta o aquella parte de la obra de Cicerón: yo quiero el alma entera de Cicerón.» Todo esto no son más que bagatelas. Porque infinitamente más serios son los escándalos promovidos por el supuesto Nuevo Evangelio, al que se refiere más adelante en la citada carta.

En medio de sus polémicas y de sus ásperas defensas, Erasmo se concedía, de esta manera, el placer de dar una vez más rienda suelta a sus bromas, ennoblecidas, al igual que en la *Moria* y en los *Colloquia*, por una gravedad casi apasionada de espíritu cristiano y de sentido innato del equilibrio. El *Ciceronianus* es una obra maestra del saber, acabada y múltiple, de persuasiva elocuencia y de fácil manejo de valiosos argumentos. La larga

*Dedicatoria de Valla contenida en su obra* Elegantiae linguae latinae, *uno de los tratados en lengua latina que más influyeron en la literatura humanista.*

**Laurentii Vallenſis Viri Clariſſimi:& De Lingua Lati na Benemerentis Ad Ioānem Tortelliū Arretinum:Cui Opus Elegantiarum Linguæ Latinæ Dedicat Epiſtola:**

AVRENTIVS Vallenſis Ioanni Tor-
tellio Aretio cubiculario apoſtolico the
ologoꝝ facundiſſimo ſalutem.P.D. Li-
bros de linguæ latinæ elegantia mi Ioan
nes unicum amicitiæ ſpecimē & omnis
ſcientiæ decus olim iam tibi debitos:to
tiensq; abſ te efflagitatos: & tanquam
creditore repetitos tandem exhibeo:no
miniq; tuo dedico:ac uelut æs alienum perſoluo:Et ut lon
gioris moræ dem pœnas etiam cum fœnore:eoq; tanto ut
ſorti par ſit.Nam cum ſex eſſent libri quos tibi:cui omnia
debeo repromiſeram:nūc totidem ad illos accedunt eiuſdē
germanæq; materiæ: & quaſi ſemiſſi ſemis addita explet
aſſem lucri.Feciſti itaq; tu lōgam quidem expectationem.
Verum ipſius expectationis non negligentia mea:ſed conſi
lium extitit cauſa. Nolo enim fraudare beneficium meū
gratia ſua. Siquidem nullā aliam inire rationem poterā:
qua libros iiuſſu meo:ut ſcis:editos:& in plurima exempla
ria tranſcriptos tibi dicarem:niſi & repurgarem diligētius:
& (quod maius eſt) aliorum ueluti:reliqui corporis acceſſi
one perfectos me emittere teſtarer:ut nemo niſi ab hoc fon
te & eius riuis noſtrarum elegantiarum aquas ſibi hauriē
das exiſtimaret non ſolum uberiore gurgite:ſed etiam niti-
diore. Quo magis & ſpero:& opto libros hos abſ te in ſū
mi Pontificis bibliotheca repoſitum iri:teq; curaturum ut
ille:cuius cōtubernalis es:& ſtudiorum intimus comes non
nunquam eos euoluat:& quemadmodum de parte iam fe
cit totum opus laudet:eximium profecto ac maximi labo
ris mei fructum ac præmium. Nam quis uberior fructus:
aut quod magis optimum præmium generoſo animo con
tingere poteſt:q̄ laudari a laudato uiro:ut ille apud Acci-

conversación se desarrolla, con ritmo pausado pero vivo, entre Bulephórus, portavoz de las opiniones de Erasmo, Hypologus, el preguntón interesado, y Nosoponus, el celoso ciceroniano que toma cada día diez pasas de Corinto para conservar su espíritu perfectamente puro.

Algo sin duda menos afortunado fue el hecho de que, al poner en escena la figura de Nosoponus, Erasmo apuntara al parecer a alguien que ya no estaba en condiciones de poder responderle: Christophe Longolius, fallecido ya en 1522.

Como punto central del *Ciceronianus*, Erasmo trata de acentuar el peligro que representa para la fe cristiana un clasicismo demasiado entusiasta. Esto está ya implícito en el título, si consideramos que Erasmo tomó el contraste ciceronianos-cristianos de su querido San Jerónimo, quien se había visto ante esta alternativa.[38] Proclama con insistencia: «Es el paganismo, créeme Nosoponus, es el paganismo el que hechiza nuestros oídos



y nuestro corazón. Somos cristianos sólo de nombre.» ¿Por qué una sentencia clásica nos parece más armoniosa que una cita de la Biblia? ¿Por qué "*corchorum inter olera*" ("murajes entre las hortalizas"), nos resulta más armoniosa que "Saúl entre los profetas?"» Para probar lo absurdo del ciceronianismo, traduce al latín clásico la expresión dogmática «Jesucristo, el Verbo y el Hijo del Padre eterno, vino al mundo conforme a los profetas» como «*Optimi maximique Iovis interpres ac filius, servator, rex, juxta vatum responsa, ex Olympo devolavit in terras.*» La mayoría de los humanistas escribía así.

¿Se daba cuenta Erasmo de que con ello estaba declarando la guerra a su propio pasado? ¿No era esto lo mismo que le reprocharon sus adversarios cuando tradujo *Logos* por *Sermo*, en vez de por *Verbum*? Con ello también estaba poniendo en peligro una noción cristiana viva para sustituirla por un término más clásico. ¿No deseó acaso él mismo que se corrigiera el metro de los himnos religiosos por no hablar de sus propias odas y composiciones clásicas dedicadas a la Virgen y a los santos? Y su desaprobación de la predilección por las sentencias y giros clásicos ¿no se volvía, antes que nada, contra sus propios *Adagia*?

En este sentido, vemos cómo el viejo Erasmo se adentra en un camino retrógrado que finalmente hubiera podido llevarle lejos del humanismo. En su lucha contra el purismo humanista, Erasmo es el precursor de un puritanismo cristiano.

## Nuevos enemigos

Como siempre, sus burlas le causaron numerosos ultrajes. Bembo y Sadolet, que eran junto a él los maestros de la latinidad pura, podían limitarse a sonreír, pero el ardiente Julio César Scaliger se lanzó al ataque, sobre todo porque quería vengar la memoria de Longolius. Este incidente vino a renovar la preocupación de Erasmo de ser objeto de persecución: de nuevo creía que Aleandro estaba implicado en el asunto. «Los italianos azuzan a la corte imperial en mi contra», escribe en 1529. No obstante, en cuanto a los otros, escribe bromeando: «En verdad, ahora cambiaré mi estilo, tomaré a Budé como modelo y ¡me convertiré en ciceroniano, al igual que Sadolet y Bembo!» Al final de su vida

◀ Minerva y el centauro, *por Sandro Botticelli. Galería de los Uffizi, Florencia.*

inició todavía una nueva batalla contra los agresores italianos cuyo orgullo nacional había ofendido: «En todas partes revientan de rabia contra mí en libelos difamatorios, presentándome como el enemigo de Italia y de Cicerón.»

Según sus propias declaraciones, tenía dificultades más graves, que le afectaban más de cerca. Desde hacía varios años, en Basilea los acontecimientos se desarrollaban de una manera que preocupaba e inquietaba a Erasmo. Cuando se estableció allí, en 1521, creía aún que el obispo, el viejo Christophe de Utenheim, gran admirador suyo y hombre de su agrado, llegaría a realizar, con el apoyo de personajes como su fiel amigo común Ludwig Ber, la reforma que Erasmo deseaba: suprimir los abusos comprobados sin salirse del seno de la Iglesia. Pero, justamente en el año 1521, el control del gobierno municipal se sustrajo definitivamente de las manos del obispo, como consecuencia de una evolución que había comenzado ya en 1501, al adherirse Basilea a la Confederación helvética. A partir de entonces, el papel dirigente correspondió al Consejo, cuya composición ya no era exclusivamente aristocrática. El obispo unió en vano sus esfuerzos con los de sus colegas de Constanza y de Lausana para mante-

*Caricatura de la institución monástica realizada por Hans Sebald Behan. Kunstalle, Hamburgo.*



*Juan Ecolampadio, por Hans Asper. Offentliche Kunstsammlung, Basilea.*



ner el catolicismo. En la ciudad ganaba terreno la nueva doctrina. No obstante, cuando en 1525 se produjeron manifestaciones públicas en contra del culto católico, el Consejo se volvió más prudente y, a partir de entonces, trató de aplicar reformas, pero con mesura.

Esto era lo que quería también Ecolampadio. Las relaciones de éste con Erasmo atravesaban un momento bastante delicado. Antaño, el propio Erasmo había orientado el pensamiento religioso de este joven exaltado e impulsivo. Cuando repentinamente Ecolampadio se refugió en el convento, en 1520, justificó su acto personalmente ante Erasmo, que menospreciaba los votos comprometedores. ¡Cómo habían cambiado sus relaciones cuando volvieron a verse dos años más tarde en Basilea! Por una parte, Ecolampadio, que había abandonado el convento y era entonces convencido partidario y apóstol de la nueva doctrina; por otra, Erasmo, que quería mantenerse como el gran espectador. Este recibió fríamente a su antiguo colaborador, y se alejaba cada vez más de él a medida que el otro iba avanzando. No obstante,

Erasmo se mantenía entre ambos extremos, y en 1525 pidió moderación al Consejo, que ahora nuevamente se inclinaba hacia la tradición.

A comienzos de 1527, el viejo obispo, que desde hacía algunos años ya no residía en la ciudad, pidió al cabildo de la catedral que le relevara de su cargo, y murió poco después. Entonces se precipitaron los acontecimientos. Su sucesor no pudo tomar posesión de su cargo en Basilea. Y puesto que Berna ya se había adherido a la Reforma en 1528, Ecolampadio exigió que también Basilea se decidiera a hacerlo. Desde finales del año 1528, la ciudad se mantuvo al borde de la guerra civil. Un motín popular puso término a la resistencia del Consejo, cuyos miembros católicos fueron depuestos. En febrero de 1529 el antiguo culto quedó prohibido, se quitaron las imágenes de las iglesias, se clausuraron los conventos y se suspendió la universidad. Ecolampadio se convirtió en primer predicador de la catedral y director de la Iglesia basiliense, para la cual estableció rápidamente un reglamento. El nuevo obispo se afincó en Porrentruy, mientras que el cabildo de la catedral emigraba a Friburgo.

## Traslado a Friburgo

También para Erasmo sonó la hora de partir. En 1529, su situación en Basilea era algo similar, aunque en sentido opuesto, a la que tuvo en Lovaina en 1521. En aquel tiempo, los católicos querían movilizarle contra Lutero; ahora los evangélicos querían retenerlo en Basilea. Porque su nombre seguía siendo una bandera. La presencia de Erasmo reforzaba la posición de la Basilea reformada. Por una parte, porque se diría: si no estuviera de acuerdo con los reformadores, ya habría abandonado hace tiempo la ciudad. Por otra parte, porque su personalidad parecía ser una garantía de moderación y sería capaz de convencer a muchos vacilantes.

En consecuencia, Erasmo se marchó una vez más para preservar su independencia. Esta vez le resultó penoso. La edad y la enfermedad le habían vuelto sedentario. Como preveía dificultades por parte del gobierno municipal, pidió al archiduque Fernando, que gobernaba el Imperio en nombre de su hermano Carlos V y que se encontraba precisamente en la Dieta de Spira, un salvoconducto válido para todo el Imperio, así como una invitación para unirse a su corte, aunque no pensaba hacer uso de ella. Eligió como refugio Friburgo de Brisgovia, una ciudad que


Bulla contra errores
Martini Lutheri
⁊ sequacium.

*Portada de la bula contra los errores de Martín Lutero lanzada por León X.*

no quedaba demasiado lejos, y donde, al encontrarse directamente bajo la severa autoridad de la casa de Austria, no tenía que temer bruscos cambios como en Basilea. Por lo demás, en aquellos momentos el prestigio del emperador y de la causa católica parecían estar de nuevo fuertemente en alza en Alemania.

Erasmo no quiso o no pudo guardar el secreto en relación con su intención de cambiar de residencia. Ya había enviado con anticipación sus pertenencias más valiosas, y puesto que al hacerlo ya había llamado la atención sobre su proyecto, invitó expresamente a Ecolampadio a un encuentro de despedida. El reformador le aseguró su sincera y amistosa benevolencia, que Erasmo no rechazó a condición de que le permitiera diferir de él en lo relativo a ciertos puntos dogmáticos. Ecolampadio intentó convencerle para que se quedara; cuando comprobó que ya era inútil, le rogó que decidiera regresar más tarde. Se separaron con un apretón de manos. Erasmo hubiera querido salir de Basilea desde un pontón alejado, pero el Consejo no le autorizó: tuvo que tomar el barco en el lugar habitual, cerca del puente del Rin.

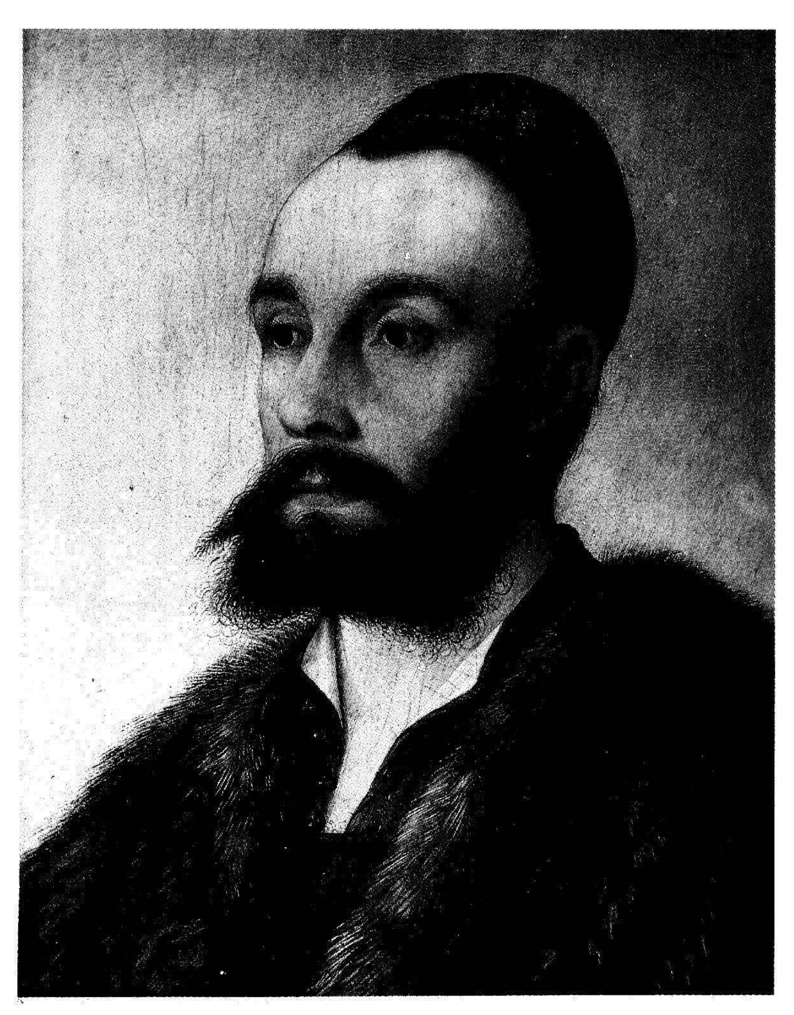
El 13 de abril de 1529 se embarcó, acompañado de algunos amigos, ante una gran muchedumbre; pero no se produjo ningún incidente.

La acogida que se le tributó en Friburgo le demostró que, a pesar de todo, seguía siendo el príncipe de las letras, siempre celebrado y admirado. El Consejo puso a su disposición la gran casa que había sido construida para el propio emperador Maximiliano, aunque no estaba terminada; un profesor de teología le ofreció su jardín. Anton Fugger intentó atraerle a Augsburgo prometiéndole una pensión. Por lo demás, Erasmo no consideraba en absoluto a Friburgo como su residencia definitiva. «He decidido permanecer aquí durante el invierno, para volar con las golondrinas hacia donde Dios me llame.» Pero pronto se dio cuenta de las grandes ventajas que ofrecía su nuevo lugar de residencia. El aire, al que era tan sensible, le gustaba, y el emplazamiento de la ciudad era idóneo para emigrar a Francia, o a los Países Bajos, desde donde muchos seguían llamándole. En 1531 compró una casa en Friburgo. Uno de sus mejores amigos, Luis Ber, había abandonado también Basilea para reunirse con él.

El viejo Erasmo de Friburgo, que sufría cada vez más a causa de su dolorosa enfermedad y estaba mucho más desengañado que cuando abandonó Lovaina en 1521, aunque a partir de entonces adoptó un punto de vista más firme, sólo podrá ser plenamente conocido cuando se complete la publicación de su correspondencia de esos años. De ningún otro periodo de la vida de Erasmo poseemos tantos datos sobre sus actos, movimientos y pensamientos de cada día. No faltaba trabajo en el gran taller de eruditos, donde dirige a sus *famuli*, que le buscan manuscritos, copian y corrigen, y desde donde envía a sus mensajeros con cartas por toda Europa. En la serie de las ediciones de los Padres de la Iglesia, aparecieron aún las de San Basilio y nuevas ediciones de San Juan Crisóstomo y de San Cripriano; las obras de Ariosto aumentaron sus ediciones de autores clásicos. Revisó aún tres veces los *Colloquia*, una vez los *Adagia* y el Nuevo Testamento. De su pluma siguieron brotando escritos morales o político-teológicos.

## Los resultados de la Reforma

En aquel tiempo Erasmo se apartó completamente de la causa de la Reforma. Aplica a los reformadores el irrisorio nombre de «seudoevangélicos». «Hubiera podido ser uno de los corifeos



*Retrato del banquero alemán Anton Fugger. Staatliche Kunsthalle, Karlsruhe. Fugger intentó que Erasmo se instalara en Augsburgo.*

en la Iglesia de Lutero —escribe en 1528— pero he preferido atraerme el odio de toda Alemania antes que salir de la comunidad de la Iglesia.» «Hubiera debido concederse al principio menos atención a la acción de Lutero; entonces el incendio jamás se hubiera propagado con tal violencia.» Siempre suplicó a los teólogos que no se preocuparan de las cuestiones de poca importancia, que implican más ostentación que piedad, y que vol-



*El enfrentamiento entre católicos y reformados convirtió a Alemania en un campo de batalla.*

vieran a las fuentes de las Escrituras. Ahora ya era demasiado tarde. Las ciudades y los países venían agrupándose cada vez más estrechamente en coaliciones en pro o en contra de la Reforma. En 1530 Erasmo escribe a Sadolet: «Cuando veáis producirse, y Dios no lo quiera, terribles conmociones en el mundo, funestas no tanto para Alemania como para la Iglesia, os acordaréis de que Erasmo lo había predicho.» Declaró varias veces a Beatus Rhenanus que si hubiera sabido que llegarían tiempos como los que estaban viviendo, no hubiera escrito muchas cosas o las hubiera escrito de otro modo.

«Mirad, pues —exclama Erasmo—, a esta ralea evangélica para ver si, por casualidad, se han vuelto mejores. ¿Sacrifican acaso menos al lucro, al goce y a la codicia?» «Enseñadme a alguien al que este Evangelio haya transformado tanto que de bebedor se haya convertido en sobrio, de furioso se haya vuelto dulce, de rapaz en generoso, de sinvergüenza en virtuoso. Os mostraré a varios que se han vuelto peores que antes.» Se han retirado las imágenes de las iglesias y se ha suprimido la misa (Erasmo piensa sobre todo en Basilea): ¿se ha puesto acaso algo mejor en su lugar? «No he estado nunca en sus iglesias, pero les he visto algunas veces regresar de sus cultos como si estuvieran inspirados por el maligno; en todas las caras se veía una cólera y un salvajismo singulares, y sólo hubo un anciano, acompañado de algunas personas correctas, que me saludó con buenos modales.»

Erasmo detestaba el aire de autosuficiencia, tan característico de los reformadores. «Dejad que Zwinglio y Bucer se sientan inspirados por el Espíritu; Erasmo no es más que un hombre y no puede concebir lo que a ellos les dicta el Espíritu.»

Entre los reformadores, había un grupo al que Erasmo, en el fondo de su corazón, se sentía más cercano que a los luteranos o a los zwinglianos, dogmáticos: los anabaptistas. Rechazaba, sin embargo, la doctrina de la que éstos tomaron su nombre y detestaba el fermento anárquico que había en ellos. Seguía siendo un hombre demasiado ligado al decoro intelectual para poder identificarse con estos marginados. Pero no se le escapaba el carácter serio de su esfuerzo moral y tenía simpatía por su aversión a la violencia y por la paciencia con que soportaban la persecución. «Se les alaba por encima de todos los demás por la inocencia de sus costumbres», escribe en 1529. Fue al final de su vida cuando tuvo lugar la acción ferozmente revolucionaria de los anabaptistas fanáticos; es natural que Erasmo se haya referido a ello con ansiedad.

Uno de los mejores historiadores actuales de la Reforma, Walter Köhler, considera a Erasmo como uno de los padres espirituales del anabaptismo.[39] Es cierto que este movimiento, en su posterior desarrollo pacífico, tiene importantes afinidades con Erasmo: la inclinación a aceptar el libre albedrío, ciertas tendencias racionalistas, el rechazo de una concepción confesional exclusiva. Parece que en Hans Denk, el anabaptista de la Alta Alemania, se pueden encontrar opiniones tomadas directamente de Erasmo. Pero esta afinidad de ideas se debe seguramente, en gran parte, a ciertas particularidades de la conciencia religiosa en los Países Bajos, lugar de origen de Erasmo, donde el espíritu anabaptista encontró un terreno muy amplio y propicio. Erasmo, sin embargo, no fue consciente de estas relaciones.

La nueva actitud de Erasmo con respecto a la antigua y la nueva Iglesia se manifiesta en el hecho de que ahora dirige contra los evangélicos el reproche que antes había lanzado, durante tanto tiempo, a los defensores de la tradición: que detestaban y trataban de sofocar las *bonae literae*, para él tan queridas. «Allí donde reina el luteranismo, languidece el estudio de las letras.» Y sigue invocando un curioso sofisma: ¿Por qué Lutero y Melanchthon deberían estar obligados a recomendar con tanta insistencia a los hombres el amor a las letras...? «¡Comparad la actual Universidad de Wittenberg con las antiguas de Lovaina o de París...! Los impresores aseguran que antes del advenimiento de este Evangelio, vendían más fácilmente dos mil ejemplares de una obra que hoy seiscientos. ¡Esto también demuestra en qué medida florecen los estudios!»

# 20. Una vida que se apaga

En los últimos años de la vida de Erasmo, todos los grandes problemas que mantenían al mundo en suspenso tomaron rápidamente formas agudas y amenazantes. En todo lo que hasta entonces había parecido todavía posible un compromiso o una reconciliación, surgían duros conflictos, partidos bien definidos, fórmulas que implicaban ataduras. En la primavera de 1529, cuando Erasmo estaba a punto de dejar Basilea, una fuerte mayoría católica hizo que la Dieta reunida en Spira decidiera que la convención adoptada por la Dieta de 1526, favorable a los evangélicos, fuera revocada y que sólo se conservaran los acuerdos referentes a los luteranos, prohibiendo cualquier otro cambio o innovación. Los seguidores de Zwinglio y los anabaptistas no gozarían de ninguna tolerancia. Siguió a continuación (el 19 de abril de 1529) la Protesta de los príncipes y de las ciudades evangélicas, hecho que a partir de entonces daría nombre al conjunto de los anticatólicos. En el Imperio la ruptura no se consumó únicamente entre católicos y protestantes. Aún había otra cuestión, la de la Comunión, que ese mismo año supondría un obstáculo invencible para la unión entre zwinglianos y luteranos. Después del coloquio religioso de Marburgo, Lutero se despidió de Zwinglio con estas palabras: «Tenéis un espíritu diferente al nuestro.»

En Suiza estalló abiertamente la guerra civil entre los cantones católicos y evangélicos, guerra que fue conjurada durante algún tiempo en virtud de la primera paz de Kappel. Los tratados de Cambrai y de Barcelona, que en 1529 restablecerían, al menos temporalmente, la paz política en el mundo cristiano, no consiguieron entusiasmar al ya anciano Erasmo con la perspectiva de una próxima edad de oro, como lo había hecho la pacificación de 1516. Un mes después los turcos acamparon a las puertas de Viena.

Aunque estas cosas no tenían otro efecto que el de entristecer e inquietar aún más a Erasmo, no por ello dio éste la espalda a los acontecimientos. Sin embargo, al leer sus cartas de este periodo, tenemos más que nunca la impresión de que, a pe-

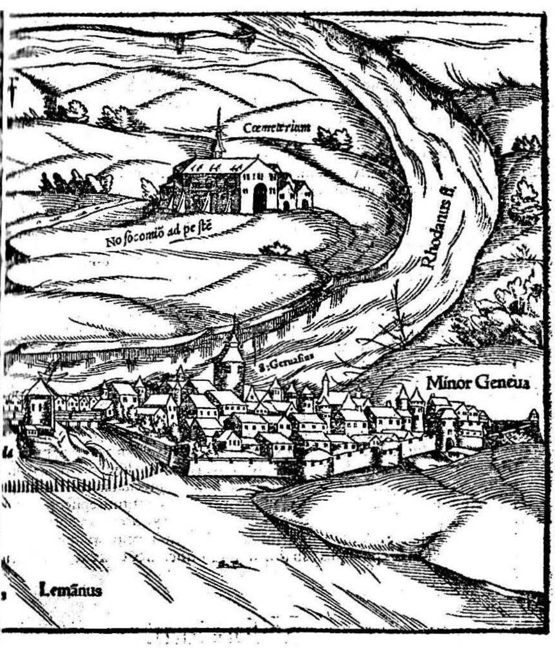
sar de la magnitud y de la vivacidad de su inteligencia, el pensador se halla muy lejos de comprender el gran drama de su época. Fuera de cierto círculo de intereses concernientes a sus propias ideas o a su persona, su percepción de los acontecimientos es vaga y débil. Su intervención en aquellos problemas es la de un moralista que sólo expresa generalidades carentes de acento: su *Consultatio de bello turcico* acerca de la cruzada contra los turcos (marzo de 1530) tiene la forma de un comentario sobre el Salmo 28, y es tan imprecisa que, al final, el lector siente deseos de exclamar: Pero, dinos ahora claramente: ¿consideras o no que hay que hacer la guerra?

## La guerra aplazada

Durante el verano de 1530, la Dieta volvió a reunirse en Augsburgo bajo los auspicios del propio emperador. Se trataba una vez más «de llegar a una buena paz y a la verdad cristiana». La *Confesión de Augsburgo*, defendida en forma demasiado débil por Melanchthon, después de ser leída y debatida, fue rechazada por el emperador.



*Los principales creadores de la Confesión de Ginebra, Farel, Calvino, Bézo y Knox, en el monumento internacional a la Reforma erigido en esta ciudad.*




*Ginebra según un grabado del siglo XVI conservado en la Biblioteca de la ciudad.*



En todo aquello Erasmo no tuvo parte alguna. Muchos le habían animado a acudir a Augsburgo, pero él esperó en vano una invitación del propio emperador. Los consejeros de Carlos V le habían pedido encarecidamente que aplazara su viaje a Brabante, previsto para el otoño, hasta que finalizaran las sesiones de la Dieta. Pero no se necesitó de Erasmo para el severo decreto de represión con el que el emperador clausuró la sesión en noviembre.

En Alemania parecía aproximarse el momento de la gran lucha. A las resoluciones de Augsburgo siguió la formación de la Liga de Esmalcalda, que reunió a todas las ciudades y a todos los países protestantes de Alemania contra el emperador.



*La Dieta germánica, reunida en 1530, escucha la lectura de la denominada Confesión de Augsburgo, defendida por Melanchthon. Biblioteca Nacional, París.*

En ese mismo año de 1531 Zwinglio encontró la muerte en la batalla de Kappel contra los cantones católicos, y poco después, en Bade, le siguió a la tumba Ecolampadio. «Es bueno que estos dos jefes hayan sucumbido —escribe Erasmo—. Si Marte les hubiera sido propicio, estaríamos perdidos.»

En Suiza se llegó a cierto equilibrio, o por lo menos, a una pausa; en Alemania la inevitable guerra quedó aplazada por varios años. El emperador había comprendido que para combatir con éxito contra los protestantes alemanes primero tenía que inducir al papa a que convocara el concilio, para acabar con los reconocidos abusos de la Iglesia. La paz religiosa de Nuremberg de 1532 selló este viraje de la política imperial.

A pesar de todo, parecía que en un futuro próximo la palabra la tendrían los partidarios de las reformas moderadas y del compromiso. Pero Erasmo había envejecido demasiado para sentir deseos de tomar parte activa en las decisiones. Sin embargo, en 1533 escribe una disertación, *De sarcienda Ecclesiae concordia*, que, al igual que su *Consultatio* referente a los turcos, toma la forma de comentario de un Salmo, esta vez el 83. Pero se diría que la antigua vivacidad de su estilo y la fuerza de su palabra, que durante tan largo tiempo mantuvieron su vigor, comienzan ya a decaer. Lo mismo se podría decir de su discurso *La preparación para la muerte*, del mismo año. Su voz se debilita.

## El *Ecclesiastes*

Por este tiempo dedica todo su esfuerzo a terminar la gran obra que, más que cualquier otra, representaba para él la conclusión y la exposición completa de sus ideas morales y teológicas: el *Ecclesiastes*, el tratado acerca de la manera de predicar. Erasmo consideró siempre que el sermón era la actividad más válida del teólogo. Su aprecio por Colet y Vitrier se debió, sobre todo, a su talento como predicadores. Ya en 1519 le había insistido su amigo Jean Becar de Borselen para que, después del *Enchiridion* del soldado cristiano y de la *Institutio* del príncipe cristiano, escribiera una verdadera guía del predicador cristiano. «Más tarde, más tarde— le prometió Erasmo—. En este momento estoy sobrecargado de trabajo, pero espero poder empezarlo dentro de poco.» En 1523 hizo ya un plan y reunió algunas notas. Dedicó el trabajo a John Fisher, arzobispo de Rochester, un gran amigo de Erasmo, quien compartía sus ideas y que, esperando tener la publicación ya en 1525, se la reclamaba con insistencia. A medida que avanzaba, el libro se convertía en el trabajo más frondoso de todas las obras personales de Erasmo: era como una selva, y él mismo lo llamó *operis sylvam*. En él, Erasmo diserta a lo largo de cuatro libros acerca del arte de predicar bien, con eficacia, recurriendo a abundantes ejemplos, ilustraciones y bocetos. Pero, ¿es posible que un trabajo concebido por Erasmo ya en 1519, después de una gestación tan larga, en un periodo en que iba renunciando progresivamente a la valentía manifestada los años precedentes, pudiera suponer en 1535, una revelación como antes lo había sido el *Enchiridion*?

El *Ecclesiastes* es la obra de un espíritu fatigado que no reacciona ya con vitalidad frente a los males de su tiempo. Erasmo



Alegoría pedagógica, *por Sandro Botticelli. Museo del Louvre, París. Erasmo compartía la preocupación renacentista por una pedagogía adecuada.*

espera mejorar la sociedad mediante la enseñanza precisa, inteligente y de gusto exquisito de la predicación apropiada, conforme a la pureza del Evangelio. «El pueblo obedece más a las autoridades, se muestra más respetuoso con las leyes, más pacífico. Hay más unión entre los esposos, una fidelidad más perfecta, una mayor aversión al adulterio. Los empleados obedecen más dócilmente, los trabajadores trabajan mejor, los mercaderes ya no recurren al fraude.»

Mientras Erasmo confiaba a la imprenta de Froben, en Basilea, este trabajo de concepción religiosa, moralizante e indulgente, estaba en prensa en otra imprenta[40] de esta misma ciudad otro libro de un joven francés recién emigrado a Basilea. También se trataba de un manual de iniciación a la vida religiosa: la *Institución de la religión cristiana*, de Calvino.

## Muerte de Fisher y de Moro

Antes de terminar Erasmo su *Ecclesiastes*, murió el destinatario de su libro. Al no poder dedicar su grueso libro al arzobispo de Rochester, homenajeó con él al arzobispo de Augsburgo, Christophe de Stadion. John Fisher legó al mundo, como consagración de sus esfuerzos religiosos, similares en más de un punto a los de Erasmo, un testimonio para el que Erasmo no sentía tener la talla precisa: el del martirio. Fue decapitado el 22 de junio de 1535, por orden de Enrique VIII. Murió por su fidelidad a la antigua Iglesia: se había negado con firmeza a prestar juramento al rey en cuanto jefe supremo de la Iglesia anglicana. En menos de dos semanas le siguió al patíbulo Tomás Moro. El destino de dos de los más nobles de sus amigos ciertamente conmovió a Erasmo. El hecho de que en sus cartas de esta época sus sentimientos no revelen ningún acento de verdadera consternación e indignación no debe atribuirse necesariamente a la prudencia.[41] Pueden habérsenos escapado algunos detalles. Con todo, es innegable cierta reserva. Las líneas consagradas a Fisher en el prefacio del *Ecclesiastes* carecen de fervor. Y en una carta, Erasmo exclama: «¿Por qué se habrá ocupado Moro de este asunto peligroso en lugar de haber dejado el problema teológico a los teólogos?» Como si Moro hubiera sido llevado al patíbulo por otra cosa que no fuera la obediencia a su propia conciencia.

## Regreso a Basilea

Cuando Erasmo escribía estas palabras, ya no se encontraba en Friburgo. En junio de 1535 se trasladó a Basilea para trabajar allí, como antes, en la imprenta de Froben: el *Ecclesiastes* estaba en prensa, reclamando todavía su cuidado y un último retoque; los *Adagia* debían imprimirse otra vez y se preparaba una edición latina de Orígenes. Aquel anciano enfermo fue recibido calurosamente por los numerosos amigos que tenía en Basilea. Jerónimo Froben, el hijo de Juan, que desde la muerte de su padre dirigía la empresa con otros dos miembros de su familia, le instaló en su casa, Zum Luft. Esperando su regreso, había construido y acondicionado una habitación expresamente para él, conforme a su gusto. Erasmo podía constatar en Basilea que se habían apaciguado las tempestades religiosas que antes le habían obligado a salir. Habían vuelto la calma y el orden. Con todo, ob-

servó que se respiraba un cierto aire de desconfianza, «pero pienso que, gracias a mi edad, la costumbre y mi modesta ciencia me encuentro en condiciones de poder vivir seguro en cualquier parte». En un principio pensó que su traslado sería provisional. No tenía la intención de quedarse en Basilea. Si su salud no soportaba aquel cambio de aire, volvería a Friburgo a su hermosa casa, cómoda y amplia. Si no, podía elegir entre los Países Bajos (habría pensado en Bruselas, en Malinas o en Amberes, quizá en Lovaina) y Borgoña, concretamente en Besançon. Al final de su vida Erasmo se aferraba a la ilusión que venía alimentando desde hacía tiempo y que le hacía creer que, por su enfermedad, sólo le convenía el vino de Borgoña. Descorazona un poco ver el espacio que ocupa el asunto del vino en sus pensamientos. Se queja de que en Basilea era muy claro, de que «esos bandidos» de carreteros se beben o adulteran el que traen.

En el mes de agosto ya dudaba mucho de volver a Friburgo. En octubre vendió su casa y parte del mobiliario, haciendo enviar el resto a Basilea. A partir del otoño apenas salió ya de su habitación, guardando cama con frecuencia.

Aunque el formidable trabajador que era aspiraba todavía a un tiempo suplementario de vida y de trabajo, su alma estaba ya preparada para la muerte. Nunca se sentía feliz; en sus últimos años expresó el deseo de terminarlo todo. Curiosamente, tenía todavía la sensación de hallarse en el centro de la lucha. «Debería sucumbir en esta arena —escribe en 1533—. Sólo me consuela el hecho de que ya aparece cerca la obra donde, de ser Cristo favorable, acabarán todos los trabajos y todas las dificultades.» Dos años más tarde el tono se vuelve más insistente. «¡Oh, si el Señor se dignara llamarme de este loco mundo y recibirme en su paz!»

La mayoría de sus antiguos y buenos amigos había muerto. Warham y Mountjoy habían desaparecido antes que Moro y Fisher; Pierre Gilles, mucho más joven que él, falleció en 1533; Prickheimer había muerto hacía ya varios años. Beatus Rhenanus nos ha mostrado a Erasmo en los últimos meses de su vida releyendo las cartas de sus amigos de los últimos años y diciendo: «Este tampoco existe ya.» A medida que se sentía más solitario, su desconfianza y su manía persecutoria iban agravándose. «Mis amigos van desapareciendo, mis adversarios prosperan», escribía en 1532 cuando Warham murió y Aleandro se elevó aún más alto. Durante el otoño de 1535 Erasmo se imagina que todos sus antiguos discípulos le traicionan, incluso los más queridos, como Quirin Talesius y Carlos Utenhove. Ya no le escriben.

## Invitado a participar en el concilio

En octubre de 1534, Paulo III sucedió a Clemente VII en el trono pontificio, y abordó en seguida el asunto del concilio. De nuevo pareció muy cercana la oportunidad de llevar a cabo el acontecimiento que muchos consideraban aún como el único modo de llegar a una reconciliación de la Iglesia, es decir, la convocatoria del concilio. Se reunieron los más sabios teólogos para preparar la gran obra. Erasmo no olvidó escribir en enero de 1535 una carta de felicitación al nuevo papa, asegurándole su deseo de colaborar al restablecimiento de la paz en el seno de la Iglesia y recomendándole que siguiera, con prudencia, un camino intermedio. El 30 de mayo, recibió una respuesta llena de benevolencia y de aprecio. El papa recurrió a Erasmo «para que también vos, tan ornado por Dios con una inestimable inteligencia y sabiduría, podáis ayudarnos en esta obra piadosa, que conviene tan bien a vuestro espíritu, defendiendo con nosotros, con la palabra y con la pluma, la religión católica antes y durante el concilio, y con esta última obra de piedad coronéis, con la más hermosa acción, una vida conducida religiosamente, así como tantos escritos que han desarmado a vuestros acusadores y han unido a vuestros admiradores.»

Si Erasmo se hubiera encontrado todavía en el apogeo de sus fuerzas, ¿habría encontrado acaso el camino que le llevara a una colaboración activa en las reuniones de los poderosos de este mundo? Es indudable que la invitación del papa traducía exactamente sus deseos. Pero una vez enfrentado a la necesidad de tomar duras y claras decisiones, ¿de qué habría sido capaz? ¿Habría conducido su espíritu de paz y de tolerancia, de reserva y de compromiso, a un alivio? ¿Habría podido evitar la inminente guerra? No tuvo ocasión de pasar por aquella prueba.

Sabía que se encontraba demasiado débil para pensar en hacer propaganda a favor de una política eclesiástica. Pronto recibió la prueba de que las buenas intenciones de Roma eran reales. Al parecer, también Erasmo iba a ser incluido entre los cardenales que se nombrarían para el concilio. Se le ofreció, por lo pronto, un cargo relacionado con la iglesia de Deventer. Pero Erasmo comunicó a sus amigos romanos que renunciaran a todo eso porque no aceptaría nada. ¿A un hombre que vivía al día y que, esperando y deseando la muerte, apenas podía dar un paso fuera de su habitación, pensaban estimularle a solicitar prioratos y capelos cardenalicios? Tenía suficientes recursos para vivir hasta su muerte, ya próxima. Quería morir independiente.



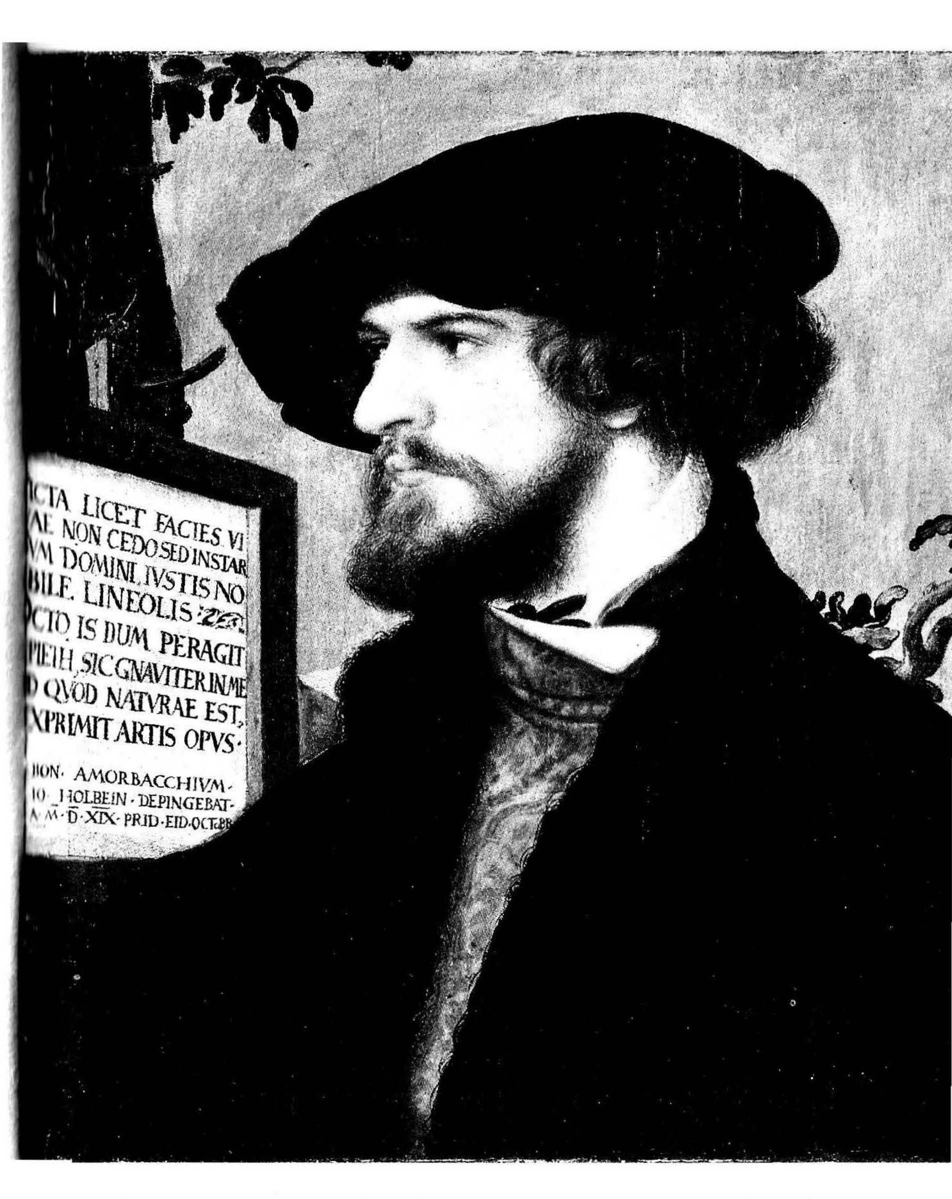
*El papa Clemente VII, por Sebastiano dei Piombo. Museo Nacional, Nápoles. Este pontífice no consiguió llevar a cabo el tan esperado concilio de la cristiandad.*

## Ultimas publicaciones

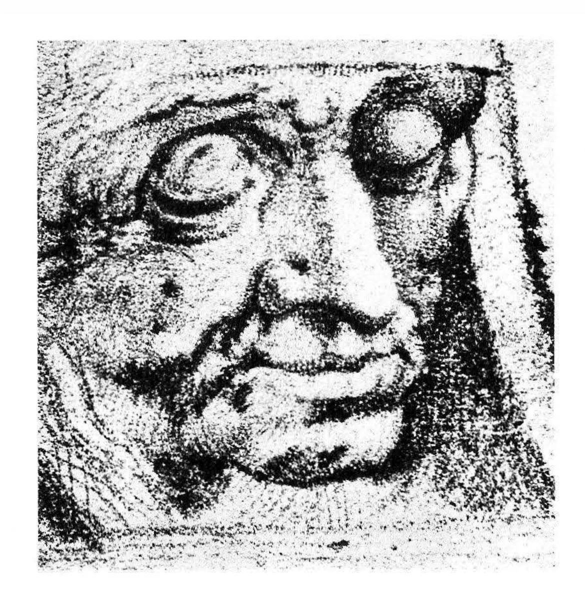
Sin embargo, no depuso aún su pluma. El *Ecclesiastes* fue impreso y publicado, pero la impresión de Orígenes estaba aún inconclusa. En vez de consagrarse a la importante y brillante tarea a la que le invitaba Roma, Erasmo dedicó sus últimas fuerzas a un simple acto de amistosa cordialidad. El amigo que tuvo el honor de recibir del viejo autor, mortalmente enfermo, un escrito compuesto especialmente para él en medio de crueles sufrimientos, fue el más humilde de todos aquellos que no habían perdido su fe en él. No fue ni un prelado ni un príncipe; tampoco una gran inteligencia ni un teólogo admirado, sino Christophe Eschenfelder, un «aduanero» de Boppard. En 1518, de paso por esta región, Erasmo había tenido la agradable sorpresa de conocer a este hombre culto, lector de sus obras, con quien trabó una duradera amistad. Eschenfelder había pedido a Erasmo que le dedicara el comentario de un Salmo (la forma que tan a menudo optó por escribir en sus últimos años). Erasmo se acordó de aquella petición hacia finales del año 1535, y como no recordaba si Eschenfelder le había pedido un Salmo determinado, eligió uno al azar, el Salmo 14; lo tituló *De la pureza de la Iglesia cristiana* y, en enero de 1536, lo dedicó expresamente a aquel «aduanero». Este escrito no se distinguió de los demás ni por su contenido ni por su forma. Pero habría de ser su última obra.

El 12 de febrero de 1536, Erasmo dictó sus últimas disposiciones. Ya en 1527 había hecho un testamento, que incluía detalladas indicaciones acerca de la impresión de sus obras completas en las prensas de Froben. En 1534 estableció un inventario pormenorizado de sus posesiones. Vendió su biblioteca a un noble polaco, Juan a Lasco. El arreglo de 1536 atestigua dos cosas que tuvieron un importante lugar en la vida de Erasmo: sus relaciones con la firma Froben y su anhelo de amistad. Su heredero fue Bonifacio Amerbach. Jerónimo Froben y Nicolás Episcopius, los directores de la empresa, eran los albaceas. A cada uno de los buenos amigos que le quedaban, y en primer lugar a Luis Ber y a Beatus Rhenanus, les legó alguno de los objetos de valor que testimoniaban la gloria de que gozó entre los príncipes y los grandes. Tampoco se olvidó de los pobres y de los enfermos, y se preocupó particularmente de las jovencitas casaderas y de los jóvenes con talento. A Amerbach le concedió los detalles de esta obra benéfica.

En marzo de 1536 piensa todavía en ir a Borgoña. Le ocupan asuntos de dinero y habla de la necesidad de hacerse nue-




*Bonifacio Amerbach, por Hans Holbein el Joven. Offentliche Kunstsammlung, Basilea. Amerbach, uno de los mejores amigos de Erasmo, fue también su heredero.*



*Máscara funeraria de Erasmo realizada por un autor anónimo en 1536. Teyler Museum, Haarlem.*

vos amigos, ya que los antiguos han muerto: el obispo de Cracovia, Zasius de Friburgo. Según Beatus Rhenanus, la principal preocupación de Erasmo al final de su vida fue el proyecto brabanzón. La regenta María de Hungría no dejó de recomendarle que regresara a los Países Bajos. Pero las últimas palabras de Erasmo no nos permiten asegurar que hubiera tomado una decisión. «Aunque estoy aquí entre los amigos más sinceros, como no he tenido iguales en Friburgo, preferiría, no obstante, a causa de la diferencia de confesión, acabar mis días en otro lugar. ¡Oh, si Brabante estuviera un poco más cerca!»

## La muerte

Escribía esto el 28 de junio de 1536. Se sentía tan débil, desde hacía algunos días, que incluso había tenido que renunciar a la lectura. La carta deja ver su obsesión de que Aleandro le persigue, que moviliza contra él a sus adversarios e incluso tiende trampas a sus amigos. ¿Se trata acaso de que, al final, también su espíritu le abandonaba?

El 12 de julio llegó el fin. Los amigos que permanecían junto a su cabecera, le oyeron gemir repetidas veces: «*¡O Jesu, misericordia*; *Domine libera me*; *Domine miserere mei*!» Y, finalmente, en holandés: «*Lieve God.*»[42]

# 21. Las luces de un siglo

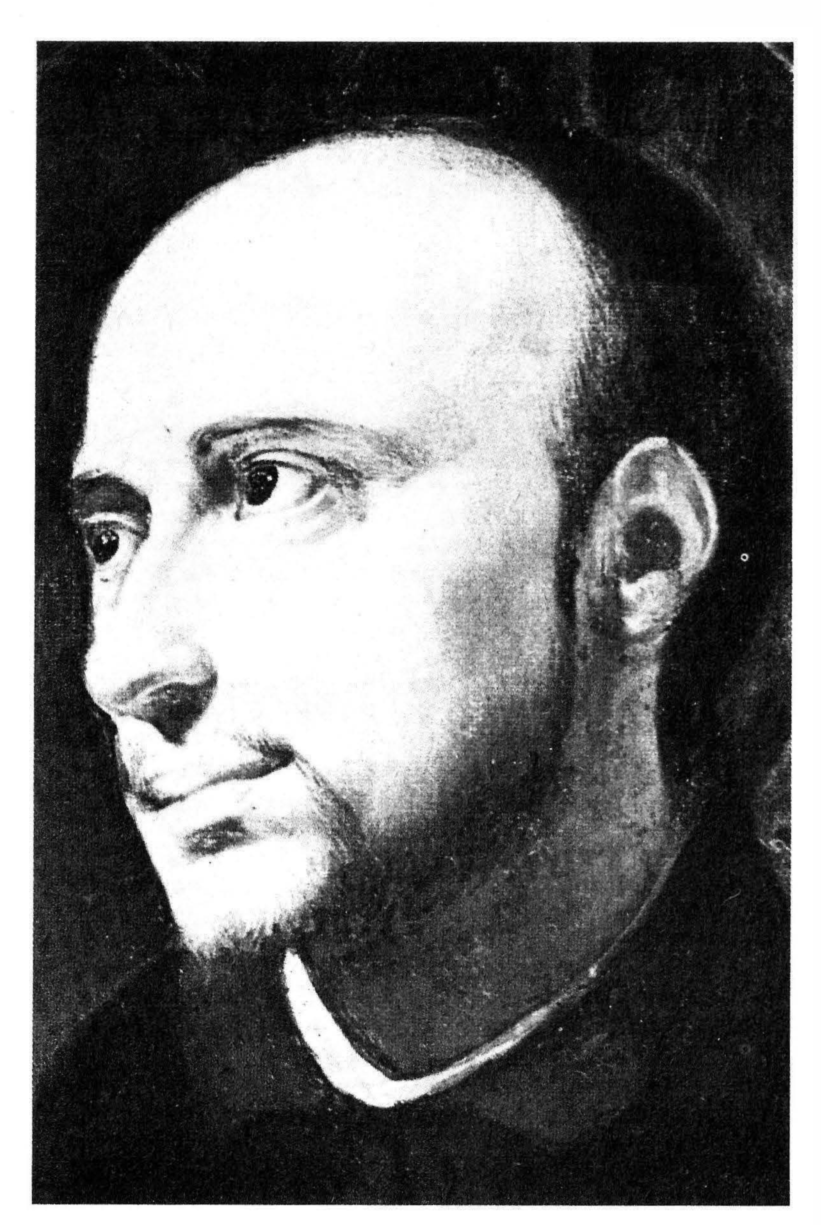
Cuando se contempla de una manera retrospectiva la personalidad y la obra de Erasmo, se vuelve a plantear el mismo interrogante: ¿Cuál es hoy la grandeza de Erasmo? Ciertamente, su esfuerzo parece haber fracasado. Se retiró asustado de la gigantesca lucha, a la que con razón consideraba una tragedia, y el audaz y violento siglo XVI estalló sobre su cabeza, desdeñando su ideal de moderación y de tolerancia. El conocimiento de las letras latinas, que para él fue el signo de la verdadera cultura, ya no tiene hoy este mismo valor. Y si nos limitamos a sus escritos, hemos de reconocer que Erasmo se encuentra entre aquellos grandes hombres a los que ya no leemos. No parece ser, pues, más que un nombre. Pero, si es así, ¿por qué ha conservado su clara sonoridad? ¿Qué es, pues, lo que hace que su figura sea tan marcada y tan familiar? ¿Cómo es posible que siga mirándonos de hito en hito como si supiera algo más de lo que jamás quiso decir?

¿Qué significó su obra en su tiempo y qué llegaría a significar para las futuras generaciones? ¿Hay razón en considerarle un precursor del espíritu moderno?

En tanto que hijo del siglo XVI, parece apartarse del estilo general de su tiempo. Entre aquellas naturalezas ardientemente apasionadas, duramente activas y violentas, propias de los gigantes de su siglo, Erasmo se comporta como un hombre que carece en exceso de prejuicios, que tiene demasiado buen gusto y que no exhibe (no desde todos los aspectos, es cierto) aquella *Stultitia* a la que él mismo alabó como elemento vital indispensable. Erasmo fue un hombre demasiado cuerdo y demasiado moderado para ser un héroe.

¡Qué sorprendente diferencia entre el *acento* de Erasmo y el de Lutero, de Calvino y de Santa Teresa! Y no solamente de estos grandes espíritus religiosos: qué diferencia también entre su acento, que es el del humanismo, y el de Alberto Durero, Miguel Angel o Shakespeare.

A veces, Erasmo aparece ante nosotros como un hombre que no era lo suficientemente fuerte para su tiempo. En ese rudo



*Detalle del cuadro* Extasis de San Ignacio de Loyola, *por Jerónimo J. Rodríguez de Espinosa. Museo de Bellas Artes, Valencia. Tal vez, uno de los espíritus del Renacimiento más opuestos a Erasmo fue el de Ignacio de Loyola.*

siglo XVI se necesitaba la dureza de roble de Lutero, el filo de acero de Calvino y la llama de Loyola, pero no la aterciopelada dulzura de Erasmo. Se necesitaba la fuerza y el ardor de aquéllos, y también su profundidad, su lógica, su sinceridad y su franqueza, que no tenía consideraciones ante nadie y no se asustaba de nada.

No pueden soportar aquella sonrisa que a Lutero le pareció uno de los rasgos que revelan a un ser astuto.[43] La piedad de Erasmo era demasiado escasa y demasiado suave para su gusto. Ignacio de Loyola afirma que la lectura del *Enchiridion militis christiani* disminuyó su ardor y apagó su devoción. Para Loyola, el soldado de Cristo había de ser algo completamente diferente; él lo veía bajo los brillantes colores del ideal del caballero cristiano propio de la España medieval.

Erasmo nunca transitó por esas profundidades donde nos asalta la sensación de ser un pecador reprobado, lugares por los que Lutero había tenido que abrirse camino; no veía diablo alguno a quien combatir y no conoció las lágrimas. ¿Carecía, acaso, por completo del sentido de los misterios más profundos? Indudablemente, había preservado y protegido demasiado su fuero interno para poder expresarlo.

No hay que deducir de todo esto que nos sentimos hoy más fuertemente ligados a Lutero o a Loyola porque sus figuras nos resultan más atractivas. Cierto es que nuestro interés vuelve a centrarse en los creyentes fogosos, que sentimos mayor admiración por los extremos, pero esto se debe en parte a que nuestro desventurado siglo necesita de excitantes demasiado fuertes. Para estar en condiciones de apreciar a Erasmo hay que empezar por renunciar a nuestra admiración por lo extravagante, lo que, para la mayoría de la gente de hoy, exige cierto esfuerzo. Es muy fácil censurar a Erasmo. Sus defectos se manifiestan abiertamente y, aun queriendo disimular más de una cosa, nunca ocultó sus debilidades.

Erasmo atribuía demasiada importancia a las opiniones y no sabía callar. Tenía una inteligencia demasiado rica y complaciente, y nunca le faltaban argumentos, casos, ejemplos o citas. Incapaz de pasar por alto lo más insignificante, no se concedió nunca el tiempo necesario para descansar o recuperarse, ni para darse cuenta de que esa agitación en torno suyo hubiera carecido de importancia si él hubiera seguido valientemente su propio camino.

El descanso y la independencia fueron las cosas que con más ardor deseó, pero, de hecho, nadie fue más inquieto ni más

dependiente que él. Cabría describirlo como un hombre que se aventuró en una tempestad con una constitución demasiado frágil. Sin embargo, poseía una voluntad muy fuerte. Trabajaba día y noche, atormentado por los peores sufrimientos físicos, teniendo como pauta un gran ideal inquebrantable y siempre insatisfecho de sus propias realizaciones. Lejos de ser un hombre presumido, nunca se enorgulleció ni de sus mejores obras.

## Perfil espiritual

En cuanto a su perfil espiritual, Erasmo pertenece al reducido grupo de personas que son a la vez idealistas absolutos y moderados para con todo. Son incapaces de conformarse con la imperfección del mundo y se sienten obligados a rebelarse, pero les desagradan los extremismos, y la acción les infunde temor, conscientes de que siempre destruye tanto como construye; así pues, se alejan de ella, sin por eso dejar de exigir cambios en todo, y cuando se produce la crisis, vacilan hasta situarse finalmente en las posiciones tradicionales y conservadoras. Y en este punto chocamos con otro elemento de los que constituyen la tragedia de Erasmo: era un hombre que percibía mejor que nadie todo lo nuevo y prometedor, lo que acabaría por entrar en conflicto con lo viejo, pero que, a pesar de todo, no admitía las cosas nuevas. Se esforzó por permanecer en el seno de la Iglesia, después de haberle causado un daño enorme, y renegó de la Reforma e incluso, hasta cierto punto, del propio Humanismo tras realizar su formidable aportación personal a ambos.

Hasta aquí nuestro juicio final sobre Erasmo sólo ha destacado sus aspectos negativos. ¿Cuál fue su significación positiva?

Al observador contemporáneo le resulta difícil captar la significación positiva de Erasmo por dos razones: en primer lugar, porque su influencia fue más amplia que profunda y, por lo mismo, es más difícil de determinar históricamente en ciertos puntos; en segundo lugar, porque su actividad está acabada. Ha cumplido su obra y ya no volverá a hablar al mundo. Al igual que San Jerónimo, el Padre de la Iglesia, su venerado modelo, y al igual que Voltaire, con quien le comparan a menudo, «llevó su merecido». Pero, como este último, fue la luz de un siglo e hizo brotar una amplia corriente de cultura. La luz de un siglo, un ser que transformó los espíritus.

Los historiadores de la Revolución francesa se dan cuenta cada vez más de que los verdaderos motivos de este periodo de



*Jean-Jacques Rousseau según un grabado del siglo XVIII. Biblioteca Nacional, París. Erasmo fue el precursor de esa línea del pensamiento moderno que arranca de Rousseau.*

la historia deben buscarse en aquellos grupos que, como el «Centro» o el «Marais», durante largo tiempo sólo parecieron un rebaño de figurantes; comprenden que a veces conviene proteger los ojos contra los relámpagos de las tormentas de la Gironda o de la Montaña; asimismo, los historiadores de la época de la Reforma deben prestar mucha atención (como, de hecho, vienen haciendo desde hace bastante tiempo) a la amplia zona intermedia que separaba a los partidos enfrentados en aquella lucha violenta y que estaba impregnada de espíritu erasmiano. Uno de sus adversarios considera que Lutero se atrajo a una gran parte de la Iglesia, y Zwinglio y Ecolampadio a otra menor, y que la de Erasmo era la más grande. Los seguidores de Erasmo eran muchos y de calidad. Fue el único humanista que escribió realmente para *todos*, es decir, para todas las personas cultas. Familiarizó a todo un mundo con una manera diferente, más suelta, de expresarse, y a través de su perfecta claridad de exposición, influyó, aun valiéndose del latín, en el estilo de las lenguas populares, sin contar las innumerables traducciones de su obra. Erasmo sacó, por decirlo así, para sus contemporáneos nuevos registros del gran órgano de la expresión humana, como habría de hacerlo Rousseau dos siglos más tarde.

## Precursor del pensamiento moderno

Tenía derecho a estar suficientemente orgulloso de la influencia que ejercía sobre sus contemporáneos. Al final de su vida escribe así: «De todas las regiones del universo recibo diariamente el agradecimiento de aquellos que me aseguran que mis obras, independientemente de sus méritos, les han animado a reafirmar su buena voluntad y a iniciar el estudio de los textos sagrados, y estos hombres que jamás han visto a Erasmo, le conocen y le aman gracias a sus libros.» Se felicita de que sus traducciones del griego se hayan vuelto inútiles, porque en todas partes había estimulado a muchos a estudiar el griego y las Sagradas Escrituras, «que sin él no hubieran leído jamás». Fue a la vez un introductor y un iniciador. Podía desaparecer de la escena después de haber entregado su mensaje.

Su mensaje aportó algo más que el sentido del Humanismo clásico y la mentalidad bíblica. Fue también el primer indicio del espíritu pedagógico y de perfectibilidad, de caluroso sentimiento social y de fe en la bondad de la naturaleza humana, de buena voluntad pacífica y de tolerancia. «Cristo vive en todas partes; se puede servir a la piedad con cualquier hábito, siempre que no falte la buena voluntad.»

Con sus ideas y sus convicciones, Erasmo anuncia, en efecto, una época posterior. En los siglos XVI y XVII estas ideas se encontraban todavía en estado latente, pero, en el siglo XVIII el Erasmo de este mensaje liberador sale vencedor. En este aspecto, fue ciertamente el precursor de una parte del pensamiento moderno: Rousseau, Herder, Pestalozzi y los pensadores ingleses y norteamericanos. Sin embargo, y precisamente por eso, sería inexacto querer hacer de Erasmo un precursor del espíritu moderno en general. Muchas de sus facetas de desarrollo le son completamente ajenas. Ciertamente, no constituye un eslabón en la evolución de las ciencias naturales ni en la de la filosofía de estos últimos siglos. Tampoco abrió camino a las ciencias políticas, ni a la historia ni a la economía. No obstante, mientras se siga honrando el ideal según el cual la educación moral y la tolerancia general pueden hacer más feliz a la humanidad, Erasmo tendrá derecho a recibir nuestra gratitud.

El hecho de que algunas ideas de Erasmo sólo dieran sus frutos más tarde, no excluye que su espíritu haya influido en su propia época de manera inmediata y fecunda. Aunque en el ardor de la lucha los católicos seguían viendo en él al gran corruptor de la Iglesia y los protestantes al renegado del Evangelio, su



*Erasmo de Rotterdam según un grabado de Philippe Galle. El pensador humanista inició una tendencia que tendría eco siglos después: una educación moral y un ánimo tolerante.*

palabra de moderación y de buena voluntad no pasará inadvertida a ambos partidos. En realidad, ninguno de ellos rechazó definitivamente a Erasmo. Roma no le señaló como al principal hereje; tan sólo recomendó que fuera leído con prudencia. Por su parte, la historiografía protestante se apresuró a incluirle entre los suyos. Ambos actuaron bajo la presión de la opinión pública que se hallaba al margen de los partidos, y que seguía admirando y honrando a Erasmo.

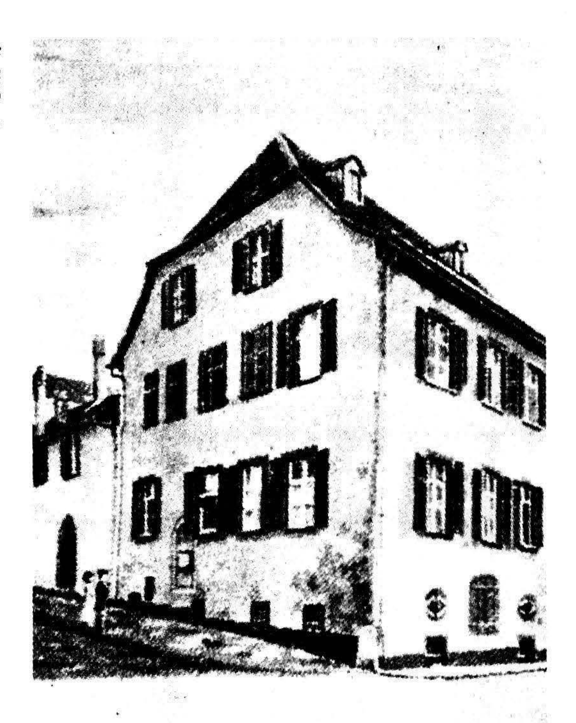
No sólo los nombres de Lutero y de Loyola se vincularon a la contrarreforma de la Iglesia católica y a la organización de las Iglesias evangélicas. También tuvieron su parte en ello los moderados, los razonables y los conciliadores, personajes como Melanchthon y Sadolet, cada uno en su bando, ambos muy semejantes a Erasmo y simpatizantes suyos. Las repetidas tentativas de llegar todavía a un compromiso en el gran conflicto religioso, aunque condenadas al fracaso, tenían su origen en el pensamiento de Erasmo.

## Influencia erasmiana en los Países Bajos

Este pensamiento en ningún lugar echó raíces tan profundas como en el país que había dado a luz a Erasmo. Una notable particularidad nos enseña que no estaba ligado a ninguna de las dos grandes confesiones religiosas. De los dos discípulos preferidos por Erasmo hacia el final de su vida, ambos holandeses e inmortalizados bajo los rasgos de los interlocutores del coloquio *Astragalismus*, uno, Quirin Talesius, murió víctima de su adhesión a la causa española y a la fe católica. Fue ahorcado en 1572 por los burgueses de Haarlem, ciudad de la que era burgomaestre. El otro, Charles Utenhove, fue un ardiente partidario de los rebeldes y de la religión reformada. En 1578, con la aprobación del príncipe de Orange, se alzó en Gante contra el terror impuesto por unos dirigentes protestantes, animados por un espíritu estrecho.

A veces se ha querido demostrar, sin razón, en mi opinión, una influencia del pensamiento político de Erasmo y de sus repetidas acusaciones contra los malos príncipes en la resistencia de los Países Bajos frente al rey de España. Las disertaciones políticas de Erasmo fueron demasiado académicas y demasiado generales como para tener semejante repercusión. La resistencia y rebelión tuvieron causas muy diferentes. Los mendigos (*gueux*), como se les llamaba, no fueron hijos de Erasmo, y la oposición política se basó en hechos reales, más que en las consideraciones de los *Adagia*. Sin embargo, es verdad que hay un elemento fuertemente erasmiano en la mentalidad de Guillermo de Orange, a quien no cegaba el odio religioso.[44] Asimismo, aquella clase de magistrados municipales que una vez consolidada la República iban a dirigirla y a establecer sus pautas ideológicas, estaban profundamente penetrados del pensamiento de Erasmo. La historia suele subrayar las faltas de nuestras clases de dirigentes,

*Zum Luft, la casa de Jerónimo Froben en Basilea, donde murió Erasmo.*



como lo hace en relación con toda aristocracia. Pero, a fin de cuentas, tal vez ninguna otra aristocracia, excepto la de Venecia, ha gobernado un Estado durante tanto tiempo, con tanta equidad y con tan poca violencia. El que la República pareciera en el siglo XVII a los extranjeros un modelo institucional admirable de bienestar, de beneficencia y de disciplina cívica, un ejemplo de indulgencia y de sabiduría —aunque hoy pueda parecernos muy imperfecto—, constituye un mérito del patriciado de las ciudades. Y el que estas aspiraciones anidaran en el corazón de los patricios holandeses de entonces y se transformaran en hechos, se debe a que estaban poniendo en práctica la idea de responsabilidad social de Erasmo. La historia de Holanda es mucho menos sangrienta y menos cruel que la de cualquier otro país vecino. No se debe al azar que Erasmo haya alabado como cualidades propiamente holandesas precisamente aquellas que podríamos llamar propiamente erasmianas: bondad, buena voluntad, moderación y difusión de una cultura media. No son éstas, si se quiere, virtudes románticas. Pero, ¿son por eso, acaso, menos saludables?

Un ejemplo más. En la República de las Siete Provincias, el horror de las ejecuciones de brujas y de hechiceros cesó un siglo antes que en los demás países. Ello no se debió a los ministros reformados, pues ellos compartían la fe popular que exigía las persecuciones. Se debió a los magistrados cuyo espíritu ilustrado no toleró ya esas cosas a partir de comienzos del siglo XVII. De nuevo podemos decir que aunque Erasmo no haya estado entre los primeros que combatieron estas prácticas, el espíritu que se manifiesta aquí es el suyo.

La humanidad civilizada tiene toda la razón en seguir honrando el nombre de Erasmo, aunque sólo fuese porque ha predicado, con fervorosa sinceridad, esa indulgencia general de la que tanto sigue necesitando el mundo.

# Apéndice: Los retratos de Erasmo

Erasmo fue retratado en vida por tres de los mayores pintores de su época. De estas obras derivan los innumerables retratos que se encuentran en todas partes y que no han dejado de testimoniar su extraordinaria fama.

En 1517 Erasmo y su amigo Pierre Gilles encomendaron a Quentin Metsys que les hiciera un retrato conjunto, en forma de díptico; este doble retrato lo dedicaron a Tomás Moro, su común amigo, que poco antes había inmortalizado a Gilles en la *Utopía*, bajo los rasgos del húesped. Moro recibió el retrato en Calais antes del 7 de octubre de 1517; estaba encantado y expresó su admiración y reconocimiento en un poema en latín, en el que alaba a sus amigos y al artista.

El retrato de Pierre Gilles se conserva, aunque no totalmente en su estado original, en Longford Castle, cerca de Salisbury; el de Erasmo, que de la madera fue llevado a la tela, está en el Palacio Corsini de Roma. Gilles tiene en una mano una carta de Moro, y con la otra, señala hacia el libro *Antibarbari* (que, sin embargo, no estaba todavía impreso en 1517 y que Gilles no poseía tampoco en forma manuscrita). Erasmo está redactando el comienzo de su *Paráfrasis* a la Epístola a los Romanos. Detrás de ellos, hay varios libros más.[45]

En 1519 Quentin Metsys esculpió en Amberes una medalla de Erasmo, de la que se conocen dos copias, una en plomo y otra en bronce, y que Erasmo mismo envió como reconocimiento a diversos amigos y protectores. En Nuremberg, en 1524, mandó hacer nuevos moldes de bronce, por medio de Pirckheimer, utilizando una deteriorada prueba en plomo. Una reproducción más pequeña y modificada, que data de 1531, quizá se deba a la mano de Janus Secundus, poeta latino, hijo del amigo de Erasmo Nicolas Everaert, que recibió del primero, en 1520, la medalla de Metsys como regalo. La medalla de 1519 lleva a ambos lados de la cabeza el nombre *Er. Rot.*, debajo, la fecha 1519, y en el borde: *Imago ad vivam effigiem expressa* (τήνκρείττω τά συγγράμματα δείξει.) El reverso muestra una imagen del dios





*Efigie de Erasmo realizada por Quentin Metsys en 1519. Historisches Museum, Basilea.*



◀ *Retratos de Erasmo y Pierre Gilles, por Quentin Metsys, conservados respectivamente en la Galería Nacional de Roma y en los Museos Reales de Bellas Artes de Amberes.*

Terminus con una sentencia griega y latina [ὅρατελος μακρον βίου; *Mors ultima linea rerum*].

La sentencia griega τήν κρείττω, etc. («sus escritos os darán una imagen mejor»), que se encuentra en retratos posteriores, responde a una idea expresada por Erasmo más de una vez. En lo que respecta al dios Terminus, Erasmo había recibido en 1509 una sortija del joven Alejandro Estuardo con una gema antigua representando al dios Dioniso con barba. Un arqueólogo italiano, que consideró a este Dioniso un dios Terme, llamó la atención de Erasmo sobre dicha representación, y éste convirtió a Terminus en su emblema. Le atribuyó el siguiente significado: Terminus exhorta a meditar sobre la muerte. Hizo grabar en un sello de plata, fabricado en 1520 y representando a Terminus, las palabras *Cedo nulli* («no cedo ante nadie») y lo utilizó a partir de ese momento como sello personal. Aludió, pues, al carácter inexorable de la muerte, como lo afirman igualmente las sentencias del verso de la medalla de Metsys, aunque sus enemigos se lo reprocharon, considerándolo una manifestación de orgullo. Pirckheimer hizo grabar la imagen del dios Terme en una copa que luego regaló a Erasmo, y Bonifacio Amerbach la hizo esculpir en la lápida del escritor.

En 1521 se talló un grabado en madera sobre el modelo de la medalla y, en 1522, otra, más libremente interpretada.

## Encuentro con Hans Holbein

En Basilea, Erasmo entró en contacto con Hans Holbein, cuyo arte quedaría íntimamente unido a su reputación. En un ejemplar de la *Moria* editada por Froben en marzo de 1515, Holbein había dibujado (en el curso del invierno de 1515 a 1516, o sea, poco después de su llegada a Basilea, cuando tenía sólo dieciocho años), por encargo del propietario, Oswald Myconius, y para divertir a Erasmo, una serie de encantadoras ilustraciones, entre las que se encuentra también un boceto del retrato del autor. Acompaña a la frase: «Pero dejo de alegar proverbios, para que no parezca que he saqueado el libro de mi Erasmo», y le representa escribiendo los *Adagios*. El nombre de Erasmo está inscrito en el vano de la ventana. El dibujo había provocado en Erasmo la exclamación burlona que hemos referido más arriba.

En 1523 Holbein realizó tres retratos pintados de Erasmo: dos efigies casi idénticas le representan de perfil y escribiendo, una en Basilea, otra en París (Louvre), y la que le muestra de tres cuartos con las manos descansando sobre un libro, en Longford Castle.[46] Un grabado en madera de H. R. M. Deutsch permite suponer que Holbein le hizo aún un cuarto retrato. El retrato de Basilea fue probablemente un boceto para el de París. Erasmo está escribiendo el comienzo de su *Paráfrasis* al Evangelio de San Marcos. En el libro del retrato de Longford se lee en griego: «Los trabajos de Hércules» (su Adagio nº 2001), con los que Erasmo comparó más de una vez la tarea que se había fijado como objetivo de su existencia. El retrato de Basilea proviene de la colección de Bonifacio Amerbach, a quien probablemente se lo regalaría el propio Erasmo. El retrato de Longford fue, indudablemente, regalado al arzobispo de Canterbury; el del Louvre proviene igualmente de colecciones inglesas y es posible que inicialmente perteneciera a Moro. El Louvre conserva, además, dos dibujos con bocetos de manos utilizados en el retrato de Longford y en el del Louvre.

El éxito de Holbein en Inglaterra sin duda se debió en parte a sus retratos de Erasmo. Por ellos se le conocía allí antes de 1526, y Erasmo le recomendó a algunas personas, entre ellas a Moro. Este fue el primer personaje al que retrató en Inglaterra.

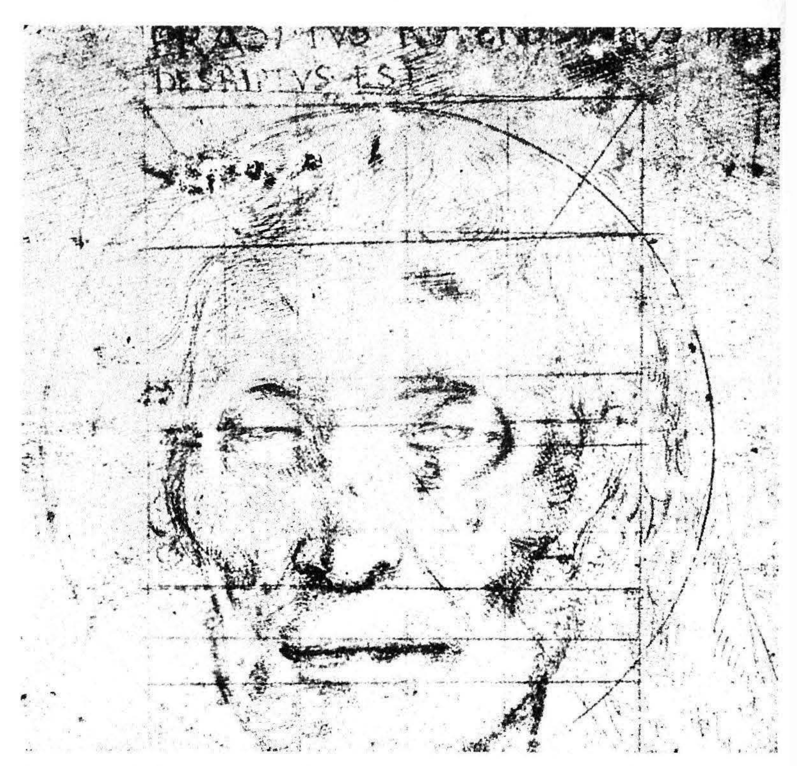
En el transcurso de la segunda estancia de Holbein en Basilea, de 1528 a 1532, —es decir, antes de establecerse definitivamente en Inglaterra—, el pintor retrató a Erasmo varias veces, pero probablemente sólo en una ocasión lo hizo del natural, ya que el humanista dejó la ciudad en 1527.[47] La nueva serie de re-




*Dos elocuentes detalles de los retratos de Erasmo realizados por Hans Holbein el Joven en 1523, conservado el primero en el Offentliche Kunstsammlung de Basilea, y el segundo, en la National Gallery de Londres.*

*Boceto de las manos de Erasmo realizado por Holbein para el retrato conservado en el Museo del Louvre; a su derecha, un detalle del grabado realizado por Granicher sobre un retrato de Erasmo pintado también por Holbein.*



*Mascarilla de Erasmo realizada por un autor anónimo en 1536. Offentliche Kunstsammlung, Basilea.*

tratos, realizados todos hacia 1530, presenta una interpretación completamente nueva de la cara, que para entonces ya dejaba ver numerosas huellas de envejecimiento. Su obra más destacada de esta serie es el pequeño retrato grabado en el medallón de Basilea que proviene de la colección Amerbach y que probablemente data de 1532. Erasmo aparece un poco más joven en dos retratos muy semejantes, uno de los cuales se encuentra en una colección particular de Baden (Suiza), y el otro en Nueva York (Metropolitan Museum). Los retratos de Parma, Leningrado, París (Walter Gay) y Hampton-Court son todos, probablemente, réplicas de una obra de Holbein. Con el último que hemos mencionado se hizo en el siglo XVII la pareja del retrato de Froben, reuniendo ambas obras.

Entre las numerosas réplicas de estos diferentes retratos merecen ser mencionadas las realizadas por Georg Pencz (1533, Viena; 1537, Windsor).

Finalmente, Holbein hizo dos retratos de Erasmo grabados en madera: un medallón, que figuró por primera vez en la edición de los *Adagios* en 1533, y un retrato adornado hasta formar una composición decorativa. Para estos dos grabados tal vez se sirviera, además de sus propios estudios anteriores, de la medalla de Metsys o de las maderas realizadas a partir de ella. En la última composición Erasmo aparece de pie, con la mano sobre la cabeza del dios Terme debajo de una arcada renacentista ricamente adornada.

El dibujo sobre pergamino in-octavo que representa la cara de Erasmo muerto, mencionado en un inventario de Bonifacio Amerbach y conservado en el Gabinete de grabados de Basilea, no puede haber sido realizado por Holbein, ya que éste no se encontraba en Basilea durante el verano de 1536.

## Alberto Durero

El tercer gran maestro que reprodujo los rasgos de Erasmo fue Alberto Durero. Se habían conocido en 1520, con motivo del viaje de Durero a los Países Bajos. Durero hizo en dos ocasiones un boceto de Erasmo: en Amberes y en Bruselas, ambos en el mes de agosto. El segundo de ellos, un dibujo al carbón, casi de frente —el único que nos muestra este aspecto—, ha llegado hasta nosotros (hoy se encuentra en el Louvre, legado L. Bonnat). El propio artista puso esta inscripción: «1520, Erasmus fon Rotterdam.» Ya hemos hablado de las esperanzas que Durero tenía puestas en Erasmo y de su juicio sobre él.

Gracias a su común amigo Pirckheimer, Erasmo continuó sintiéndose vinculado a Durero, cuyo arte alabó en el *De Pronuntiatione*. El 8 de enero de 1525 Erasmo escribió a Pirckheimer para agradecerle el envío del retrato que había hecho Durero de éste. «Me gustaría ser retratado por Durero[48] —añade Erasmo—, ¿a quién no le gustaría que le retratara un artista tan grande? ¿Pero cómo podría conseguirlo? Hace tiempo, empezó a hacerlo, en Bruselas, a carboncillo, pero en tanto tiempo probablemente ya me haya olvidado. Si puede hacer algo a partir de la medalla y de su memoria, que intente hacer conmigo igual que con vos, aunque os ha representado un poco más grueso.»[49]





*Dos de los más famosos retratos de Erasmo, realizados por Alberto Durero. El primero, que se conserva en el Museo del Louvre, fue pintado en 1520, y el segundo, en 1526.*

*Detalle del retrato de Erasmo de 1526. Durero supo captar la delicadeza y sensibilidad de Erasmo y nos la comunicó a través de un sencillo detalle: el jarrón con flores que preside su mesa de trabajo.*



Durero utilizó efectivamente la medalla de Metsys para hacer, en 1526, su célebre grabado en cobre que representa a Erasmo de pie, escribiendo en un pupitre (como tenía costumbre), con un vaso de flores delante y rodeado de libros. Se conservó la inscripción griega, pero la latina fue cambiada. La cara, aunque muy parecida a la de la medalla, muestra sorprendentes coincidencias con el dibujo de 1520: la nariz, la boca, los párpados, las cejas, los pequeños rizos del pelo; también la ropa interior, doblada, evoca aquel dibujo. Habrá que admitir, por tanto, que Durero conservó aquel boceto.

Erasmo, aunque se mostró agradecido con el artista, no estaba satisfecho de la semejanza: «No resulta sorprendente, porque ya no soy lo que fui hace cinco años.»[50] «Durero me ha retratado, pero el retrato no se me parece», escribe más tarde. La historia del arte de estos últimos años suele rechazar igualmente el grabado de Durero, en lo que se refiere a la semejanza, quizá de forma demasiado categórica.

Es una pena que no exista ningún motivo para creer que el dibujo de Lucas de Leiden, de 1521, que se conserva en el Museo Teyler de Haarlem, represente a Erasmo. Resultaría gratificante verle vinculado a este compatriota en el sentido más estricto de la palabra.

La imagen de Erasmo ha sido reproducida muchas veces más en pinturas, dibujos y grabados, pero ya no se trata de obras originales, aunque haya entre ellos trabajos de Van Dyck y de Chodowiecki.

## La estatua de Rotterdam

Sólo merece la pena mencionar, además, la estatua de Rotterdam. Cuando Felipe II de España hizo su feliz entrada en esa ciudad, el 27 de septiembre de 1549, se erigió una aparatosa estatua en madera del gran sabio delante de su casa natal para rendir homenaje al príncipe con un ditirámbico discurso en latín, que sostenía en la mano en forma de rollo. En 1557 fue reemplazada por una estatua policromada en piedra, derribada por los españoles en 1572. Pero más tarde la colocaron otra vez en el Mercado, donde fue reemplazada, en 1622, por una estatua en cobre, obra de Henri de Keyzer, a pesar de las violentas protestas de los ministros calvinistas, que consideraban a Erasmo como un libertino y un irreverente con todas las religiones.[51] En este país, siempre tan escaso de estatuas, la de Keyzer testimonia to-

davía hoy la gloria excepcional de Erasmo. Es altamente significativo que, durante dos siglos, la única estatua al aire libre existente en Holanda haya sido no la de un militar, un monarca o un hombre de Estado, sino la de un sabio, que, además, se ausentaba con frecuencia de su patria.

Desde 1926 el número de efigies conocidas de Erasmo aumentó gracias a la figura en madera (hoy en el Museo Imperial de Tokyo) que había decorado la proa de la nave *De Liefde*, llamada primero *Erasmus*, y que formaba, junto con *Het Gheloove* (la Fe), *De Hoop* (la Esperanza) y otras dos naves, la flota de la expedición de Mahu y de De Cordes que salió de Rotterdam en 1598 para llegar a las Indias, pasando por el Estrecho de Magallanes y el océano Pacífico. Podemos leer todavía, en el rollo que la figura sostiene en la mano, ER...MUS y R...TE... 1598. Fue identificada a partir de una pequeña foto expuesta en Roma, en 1926, en la Exposición de las Misiones, donde se tradujo el título *Oranda Ebisu*, en forma un tanto imperfecta, por el de «¡bárbaro holandés...!»

# Notas

Nota del Editor:

Se han suprimido las localizaciones textuales de las citas de Erasmo. Todas ellas proceden de las siguientes ediciones de las obras del humanista holandés:

*Desiderii Erasmi Opera omnia.* Lugduni Batavorum, 1703-1706. 10 t. Edición de J. Clericus.

*Opus epistolarum Des. Erasmi Roterodami.* Oxonii, 1906-1934. Vols. I-VIII. Edición de P. S. Allen (a partir del vol. IV, P. S. y H. M. Allen).

*Erasmi Opuscula. A Supplement to the Opera omnia (Poemas, Julius exclusus e Coelis, etc.).* La Haya, 1933. Edición de W. K. Ferguson.

*Des. Erasmus Roterodamus. Ausgewählte Werke (Enchiridion militis Christiani, in N. T. Praefationes, Ratio seu methodus comp. perv. ad veram theologiam).* Munich, 1933. Edición de H. y A. Holborn.

1. El día es cierto, pero el año ha sido discutido. El estudio de A. Hyma, *The Youth of Erasmus* (Ann Arbor, 1930), volvió a reforzar la probabilidad de 1469. Erasmo acostumbraba celebrar su cumpleaños el 28 de octubre, aunque en el *Compendium Vitae* dice que nació *in vigilia Simonis et Judae.*
2. La tradición que afirma que su verdadero nombre era Geert Geertsz no se apoya en bases serias.
3. La aserción categórica de Erasmo, según la cual tenía catorce años al dejar Deventer, tomando por año de su nacimiento 1466, se debe a que ulteriormente debió confundir su salida provisional de Deventer para ir a Utrecht con el término definitivo de su estancia en aquella ciudad.
4. En relación con estos hechos se dispone también, además del *Compendium Vitae*, y la carta de 1516 dirigida a un secretario apostólico, de otra carta de 1524, dirigida probablemente a Geldenhauer, descubierta por la señora Allen en Basilea. Dicha carta confirma claramente la autenticidad antes discutida del *Compendium Vitae.*
5. Bajo el título *De contemptu mundi epistola*, aparecida en 1521.
6. Véase A. Renaudet: *Préréforme et Humanisme à Paris, 1494-1517.* París, 1916.
7. Terminó su carrera como becario de Middelburgo.
8. Este también fue más tarde becario de su ciudad natal.
9. Aurelius, como es sabido, fue el compilador de la *Divisie ckroniek* y de una *Batavia.* Willem Harmens trabajaba en una historia latina de Holanda, que no terminó y de la cual sólo fue publicado un fragmento.
10. Véase mi estudio *Uit de voor geschiedenis van ons nationaal besef*, Tien Studiën, p.1.
11. Longolius nació en Malinas, pero era hijo de padre francés y en gran medida se educó en Francia. Se considera vinculado a Erasmo por la lengua y el país: 1026.39. Más tarde, Erasmo le tomó, sin razón, por holandés.

12. No está probado que se tratara de Jean de Trazegnies, tal como sugiere la hipótesis de Allen, admitida también por Renaudet.
13. En 1500, Erasmo habla del *Enchiridion* del Padre de la Iglesia San Agustín; en 1501, llama a los *Officia* de Cicerón un *Pugiunculus*, es decir, un puñal. El título, en consecuencia, ya venía preocupándole desde hacía algún tiempo.
14. *Miles* ya no tiene para Erasmo el sentido de «caballero», como en el latín medieval.
15. La súbita llegada a Inglaterra de Felipe el Hermoso después de una tormenta fue lo que obligó a Mountjoy a permanecer de servicio en la corte.
16. No es probable que pasara por el Splügen, como afirmé en ediciones anteriores. En el siglo XVI se utilizó casi exclusivamente el Septimer. Véase Traugott Geering, *Handel und Industrie der Stadt Basel*, 1886, pp. 204-205.
17. Según afirma el propio Erasmo, la concepción de la obra tuvo lugar en los Alpes, pues dice que la había rumiado mientras iba a caballo, y a partir de Estrasburgo continuó su viaje en barco.
18. O. Clemen, *Zentralblatt f. Bibliothekswesen*, XI, p.181. Una nueva edición de *Julius exclusus* con notas explicativas fue publicada por W. K. Ferguson, *Opuscula Erasmi*, La Haya, 1933, pp. 38-124.
19. Principalmente, por el peligro que había corrido en Bolonia, cuando confundieron su distintivo con el que llevaban los médicos de los apestados.
20. Willem Harmens, su viejo amigo y colega en tareas poéticas, murió en 1510; sobre Franz Dirks, véase la edición de Allen, cartas 10, 12, 14; Andreas es desconocido. Sasboud era el amigo con quien Erasmo había cultivado la pintura.
21. El nombre de Grunnius, literalmente gruñón, o sea puerco, fue tal vez tomado de las cartas de San Jerónimo, en las que es el apodo de un tal Ruffinus. Véase *Moriae Encomium*, Praefatio, p. IV. Existe también una carta de Erasmo, del 5 de marzo de 1531, dirigida a Grunnius, pero no se deduce la identidad del destinatario.
22. Respecto a estos manuales, véase Allen, P. S., *The Age of Erasmus*, Oxford, 1914, cap. 1º.
23. No se sabe casi nada de la vida sexual de Erasmo. El mismo jamás afirmó haber sido absolutamente casto, ni siquiera en su juventud.
24. En el retrato de Holbein, Erasmo tiene en la mano un libro que lleva escrito en griego: «Los trabajos de Hércules.»
25. Erasmo lo insertó en la edición de los *Colloquiorum formulae*, que salió de las prensas de Maertens en 1519, y lo suprimió en la siguiente revisión.
26. *Encomium matrimonii*, escrito para Mountjoy en el periodo parisiense, fue impreso primero por Maertens en 1517 y reimpreso al año siguiente por Froben. Aparece en *De Conscribendis epistolis*.
27. Hay que tener en cuenta que los adversarios más encarnizados de Erasmo en Lovaina fueron sus compatriotas, en el sentido estricto de la palabra. Además del moderado Van Dorp y del violento Egmondanus, pronto surgirían Vincent Dirks de Haarlem, Willem de Vianen y Ruurd Tapper.
28. En las obras de Erasmo, la palabra *tragoediae* a menudo significa simplemente «disputa, riña».
29. Veth, J., y Muller, S.: *Albrecht Dürers Niederländische Reise*. Berlín-Utrecht, 1918. 2 vols., vol. 1, p. 81.
30. Melanchthon (*Opera, Corpus Reformatorum*, XII, 266) habla de este hecho como si hubiera ocurrido con ocasión de la *Querela pacis*, pero ésta data de 1517. Véase mi estudio *Ce qu'Érasme ne comprenait pas, Grotius*, Annuaire international, 1936.
31. Como E. T. Kuiper intentó demostrar en *Erasmus als politiek propagandist*, Tijdschrift voor Geschiedenis, 37, 1922; pp. 147-168.

32. Sobre la historia y las intenciones de los *Colloquia*, véase Preserved Smith, *A Key to the Colloquies of Erasmus*, Harvard Theological Studies, 1927.
33. El comportamiento de Erasmo se juzga aquí menos severamente, conforme a Werner Kaegi, «Hutten und Erasmus, ihre Freundschaft und ihrer Streit», en *Historische Vierteljahrschrift*, XXII, pp. 200-461.
34. Allen (*Erasmus. Lectures and Wayfaring Sketchs*, Oxford, 1934) considera el episodio de Eppendorff «by no means creditable to Erasmus». La larga carta 1934 del 1 de febrero de 1528, en la que Erasmo cuenta a Johannes Botzheim su encuentro con Eppendorff para intentar arreglar el litigio, nos muestra a Erasmo animado por un espíritu vivo y mezquino a la vez. En el Colloquium (Τππευς᾽ἄνιππος) *sive Ementita nobilitas*, por el cual se vengó de nuevo de Eppendorff, aparecen muchos pasajes que fueron tomados casi literalmente de esta carta.
35. Martín Lutero, *De Servo Arbitrio*, Obras, ed. de Weimar, XVIII, 614.
36. R.H. Murray, *Erasmus and Luther: Their Attitude to Toleration*, Londres, 1920; p. 226.
37. *Luthers religiose Psyche*, Hochland, XV, 1917, p. 21.
38. Véase «Hieronymi Stridonensis Vita», en la ed. de W. K. Ferguson, *Erasmi Opuscula*, 1933, pp. 183 y ss.
39. W. Köhler, *M. Luther*, p. 79, Historische Zeitschrift, 121, 322.
40. Thomas Platter, que acababa de hacerse cargo de la empresa de Cratander donde apareció antes el *Diálogo de Julio*, en medio del mayor secreto.
41. El *Carmen heroicum* sobre la muerte de Fisher y de Moro, editado en 1536 por Jerónimo Gebwiler como obra de Erasmo, debe ser atribuido a Janus Secundus, tal como lo demostró A. Jolles en *Neophilologus*, XIII, 1928, pp. 60, 132.
42. El texto de Beatus Rhenanus escribe *Lieuer Got*. La *u* prueba que Beatus no conocía el alemán literario, y parece evidente que no reprodujo correctamente la terminación de *Lieve* ni la consonante final de *God*.
43. «Ein tückisches Wesen:» *Tischreden*, Weimar, ed. II, nº 2420.
44. No hay pruebas para demostrar que el príncipe leyó las obras de Erasmo, aunque parece probable.
45. Véase Friedlander, *Quentin Metsys*, Die Altniederl. Malerei, 1929, pp. 42, 120.
46. P. Ganz, *H. Holbein d. J.*, Klassiker der Kunst, XX, 1912, pp. 37, 38, 39.
47. A menos que se admita con Ganz (*op. cit.*, p. XXXVI) que Holbein acudió a Friburgo con ese objetivo.
48. *Pingere* para Erasmo no significa exclusivamente pintar.
49. Esto debe ser comprendido irónicamente: Erasmo, en efecto, llegó a ser mucho más flaco.
50. Erasmo se equivoca, según su costumbre, en cuanto al número de los años: pasaron seis años.
51. Véase al respecto J. H. W. Unger, *De standbeelden van Desiderius Erasmus*, Rotterdamsch Jaarboekje, 1890, pp. 265 y ss. Se alegó, entre otras cosas, que se había visto a alguien arrodillarse delante de la figura en piedra. Cuando en 1674 el gobierno de la ciudad quitó temporalmente la estatua, los magistrados municipales de Basilea trataron de comprarla en seguida, y estuvieron a punto de conseguirlo. Es igualmente característico de Holanda el hecho de que la vieja estatua se utilizara para reforzar un malecón y fuera clavada directamente en el suelo. Luego quedó descubierta durante una sequía en 1634. Desgraciadamente, no es menos característico que en el siglo XVIII, si damos crédito a las *Memorias* de Holdberg, la estatua sirvió de diana para las piedras de los muchachos de las calles de Rotterdam.

# Cronología

1469 27 ó 28 de octubre: nace Erasmo en Rotterdam, hijo de un sacerdote y de una joven de procedencia burguesa. Las circunstancias de su nacimiento no son bien conocidas, e incluso se ignora el año exacto en que ocurrió; pudo ser también 1466.
Nace Nicolás Maquiavelo.

1471 Nace Alberto Durero.

1474 Asiste con su hermano Pedro a la escuela de Gouda.

1475 Ingresa en la escuela de los Hermanos de la Vida Común, en Deventer, donde tuvo la oportunidad de escuchar a Rodolfo Agrícola. Realiza estudios de latín. Permanece allí hasta 1484, excepto durante un breve periodo (1477-78) en el que formó parte del coro de la catedral de Utrecht.

1478 Nace Tomás Moro.

1480 Nace Jerónimo Aleandro.

1483 Nace Martín Lutero.

1484 Tras la muerte de su madre, regresa a Gouda. La educación de Erasmo y de su hermano queda en manos de tres tutores, que les orientan hacia la vida monástica.
Nace Huldrych Zwinglio.

1485 Se traslada a la escuela de Bois-le Duc, hasta que una epidemia de peste le obliga a regresar a Gouda. Enferma de fiebres.
Su hermano Pedro ingresa en el convento de Sion, de la orden de los canónigos regulares de San Agustín, cerca de Delft.

1487 Erasmo ingresa en el convento de los agustinos de Steyn.

1488 Probablemente este año hace los votos.
Escribe *Alabanza de la vida monástica.*
Nace Ulrich von Hutten.

1489 Hasta 1492, Erasmo se dedica a profundizar en el estudio de los clásicos (Virgilio, Horacio, Ovidio, Juvenal, Marcial, Cicerón, Quintiliano, Terencio, etc.). Lee las *Elegantiae* de Lorenzo Valla y se entusiasma con esta obra.
Compone versos en latín, lengua que ya domina a la perfección.

1491 Nace Enrique VIII.

1492 25 de abril: se ordena sacerdote de manos del obispo de Utrecht, David de Borgoña.

1493 Entra al servicio de Enrique de Bergen, obispo de Cambrai.
Termina una apología de las letras profanas titulada *Antibarbari*, obra que había comenzado durante su estancia en Steyn.

1494 Muere Giovanni Pico de la Mirándola.
Nacen Francisco I y François Rabelais.

1495 Se traslada a París y se instala en el Colegio de Montaigu para asistir a los cursos de la Sorbona. Realiza estudios teológicos sobre la Biblia. Conoce a Paul Gaguin. Su aversión hacia la escolástica es ya patente.
Aparece *De Origine et Gestis Francorum Compendium*, de Gaguin, obra que incluye un largo panegírico realizado por Erasmo, gracias al cual consiguió entrar en el mundo de los humanistas parisienses.

1496 Tras una enfermedad de la que se restablece en Cambrai, regresa a París, donde se gana la vida dando clases particulares.
Aparece en París un pequeño volumen de poemas latinos de Erasmo, dedicado al escocés Hector Boys. Aunque durante esta estancia en París escribió mucho, estos textos no serían publicados hasta mucho más tarde.
Primavera: cae enfermo y abandona París para trasladarse a Bergen, donde se aloja en la casa de su protector, el obispo.
Tras un breve viaje por Holanda decide regresar a París. Entra en contacto con Faustus Andrelinus. Busca desesperadamente un mecenas.
Aparece el *Discurso sobre la dignidad del hombre*, de Pico de la Mirándola. Por esta época escribe para los Northoff su *Familiarium Colloquiorum Formulae*, embrión de los famosos *Colloquia*; en honor de Robert Fisher aborda un primer esbozo de *De Conscribendis Epistolis*, un ensayo sobre el arte de escribir cartas; acaba una paráfrasis de los *Elegantiae* de Valla, una corta disertación titulada *De Copia verborum ac rerum* y *De Ratione studii.*

1498 Vuelve a Holanda junto a su protector.
Regresa de nuevo a París, donde por entonces tenía como alumno a lord Mountjoy.

1499 Visita el castillo de Tournehem y viaja de nuevo a Holanda. A partir de entonces, Ana de Veere se convierte en su protectora.
Mayo: viaja a Londres acompañado de lord Mountjoy.
Conoce a Tomás Moro e intima con el teólogo John Colet.
Octubre: se traslada a Oxford, alojándose en el St. Mary College.
Escribe una *Disputatiuncula de tedio, pavore, tristitia Jesu*, pequeña controversia sobre las angustias, el temor y la tristeza de Jesús.

1500 Enero: regresa a París.
Publica *Adagiorum collectanea*.
Pasa la mayor parte de este año en Orleans, alojándose en casa del humanista Agustín Caminade.
Nace Carlos V.

1501 Abandona París a causa de la peste y se dirige de nuevo a Holanda, permaneciendo sucesivamente en Steyn, Haarlem y el castillo de Tournehem, junto a su fiel amigo Battus.

1502 Muere Battus. Conoce a Jean Vitrier en Saint-Omer.
Verano: Erasmo se instala en Lovaina.
Octubre: muere Enrique de Bergen.
Ana de Veere deja de ser la protectora de Erasmo.
Adriano de Utrecht hace gestiones para que se le conceda una cátedra, pero Erasmo la rechaza.

1503 Julio II ocupa la cátedra pontificia.

1504 Publica el *Enchiridion militis christiani* en Amberes, impreso en las prensas de Thierry Maertens.
Lee el manuscrito de las *Anotaciones* de Valla y tal vez eso le impulsa a dedicarse al estudio de los Evangelios.
Viaja de nuevo a París.

1505 Viaja a Inglaterra. Conoce a Richard Foxe, obispo de Winchester, a John Fisher, obispo de Rochester, y a William Warham, arzobispo de Canterbury.
Traba amistad con el italiano Andreas Ammonius de Lucca. Trabaja con Tomás Moro en la traducción del griego al latín de los *Diálogos* de Luciano.

1506 4 de enero: consigue de Julio II la dispensa por la que se le permitía aceptar un beneficio eclesiástico inglés.
Viaja a Turín como preceptor de los hijos de Giovanni Battista Boerio, médico de Enrique VII.
4 de septiembre: obtiene el título de doctor en teología en la Universidad de Turín.
Josse Badius imprime las traducciones que hace Erasmo de Eurípides y de Luciano, su libro *Epigrammata* y una nueva edición de los *Adagia*.
Escribe el poema *Carmen alpestre*.
11 de noviembre: asiste a la entrada triunfal de Julio II en Bolonia. En esta ciudad traba amistad con Paolo Bombasio.
Trabaja en la ampliación de los *Adagia*.

1507 Perfecciona sus conocimientos de griego y se inicia en el estudio del hebreo y el arameo.
Aldo Manuzio se compromete a imprimir los *Adagia*, por lo que Erasmo viaja a Venecia.

1508 Terminan de imprimirse los *Adagia*. Erasmo continúa trabajando para Aldo Manuzio en las ediciones de Platón, Terencio y Séneca.
Acepta el puesto de profesor de retórica de Alejandro Estuardo.

1509 Llega a Roma. Conoce a Juan de Médicis, el futuro León X.
21 de abril: muere Enrique VII y le sucede su hijo Enrique VIII.
Viaja a Londres y se instala en la casa de Tomás Moro en Bucklersbury. Allí redacta el *Elogio de la locura*.
Nace Jean Calvino.

1511 Aparecen las primeras ediciones del *Elogio de la locura*.
Da cursos de teología y griego en Cambridge.

1512 Marzo: se hace cargo del rectorado de Aldington, en el condado de Kent, puesto para el que es designado por el arzobispo William Warham.

1513 Muere Julio II y le sucede León X.
Erasmo escribe *Julius exclusus e Coeli*.
Maquiavelo escribe *El príncipe*.

1514 Publica *Parabolae*. Deja Cambridge y regresa a Londres.
Julio: abandona Inglaterra.
Agosto: llega a Basilea, donde es recibido con entusiasmo. Conoce al impresor Juan Froben.

1515 Se incorpora un nuevo adagio, *Dulce bellum inexpertis*, a la edición de los *Adagia* realizada por Froben.
Muere Aldo Manuzio.
Francisco I sube al trono de Francia.

1516 Sale de las prensas de Froben la edición de *San Jerónimo* y el *Novum Instrumentum*, edición bilingüe del Nuevo Testamento que consolidó su fama.
El nuevo protector de Erasmo, Jean le Sauvage, canciller de Brabante, logra obtener para él el título de consejero de Carlos V.
Escribe la *Institutio principis christiani*.
Primavera: regresa a los Países Bajos. En Amberes se aloja en la casa de Pierre Gilles.
Realiza una breve visita a Inglaterra.
Aparece la *Utopía*, de Tomás Moro.

1517 Enero: el papa León X exime a Erasmo de las infracciones cometidas contra la ley eclesiástica y de la obligación de llevar el hábito de su orden, al tiempo que le autoriza a vivir en el siglo y a conservar los beneficios eclesiásticos, anulando los obstáculos derivados de las circunstancias de su nacimiento.
Verano: Erasmo se establece en Lovaina.
Polémica con Jacques Lefèvre d'Étaples.
Muere su amigo Ammonius.
Alberto de Brandenburgo, arzobispo de Maguncia, pide a Erasmo que escriba para él algunas vidas de santos.
31 de octubre: se publican las 95 tesis de Lutero en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg.
Carlos V sube al trono de España.

1518 Polémica con Edward Lee.
Mayo: Erasmo viaja a Basilea.
21 de septiembre: gravemente enfermo, regresa a Lovaina; allí se hospeda en casa del impresor Thierry Maertens.

1519 Polémica en torno a la creación del College Trilingue.
Escribe las apologías contra Jacobus Latomus y contra Briard de Ath.
Aparece el *Elogio del matrimonio*.
Se recrudece la disputa con Lee.

28 de marzo: Lutero se dirige por primera vez personalmente a Erasmo.
30 de mayo: Erasmo contesta la carta de Lutero dejando clara su postura respecto a la cuestión luterana.
Agosto: escribe al papa, León X, pidiendo protección contra sus adversarios.
19 de octubre: una carta de Erasmo dirigida a Alberto de Maguncia es utilizada en su contra por los partidarios de la tradición.
7 de noviembre: la Facultad de Lovaina condena solemnemente una serie de opiniones de Lutero.
Carlos V es coronado emperador de Alemania.

1520 Polémica con Nicolas de Egmond.
Arrecian las críticas contra Erasmo.
12 de mayo: los libros de Lutero son quemados en Londres.
Julio: encuentro en Calais entre Carlos V, Francisco I y Enrique VIII.
5 de noviembre: Erasmo mantiene en Colonia una entrevista acerca de Lutero con el príncipe elector Federico de Sajonia.
Se publica, contra su voluntad, *22 Axiomas para la causa de Martín Lutero*, recopilación por escrito de los resultados de la conversación con Federico de Sajonia.
Se rompe definitivamente la correspondencia entre Lutero y Erasmo.

1521 Abril: Lutero se presenta ante la Dieta de Worms.
Latomus, Nicolas de Egmond y Vincent Dirks de Haarlem se convierten en feroces detractores de Erasmo.
28 de octubre: Erasmo abandona Lovaina.
15 de noviembre: llega a Basilea.
Muere León X.

1522 Permanece enfermo durante varios meses.
Se publica *San Arnobo* y la tercera edición del Nuevo Testamento. De las prensas de Froben sale una nueva edición de los *Colloquia*.
Erasmo escribe el tratado *De Interdicto esu carnium*.
Adriano de Utrecht es elegido papa.

1523 Se publica *San Hilario*.
Polémica con Ulrich von Hutten.
Mueren Ulrich von Hutten y Adriano de Utrecht.

1524 Aparece una nueva edición del *San Jerónimo*.
Erasmo escribe contra Lutero *De Libero arbitrio diatribe*.

1525 Se inicia la disputa con Alberto Pío, principe de Capri.
Manifestaciones públicas en Basilea contra el culto católico.

1526 Se publica *San Ireneo* y la versión definitiva de los *Colloquia* bajo el título de *Familiarium Colloquiorum Opus*.
Escribe el tratado *Hyperaspistes*.

1527 Erasmo publica su *San Ambrosio*.
Hace testamento incluyendo detalladas indicaciones acerca de la impresión de sus obras completas en las prensas de Froben.
Mueren Juan Froben y Nicolás Maquiavelo.

1528 El rey Fernando le invita a ir a Viena.
Aparece el diálogo de Erasmo *Ciceronianus*.
Basilea se declara partidaria de la Reforma.
Muere Alberto Durero.

1529 13 de abril: Erasmo abandona Basilea y se instala en Friburgo.
19 de abril: protesta de los príncipes y de las ciudades evangélicos.
Dieta de Spira.
Estalla la guerra entre los cantones evangélicos y católicos suizos.
Tratados de Cambrai y Barcelona. Los turcos llegan a las puertas de Viena.

1530 Erasmo escribe *Consultatio de bello turcino*.
Dieta de Augsburgo.
Melanchthon defiende la *Confesión de Augsburgo*.

1531 Mueren Zwinglio y Ecolampadio.

1532 Paz de Nuremberg.
Muere Warham.

1533 Lutero resume sus opiniones en *De Amabili Ecclesiae concordia* y escribe *Preparación para la muerte*. En este año acaba el *Ecclesiastes*.
Aparece la obra de Calvino *Institución de la religión cristiana*.
Muere Pierre Gilles.

1534 Paulo III sucede a Clemente VII en el trono pontificio.

1535 22 de junio: John Fisher muere decapitado por orden de Enrique VIII.
Viaje de Erasmo a Basilea. Escribe *De la pureza de la Iglesia cristiana*.
Muere Tomás Moro.

1536 12 de febrero: Erasmo dicta sus últimas disposiciones.
12 de julio: muere Erasmo de Rotterdam.

1546 Muere Martín Lutero.

# Testimonios

## Luis Vives

Me he enterado de que también nuestros españoles se interesan por tus obras; es la noticia más grata que he recibido en mucho tiempo. Espero que, si se acostumbran a estas lecturas y a otras parecidas, se vuelvan más refinados y se liberen de ciertas opiniones bárbaras sobre la vida, de las que estos espíritus penetrantes, pero desconocedores de las humanidades, están imbuidos, y que se transmiten unos a otros como de mano en mano.
(De una carta a Erasmo, 1524)

## Carlos V (Alfonso de Valdés)

Honrado, devoto y amado nuestro: En dos maneras nos habemos holgado con tu carta: lo uno por ser tuya, e lo otro porque entendimos por ella comenzar ya a desfacerse la secta luterana. Lo primero debes tú al singular amor que te tenemos. E lo otro te debemos a ti, no solamente nos, mas aun toda la república cristiana; pues por ti solo ha alcanzado lo que por emperadores, pontífices, príncipes, universidades, e por tantos e tan señalados varones fasta agora no había podido alcanzar; por lo cual conocemos que ni entre los hombres inmortal fama, ni entre los santos perpetua gloria te puede faltar, e por esta tu felicidad entrañablemente contigo nos holgamos. Resta que, pues con tanta felicidad has tomado esta empresa, procures con todas tus fuerzas llevarla fasta el cabo, pues por nuestra parte nunca habemos de faltar a tu santísimo esfuerzo con todo nuestro favor e ayuda. Lo que escribes de lo que acá se ha tractado sobre tus obras, leímos de mala gana; porque parece que en alguna manera te desconfías del amor e voluntad que te tenemos, como si en nuestra presencia se hobiese de determinar cosa ninguna contra Erasmo, de cuya cristiana intención estamos muy ciertos. De lo que consentimos buscar en tus libros, ningún peligro hay, sino que si en ellos se hallare algún humano descuido, tú mismo, amigablemente amonestado, lo enmiendes o lo declares, de manera que no dejes causa de escándalo a los simples e con esto fagas tus obras inmortales e cierres la boca a tus murmuradores; pero si no se hallare cosa que de razón merezca ser calumniada, ¿no ves cuánta gloria tú e tu doctrina habréis alcanzado? Queremos, pues, que tengas buen corazón e te persuadas que de tu honra e fama jamás dejaremos de tener muy entera cuenta. Por el bien de la república haber yo hecho todo lo que en nuestra mano ha seído, no hay por qué ninguno lo deba dudar. Lo que al presente hacemos y de aquí adelante pensamos hacer, más queremos que la obra lo declare. Una cosa te pedimos: que en tus oraciones no dejes de encomendar nuestras obras a Jesucristo todopoderoso. Fecha en Burgos, a catorce de diciembre en el año del Señor de mil quinientos y veinte y siete. Y de nuestro imperio, nono. CARLOS. Por orden de la Majestad Cesárea, Alfonso de Valdés.
(Carta a Erasmo, 1527)

**Fray Luis de Carvajal**
¡Lejos de nosotros Erasmo y sus secuaces! Que vaya a reunirse con los bátavos sus hermanos. Nosotros, los españoles, tenemos una fe pura y robusta que los chistes y habilidades de Erasmo no son capaces de corromper. Por eso nuestro piadosísimo Emperador, escuchando el consejo de Su Ilustrísima Señoría Don Alonso Manrique, Arzobispo de Sevilla e Inquisidor General, ha prescrito que se examinen los escritos de Erasmo para determinar lo falso y lo verdadero de las ideas que contienen. Esto es cosa ya hecha en parte. La continuación no tardará.
(*Apologia monasticae religionis...*, 1528. Cit. por M. Bataillon, *Erasmo y España*)

**Martín Lutero**
Es difícil comprender al hábil Erasmo, el cual confía en su sutil elocuencia y sabe evitar ágilmente cada uno de los golpes que intentan asestarle. Sentado en su trono de la doble intencionalidad como un verdadero rey, dificulta la vida a los cristianos ingenuos y disfruta viendo cómo sus palabras nos escandalizan, haciendo que nos sintamos burlados por nuestra propia torpeza. Erasmo no nos incita a pensar ni a hablar seria y profundamente, sino que se limita a hacer reír al público, igual que hacen los defensores del humanismo con sus propias necedades. Con sus juegos de palabras elimina lentamente el sentido religioso de nuestras vidas y se aparta por completo de la realidad del mundo que nos rodea.
(1534)

**Philipp Melanchthon**
Nunca he querido atacarte [a Erasmo], porque tu pensamiento, al igual que tu amistad, es para mí de gran valor. Como verás, me haces cambiar de opinión respecto a muchas de las cuestiones todavía pendientes en la crítica del dogma. Innumerables testigos dignos de crédito podrían confirmarte mi afecto. No sólo te admiro por la fuerza de tu espíritu, tus destacadas cualidades científicas y tu sabiduría, sino que me adhiero gustosamente a tus juicios sobre otros puntos controvertidos de la religión. Te ruego, por tanto, que dejes de lado tu enojo y desconfianza, y piensa que tu aprecio y tu amistad son para mí de incalculable valor.
(De una carta a Erasmo, 1536)

**Diego López Zúñiga**
Identificarás sin trabajo el espíritu, la tendencia, la religión de Erasmo. Lo encontrarás claramente de acuerdo con Arrio, con Apolinar, con Joviniano, con los wiclefianos y los husitas, y finalmente con Lutero en persona, pues Erasmo solo es el que, con sus blasfemias, ha levantado, armado, formado a Lutero en la impiedad. Que los hombres del Norte hagan, pues, de Erasmo sus delicias; que lo traten de sol o de luna, y que lo bauticen honor de Germania o Panerasmius, como algunos dicen, con tal de que Italia lo llame impío, con tal de que Roma, reina y maestra del mundo, lo juzgue blasfemo y digno de ser fulminado con la misma sentencia que Lutero el hereje, es decir, declarado enemigo público de la Iglesia romana. Si no se retracta, si no se desdice de sus proposiciones impías, ésa es la solución que habrá de sancionar el Sumo Pontífice tan pronto como llegue: que los erasmistas no tengan la menor duda a este respecto.
(De una carta a Francisco de Vergara, Roma, 4 de mayo de 1552. Cit. por M. Bataillon en *Erasmo y España*)

## Stefan Zweig

Indudablemente, Erasmo no fue uno de esos hombres que se enfrentan a la vida a pecho descubierto, ni su personalidad es precisamente la de un héroe. Al igual que una caña flexible, se inclinaba de un lado para otro, a veces a la derecha, a veces a la izquierda, con el único propósito de no dejarse quebrantar y poder permanecer firme. Erasmo no proclamaba su independencia, su *nulli concedo*, con orgullo; al contrario, la llevaba consigo como el ladrón que en medio de la noche oculta su linterna debajo del abrigo para que nadie pueda descubrirle a causa de la luz. El mismo se mantenía alejado temporalmente y evitaba involucrarse en los conflictos ocasionados por la locura de las masas. No obstante, el rasgo más destacado de su personalidad es el hecho de que supo conservar intacta su fe en el hombre, salvaguardándola del terrible huracán de odio que sacudió a su época. Gracias a su fe y a su propia clarividencia, Espinoza, Lessing y Voltaire pudieron participar de la luz de Erasmo, y lo mismo podrán seguir haciendo los futuros europeos. Dentro de su generación, Erasmo fue el único que no se mantuvo fiel sólo a un grupo cerrado, sino que su espíritu abarcó a toda la humanidad.
(*Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam*, 1935)

## Ernst Jünger

Erasmo... es un genio al que suele menospreciarse en tiempos de paz. El encuentro de Erasmo con Lutero pone fundamentalmente de relieve la gran diferencia existente entre dos personalidades que viven dentro de un mismo orden establecido. Esa diferencia es radical: mientras uno se mantuvo crítico hasta el último momento de su vida, el otro acabó por amoldarse a las circunstancias... Las oportunas advertencias que Erasmo dirigió a Lutero eran tan evidentes que el «culpable» se vio obligado a pasarlas por alto. Aunque una persona viva siempre sumergida en los libros necesita un especial ingenio para salir airoso de las situaciones difíciles. Esta cualidad la supo reflejar muy bien Durero en el grabado que hizo de Erasmo, y está aún más patente en la medalla que de él esculpió Metsys, donde la astucia va unida a la fuerza, al tiempo que se ponen de manifiesto los rasgos de una gran sensibilidad.
(*Jardines y calles*, 1942)

## Jaime Vicens Vives

Ningún humanista italiano puede competir en genio y en influencia con Erasmo de Rotterdam, el hombre que dió al Humanismo su denominador común y su valor universal y permanente. En efecto, en su persona Erasmo potencia las fuerzas del Renacimiento en su aspecto cultural: profundo conocimiento del mundo y la cultura clásica, sagaz crítica de textos; espíritu tolerante y polifacético; doctrina filosófica relativista, verbo cáustico y mordaz contra las instituciones medievales; ideal de renovación presente a través de las fórmulas de la Antigüedad clásica. Al mismo tiempo, Erasmo resume la postura del Humanismo frente a la reforma de la Iglesia y sintetiza sus tendencias renovadoras, que, en último término, conducirá a preparar el terreno para el movimiento protestante en Europa.
(*Historia General Moderna*, I, 1951)

## John Lynch

La entrada de Erasmo inauguró una nueva fase en el Renacimiento español. En cierta medida, el terreno ya estaba preparado. La estima en que se tenía la investigación científica en España creó un clima intelectual propicio para una recepción favorable de sus escritos; en 1516, luego de la publicación de su Nuevo Testamento, recibía una invitación para visitar España, de parte del Cardenal Ximénez, aunque no se llevó a efecto. También constituía otro punto de contacto la represión de los abusos monásticos emprendida por los reformadores españoles, aunque tuviera un contenido más positivo que las burlas amontonadas por Erasmo sobre las órdenes religiosas. Al apelar a una reforma general de la Iglesia, Erasmo satirizaba a quienes consideraba responsables de la corrupción, insistiendo en una vuelta a la simplicidad de la era apostólica. En las etapas iniciales del choque de Lutero con Roma, Erasmo se negó a solidarizarse con él y aconsejó moderación a ambas partes. Su opinión era que la Iglesia debería reformarse a sí misma antes de condenar doctrinas. Con todo, en 1521 se vio obligado por sus propios principios a repudiar a Lutero en la cuestión del libre albedrío: a partir de entonces las dudas españolas sobre su ortodoxia desaparecieron. Preocupaba poco a los españoles que Roma no acabara de ver bien sus doctrinas, dado que la política de Clemente VII resultaba sospechosa en España y hostil a Carlos V. Sin duda las ideas de Erasmo eran bien acogidas por los partidarios de la concordia cristiana, y la procuraban bajo los auspicios del emperador más que del papa.
(*España bajo los Austrias*, I, 1965)

## Marcel Bataillon

Que se diga, después de esto, que Cervantes representa de lleno el espíritu de la Contrarreforma... Muy bien: lo representa en el sentido de que él está perfectamente instalado en ese mundo en que las devociones exteriores gozan de un prestigio consolidado. Ha pasado ya el tiempo de las lamentaciones a la manera de Erasmo sobre la ceguera de los cristianos que confunden las ceremonias con la religión. Es lícito reír del hampa que cultiva ingenuamente este error. Es bueno hablar con prudencia de los frailes que pretenden tener el monopolio de la santidad: una vez tomada esta precaución, no está prohibido profesar un catolicismo depurado de toda superstición, que es también el catolicismo de la porción más selecta de religiosos y de letrados. Pero, como se ve, este representante de la Contrarreforma puede ser considerado, con el mismo derecho, el último heredero del espíritu erasmiano en la literatura española, pese a la profunda diferencia de tono que separa su obra de la de Erasmo. Un testimonio tan precioso como inesperado viene a traernos la certeza de que semejante conclusión no tiene nada de arbitrario. Un humanista español del siglo XVII, que poseía en su biblioteca la *Cosmografía* de Münster, se detuvo un buen día a considerar en ella un retrato de Erasmo salvajemente desfigurado por la censura inquisitorial, y escribió a un lado del rostro: «y su amigo Don Quijote», y del otro: «Sancho Panza». Desde luego, nos es imposible reconstruir las reflexiones que guiaban su pluma cuando trazó estas enigmáticas palabras. ¿Sería un ortodoxo que entregaba mentalmente a las severidades de la censura los coloquios de Sancho Panza y se su amigo Don Quijote? ¿No sería más bien un espíritu libre que gozaba de sus sabrosas charlas como de un desquite por la prohibición de los *Coloquios* de Erasmo? Es imposible saberlo, y esto nos importa bien poco. La asociación de ideas que hizo surgir el recuerdo del *Quijote* en presencia de un Erasmo mutilado basta, por sí sola, para probarnos que ese desconocido percibía entre Cervantes y Erasmo el secreto parentesco espiritual que aquí afirmamos.
(*Erasmo y España*, 1966)

**Ruggiero Roncano y Alberto Tenenti**
Contra la devoción —por no decir idolatría— de las imágenes sagradas, él [Erasmo] no se alza en un plano teológico, sino en el de la moral, y con acento nuevo observa despiadadamente: ¡Cuántos fieles no van a encender una vela a la Virgen en pleno mediodía! Así, más que en el escándalo del comercio de las indulgencias él piensa con tristeza en la feliz confianza de los que llevan una cuidada contabilidad de los años, meses y días de purgatorio que le quedarán por pagar. En consecuencia, cuando Erasmo se yergue sobre aquellos necios y registra, con la misma impasible superioridad, la vanidad de los pedantes y de los teólogos, de la locura de los supersticiosos y de los santurrones, se mueve dentro de una sólida contextura en la que funda su independencia de juicio. Al margen ya del humanismo *quattrocenntesco* y de la cristiandad medieval, aunque nutrido del uno y de la otra, su criterio es éticamente nuevo. El escritor pasa al lado de las costumbres inspiradas en el pasado y las observa de perfil; aunque la ráfaga de su *humor* es breve, entre él y el objeto de su observación se ha hecho un vacío. Erasmo expresa una actitud de superioridad intelectual, a la que ha llegado la nueva cultura con el especial empleo de una dimensión ético-psicológica inusitada: el ridículo. Ridículo en lo que se aparta de la norma general, tanto si ésta es realmente seguida como si permanece en estado ideal. Los verdaderos cristianos son locos respecto a la masa de los demás y, a su vez, estos últimos son locos respecto al buen sentido del hombre razonable. La locura es universal, pero relativa. Ya no hay en la sociedad una base real para distinguir a los locos de los sabios. Las dos locuras, la mundana y la divina, son recíprocamente inconciliables.
(*Los forjadores del mundo moderno*, 1971)

**José Luis Abellán**
Aunque Erasmo de Rotterdam es uno de los humanistas más preclaros del Renacimiento y una especie de monarca intelectual en la Europa de su época, en ningún país gozará de tanta fama como en España. Un hombre cuya amistad se disputaban los reyes, los papas y los grandes personajes de la política o de la inteligencia, gozará de mayor crédito intelectual entre los españoles que en ningún otro pueblo europeo. El hecho es curioso y obedece a causas complejas. Entre ellas había algunas de carácter político, como era la vinculación de Erasmo al reinado de Carlos I, y otras de carácter religioso, como era que la crisis espiritual europea había llegado a España. En la situación española de aquel momento Erasmo ofrecía una respuesta muy atractiva. Por un lado, el carácter crítico y satírico de sus obras respecto de las costumbres inmorales y del estado de corrupción del clero. Por otro lado, sus ataques y su desprecio por la filosofía escolástica, que había llegado a una verdadera degradación. Y, en fin, su programa de elevación espiritual de una religión que había caído en ceremonias y ritos sin contenido, mediante una vuelta al evangelismo, al interiorismo y a la caridad. Todo ello, por supuesto, dentro de un profundo humanismo que llevaba como lema *«cum elegantia litterarum pietatis christiana sinceritatem copulare»*.
(*El erasmismo español*, 1982)

# Bibliografía


## Algunas ediciones en castellano de las obras de Erasmo

*Obras escogidas*. Madrid, Aguilar, 1964.
*Coloquios*. Madrid, Espasa-Calpe, s. a.
*Elogio de la locura*. Madrid, Alianza, 1984.
*El collar alrededor de tu cuello*. Barcelona, Seix Barral, 1962.
*El Enquiridión o manual del caballero cristiano*. Madrid, CSIC, 1971 (Prólogo de Marcel Bataillon).
*Sermón en loor del matrimonio*. Madrid, Ed. F. López Estrada, 1955.

## Obras sobre Erasmo y el erasmismo

ABELLÁN, J. L.: *El erasmismo español*. Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
ALLEN, P. S.: *The Age of Erasmus*. Oxford, 1914.
AVILÉS, M. de: *Erasmo y la Inquisición*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980.
BATAILLON, M.: *Erasmo y España*. México, Fondo de Cultura Económica, 1966 (Traducción de Antonio Alatorre).
—: *Erasmo y el erasmismo*. Barcelona, Crítica, 1983.
FÈBVRE, L.: *Erasmo, la Contrarreforma y el espíritu moderno*. Barcelona, Martínez Roca, 1971.
GARCÍA VILLOSLADA, R.: *Loyola y Erasmo. Dos almas, dos épocas*. Madrid, Taurus, 1965.
MALKIN, L. E.: *Erasmo*. México, Fondo de Cultura Económica, s. a.
QUONIAM, Th.: *Erasmo*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1960.
RENAUDET, A.: *Erasme et l'Italie*. Ginebra, Droz, 1954.
VILANOVA, A.: *Erasmo y Cervantes*. Barcelona, CSIC, 1949.
ZWEIG, S.: *Erasmo de Rotterdam*. Barcelona, Juventud, 1951.

## Obras sobre la época de Erasmo

ATKINSON, J.: *Lutero y el nacimiento del protestantismo*. Madrid, Alianza, 1980.
BALLESTEROS ARRANZ, E.: *Carlos V. Reforma y Contrarreforma*. Madrid, Hiares, 1984.
CANTIMORI, D.: *Humanismo y religiones en el Renacimiento*. Barcelona, Edicions 62, 1984.
COLOMBO, C.: *Humanismo y Renacimiento*. Madrid, Cincel, 1979.
MARAVALL, J. A.: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960.
RICART, D.: *Juan de Valdés y el pensamiento religioso europeo en los siglos XVI y XVII*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

# BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.
33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.
37. **Casals,** por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega,** por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau,** por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo,** por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.

41. **A. Machado,** por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi,** por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe,** por Walter Lennig.
44. **Lorenz,** por Alec Nisbett.
45. **Juárez,** por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler,** por Arthur Koestler.
47. **Nelson,** por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt,** por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven,** por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero,** por Franz Winzinger.
51. **Wagner,** por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1),** por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2),** por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier,** por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohígas.
55. **Bach,** por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno,** por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire,** por Haydn Mason.
58. **De Gaulle,** por Jean Lacouture.
59. **Kennedy,** por André Kaspi.
60. **Gaudí,** por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1),** por André Maurois.
62. **Balzac (2),** por André Maurois.
63. **Bismarck,** por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal,** por José M.ª López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo,** por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V,** por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma,** por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.
68. **Mozart,** por Arthur Hutchings.
69. **Stalin (1),** por Ian Grey.
70. **Stalin (2),** por Ian Grey.
71. **Maquiavelo,** por Edmond Barincou. Prólogo de Francisco Gutiérrez Contreras.
72. **Hitler,** por Helmut Heiber.
73. **Victoria I,** por Lytton Strachey.
74. **Mussolini,** por Giovanni de Luna.
75. **Enrique VIII,** por Philippe Erlanger.
76. **Leakey,** por Richard E. Leakey.
77. **Lutero,** por Hanns Lilje. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
78. **Oppenheimer,** por Peter Goodchild.
79. **Lenin,** por Hermann Weber.
80. **Marco Polo,** por Jacques Heers.
81. **J. von Neumann/N. Wiener (1),** por Steve J. Heims. Prólogo de Manuel Abejón.
82. **J. von Neumann/N. Wiener (2),** por Steve J. Heims.
83. **Cervantes,** por Melveena McKendrick. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
84. **Alejandro Magno,** por Gerhard Wirth. Prólogo de Rodolfo Gil Grimau.
85. **Mao,** por Tilemann Grimm.
86. **Stravinski,** por Eric Walter White y Santiago Martín. Prólogo de José Luis Pérez de Arteaga.
87. **Buñuel,** por Carlos Barbáchano. Prólogo de Antonio Lara.
88. **Goethe (1),** por Marcel Brion.
89. **Goethe (2),** por Marcel Brion.
90. **Leonardo,** por Richard Friedenthal.
91. **Colón,** por Pedro Voltes.
92. **Roosevelt,** por Joseph Alsop.
93. **Erasmo (1),** por Johan Huizinga. Prólogo de José Manuel Morán.
94. **Erasmo (2),** por Johan Huizinga. Prólogo de José Manuel Morán.



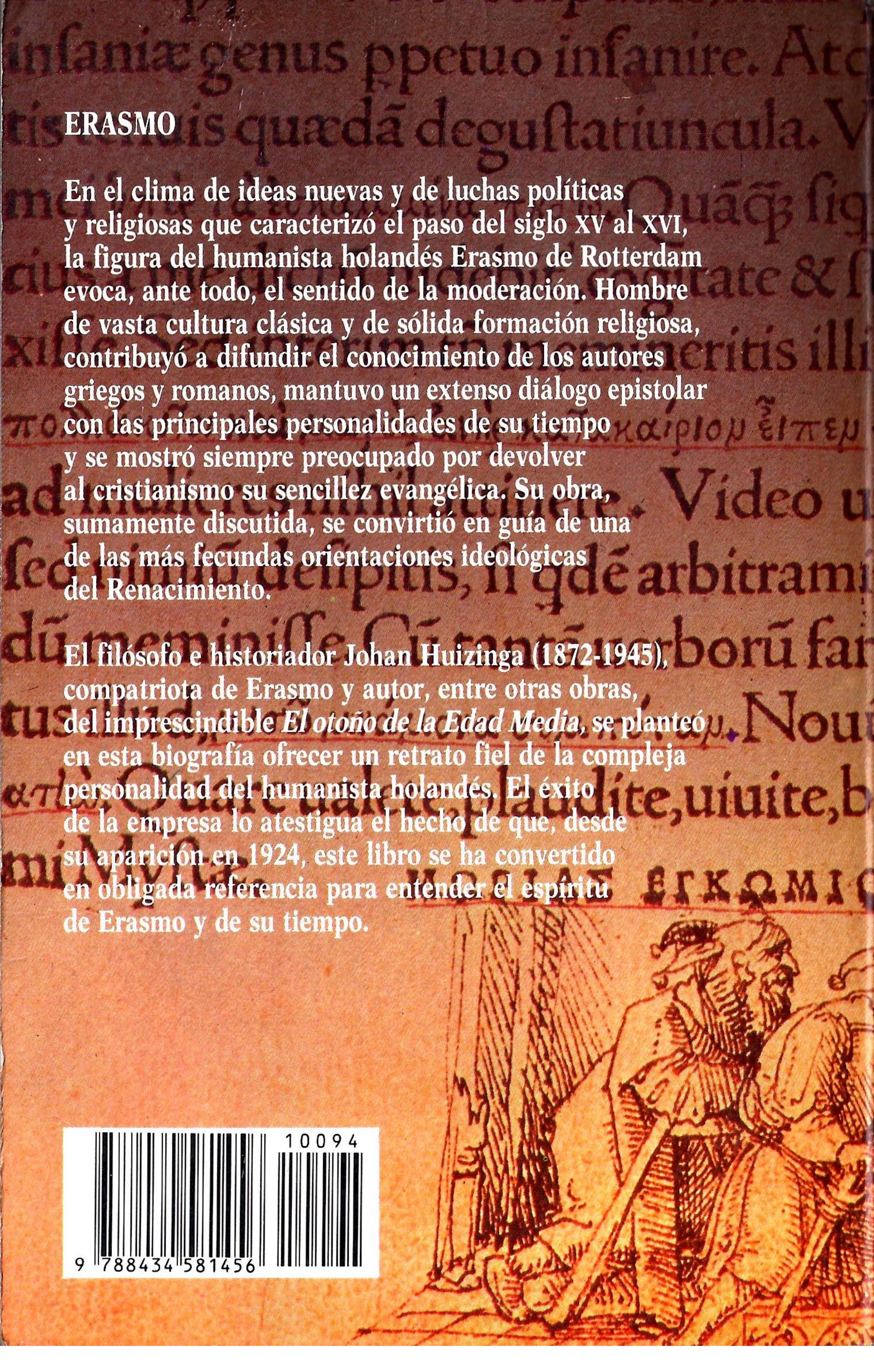
## ERASMO

En el clima de ideas nuevas y de luchas políticas y religiosas que caracterizó el paso del siglo XV al XVI, la figura del humanista holandés Erasmo de Rotterdam evoca, ante todo, el sentido de la moderación. Hombre de vasta cultura clásica y de sólida formación religiosa, contribuyó a difundir el conocimiento de los autores griegos y romanos, mantuvo un extenso diálogo epistolar con las principales personalidades de su tiempo y se mostró siempre preocupado por devolver al cristianismo su sencillez evangélica. Su obra, sumamente discutida, se convirtió en guía de una de las más fecundas orientaciones ideológicas del Renacimiento.

El filósofo e historiador Johan Huizinga (1872-1945), compatriota de Erasmo y autor, entre otras obras, del imprescindible *El otoño de la Edad Media,* se planteó en esta biografía ofrecer un retrato fiel de la compleja personalidad del humanista holandés. El éxito de la empresa lo atestigua el hecho de que, desde su aparición en 1924, este libro se ha convertido en obligada referencia para entender el espíritu de Erasmo y de su tiempo.



10093
9 788434 581456



**ERASMO**

En el clima de ideas nuevas y de luchas políticas y religiosas que caracterizó el paso del siglo XV al XVI, la figura del humanista holandés Erasmo de Rotterdam evoca, ante todo, el sentido de la moderación. Hombre de vasta cultura clásica y de sólida formación religiosa, contribuyó a difundir el conocimiento de los autores griegos y romanos, mantuvo un extenso diálogo epistolar con las principales personalidades de su tiempo y se mostró siempre preocupado por devolver al cristianismo su sencillez evangélica. Su obra, sumamente discutida, se convirtió en guía de una de las más fecundas orientaciones ideológicas del Renacimiento.

El filósofo e historiador Johan Huizinga (1872-1945), compatriota de Erasmo y autor, entre otras obras, del imprescindible *El otoño de la Edad Media*, se planteó en esta biografía ofrecer un retrato fiel de la compleja personalidad del humanista holandés. El éxito de la empresa lo atestigua el hecho de que, desde su aparición en 1924, este libro se ha convertido en obligada referencia para entender el espíritu de Erasmo y de su tiempo.

10094
9 788434 581456